Todo lo que es sólido se disuelve en el aire

Darragh McKeon

ALBA ● CONTEMPORÁNEA

TODO LO QUE ES SÓLIDO SE DISUELVE EN EL AIRE

DARRAGH McKEON

Todo lo que es sólido se disuelve en el aire

Darragh McKeon

Traducción
Rocío Martínez Ranedo

ALBA

ALBA
CONTEMPORÁNEA
Edición en formato digital: junio de 2015

Título original: *All That is Solid Melts into Air*
© Darragh McKeon, 2014
© de la traducción: Rocío Martínez Ranedo

La editorial agradece la subvención del Ireland Literature Exchange, con sede en Dublín (Irlanda), para la traducción de este libro.
www.irelandliterature.com
info@irelandliterature.com

© de esta edición:
Alba Editorial, S.L.U.
Baixada de Sant Miquel, 1 bajos
08002 Barcelona

© Diseño: Pepe & James

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9065-128-5
Depósito legal: B-15.163-15
Conversión a formato digital: Alba Editorial
www.albaeditorial.es

Para Flora
En memoria de mi madre

Todo lo que es sólido se disuelve en el aire, todo lo sagrado se profana, y el ser humano, al fin, tiene que afrontar con entereza sus auténticas circunstancias vitales y su relación con los de su especie.

KARL MARX, *Manifiesto Comunista*

A mi entender, la radioactividad es una verdadera enfermedad de la materia. Más aún, es una enfermedad contagiosa. Se propaga. Si se acercan esos desmoronados átomos adulterados a otros, estos últimos, sin más tardar, adoptan la manía de salirse de una existencia cohesionada. Con ella ocurre en la materia exactamente lo mismo que con la decadencia de nuestra vieja cultura en la sociedad: una pérdida de tradiciones, de distinciones y de reacciones previsibles.

H. G. WELLS, *Tono-Bungay*

Él la visita a diario, colándose en su mente entre dos respiros. Ella lo aspira como aspira el aire mientras pedalea a lo largo del Quai de Valmy, como aspira el hálito de su nuevo entorno: el esplendor del verano en París, el puzle de sombras recortado en sus antebrazos cuando toma la curva bajo las frondas de la alameda.

No sabría decir cuál es el detonante de la memoria, tan sigilosamente se crean los recuerdos. Tal vez hubiera algo de Grigori en el hombre del pitillo junto a la esclusa que acaba de dejar atrás, un gesto familiar en la forma en que ese extraño ha prendido la cerilla acercándosela a la cara. Pero es que su matrimonio esconde un momento para todos y cada uno de los miles de pequeños actos que la rodean.

La imagen de él se le ha borrado, ahora pertenece por entero a las fotografías en que habita. Ya no puede verlo en su semblanza, sino solo en los gestos de otros, así que, cuando encadena la bicicleta a la baranda del canal y dirige sus pasos hacia la terraza del café, él se hace eco en el hombre que la mira: no por sus oscuros rasgos galos, sino por esa inclinación de cabeza, por la forma en que abren la mano los largos y gráciles dedos, por cómo baja los ojos.

Son esos los pequeños consuelos que ofrece la muerte. Que su marido aún tenga la llave de alguna estancia inexplorada de su corazón.

ABRIL DE 1986

Cuando Yevgueni cierra los ojos, el mundo entra.

El mundo, una matraca resonante, susurros y pisadas, silbar de trenes, «plash» y «zas» de puertas, anuncios por megafonía -frágiles, quebrados, lejanos-, gente diciendo «disculpe» o, menos educada, «quita de en medio», «muévete». La marea de los sonidos. Llega el tren, sube el gentío, sale el tren, casi silencio ahora, otra tanda de gente pateando el andén, el tren que llega de nuevo. Escaleras mecánicas en su continuo reiniciarse, en tono ascendente, a ritmo constante.

El cierre de un bolso que se abre con timidez.

Yevgueni puede distinguir cada uno de los ruidos, esa es la parte fácil, jugar a identificarlos. Pero también puede bloquear todas las asociaciones, inmerso en el sonido puro, en los patrones que va trenzando aquí abajo. Ese es el don especial del niño, aunque él todavía no lo sabe; cómo podría, con nueve años.

Yevgueni tiene la cabeza echada hacia atrás, está de pie, más tieso que un palo, con los brazos colgando, una extraña estatua en el centro del vestíbulo.

Abre los ojos para ver un paracaidista que salta hacia él de cabeza, con el paracaídas ondeando a su espalda, justo unos segundos antes de que la tela se despliegue completa y tensa, y de que el hombre quede colgado por los hombros, totalmente estirado, flotando en silencio entre las nubes, a merced del capricho del viento. Yevgueni también puede oír eso, puede bloquear todo el ruido a su alrededor y escuchar el zumbido creciente del avión sobre su cabeza, las súbitas ráfagas de aire, el ruido del hombre al caer, un sonido que se alarga en el tiempo, en el aire, en la velocidad.

Está en la estación Maiakovskaia, observando los mosaicos ovales del techo, que forman parte del tema general: «Un día en el cielo del Sóviet». Yevgueni no sabe que las escenas tienen un título, y poco importa. Puede pararse a mirar sin más y dejar que su imaginación complete lo que falta. Aquí abajo no hay música, solo ruido, puro sonido; el avión que pasa no tiene acompañamiento orquestal, el hombre no tiene sonata alguna para acompañarle hacia su destino. Aquí abajo Yevgueni es libre de formar melodías con todo lo que le rodea, los perturbadores efluvios de la vida diaria. No hay negras ni corcheas aquí abajo. No hay líneas de pentagrama ni indicaciones de intensidad: *forte, pianissimo*. No hay más que sonido, en la plenitud de

su expresión natural.

«Tris».

Un dolor agudo en el oído. Una estridente nota industrial, la misma que hace la tele cuando acaba la programación de la noche.

Yevgueni sabe lo que le espera, incluso antes de mirar.

Dos chicos de la escuela, un par de años mayores que él. Iván Egorov y su amigo Alexander. Todos le llaman Alex el vago, por su ojo vago. Corren miles de bromas sobre Alex. «¿Por qué Alex llegó tarde a la escuela? Porque su ojo no quería levantarse.» Alex las aguanta continuamente, menos cuando está Iván. Nadie quiere líos con Iván.

Alex se dirige a Iván.

-Mi madre dice que por qué no puedo ser como ese chico, el chico Chaikovski, y tocar un instrumento. Así es como le llama: el chico Chaikosvki

-Chaikovski, me suena ese nombre. Dime otra vez de qué me suena ese nombre.

-Del ballet, *El lago de los cisnes*.

-Es verdad, *El lago de los cisnes*. Pero ¿hay otra, no? ¿Cómo dices que se llamaba?

Están conversando para él, no con él, como si Yevgueni se hubiera esfumado sin más mientras ellos hablan. Yevgueni piensa en echar a correr, puede ser la mejor salida. Pero no le da miedo pelear. Esos chicos pueden machacarle, pero se quedará y peleará. Solo desea que empiecen cuanto antes. Alrededor de Yevgueni nadie parece darse cuenta de la situación. Pedir ayuda es impensable, podría alargar la paliza; otros chicos acabarían enterándose y se sumarían a la diversión. Aquí no, luego. No cabe duda.

-¿Qué otra?

-La otra.

-No me acuerdo.

-A ver, Chaikovski, ¿cómo se llama esa otra tuya tan famosa?

Un suspiro, ya estamos.

-*El cascanueces*.

Iván amaga un puñetazo a la cara y Yevgueni se encoge. Un error básico.

-He oído que tienes dos madres. Necesitas que te cuiden mucho, ¿no? He oído que cuando te haces un arañazo una sopla y la otra te da besitos.

-¿Una sopla? Yo he oído que las dos soplan.

Alex siempre lleva la cabeza inclinada de lado, para compensar lo del ojo. Como si fuera una gallina, sacudiendo la cabeza de un lado a otro. A Yevgueni le gustaría enderezársela de un bofetón.

-Enséñanos las manos, maestro -le dice Iván. Una vez, Iván le dio una paliza a un chico que estaba cuatro cursos por encima de él, y no fue poca cosa, fue una pelea de verdad, le agarró bien fuerte del gaznate, hasta los profesores lo vieron.

Yevgueni se agarra las manos a la espalda y Alex, sinuoso, se coloca detrás, hurga en la muñeca de Yevgueni para separar las manos y le ofrece una a Iván. Tienen que manejar esto con mucho cuidado: máximo dolor, mínima atención.

Iván le coge el dedo meñique de la mano derecha y se lo dobla lentamente hacia el codo.

-He oído que lleva pajarita. ¿Tú también lo has oído?

-Sí, también lo he oído.

Se mueve hacia la izquierda, pegado a uno de los arcos, y usa el cuerpo de Yevgueni para ocultar el acto. Yevgueni se ve obligado a realizar un escorzo aún mayor, el codo sigue al hombro -una versión agónica del giro que ve hacer a su madre cuando esta baila, las pocas veces que la ha visto bailar- hasta que se encuentra frente a Iván.

El chico mayor cambia de llave, está considerando el castigo. La fractura no está descartada. Yevgueni lo sabe, Iván lo sabe. Una prueba de flexibilidad de la articulación. Una prueba de la voluntad de Yevgueni.

-¿Y dónde anda tu papi mientras tus dos mamis están en casa?

-Murió en Afganistán.

Pausa. Iván lo mira, es la primera vez que lo ve.

-Mi padre estuvo en Afganistán.

En la voz de Iván vibra una nota de congoja. Una ojeada a un lugar remoto.

Puede que Yevgueni se libre.

Ahora solo están los dos en esto. Su experiencia común, un padre en una zona de guerra, separándolos de todo lo demás. Iván aprieta el meñique del chico más pequeño. Tiene el dedo dentro del puño. Un extraño punto de contacto, se le ocurre de pronto al ver la mano agarrada al meñique igual que lo hacen los bebés.

El chico Chaikovski lo mira fijamente, ahora sí que lo mira, como si estuviera intentando averiguar algo. Como si quisiera que Iván repitiera lo que ha dicho. Podría ser que lo dejaran irse. Está claro. Pero está Alex. Y se correría la voz.

Considera al chico, sopesándolo todo. Es jodidamente patético, la verdad: extremidades desgarbadas; un cuerpo que parece estar hecho de partes sueltas; articulaciones angulosas; todo desnivelado. El padre de Iván le ha enseñado a cuadrarse, bien firme sobre las piernas. Otra lección que es de agradecer. Cuando su padre habla, Iván escucha. Es un hombre que ha estado en la guerra.

-Pero hay una diferencia entre nuestros padres. ¿Sabes cuál?

En los ojos de Iván hay una veladura imperturbable. Y puede ver en ellos su propio reflejo, la incierta forma de su cabeza. El momento pasa, irrevocable. Respira hondo, una fugaz imagen de sus lágrimas contenidas en una represa oscura, pequeñita, cerca de su cerebro. Las palabras, según va hablando, ondean la superficie.

-No, ¿cuál?

Iván agarra a Yevgueni por la muñeca con la otra mano. Un puño envuelve el dedo pequeño, el otro la muñeca.

-El mío volvió.

Silencio. Inmovilidad. Un tirón de Iván mientras se muerde el labio inferior.

El chasquido de una rama al romperse.

Yevgueni no grita y, en su dolor, se las arregla para sentirse orgulloso de no hacerlo; emitir un sonido significaría que volvieran a por él, tal vez la semana que viene. Esas son las reglas.

Un guardia de la estación se dirige a ellos, les pregunta sus nombres. Yevgueni está encogido sobre sí mismo, con la mano en el estómago y las mejillas hinchadas. El guardia repite la pregunta y le contestan: «Pável», «Yuri». Saben que no deben dar sus verdaderos nombres. Se le quedan mirando inexpresivamente: «¿Cómo?, no pasa nada». Alex arrastra el zapato contra el suelo, se rasca la entrepierna con la mano en el bolsillo. Yevgueni hace un gesto con el brazo bueno, levantándolo hacia el hombre. «Estoy bien», indica el gesto.

-Le ha dado un calambre. Estábamos esperándolo -dice Iván. Alex en estas situaciones se arredra. Por eso Iván es Iván y Alex es Alex.

El guardia se marcha. Alex le da a Yevgueni un capirotazo final en la oreja, un pequeño dolor extra y se adentran en el andén al tiempo que llega el tren.

Qué hijo de puta el ojo vago.

Según van perdiéndose, llegan las lágrimas de Yevgueni, que ya rebosan el borde de la represa.

Avanza dando traspiés, alejándose del arco, sin aliento, mientras se le escurre la saliva por la barbilla. Quiere ir a esconderse a algún sitio oscuro, tal vez dormir, pero en esta ciudad no hay un lugar donde estar solo. Aunque volviera a casa y se encerrara en el cuarto de baño: inmediatamente habría un puño que aporreraría la puerta. Podría conseguir cinco minutos de paz. Nunca más de diez, desde luego. Unos viviendo en la vida de otros. En su vida. Compartiendo su baño, su retrete. Su madre le dice que es afortunado por tener una cama propia. Ella le dice eso, y él no sabe qué contestar. Puede que su cama

sea lo próximo. Puede que tenga que acabar acurrucándose al lado de un extraño cualquier día de estos. Nunca sabe cuándo van a volver a cambiar las reglas.

Yevgueni se mete la mano herida bajo la chaqueta. El dolor tiene su propio latido. La acuna en la chaqueta como si no fuera parte de sí mismo, como si fuera otra cosa, un pájaro herido, un gatito abandonado. Siente la urgencia de dejar escapar un quejido, de dar voz a la mano maltratada, pero ¿y si todavía no ha acabado la prueba? Siempre puede haber alguien que lo oiga.

El señor Leibniz, su profesor, estará esperándolo. Yevgueni puede ver al anciano sentado en el taburete del piano, mirando al patio, comprobando la hora en su reloj.

Tal vez debería ir de todas formas. El señor Leibniz se molestará, pero, seguramente, cuando vea el dedo entenderá su dolor y hará algo al respecto.

Necesita ir a algún sitio. Lo sabe. Sigue aquí un rato más y volverá el guardia de la estación. No llames nunca la atención. Es la regla de oro de esta ciudad. Mézclate. Anda en grupo. Habla bajito. No le cuentes a nadie que te va bien. Haz cola pacientemente. Son cosas que nadie le ha dicho nunca, al menos no directamente. Yevgueni las ha ido recogiendo, simplemente porque está aquí, vivo y en carne viva.

La ciudad se desvela ante él, descubriendo sus patrones de comportamiento en los lugares más insignificantes y las situaciones más banales. En los días soleados, cuando las sombras se recortan con precisión sobre el suelo, él ve cómo la gente sigue las líneas de la sombra, pegada a las paredes, huyendo del resplandor de la luz. O cómo espera en los semáforos, bien apiñada, ocupando un pequeño rectángulo de hormigón hambriento de sol. Todo lo que Yevgueni sabe, lo sabe porque le gusta estar solo. Por andar, escuchar, mirar. El verano pasado se sentó en unas escaleras, mirando una cola que se prolongaba frente a una pescadería, en la que todos sudaban y cotorreaban. Y cuando ya hizo demasiado calor para hablar, quedaron todos en silencio, de pie, respirando. Tomando aire y expulsándolo juntos, como si fueran parte de algo, de alguna criatura longilínea, interminable. Algunas veces piensa que la gente hace cola solo para formar parte de la cola. Para convertirse en parte de las formas que se crean para que encaje en ellas.

Su madre trabaja todo el día en una lavandería y luego llega a casa y lava y plancha la ropa de los vecinos. A todas horas llama a la puerta gente con cestos de ropa sucia. Su madre no lo hace por gusto. Sabe que lo odia. Pero alguien tiene que hacer la colada, ocuparse de mantener la ropa limpia, libre de arrugas. ¿Por qué no iba a ser su madre? Todo el mundo se adapta a las necesidades.

Y, aun así, todos quieren que él toque a Mozart y a Schubert y él

no puede evitar pensar: «¿qué necesidad hay de eso?». Pero es demasiado joven para hacer preguntas. Eso le dicen siempre. Así pues, solo se las hace a sí mismo y no les busca respuesta. Hay preguntas que flotan sobre él desde los mosaicos. Antes las escribía, pero su madre encontró las hojas en su cuaderno y las quemó. Le dijo que tenía que centrarse en otras cosas. Le sentó como una patada en el estómago. Pero las preguntas siguen hirviendo en su cerebro. Se endereza y se pregunta: «¿por qué iba nadie a sentir la necesidad de poner un mosaico con un paracaidista en el techo de una estación de metro?». Pero, de alguna manera, aquí abajo resulta más fascinante. El cúmulo de nubes y cielos tiene una intensidad especial en un espacio sin aire fresco, un túnel iluminado.

El señor Leibniz hará un montón de preguntas. Tratará a Yevgueni como si fuera un objeto estropeado, un valioso recuerdo de familia que se hubiera caído de la repisa de la chimenea. No le preocupará en absoluto el dolor, al menos de entrada. Pensará en las semanas de ensayo que van a perderse, en el programa del concurso que habrá que reorganizar. Se llevará una mano a la frente y juntará los dedos haciéndolos correr sobre sus pobladas cejas. Y luego mirará a Yevgueni con gesto de decepción.

Yevgueni odia esa mirada.

Un aluvión de gente vuelve a bajar las escaleras y desemboca en el andén. Alguien le da un golpe en la mano y Yevgueni deja escapar un gemido agudo y luego se abandona al dolor, que acaba cediendo cuando alcanza el borde del andén. Se queda allí, ligeramente inclinado hacia la vía para ver llegar el tren según entra en la curva y horada con sus faros la oscuridad.

Mejor va a buscar a su tía María. No recuerda con certeza en qué momento ha tomado esa decisión, pero ahora está ahí parado y eso es lo que va a hacer.

A su alrededor la gente se toca la nariz, se muerde las uñas, se pellizca los lóbulos de las orejas. Todos miran al vacío.

Llega el tren y, cuando se detiene, la mujer que está a su lado se mira los dientes en las planchas de acero que enmarcan la puerta. Está comprobando que no los lleva manchados de pintalabios. Yevgueni lo sabe porque su madre hace lo mismo, aunque no sea de noche ni vaya a salir, aunque no lleve los labios pintados. Los mira y le pide que compruebe que no lleva marcas y luego se pasa concienzudamente la lengua sobre los dientes de arriba, por si acaso. Yevgueni se encoge protegiendo el dedo con hombros y codos. Aguanta de pie, esperando el tirón cuando arranque el tren. No puede emplear la mano libre para agarrarse de las asas que cuelgan, quedaría demasiado expuesto, así que separa las piernas y deja que absorban el movimiento del vagón.

Puede que tenga nueve años, pero ha ido solo en el metro en

innumerables ocasiones. Hace ya lo menos un año que convenció a su madre para que le dejara hacer solo el trayecto. Va a casa del señor Leibniz cuatro veces a la semana, y esperar a que su madre o su tía lo llevaran reducía el tiempo de las lecciones. Yevgueni sabía que si su argumentación guardaba relación con la música, tenía las de ganar. Consiguió que el señor Leibniz le apoyara frente a su madre en eso, aunque le costó, porque al señor Leibniz normalmente no le gusta estar de acuerdo con él. Nunca quiere que Yevgueni se precipite.

Así que su madre le compró un mapa y le dio un frasquito de colonia en espray para que cegara a cualquiera que se le acercara demasiado. Yevgueni lo tiró en cuanto pudo. Llevar un frasco de colonia al colegio es una provocación, sin más.

Las cosas que ha visto desde entonces, sobre todo los martes y los jueves, cuando vuelve tarde a casa… Ha visto hombres con una maraña de pelo que cubriría una fila de asientos. Ha visto parejas envueltas juntas bajo unas mantas que reflejaban la luz de pura mugre. Personas que mantienen conversaciones con Dios en voz alta, y otras desdentadas, con la cara hundida en la boca.

Una vez, un hombre se sacó el pene. Fue en el vagón de cola. Se sacó el pene y meó contra la puerta del conductor. Un pesado jirón de carne. Yevgueni se quedó mirándolo, luego apartó la vista y luego volvió a mirar. No podía evitarlo, una cosa tan secreta, así, al aire, a plena luz, viva. El vapor desprendiéndose del chorro de pura orina. El río de líquido corriendo por medio del coche, dispersándose en delgados regueros secundarios. Yevgueni no quiso apartar los pies, no fuera a llamar la atención del hombre, así que dejó que el meado le lamiera los zapatos y sacara brillo a sus punteras. En el vagón no protestó nadie, todos andaban envueltos en sus mantas, ajenos a cualquier percepción exterior.

Hace trasbordo en Ojotni Riad, sus pasos retumban en el hueso roto. Para cuando llega a la línea roja, el dolor ha prendido ya en otros lugares. Nota los hombros y las costillas entumecidas, como si los hubiera desmontado y los hubiera metido en hielo unas horas. Siente que están concentrados intentando evitar que las vibraciones de la vía alcancen el esponjoso interior del hueso. El chirrido metálico en sus oídos se acentúa con la misma intensidad que su dolor. Todo esto tiene lugar en su interior, en el interior de este tren, que recorre como una bala los entresijos de la ciudad de Moscú.

Llegan a la estación de Universitet y Yevgueni se tira al andén y se abre camino hacia las escaleras mecánicas. Se detiene ante ellas. En el fondo teme las escaleras, teme caerse de espaldas si no coloca bien el pie en el peldaño. Traspasadas las puertas, sube el trecho de escalera mojada, al aire libre. La lluvia cae a raudales, aporreando el asfalto de Prospekt Vernadskogo. El agua anega el techo de los coches que pasan

por la calle. Ya es de noche, no había contado con ello. El tiempo ha huido y, ahora, Yevgueni empieza a preocuparse de que sea demasiado tarde; tal vez su tía ya haya acabado su clase, y puede que, después de todo, tenga que volverse hasta casa, a afrontar el exhaustivo interrogatorio de su madre.

A través de los árboles del campus vislumbra la torre central de Lomonosov, pero está mucho más lejos de lo que pensaba, a diez minutos a pie. La lluvia retoma intensidad y, al llegar a la verja del campus, Yevgueni decide refugiarse bajo la marquesina de hormigón del Circo Estatal, en vez de cruzar al otro lado de la calle.

Del ondulado techo caen ríos de agua, amarrando el edificio. Vendedores de entradas empapados se precipitan al auditorio de cristal, despojándose de los abrigos en cuanto entran. Frente a las escaleras que hay a sus pies, pasa un hombre con una bicicleta con una sola rueda -medio la lleva, medio la empuja-; de su espesa barba cuelgan gotas de agua. Yevgueni piensa al principio que el hombre debe de ser uno de los artistas, pero luego se fija en su aspecto desaliñado y decide que no puede ser. Además ¿qué tipo de números se puede hacer con una bici descacharrada?

Esconde su mano herida en el sobaco. Quiere estar en casa, sentado al lado del radiador, calentándose la mano con un té caliente. Tiene ganas de vomitar y se da cuenta de que no ha comido nada desde el desayuno. Su mano está acaparando toda su atención y todas sus fuerzas. Ahora mismo es lo único que importa. Le rodean sillas y mesas de café abandonadas. Con la manga de su mano libre limpia el agua de una de las sillas y se plantifica en el asiento metálico. Aunque conoce el lugar, se siente perdido, no está donde tendría que estar y no es capaz de pensar cómo llegar al aula de su tía María, o cómo volver a casa. Y no puede ir al hospital solo; tendría que contestar a un cuestionario interminable. Eso si no empiezan también a cuestionar a su madre, y solo le faltaba eso.

No sabe dónde está el aula de su tía, ni siquiera en qué edificio se encuentra. ¿Cómo se le ha ocurrido venir aquí? No tenía que haberse quedado en medio del vestíbulo, sin hacer nada, no tenía que haberse puesto en situación de que alguien pudiera destrozarle los dedos. La planificación de los ensayos se irá al garete, y entonces ¿qué va a ser de ellos? ¿Y si su madre tiene que dedicarse a lavar ropa para siempre? Trabaja tanto. Él es el hombre de la casa. Vaya un hombre que anda buscando a su tía sin saber siquiera por dónde empezar y acaba sentado en una silla mojada viendo llover.

En los bloques de apartamentos del otro lado de la calle, las mujeres están recogiendo la ropa tendida de las cuerdas de los balcones. Quitan las pinzas, sujetándolas entre los dientes, luego se vuelven a llamar dentro para pedir ayuda; los mismos movimientos

bruscos tienen lugar a distintos niveles del edificio, sin relación entre ellos. Al otro lado de la ciudad, su madre, probablemente, esté haciendo lo mismo.

Bajo ellas, en la calle, pasa una mujer, resguardándose bajo un paraguas azul marino. La mirada de Yevgueni se fija en ella a través del intermitente caos que se despliega a su alrededor. Lleva un abrigo gris y zapatos negros. Y reconoce el movimiento ondulante del cuerpo, el ritmo de su zancada. Tiene que ser ella. Por fin algo de suerte. Se pone de pie y le grita: «¡Tita!». Ella no le oye y sigue avanzando. Él vuelve a gritar: «¡Tita María!». Todavía nada. Yevgueni piensa que no tiene fuerzas para correr tras ella. Necesita que le rescaten de su negro islote. Agita frenéticamente su mano buena en el aire. Todavía nada. Ella pasa, está a punto de perder la oportunidad.

El pavimento se cubre de pronto de una veladura amarillenta. Una música circense resuena por los altavoces suspendidos.

Yevgueni, momentáneamente desorientado, levanta la mirada y ve el perímetro de la marquesina de hormigón iluminada por cientos de bombillas. A su alrededor, las mesas de acero refulgen, los charcos estancados se convierten en lenguas de oro fundido. Al otro lado de la calle, su tía María se detiene a mirar el edificio del circo, fascinada por la explosión eléctrica que se propaga en la lluviosa atmósfera del atardecer, y se fija en un niño empapado que ondea un brazo sobre su cabeza como si estuviera despidiendo a un barco.

Grigori Iványovich Brovkin está de pie al borde de la piscina fría de los baños de Tulskaia, mirando el plácido reflejo del agua quieta. Le rodea un ruido de carne golpeada: el patear de pies contra el chorreante pavimento de mármol, las grandes manos de los masajistas ocupados en palmear y amasar capas espesas de carne en las cabinas de tratamiento anexas. Los hombres, la mayoría más viejos que él, andan todos con cierto balanceo, la panza bamboleante, los hombros echados para atrás, sacando pecho, liberado el cuerpo de trabas, con una toalla blanca sujeta a la cintura cuyos picos van levantando con las rodillas en su lánguido deambular. A su izquierda, dos hombres juegan al ajedrez; el tablero está parcialmente oculto por el vapor, la mitad de las piezas blanco marfil, del mismo color que su piel. Las piezas van cubriéndose de gotas por la condensación, como si también ellas estuvieran exudando toxinas.

El agua de la piscina es inerte y cristalina, tan clara que Grigori puede ver los azulejos del suelo, casi dos metros más abajo, tan aparentemente sólida que la idea de que pueda abrirse para él, asumiendo su peso, parece absurda.

Ha sido un día largo y todavía no ha terminado. Se levantó a las 5:25. Se quedó junto a la ventana bajo la luz azul cobalto, mirando palidecer la mañana según se desperezaba el día e iba inflándose la rutina cotidiana, los panaderos comprobaban que el pan subía dócilmente en el horno, los conductores se ponían sus monos, los mecánicos en los almacenes se afanaban en los camiones de reparto comprobando pacientemente los motores antes de que salieran a saludar al día con sus quejosas carrasperas.

Apoyó el antebrazo contra el cristal y miró una paloma suspendida sobre unas hayas, con las alas abiertas a merced de corrientes invisibles, portadora de un corazón desproporcionado para un cuerpo de ese tamaño. Una de esas contradicciones que el orden de la naturaleza parece asumir sin problemas.

Siempre ha sido partidario del orden. Bien pensado, probablemente fue ese rasgo de su naturaleza lo que le llevó a la cirugía. En el quirófano, el ritual físico le hace sentirse cómodo. Los instrumentos ofrecidos de determinada manera, sujetos a una altura concreta. Colocados en su mano siempre con la misma fuerza. Todo restregado y desinfectado. Todo limpio como una patena. Un espacio que está más allá, si no del error, al menos de la negligencia, pues

todo en él es resultado de una cuidadosa planificación.

Se duchó y desayunó pan integral, dos huevos duros y algo de té. Se puso el traje y se anudó la corbata, pasó el peine por el nacimiento del pelo, que retrocedía ante el avance ominoso de los años.

Esta mañana sus pensamientos tenían un ligero tinte de amargura porque hoy es su cumpleaños, cumple treinta y seis. Competente. Respetado. Solo. Un jefe de cirugía con un fracaso matrimonial a sus espaldas.

Eligió unos gemelos en el cajón de la mesilla y se quedó mirando la cama vacía, las mantas levantadas solo por un lado, como si hubiera un cuerpo bajo ellas, como si ella aún estuviera ahí y acabaran de salir de una pelea sonada, con su amor reforzado por las altas temperaturas del matrimonio, convertido en algo más puro, más sólido. Pero la forma en la cama era el mero recuerdo de una ausencia, esa que él siente de forma más lacerante por las mañanas, desde que despierta en la misma postura en que solía hacerlo los años que ella estuvo aquí -ahora ya abrazado a nada-, hasta que cierra con llave su puerta para encarar el día sin las tiernas palabras de ánimo de María.

Se dirigió al hospital. Cuarenta minutos desde su apartamento. Le gusta tomar el aire, aunque la mayor parte del paseo discurre a lo largo de la tercera ronda de circunvalación, entre los humos despedidos por el tráfico. Y sus rugidos. A pesar de lo temprano de la hora. Grigori se detuvo en medio de un paso elevado y miró hacia la carretera, agarrado a la barandilla metálica. Pasó bramando un camión y él sintió de pronto ganas de escupirle, un hábito de niñez que creía desaparecido, pero que resulta que había estado latente todos estos años, presto a activarse ahora en él, en el primer día de su trigésimo séptimo año de vida.

Un hombre parado en el extremo opuesto del puente tomaba fotos de una sección de gravilla que da al monte bajo, del otro lado de la valla de contención. Grigori jamás había visto a nadie allí, pues el lugar apenas tiene uso, es una mera extensión a lo largo de las escaleras que acaba en la acera. Grigori avanzó hacia él. Tenía curiosidad por ver qué estaba fotografiando, pero también estaba el hecho de que ese paseíto suponía una pequeña alteración de su rutina habitual, una forma de reconocer la peculiaridad del día.

Antes de que Grigori pudiera alcanzarlo, el hombre de la cámara se volvió, saludó con la cabeza y bajó las escaleras. Grigori siguió por el muro de la carretera y se apoyó sobre él. El cielo ahora estaba casi iluminado, el sol asomaba por el horizonte. Grigori sabía que se le estaba haciendo tarde. Le gustaba tener un par de horas para el trabajo de despacho antes de las reuniones del comité, de las peticiones de firmas, de las solicitudes de fondos, de las consultas y de los quirófanos. Todo seguido. Así discurrían sus días. Cruzó los dedos

y los pulgares para hacer un marco rectangular, un visor, algo que no había hecho en años, pero la idea de alguien cargando con una cámara en aquel lugar tan banal lo intrigaba.

Un lugar cualquiera cubierto de hierba mustia. Con una torre de alta tensión en medio. Un muro desmoronado.

Luego, Grigori miró hacia abajo, casi directamente bajo él, alejando las manos de su cara para conseguir una vista completa, tratando de abarcarla así -enmarcada por el campo y los muros a lo largo de los cuales corría el río de automóviles-, ajeno a la imagen.

Una cuadrícula de zapatos, un panorama urbano de zapatos -eso parecía- perfectamente dispuestos ante él y que le suscitaron una sensación casi inefable. ¿Cuántos zapatos habría? ¿Unos mil, quizás? Todos bien alineados y espaciados.

Ya no tenía prisa. Aquellos zapatos estaban allí, cuidadosamente colocados, para ser contemplados. Así que se quedó contemplándolos. Piel pespunteada o plástico troquelado, cordones y lengüetas, el contorno de los ojetes, los suaves perfiles curvos. Había zapatillas de andar por casa y zapatillas de ballet, botas de trabajo con punteras de acero vistas, sandalias de niño. Los zapatos no llenaban el paisaje, más bien subrayaban una ausencia al ser unos objetos tan personales, como si una legión entera de personas se hubiera evaporado de repente. Tenía que haber, sin duda, una explicación lógica de aquella visión. Tal vez se tratara de una especie de monumento, o quizás fuera obra de algún artista radical. Grigori estaba seguro de que en algún momento oiría algo sobre el particular. Pero, entretanto, podía pararse y maravillarse ante algo con lo que uno podía toparse, nada más salir de una carretera anónima, en el recorrido habitual de una mañana cualquiera. Con plena conciencia de que él también formaba parte de la escena, una figurilla patética en un traje degastado, absorto en aquel fascinante absurdo.

Rara vez pensaba en cómo lo veían a él los demás. Era un efecto secundario de la responsabilidad de comunicar noticias fatales. Entrar en una habitación donde esperan unos padres ansiosos o una esposa que lleva una semana sin dormir exige mirar solo hacia el exterior. Se pierde toda autoridad, toda seguridad, si uno anda preocupándose por qué impresión va a causar. Grigori pensó en cómo la vida parecía haberse consolidado silenciosa y definitivamente a su alrededor, cuán escasas eran sus probabilidades de volver a ser tocado por el elemento sorpresa.

Abajo, a la derecha, casi fuera de su campo visual, le llamó la atención el brillo de un par de *stilettos* negros. Un elemento clásico del fondo de armario de ella. La imagen lo transportó a la noche junto al río. La noche en que realmente se conocieron. Un Grigori más joven, solo y encogido sobre la superficie helada, con una lámpara de

parafina por toda luz. Un taburete de mimbre, el mismo en el que se sentaría muchos años después, en el vórtice de la infelicidad de la pareja. Una caña, un agujero en el hielo.

El lugar es Kursk. La ciudad se llama así por el río. Él es un joven residente, recién llegado al hospital. Va al río a despejar la cabeza de latinajos y del olor de las salas, con el antiséptico aún pegado a su piel. Nada en lo que concentrarse aquí, salvo el agujero oscuro a sus pies, medio metro de diámetro, con el sedal hundido en esas inciertas profundidades. Mantiene la caña con una mano laxa, entumecida por la espera. Tiene una botella de cristal entre los muslos y se la lleva a la boca, pero no cae nada, se han acabado las existencias. Grigori sacude la cabeza con irritación, la deja bajo el taburete y recompone la postura.

Un grito desde el dique. «¡Eh!»

Se vuelve para mirar los edificios que se yerguen contra el cielo añil a franjas; los coches que pasan barren con sus faros halógenos las calles. De nuevo, el grito, procedente del paseo que bordea el río. Una figura emerge de entre las huidizas sombras, como arrastrando un sudario de árboles: una mujer de larga y oscura melena sobre la que se mece la luna entretejida con la noche.

Grigori recoge el sedal, apoya la caña en el taburete y se acerca a ella. Al aproximarse alcanza a oír el cascabeleo de su risa y ve cómo su mano juega con un pequeño objeto rectangular. Cuando está casi junto a ella, se da cuenta de que es una petaca de plata. La luz descompone la cara de la mujer en distintos planos, cada ángulo descubre una belleza singular.

-Doctor Brovkin, parece solitario y sediento -dice ella-. Pensé que podía serle de alguna ayuda.

Lo dice con una ligera entonación, un sutil desafío. Se está preguntando si él la reconocerá, y sí, la reconoce. Ella es una limpiadora del hospital, alguna vez han tenido contacto visual en el vestíbulo, se han disculpado al pasar ambos con una bandeja en la mano en el comedor. Por supuesto que sabe quién es ella. Emite una mirada cálida de familiaridad, mirándola directamente a los ojos.

-¿Para qué exactamente? -pregunta él, y ella se detiene, sin entenderlo-. ¿La ayuda es para la soledad o para la sed?

-¡Ah! -dice ella riendo, mientras un rubor sube a sus mejillas y el contorno de sus ojos se dulcifica-, tal vez para ambas cosas.

Lleva un chal grueso sobre un largo vestido gris que se le pega al cuerpo. Viene de vuelta de alguna fiesta, que no la ha dejado ni beoda ni agotada, sino efervescente, radiante de vida y curiosidad.

Él da un sorbo de la petaca y nota un ramalazo de calor por el

pecho. Le tiembla la cabeza de sorpresa.

-¿Whisky? Esperaba que fuera vodka.

-Bueno, lo de sorprenderse está bien. ¿Le ha calentado por dentro?

-Sí, desde luego.

-Pues ha cumplido con su cometido.

Grigori asiente y vuelve a mirarla.

-Nunca he pescado -dice ella-. Parece una actividad apacible.

Él adelanta la palma de la mano entreabierta a la altura de su cintura, como si estuviera ofreciendo algo.

-Enséñeme sus zapatos.

Ella deposita con cuidado el pie en su mano y él lo sujeta con ternura un momento, haciendo correr sus dedos por la curva de la suela y luego por el largo tacón del *stiletto*, y deteniéndose un poco en el tobillo, agarrándolo como quien acaricia a un animal, antes de volver a dejarlo suavemente en el suelo, con gesto de herrador. Mira su cara esbelta, tan viva y nerviosa -un purasangre-, y sacude contrariado la cabeza.

-Lleva unos tacones demasiado finos. ¿Cómo puede ponerse unos zapatos así con este tiempo?

-Las mujeres son criaturas muy equilibradas. ¿No lo sabía?

Se queda parada sobre una pierna y luego sobre la otra, se quita los zapatos y se los cuelga de los dedos. Él se echa a reír. Se ríe en voz baja, como un chavalín, lo cual sorprende a ambos.

-No puede quitárselos, se va a congelar sin zapatos.

-No me va a pasar nada, hay un médico.

Ella sigue parada, esperando. Así que Grigori pasa un brazo bajo sus piernas y carga con ella sobre el hielo. Va dando grandes pasos, doblando las rodillas para conseguir mayor estabilidad. Como se caigan, no hay nadie alrededor para ayudarles.

Cuando llegan al taburete ella se arrodilla en él y se sienta sobre sus piernas. Coloca los zapatos sobre el hielo y luego abre su chal. Por un momento, este cuelga horizontalmente en el aire, abombándose por el centro, exactamente como hacen las sábanas cuando las enfermeras cambian las camas en las salas, una tela tendida alrededor de la cual sucede todo.

Ella retuerce el chal según va cayendo y su cuerpo entero queda cubierto por ese grueso manto, sin que pueda distinguirse forma alguna por debajo de los hombros. Cuando ya está envuelta y sentada, él se sitúa tras ella y coloca la caña en sus manos, después afloja el cebo y escucha girar el mecanismo hasta que considera que la profundidad es la adecuada, cambia de posición la pieza metálica que permite bloquear el sedal y, luego, la anima a aflojar la presión sobre el mango dándole unos golpecitos en los dedos.

-¿Y qué hacemos ahora? -pregunta ella.

-Ahora hay que esperar -contesta Grigori, y ella siente el aliento de él subir por encima de su nuca, y él ve los *stilettosnegros* abandonados sobre la blancura del hielo, desconcertantes.

Los recuerdos acompañaron a Grigori todo el camino hasta el vestíbulo del hospital. Le echó un vistazo al reloj sobre el mostrador de recepción. Tenía trabajo pendiente y llegaba tarde. Eran casi las nueve de la mañana, más de hora y media de retraso con respecto a la hora habitual. Todo estaba en marcha, como siempre. Había gente sentada, aferrada a su número de cita, esperando a registrarse. Los administrativos andaban tras los mostradores transportando fajos de papeles apretados contra el pecho. En algún lugar de la estancia, una radio emitía una combinación de interferencias y una conversación apenas audible. Se metió por la doble puerta giratoria de los pasillos de las salas y pasó ante habitaciones donde las enfermeras distribuían la medicación, y vio a pacientes que esperaban sentados, con los brazos sujetos a goteros al lado de la cama. Habitualmente habría asomado por alguna de las salas y habría intercambiado unas palabras con unos cuantos, para recordarles que el equipo de cirugía no los consideraba solo como un pedazo de carne con ojos. Les habría preguntado de dónde venían, habría leído las gráficas y les habría tranquilizado. Les habría dicho que antes de que cambiara el tiempo o de que no pudieran soportar más la comida del hospital, se habrían marchado.

La gente lo miraba cuando pasaba, pero él procuraba evitar cualquier contacto visual. Se sorprendió a sí mismo en una breve pausa, mirando inexpresivamente una silla de ruedas vacía, todavía absorto con aquella visión matutina, tan perfectamente inverosímil que no podía dejar de darle vueltas. Tenía que quitársela de encima.

Un celador cruzó frente a él llevando una camilla vacía. Brillaba silenciosamente por el linóleo verde lima, una rama arrastrada por el río.

El olor. Aquel lugar siempre olía igual. Normalmente le golpeaba tan pronto franqueaba las puertas. Olor a desinfectante y a verduras cocidas. Terrenal y enfermizamente limpio. No podía olerlo sin pensar en su tía, la hermana mayor de su padre. Las visitas a su casa cuando era niño. El hedor de aquel cuerpo viejo y sin lavar, cubierto por los polvos perfumados que se echaba en la cara.

La familia en todas las cosas. La historia ligada a los materiales básicos de quien somos. El suyo era un trabajo en el que se podía remontar al origen de las cosas. Con frecuencia, se levantaba a mirar las radiografías y veía las lesiones en los pulmones de un paciente, manchas opacas esparcidas por el pecho, como si alguien hubiera

salpicado agua sobre la foto. O arterias coronarias descoloridas, con los coágulos que parecían inofensivos espacios en blanco. El origen de la enfermedad. Y, en muchos casos, también veía ahí a la familia; la naturaleza hereditaria de aquellas enfermedades murmuraba algo sobre los que ya no estaban. Historia y familia llegaban hasta el presente, hasta el futuro, y no podía evitar quedar siempre fascinado al pensar que la forma en que nos hemos criado no solo se refleja en nuestros modales, nuestras manías o nuestra manera de hablar, sino también en el nivel celular, reflejándose en una hoja de acetato sobre una caja de luz, cincuenta años después del día en que nacimos.

Raísa, su secretaria, oyó que se acercaba el exagerado crujir de sus zapatos y, para cuando Grigori dobló la esquina, ya estaba de pie junto al escritorio con un montón de notas en la mano. Él respondió con un gesto de cabeza a su saludo y se metió en el despacho, dejando abierta la puerta para no cerrársela en la cara. Ella empezó a trasladarle los mensajes mientras él se despojaba de la chaqueta y se sentaba a su mesa.

Algunos pacientes derivados. Contestaciones a las derivaciones. Un mensaje del editor de la revista médica estatal. Solicitudes de respuesta a nuevas iniciativas del comité de gestión hospitalaria. Invitaciones a cursos.

Dejó de escuchar tras atender a unos pocos.

Hizo unas cuantas llamadas, dictó tres o cuatro cartas particularmente urgentes y luego se encaminó al quirófano.

Su primera tarea fue una endoscopia en una mujer joven. Había ido la tarde anterior, convencida de que tenía un hueso de pollo en el interior del cuello. En la radiografía no aparecía nada, pero era posible que hubiera quedado una esquirla de hueso en la tráquea, impidiendo que se detectara. Grigori había hablado con ella la víspera. Una joven muy segura. Una dentista en prácticas. Delgada, de cara angulosa. Se le notaban perfectamente los huesos bajo la piel, las clavículas dibujaban una línea recta bajo los hombros, tan definida que mientras hablaba con ella no pudo evitar representarse un boceto artístico de su cuerpo, con unas líneas de encaje tan claras como los rasgos de ella.

Resistía bien el dolor y, de cuando en cuando, le acometía una arcada involuntaria, a veces en medio de una frase. Aunque, cuando esto ocurría, apenas interrumpía la conversación. Sus reacciones corporales no le causaban ningún tipo de sobresalto, se adaptaba a ellas.

Era su primera estancia en un hospital, pero no daba muestras de estar nerviosa. Tenía fe en el procedimiento profesional, entendía con claridad las precauciones que se iban a tomar y confiaba en el equipo

quirúrgico. Normalmente, habría dejado este tipo de intervención a alguno de los residentes, pero se ofreció a hacerla él mismo. Después de hablar con ella, una parte de él deseaba recompensarla por su fe en ellos. Ella confiaba en que fueran expertos y él no quería fallarle, iba a poner en ello su talento personal y su experiencia. Además, le apetecía la facilidad. Hacer algo rutinario podía ser un calentamiento para otras tareas más complicadas que tenía por delante.

En la mesa de operaciones, Maia Petrovna Maximova yacía de lado, anestesiada, con la boca abierta por un aparato con un agujero central, dispuesta a que le introdujeran el tubo del endoscopio. Los pacientes siempre parecían muy distintos en ese estado de vulnerabilidad; la personalidad que había mostrado la tarde anterior parecía haberse desvanecido.

La pantalla estaba justo sobre la cabeza de la mujer, a su derecha. Stanislav Nicoláievich, el nuevo ayudante, se colocó tras él. No es que hiciera falta su presencia, también él podía realizar la operación con los ojos cerrados, pero era su manera de marcar el territorio, de recordarle a Grigori que él era más que capaz de hacerlo.

Le presentaron el tubo y Grigori empezó a introducirlo por el agujero del abridor de boca. Lo empujaba despacio y firmemente, pendiente de hacerlo en poco tiempo, pero con cuidado de no rasgar ningún tejido. La pantalla se llenó con el interior de la boca y empezó el corto viaje, pasado el batiente de la epiglotis en el fondo de la cavidad bucal a medida que Grigori lo iba forzando suavemente hacia dentro. Maia, aunque inconsciente, dio unas arcadas, sus músculos respondían correctamente. Pasó la abertura de la laringe y las dos protrusiones de las cuerdas vocales, como dos colmillitos internos, hasta entrar en el esófago. Allí se detuvo, buscando algún cuerpo extraño. Finalmente alcanzó a verlo, un pedacito de cartílago encapsulado en la pared. Lo arrancó utilizando las pinzas que iban sujetas bajo la cámara, haciendo surgir un diminuto puntito de sangre. Sacó el tubo, depositó el fragmento extraído sobre un platillo de acero e introdujo de nuevo el endoscopio, para comprobar que no hubiera quedado ningún fragmento secundario, pero no detectó nada.

Misión cumplida. Le dio el tubo a la enfermera ayudante y se dispuso a marcharse para atender a otro paciente en el quirófano adyacente.

Le gustaba la rápida satisfacción que proporcionaban los procedimientos de rutina. No había que pensar y los riesgos eran siempre mínimos. La paciente quedaría libre de toda molestia. En un par de días habría olvidado por completo esa parte de su garganta y podría hacer vida normal. Nada en este trabajo carecía de interés. Nunca le resultaba aburrido. Cada elemento, por pequeño que fuese, tenía su razón de ser.

La hora siguiente la dedicó a instalar un catéter en un hombre de unos cuarenta y tantos años con una trombosis en la vena subclavia. Esta vez dejó que Stanislav lo cerrara, para demostrarle que si se había ocupado personalmente de la endoscopia no era porque desconfiara de su competencia.

Finalmente, antes de comer realizó la implantación de un *stent*. Normalmente, a esta hora tocaba música, pero aquel día no estaba de humor. Sin embargo, el cambio en la rutina tuvo su efecto en las enfermeras y en los jóvenes cirujanos. Se quedaron pensando a qué se debería aquel silencio.

Almorzó en el comedor con su viejo amigo Vasili Simenov, un endocrino. Grigori no solía comer demasiado, pero esta vez se lo permitió, por ser un día señalado. Vasili y él habían hecho el servicio militar juntos. Correr y limpiar las pistolas, correr y desmontarlas, montarlas de nuevo y correr un poco más. Su amistad se forjó mientras se apoyaban uno a otro en la escalada de las nevadas cumbres de los Urales, cargados con una impedimenta atada a la espalda que era la mitad de su peso corporal.

En cuanto había quedado vacante una plaza en su unidad, Grigori había hecho lo posible por que Vasili fuera trasladado. Fue una de las pocas ocasiones en que utilizó sus influencias para mover los hilos. Necesitaba a alguien en el hospital con quien pudiera ser él mismo, alguien que lo conociera de antes de ser quien era. Por supuesto, hubo comentarios del resto del equipo, pero se fueron acallando al cabo de unos meses, según Vasili fue dando muestras de sus capacidades.

Tras el almuerzo realizó un triple *bypass* que le llevó casi cuatro horas de lucha denodada; se sentía embotado por la comida y, en la última parte de la operación, sudoroso; la enfermera no dejaba de enjugarle la frente y de ofrecerle la pajita inserta en la botella de agua tibia.

Hasta que, finalmente, salió del hospital y se encaminó a los baños.

Ahora mismo, por tanto, Grigori necesita nadar más que nunca. Ha estado soñando con esa inmersión en el agua fría desde media tarde. Y ahora que está de pie al borde de la piscina, disfruta del momento, paladeándolo.

Nadará y luego volverá a casa y leerá un rato. Es su parte favorita del día, liberada ya su mente de los asuntos prácticos, apaciguado el cuerpo por el ejercicio.

La curvatura de su columna está modificada por una escoliosis idiopática, es algo crónico, la tiene desde su infancia. Funciona como un sistema meteorológico personal, dictándole el tono y el humor mediante sus fluctuantes actividades, y ese es otro motivo para la

rutina. Piensa en ella como una oferta de paz, una súplica para un respiro, un pacto secreto con sus problemáticas vértebras. Levantando los brazos por encima de la cabeza, describe en el aire una circunferencia. Se regodea en este momento, el momento antes de pasar a un nuevo estado, de lo aéreo a lo acuático. Los pelillos rubios ondean sobre sus miembros. Mete el estómago formando una curva cóncava y baja la cabeza entre los hombros, mientras flexiona sus pesadas piernas. Grigori corta el aire hasta sentir la masa de agua resbalando sobre él. Un cuerpo de agua. Siempre le ha gustado esa expresión: en las noticias, cuando el deshielo anega los territorios, o en los exámenes de geografía, cuando se le pedía que comparara el tamaño de lagos, mares, canales. Habitamos en cuerpos de agua -piensa cuando oye ese término- con todos nuestros fluidos y jugos. Tenemos una masa acuática propia: mareas, *maelstroms*, corrientes.

Una vez sumergido, da brazadas agresivas, alargando hasta el límite los brazos, estirando los dedos, rasgando la ondulada superficie, queriendo templar el agua o que esta lo temple a él.

Llega hasta la pared y da la vuelta como un experto, con los talones por encima de la cabeza; se propulsa con las piernas a través de la piscina girando el busto para enderezarse, como un torpedo bajo la superficie del agua.

En los primeros años de su carrera, cuando Grigori aún no era un médico experimentado, la piscina era para él una verdadera fuente de inspiración. Con frecuencia, si tenía algún paciente que llevara más de tres días sin diagnosticar, venía a sumergirse y esperaba allí que el agua le trajera una respuesta que, efectivamente, nunca fallaba.

Y además es un nadador excepcional, ya se ha corrido la voz entre sus conocidos. Hace poco se supo en el hospital una historia de su época de la mili, cuando sus compañeros y él dieron una gran fiesta en una dacha cercana a Zavidovo. Grigori se emborrachó tanto que no podía mantenerse en pie, así que sus compañeros lo tiraron a la piscina por seguridad, y Grigori se quedó allí flotando, sin ayuda alguna, el resto de la noche. Él no era capaz de recordar la fiesta, lo cual, dadas las circunstancias, no le restaba verosimilitud a la historia.

Por supuesto hubo mucho chismorreo en el hospital. Él sabe que no fue cosa de Vasili. Ninguno de los dos habla nunca de su época en el ejército, a nadie -es un acuerdo de honor entre ellos-, así que Grigori no tiene ni idea de cómo salió a la luz esa historia. Pero tampoco le importa. Puede que no sea malo que lo vean desde otro ángulo y no solo como su superior. Así recordarán que él es un hombre que cumple con su obligación, lo mismo que ellos.

Grigori nunca ha oído esa historia dentro de los muros del hospital. No ha sorprendido ninguna conversación a medias en el cuarto de enfermería, ni a los celadores bisbiseando delante de la máquina de

café. Pero sabe que está en circulación, igual que sabe cuándo uno de los residentes llega tarde a las visitas, aunque se cuele, o cuándo un cirujano joven duda de la localización exacta de un nódulo intercostal.

La avalancha de silencio mientras, con los ojos cerrados, escucha pasar los canales de agua por sus oídos.

Grigori entiende el poder de lo que no se dice. Progresar es hacerse más fluido en el lenguaje. Desde el día en que se percató de que las personas que ocupan posiciones de poder son capaces de mantener una conversación sin decir casi palabra, su estatus social se incrementó a ritmo acelerado. Aumentó su influencia al comprender lo que sus colegas -más jóvenes o más veteranos- no parecían entender, que el poder se agazapa en los silencios, en conversaciones susurradas en una esquina, en gestos contenidos: una inclinación de cabeza, un apretón en el brazo. Siempre le ha sorprendido que los hombres más poderosos que ha conocido hayan sido también los que manejaban mayor variedad de expresiones físicas, habilidad vital en un círculo donde un comentario malinterpretado puede acabar con la más prestigiosa de las carreras.

Estira los brazos por encima de la cabeza y los hunde en la superficie del agua, sus extremidades pasan del agua al aire, mientras le salen burbujas de la nariz. Tras unos cuantos largos las acciones se vuelven automáticas y el encuentro de la mañana emerge de nuevo. Vuelve a ver los zapatos, como un escuadrón de fantasmas.

No podría echar la cuenta -ni tampoco querría hacerlo- de cuántas vidas han sido segadas entre sus pacientes. Pese a no haberlo verbalizado nunca, ni siquiera para sí mismo, no es mera coincidencia que haya elegido un trabajo que valora la vida humana, en un país que siempre la ha despreciado sin ningún tipo de reparo.

Simples acciones físicas. Piernas y brazos. Torso y cabeza. No hace falta pensar, solo moverse dentro del agua. Coloca sus brazos a lo largo del cuerpo, chapotea suavemente con los pies y abre los ojos al espacio que lo envuelve, pautado en cerámica blanca.

Los antiguos silencios todavía hacen eco. El año pasado hubo un goteo de jóvenes que cruzaban las puertas con heridas de arma blanca. Las salas de urgencias tienen que atender ahora sobredosis de drogas. En ocasiones, durante los fines de semana, se producen peleas a puñetazo limpio en la zona de recepción. Los bares ilegales proliferan en las fábricas abandonadas o en los depósitos ferroviarios fuera de uso. La ira está empezando a rezumar. La gente ahora ya no tiene tanto cuidado con las cosas que dice. Grigori ve semáforos apedreados, señales de tráfico arrancadas. La propiedad pública solía ser algo casi sagrado, propiedad colectiva. Nadie la había tocado nunca. Eso también ha cambiado.

No siente rechazo alguno por el presente ni nostalgia por la

tradición; la ira es una presencia que hay que saludar. Todo el mundo, incluido él mismo, ha pasado demasiado tiempo negando lo evidente. Las injusticias se han ido acumulando en todas las casas.

Se impulsa fuera de la piscina, chorreando agua.

Sentado en la sauna está Zhíjov, el gerente del hospital, charlando con un conocido. Grigori sabe que el hombre no es amigo suyo por esa risa de Zhíjov, a carcajadas, con que está tratando de caerle en gracia.

El conocido de Zhíjov fuma un cigarro flácido. El humo sube y se junta con el vapor, las dos sustancias se entrelazan en un baile de salón. El pelo lacio le cubre la frente. Grigori le encuentra un aire familiar, algo que le llama la atención, su manera de mirar al techo mientras habla, el ritmo al que fuma. Hay algo.

Zhíjov levanta una mano y le saluda. Grigori es lo menos veinte años más joven que él y Zhíjov quiere ser visto a la luz de la fuerza de la juventud.

-Nuestro jefe del servicio de cirugía, el doctor Grigori Ivánovich Brovkin. Míralo bien. Tiene una brillante carrera por delante. Nada se le va a resistir.

Grigori ríe como se espera de él.

-Puede que tanta brillantez sea más bien cosa pasada.

Zhíjov levanta el pulgar mirando a su acompañante y hace un gesto con la mano.

-No te preocupes, Vladímir, no suele ser tan modesto. Este hombre… nunca he visto tanta ambición. Te machaca todos los argumentos racionales que le saques. Discutir con él es una pesadilla. Es una puta apisonadora.

El conocido parece desconcertado.

-Yo lo que le pido a mis cirujanos es que sean unos manitas. No me interesan especialmente las habilidades retóricas de los candidatos.

Grigori recuerda.

-Usted lo que quiere es un cirujano que sea capaz de extirpar un apéndice inflamado.

El hombre baja el cigarro y se queda mirándolo. Se toca automáticamente la limpia marca que corta la parte derecha de su vientre. Está intentando dirimir si Grigori lo ha mencionado porque se ha fijado en su cicatriz. Pero la forma en que lo ha dicho implica cierta familiaridad.

-¿Ha estado en Kursk? -pregunta tanteando. Grigori sabe que este hombre no suele estar así de inseguro. Es un hombre que sabe cosas de los demás. No está acostumbrado a que sean los otros quienes sepan algo de su vida.

-Sí, fui yo quien le operó.

-No lo recuerdo. Pero, realmente, en aquel momento casi no sabía

ni dónde estaba.

Le alarga una mano que Grigori estrecha.

-Tengo que darle las gracias, doctor Brovkin.

Zhíjov interrumpe.

-Vladímir Andreiovich Vigovski acaba de ser nombrado asesor del ministro de Industria y Energía.

-Entonces Kursk nos queda muy lejos a ambos.

Vigovski da una chupada larga al cigarro, aguantando el humo mientras considera su respuesta.

-Sí y no, camarada. Allí estaba a cargo de una central nuclear. Tenía que lidiar con cosas reales: equipamientos, procedimientos operativos. Llevaba la gestión de un edificio. En aquella época, cuando estaba enfermo, mi mujer recibía llamadas a todas horas, llamadas para pedir consejos, para preguntar cuándo me reincorporaría. Ahora, creo que podría faltar meses sin que nadie me echara realmente en falta. El departamento funcionaría perfectamente sin mí. Seguro que habría alguien encantado de poder ofrecer los consejos que doy. Estoy convencido, camarada Brovkin, de que usted nunca ha tenido esa sensación. Todos los días pasan por sus manos vidas humanas. Nunca habrá vuelto a casa preguntándose «¿qué sentido tiene?».

-Todos hacemos lo que está en nuestras manos, camarada. Es estupendo volver a verle tan saludable. No recuerdo las circunstancias de su caso, pero puede llegar a ser una operación complicada. Me alegra ver que se encuentra bien.

Grigori quiere volver a su parcela, cerrar los ojos, dejar que el vapor se filtre, pero se da cuenta de que Vigovski está interesado, que está preparando ya la próxima pregunta. No es conveniente suscitar desazón en Zhíjov, así que se queda.

-¿Siente que sus casos le pertenecen?

-Siento que soy responsable de ellos. Si una operación no va bien, ¿de quién va ser la culpa?

-Mucha gente culpa al destino.

-Sí, lo sé.

Una pausa. Vigovski es un hombre que sabe interpretar una pausa.

-Pero usted no es mucha gente.

Vigovski se vuelve hacia su colega.

-Tienes aquí un cirujano excepcional. Mi mujer no ha dejado de alabarle, y eso que en aquella época él no debía de tener más de doce años. Y que no es una mujer fácil de complacer, ya te lo digo. Al parecer le estuvo explicando todo con mucha tranquilidad. Recuerdo que estando ya en casa, en la cama, me dijo que podía haberse producido un tornado en el edificio y que el joven cirujano no se habría inmutado, habría seguido allí, contestando a sus preguntas.

Zhíjov se ríe, palmeando la espalda de Grigori, su cerdo ganador.

-Yo tengo buen ojo, Vladímir. Te vengo diciendo que tenemos el mejor equipo médico de toda la ciudad. Imagínate los resultados que podríamos conseguir si tuviéramos los fondos necesarios.

Grigori recuerda a la esposa de ese hombre. Hacía un gesto raro con la boca, una especie de desdén que dibujaban sus labios, y, aunque ese no hubiera sido el caso, podía verse por la ropa de calidad que llevaba que era la mujer de un hombre influyente.

Ha mentido al decir que no recordaba las circunstancias. Fue un momento crucial en su carrera. Puede recordarlo con todo detalle.

Cuando Vigovski ingresó en el hospital, su apéndice ya se había hinchado como un globo. Nadie quería hacerse cargo del caso. El paciente era un miembro destacado de la sección regional del Partido. Todo el mundo sabía que tenía relaciones al más alto nivel en Moscú. El menor error acarrearía las peores consecuencias para el cirujano y su familia. Hasta el personal administrativo temía ocuparse de su historial. Todos eran conscientes de que era más que probable que el órgano se perforara y que se produjera una peritonitis, que con frecuencia es letal. Así que desde lo más alto, los cirujanos se fueron pasando la responsabilidad de la intervención hasta que, finalmente, el historial acabó en manos de Grigori.

Unas horas más tarde, María se acercó a él en las inmediaciones de la sala de descanso, apoyó la fregona contra la pared y salió por una puerta de servicio. Grigori conocía sobradamente las señas de ella y entendió que debía seguirla, aunque lo estuviera esperando un paciente y uno de sus superiores le hubiera echado ya en cara que llegaba tarde. Se sentaron en el aparcamiento, ocultos por un Moskvich beis con un faro colgando. Ella llevaba un plumífero del que sobresalía su mandil de plástico, y de la redecilla de la cabeza se escapaban unos mechones de pelo que le bailaban sobre la cara. Despedía un fuerte olor a lejía.

-Andan diciendo cosas -dijo ella.

-¿Sobre mí?

-Por supuesto.

-¿Qué cosas?

-No me preguntes «¿qué cosas?», sabes perfectamente qué cosas dicen.

-Vamos, que quieres hablar del tema.

-Sí, quiero hablar del tema.

-Yo no puedo discutirlo. Tengo que respetar la privacidad del paciente.

-No lo hagas. Soy yo, no soy una extraña. Me preocupa tu

seguridad. No lo hagas. Dicen que es muy poderoso. Que su mujer se siente culpable por haber tardado tanto en pedir ayuda y anda buscando alguien a quien cargar con la culpa.

-Dicen muchas cosas.

-Pues sí. Yo las he oído y llevo aquí suficiente tiempo para distinguir los cotilleos de las cosas serias. Ahora, cuando hablan de ti, sacuden la cabeza. Les das pena. Piensan que eres el chivo expiatorio.

Grigori calló. Siguieron sentados en silencio unos minutos.

-¿Y tú?

-Pues también, eso les parece.

Y se callaron de nuevo.

Cuando discutían, ella se encogía sobre sí misma, se tomaba el tiempo de escoger sus palabras, de sosegarse. Era algo que él al principio admiraba: esa capacidad para expresarse perfectamente y estar al mismo tiempo enfadada. Más adelante acabó odiándolo. Ella siempre tenía respuesta para todo, aunque estuviera equivocada, incluso al final, cuando lo que hizo era imperdonable.

-¿Y por qué tú? ¿Por qué te tiene que caer a ti y no a otro cualquiera?

-¿Y por qué no a mí? Si lo demoramos mucho más puede morirse. Alguien tiene que tomar la decisión.

-Hay otros cirujanos con más pericia.

-No lo creo.

Ella lo miró, riéndose ante tanta arrogancia.

-Hay gente con más experiencia que yo, sí, pero no más capaz.

-Tú ni siquiera has acabado las prácticas. -Lo dijo con voz exasperada, casi sin resuello.

-Es una intervención rutinaria, la he visto hacer decenas de veces.

-Ah, bueno, ¡si la has visto hacer! Claro, en ese caso eres el cirujano más adecuado. «La he visto hacer», dice…

Grigori le puso la mano sobre el brazo.

-¿Tú confías en mí?

-Sí, pero no quiero que te arriesgues así. No quiero pensar lo que podría ocurrir.

-Soy médico. No puedo echarme atrás en esto solo porque me dé miedo. Yo soy cirujano y él necesita que lo operen, y, si no lo hago yo, no lo hará nadie.

-No tienes por qué ser tú.

-No tengo por qué, pero es así. ¿Tú confías en mí?

-Sí.

-Pues entonces…

Se dio unas palmadas en los muslos. No había más que decir.

Grigori no quería racionalizarlo, no quería convertir una decisión médica en algo que hubiera que sopesar desde el punto de vista del riesgo político.

-¿Cuándo será?

-Por la mañana.

-Me irás a buscar luego.

-Por supuesto.

-Ten cuidado.

-Sí.

Grigori la besó, un beso de consuelo, los labios de ella tenían un regusto a química; luego se encaminó al edificio, solo. Más asustado que nunca en su vida.

El sudor le corre a Grigori sobre los ojos, se lo limpia y se da cuenta de que la sauna se ha llenado. Frente a él, dos hombres sentados se cuentan historias. Uno de ellos parece acotar el territorio de su conversación moviendo el dedo en el aire.

Oye de nuevo la risa exagerada de Zhíjov, se vuelve y ve a Vigovski. Tras la operación, todas las responsabilidades recayeron sobre él. Se le permitió intervenir en los casos más difíciles. Amplió sus conocimientos rápidamente y los ascensos llegaron enseguida. Es increíble, piensa Grigori, lo que dependen nuestras vidas de cualquier incidente. Se levanta y alarga la mano para saludar.

-Me alegra verle de nuevo. Esta vez en mejores circunstancias.

Vigovski se levanta para estrechar su mano.

-Esperaba que se quedara. Me interesa que me cuente cosas de usted.

-Desgraciadamente, camarada, esta tarde no va a poder ser. No tengo más remedio que volver al hospital.

Grigori saluda con la cabeza a Zhíjov y se marcha.

En el despacho, Grigori no puede concentrarse. Se da cuenta de que ha pasado una hora entera mirando la misma página, como si las palabras se hubieran divorciado de él y flotaran sobre su conciencia. El estudio ha sido parte de su rutina durante tanto tiempo que es capaz de enfrascarse en los textos más densos sin desfallecer nunca. Normalmente, hojea una página, la escanea para captar lo más importante, una frase en mitad de un párrafo denso, toma unas pocas notas y pasa a la siguiente.

Pero hoy la cosa no funciona.

Levanta la cabeza y contempla la habitación.

Le gusta su despacho, sobre todo en este momento del día, arropado por la suave luz ambarina de su lámpara de mesa, con los

manuales y las revistas ordenadas cronológicamente sobre las oscuras estanterías de madera que cubren la pared entera, con las publicaciones más recientes junto a su silla, para poder cotejar el estudio de un caso sin tener que levantarse. Hay un sofá y una mesita baja en el rincón, que Grigori nunca utiliza. Todos sus títulos están enmarcados y dispuestos sobre la pared de enfrente, en orgullosa formación sobre tres archivadores perfectamente ordenados. Junto a la puerta, del otro lado del escritorio, están los únicos objetos personales de la habitación: tres fotos de hayas, la misma imagen tomada en momentos distintos del año, en un violento contraste de colores. Hizo esas fotos cuando él era un adolescente y la fotografía su obsesión. Una pasión a la que sigue prometiéndose a sí mismo que habrá de volver un día, si alguna vez vuelve a tener tiempo para ello.

Grigori se gira en la silla y mira por la ventana. Aún no es noche cerrada y se acerca al cristal para contemplar la vista, apoyando una mano en las gruesas cortinas azules. La ventana da sobre un parque. En el césped, dos amantes ruedan uno sobre otro. No parece un encuentro sexual, es más bien una voltereta infantil, y sus risas suben hasta la ventana.

La noche después de la operación, María y él vivieron una alegría parecida, una experiencia de desahogo por mutuo contacto. La había ido a buscar aquella mañana y la había informado de las buenas noticias, que la operación había sido un éxito, que el paciente se recuperaría, pero estaban en público, la conversación tenía lugar en las salas de ortopedia, cerca del cuarto de enfermería. Grigori solo pudo darle un mensaje escueto, sus miradas de pupilas dilatadas por el alivio hablaban por ellos. Cuando acabó su larga jornada, se reunió con ella en un jardín vallado próximo a su apartamento. Ella lo esperaba sentada en un banco. No había un alma en los alrededores. Él se puso en pie y la miró, como ajeno a la escena, como un espectador, absorto en su contemplación, mientras ella pateaba el suelo de frío e impaciencia. Al acercarse la agarró de las manos y se echó para atrás sobre la nieve, tirando de ella desde el banco y haciendo que cayera sobre él. Grigori aguantaba en sus manos el peso de sus hombros y su busto, sintiendo el volumen, la densidad de aquel cuerpo. Notaba el cálido aliento de ella en el cuello que le irradiaba hasta el pecho, mientras se iban despojando de capas de ropa. Todo sucedió lenta, deliberadamente. El fundirse en una sola piel, el buscar ansiosos la zona de máxima temperatura, el fluir de ella como aceite caliente en el hueco de la mano de Grigori. Hasta que, finalmente, ella lo envolvió en una aureola de condensación. Y así se unieron el uno con el otro como un bulto oscuro sobre un lienzo blanco que latía al unísono borrando los elementos individuales de cada uno.

Más tarde él fue posando su mano entreabierta sobre todas las partes de su anatomía mientras nombraba cada uno de los huesos que la conformaban. Manubrio. Ulna. Radio. Escápula. Y ella escuchaba las inflexiones de su voz y sentía vibrar las palabras en su oído, mientras ambos recuperaban, poco a poco, el aliento y la calma.

A lo lejos se oye el ulular de una sirena. Grigori mira cómo los amantes se levantan y se marchan, sacudiéndose uno a otro la hierba de la espalda mientras siguen riéndose. Abre la ventana y asoma la cabeza para refrescarse con el aire del atardecer. No debería estar todavía aquí. Sabe que esta tarde ya no va a trabajar más. De pronto, le entran ganas de ir a ver una obra al Kirov, pero ya es demasiado tarde. Le gustaría algo de compañía. Podría llamar a Vasili, tomarse una copa sentado a la mesa de su cocina, pero Vasili es padre de familia y es la hora de bañar a los niños. Además, seguro que la mujer de Vasili se acuerda de que es su cumpleaños. Resulta totalmente patético presentarse allí por no tener nadie más con quien pasar la velada.

No. Se marchará a casa y se irá a la cama temprano, hace siglos que no lo hace.

En el pasillo se encuentra a las visitas que salen de las salas, con los abrigos colgados del brazo. Tienen conversaciones serias: parejas, hermanos, padres. Se cuentan unos a otros sus impresiones sobre la evolución de los seres queridos, se dicen todo lo que callan ante el enfermo. Siempre mantenemos una actitud positiva frente a la debilidad. Grigori está harto de verlo. A la vuelta de cada esquina del hospital hay gente con la espalda apoyada contra la pared, llorando en silencio, con una mano sobre la cara, mientras sus acompañantes, de pie junto a ellos, intentan confortarlos tocándoles el hombro o el brazo. En las salas, los pacientes están muy callados. Dentro de un ratito retomarán las conversaciones, presentarán retrospectivamente a sus visitas, ofreciendo unas biografías resumidas: la carrera profesional del hijo; los hombres tan intolerantes que se busca siempre la hija; el hermano mayor que lo sigue tratando como si aún fueran adolescentes; los nietos que no acaban de llegar. Grigori pasa por la unidad de cuidados intensivos y se para a preguntar por la evolución de sus pacientes del día en el control de enfermería, es algo que hace todas las tardes. Todos están estables y han reaccionado bien, hasta ahora, a la intervención. Grigori decide rematar la jornada comprobando cómo va su paciente de la endoscopia y se dirige a la sala de otorrinolaringología. La enfermera le recuerda el nombre de la paciente, Maia Petrovna, y le señala la cama.

La paciente está sentada en la cama haciendo punto; las agujas marcan el tiempo.

-¿Es una bufanda? -pregunta él.

-Se suponía que iba a ser un jersey, pero todos se quedan en bufanda.

-¿No sigue usted un patrón?

-Me limito a seguir las agujas.

-¿Cómo se encuentra?

-Aliviada.

Deja el punto y se inclina hacia él con ademán conspirador.

-Se me vino algo a la cabeza, antes de la anestesia. Sabía que era un procedimiento de rutina, pero empecé a temerme lo peor.

-No se preocupe, es más habitual de lo que cree.

-No, no es eso. No es que me preocupara lo de irme al otro mundo, sino lo del funeral. No podía soportar pensar en los comentarios. «Murió por un hueso de pollo», vaya sino. Todo el mundo aguantándose la risa. Pensé que si tenía que morirme joven, preferiría que fuera de alguna enfermedad con nombre complicado.

Grigori sonríe.

-No estoy seguro de que se pueda elegir -le pone una mano sobre el hombro-. Buenas noches. Me alegra ver que todo va bien.

-Gracias, doctor, da gusto volver a la normalidad.

-Buena suerte con la bufanda.

-Debería desearle suerte a la bufanda, más bien; vaya a saber dónde acabará la pobre.

Grigori cruza el vestíbulo, lleno de gente que espera para ingresar. Los que no tienen silla se sientan pegados a la pared, ocupando todo el perímetro de la estancia. Se oye un coro de toses. En medio del pasillo hay un charco de té. Grigori pasa por delante, no es responsabilidad suya y, además, ya ha dado por terminada la jornada. Da tres pasos más y se detiene. No es capaz de pasar por alto el tema y vuelve al mostrador de admisión para pedirle a la recepcionista que busque algún auxiliar de limpieza que lo limpie. Cuando la ve hacer la llamada da media vuelta para marcharse.

Y ahí está ella, sentada en la primera fila.

Hablando con un niño rubio de pelo lacio.

Apartándoselo de la frente.

Lleva el pelo corto, un corte muy definido; sigue teniendo ese lustre negro, ahora con un extraño mechón gris. Las facciones son ligeramente más duras, en su cuello empiezan a aparecer los tendones. Está hablando con el niño, y Grigori se da cuenta de pronto de que se trata de Zhenia, el sobrino de ella, y de él todavía, al menos técnicamente; es una versión más crecida del niño que él conocía, está empezando a coger el peso de un chico adolescente, unos hombros más anchos, una cara más ancha. Las inflexiones de la voz de ella

mientras habla con el chico le van llegando como ondas, cálidas, sutiles, como ella misma.

María.

Dice su nombre en voz alta.

Ella se vuelve y le mira, y él se da cuenta de que ha sido una gran ventaja haberla visto primero. Ella no es capaz de controlar su reacción. Le cruza la cara un relámpago de brutal sobresalto, que se muda en suave placer, familiaridad.

-Grigori.

Él da un paso hacia ella.

-¿Qué haces aquí?

Ella indica a Yevgueni que levante la mano y él obedece, mostrando el quinto dedo rojo y tumefacto, probablemente una fractura.

-Me ha dicho que se lo ha pillado con una puerta. Lo cual, en clave, quiere decir que le han pegado unos chicos.

-Tenías que haberme llamado.

-No quería molestarte. Podemos esperar.

-Pasad dentro.

-Podemos esperar. Nos van a llamar enseguida.

-Pasad, por favor -Grigori se vuelve hacia Yevgueni-. A ver si conseguimos que te curen. Seguro que te duele.

-No duele tanto -dice Yevgueni dándoselas de valiente.

-¿Sabes quién es, Zhenia? Es Grigori. ¿Te acuerdas de él?

Yevgueni mira al médico. Lo recuerda llevando un regalo al apartamento. Una gran caja envuelta en papel. Pero no acierta a recordar qué había dentro ni cuándo sucedió aquello.

Grigori coge unos formularios de admisión, le indica a la recepcionista que se hace cargo del caso y los hace pasar por las puertas.

Caminan en silencio hasta la sala de rayos. Les resulta demasiado raro hablar mientras caminan. Y además el chico está delante; necesitan reconocerse a solas antes de poder hablar ante terceros.

Grigori se aparta un momento para cruzar unas palabras con el radiólogo y luego se vuelve a hablar cariñosamente con Yevgueni.

-Van a hacerte una radiografía de la mano. ¿Sabes lo que es eso?

-Sí, es una fotografía de los huesos.

-Eso es. Aquí Serguéi va a cuidar de ti. Tardará solo unos minutos. Cuando acabe, te traerá de vuelta con nosotros. ¿De acuerdo?

-Sí -asiente Yevgueni.

-Pues venga -dice Serguéi-, vamos a arreglarte.

Serguéi le ofrece la mano a Yevgueni, pero este no la acepta, así

que echa a andar seguido del chico.

Grigori le tiende a María los formularios de admisión para que los cumplimente; ambos se sientan y ella empieza a escribir.

-Está muy mayor. Ya no es un niño. Me ha costado reconocerlo.

Ella se toma un tiempo antes de contestar, comprueba que ha rellenado el impreso correctamente y luego lo deposita en una mesita a su lado. Se vuelve y le mira, acomodándose en el asiento.

-Sí. Dentro de nada será un adolescente. Los cambios de humor y la masturbación están al caer.

Grigori se ríe.

Una pausa.

-Sabía que podía encontrarme contigo -dice ella.

-¿Lo deseabas?

-No. Quizás sí. No lo sé -otra pausa-. Sí, quería verte. Para qué mentir.

-Me alegra que hayas venido. Tienes muy buen aspecto.

-Gracias, pero me sabe mal darte más trabajo. Ya tienes unas jornadas suficientemente largas.

-Estoy aquí, hablando contigo. No es trabajo.

-Bueno, gracias, de todas formas.

Otra pausa.

-He pensado en ti esta mañana cuando venía hacia aquí.

-¿De veras? ¿Por qué?

-Vi un par de zapatos de tacón alto. Los mismos que aquellos negros que tú llevabas siempre.

Está pensando en describirle la visión, pero se contiene. Sería demasiado difícil de explicar.

-Uno de esos recuerdos que le llegan a uno sin saber por qué.

A María le gustaría preguntarle si ha habido otros, si piensa en ella a menudo. En vez de eso, le dice suavemente:

-Feliz cumpleaños.

-Gracias.

-¿No hay una fiesta?

-Tú que crees.

-Podría ser. A lo mejor ha habido cambios y yo no me he enterado.

-No, nada de cambios. ¿Y tú?

Ella se echa para atrás y se frota el cuello, un gesto que hace cuando la conversación deriva hacia temas incómodos. Ambos conocen perfectamente sus respectivos códigos gestuales.

-Sí. Ha habido algunos cambios.

-¿Piso nuevo? ¿Trabajo nuevo?

-Estoy dando algunas clases, en Lomonosov, un par de días a la

semana. Sigo viviendo con Alina. Pero no me refería a eso.

-Ya lo sé.

La textura de su piel. Grigori puede evocar la sensación táctil solo con mirarla, es como si estuvieran perfectamente acompasados en un baile hace tiempo olvidado.

El techo está compuesto de placas cuadradas de gomaespuma, faltan un par de ellas y por el hueco se ve la negrura del espacio hasta el encofrado.

-He comprado una parcela. Estoy cultivando patatas.

-Bien -dice ella sonriendo-, me alegra. ¿Dónde está?

-En las afueras de Levsano. Voy los fines de semana, muevo la tierra y practico para cuando esté sordo y medio senil.

Ella se ríe con esa risa suya.

-Se ha convertido en un talento.

-¿Quién?

Ella hace un gesto con la cabeza indicando la sala de radiografía.

-Al piano. Es un prodigio reconocido. Están viendo si le dan una beca para el Conservatorio.

-¿En serio? -lo dice mirando a ver si está de broma, porque no le ha parecido por el tono.

-En serio.

-¿Así, de repente? Recuerdo que solía aporrear con satisfacción mi viejo piano de pared, como cualquier crío ante un teclado. ¿Y tres años después es un genio en potencia?

-Sí, es asombroso. Y lo que me pregunto es a qué me he dedicado yo entretanto.

-Parece tan descoordinado…

-Bueno, ninguno es muy atlético, la verdad, todo el día dándole a la tecla. Pero, al parecer, es un prodigio. Alina encontró un profesor en el barrio de Tverskoi. Es un viejo judío. Duro de pelar. Lo he visto durante las clases. El profesor toca algo y Zhenia se sienta al piano y lo repite. Directamente. Sin dudar. Sin partitura.

-¿Así sin más? ¿Sin nada?

-Sin nada. Me paso el día luchando contra la envidia. Estamos ahorrando para comprarle un piano.

-¿Me estás diciendo que el chico ni siquiera tiene un piano?

-Sí, cuando digo que es un prodigio, no estoy exagerando.

Grigori se alisa el pelo con la mano. Ella se da cuenta de que se ha puesto de mal humor.

-¿Cómo no me has pedido el mío?

-No fui capaz.

-Pero el chico lo necesita. Sabes que apenas puedo tocar; el piano

está ahí llenándose de polvo. ¿Tanto miedo me tienes que ni siquiera puedes llamarme por teléfono?

-No es miedo. Por supuesto que no. Pero pensé que tal vez te habías mudado. O que ahora podía haber alguien que lo tocara. ¿Cómo iba a pedirte nada?

-No hay nadie más -la voz es cortante.

Pausa.

-De acuerdo, gracias. Lo siento. No tengo derecho a ser posesiva. No te enfades.

-No estoy enfadado.

Otra pausa. María espera a que se le pase el mal humor.

-Me pregunto si eres feliz -dice María.

-No soy desgraciado.

-No es lo mismo.

-No, no lo es.

En el extremo del corredor se abre una puerta y Serguéi les hace señas.

Le tiende a Grigori una hoja de acetato.

-Es una fractura limpia del metacarpo.

Grigori la levanta a contraluz para confirmar y luego se la alcanza a Yevgueni.

-Echa un vistazo.

Yevgueni mira la radiografía.

-¿Es mi mano?

-Es tu mano. ¿Ves la línea negra, al final del quinto dedo?

-Sí. Entonces ¿tengo el hueso roto?

-No te preocupes. Volverá a la normalidad dentro de unas semanas.

Grigori manda a Serguéi a por unos analgésicos y entran en una sala de curas. Toma una férula metálica de una de las cajas azules alineadas en el estante de la esquina. Se parece a las pinzas del bolso de la madre de Yevgueni, pero en más gruesa. Grigori le pide que se siente y luego la desliza con cuidado a lo largo del dedo, sujetándola con esparadrapo.

-Nada de piano durante un tiempo.

-Ya lo sé.

-¿Te preocupa?

-No -contesta. Luego se vuelve a ver si la tía se lo va a contar a la madre, pero ella está mirando la habitación, como si no se hubiera enterado.

Grigori alarga la radiografía al chico.

-Guárdala. Ponla en la pared de tu cuarto. No hay muchos chicos que tengan una foto de sus huesos.

Yevgueni le dirige una sonrisa.

-Gracias.

Serguéi llega con una cajita de plástico con pastillas y luego vuelve a marcharse guiñándole un ojo a Yevgueni.

Se despiden en el aparcamiento. Grigori se ha ofrecido a acompañarlos al metro, pero María se niega. Él se da cuenta de que es mejor no discutir. Le da a Yevgueni un apretón de manos en la mano buena y le dice que tenga cuidado y que mantenga limpio el vendaje. Abraza a María, su cuerpo tan cálido escabulléndose entre sus manos. Se separan, dubitativos, y Grigori se lleva la mano al bolsillo para buscar la caja de plástico y se la alcanza.

-Dale una si no puede dormir. El dolor debería pasar en unos días.

-Gracias.

-Lo del piano, no tienes más que llamarme.

-Sí.

-Ya sabes dónde estoy, ven a verme.

María recoge sus palabras, da media vuelta y desaparece en la noche. A su lado va Yevgueni mano en alto, mirándose el vendaje.

Hay un despertador pequeño sobre la taquilla junto a la cama del chico, pero hoy el timbre no romperá el silencio, un silencio que se prolonga desde la semana pasada. El chico despierta y se queda mirando la aguja grande, que va trazando su círculo hasta que llega al cinco y le da licencia para salir de debajo de las mantas y entrar en la luz del alba.

Esta mañana la luz es diferente. Una mezcla de malvas y amarillos, de granas amoratados que, por un momento, lo llevan a pensar si no se habrá dormido: sin duda ya ha amanecido. Siente una crispación repentina, la sensación de culpa que ya conoce cuando en otras ocasiones se ha despertado tarde para ir a la escuela o a ordeñar, el pánico que invade sus músculos cuando el tiempo le ha arrebatado unos minutos o unas horas valiosas. Se sienta en la cama para mirar el reloj y su cerebro lo tranquiliza devolviéndolo a una postura más relajada. El reloj siempre da la hora exacta y, de no ser así, su padre habría venido a despertarlo, cogiéndolo suavemente del tobillo.

Artiom tiene trece años; por fin ha llegado a la edad en que puede levantarse con su padre, llevar un arma y escuchar cómo hablan los hombres cuando están entre ellos. No tiene aún edad de participar en la conversación -es consciente de ello-, pero algún día, también eso llegará.

Es una hora desconocida para él, la de antes del amanecer, la hora en que no se necesita hacer nada excepto pensar. Hasta esta primavera, su vida era solo actividad, comer o preparar comida, llevar a las vacas por las irregulares veredas, alinearlas para el ordeño y luego volver otra vez con ellas. Días eternos, marcados por el trabajo, la escuela y el sueño. En ocasiones podía haber una fiesta, el Día de la Victoria o el Día del Trabajo, y entonces iban a pie hasta la isba de los Polovinkin y se reunían con otras familias del pueblo. Allí, Anastasia Ivanovna tocaba la balalaika y los hombres cantaban canciones del ejército, en tono bajo y solemne, hasta que alguien encendía la radio y todos se desperdigaban bailando por la vereda o, si estaba lloviendo, se quedaban en el porche chocándose unos contra otros y riéndose. Pero eso sucedía solo en contadas ocasiones, tal vez tres veces al año, que se reuniera todo el pueblo, un pueblo de veinticinco familias.

La primera mañana, era lunes, cuando se despertó a las cuatro, comido de ansiedad, no fue capaz de pensar en nada, pero decidió no levantarse. Su hermana mayor, Sofía, dormía a menos de dos metros y

no habría estado bien despertarla antes de tiempo. Además, sus padres dormían en la habitación de al lado y el padre se habría levantado, se habría vestido y se habría enfadado con él por añadir una hora más a una jornada ya muy larga. Cabía la posibilidad de que le castigara sin salir y que tuviera que esperar otro año más para cazar urogallos con los hombres. Llevaba tanto tiempo pidiéndoselo al padre que esperar otro año hubiera acabado con su alegría dejándolo mustio y resentido.

Así que, esa primera mañana, se limitó a quedarse tumbado y a mirar cómo subían y bajaban las mantas de Sofía, y cómo el despertar del cielo iba vertiendo lentamente una aguada de luz, una luz que ascendía por las paredes y se desparramaba sobre sus ropas pulcramente dobladas en las dos estanterías de la pared opuesta.

Qué raros los colores que ve ahora, tan distintos de los de otras mañanas, cómo se filtran por los cristales, haciendo que todo en la habitación luzca precioso, como si mientras dormían la hubieran cubierto de opulencia. Sus raídas camisas parecen de pan de oro; las paredes, de ricas, exóticas maderas. Intenta pensar en una palabra para describir esa visión a su madre cuando se sienten a cenar aquella noche, pero todavía no conoce esa palabra. Cuando ella se la dice, más adelante, él la repite en silencio, «fosforescente», y para formarla sus labios se mueven como los de un pez mientras come.

Piensa en su abuela, que murió este invierno. Su padre sacó la puerta de sus goznes, la colocó sobre la mesa y puso a la abuela encima. Un ritual simple que alivió a Artiom del agobio de aquellos días. Al verla así expuesta, parecía que el momento no fuera tan final como él esperaba. Aunque su piel hubiese adquirido una tonalidad verdosa y su frente estuviera tan fría como las piedras que Artiom recogía del suelo antes de arar la tierra. Aquella noche, cuando llegó su turno de velar a la difunta, se pasó todo el rato mirando la luz de la vela que bailaba sobre la pintura desconchada de las tablas y el hierro torcido del pasador. La luz brillaba como esta de ahora, vibrando suavemente en los perfiles de las cosas.

Cuando por fin la aguja salta a la posición esperada, Artiom se levanta, agarra su ropa y se cuela en la cocina. Se pone los pantalones sobre la ropa interior, se ata las botas, echa unos cuantos troncos a la estufa devolviéndola a la vida y sale para el pozo.

Primavera. El airecillo es fresco. A su alrededor todo está creciendo, la vida se siente en todas partes, en las flores y en los trinos de los pájaros, todo cubierto por un manto pálido de rocío. Deja caer el cubo, lo sube y se echa agua fría en el pecho y los sobacos, con su vello ligero recién adquirido, e, inclinándose sobre el brocal del pozo, se vacía el cubo sobre la nuca, de forma que el agua le corre del cuello a la cabeza hasta volver a juntarse en la coronilla y caer de nuevo a su lugar original formando un sinuoso trazo.

De pie ante el pozo se limpia el agua de los ojos, que le resbala hasta las mejillas, y sacude la cabeza mientras nota el frío que le punza la piel.

Al abrir los ojos el cielo fluye en sus retinas, un cielo de profundo color carmesí. Es como si la corteza de la tierra se hubiera dado la vuelta, como si la lava fundida colgara ingrávida sobre ella. El chico mira la profundidad del cielo, mira más lejos que nunca, más allá de los confines del universo.

Artiom alcanza a oír el sonido amortiguado de conversaciones en el camino y ve el vaho subir por encima de los setos. Vuelve a la cocina, donde su padre se ata las botas. El chico se cubre con una camisa y se la va frotando contra el cuerpo, enjugando las gotas de agua que todavía quedaban prendidas de la piel. Se pone un jersey de lana, se enfunda en un abrigo y un gorro y se pone unos mitones en las manos.

-Ya verás, menudo cielo hay -le dice a su padre-. Menudo cielo.

-Es el mismo cielo bajo el que hemos vivido toda la vida. Solo que está de distinto humor.

Artiom coge la gran jarra de leche de la nevera y llena dos botellas, luego las cierra y las envuelve en un trapo húmedo antes de meterlas en su morral. Su padre le alarga una caja de cartuchos y la escopeta, que ya ha dejado abierta por seguridad, de forma que las dos mitades caen sobre su brazo, como si lo envolvieran. Su padre le hace un gesto con la cabeza, que es un recordatorio tácito de las prácticas de seguridad que le ha explicado: llevar abierta la escopeta salvo que esté cargada; mantener los cartuchos secos y en su caja; no apuntar nunca con la escopeta a nada que no sea el cielo o el blanco.

Se reúnen en silencio con los hombres, sus pisadas hacen crujir la tierra compacta. Artiom conoce a esos hombres de toda la vida, los conoce de momentos de alboroto, risas y canciones, pero en estas mañanas, los hombres rinden homenaje al reposar de la tierra, fumando a la vez, despegando los labios solo para saludar calmosamente o para sugerir un cambio de dirección cuando se avista un pájaro.

El chico anda un poco a la zaga de los hombres, a la cola del apiñado grupo. Le gusta abrir y cerrar la escopeta, disfrutando del tranquilizador «clac» que se produce al encajar el delicado mecanismo metálico. Corre el cierre, abre el cañón y lo vuelve a cerrar; el sonido indica que todo encaja en su lugar. Está seguro de que a su padre ese hábito no le haría gracia, así que guarda las distancias, reservándose el placer para sí mismo.

Toman la misma ruta que otras mañanas, giran a la izquierda pasada la casa de Scherback, cruzan el paso de ganado sobre la cacera y se adentran en los campos cercanos a la charca donde el urogallo

habrá vuelto de nuevo, ajeno a la mortal lección de la pasada madrugada.

Su padre le enseñó a disparar hace solo dos semanas. Fue el martes a la tarde, cuando volvió a casa con la otra escopeta. El chico sabía que se la había dado uno de los hombres del koljós -la granja colectiva- a cambio de que hiciera unos cuantos turnos más; lo cual, a su vez, obligaba a Artiom a tratar la escopeta con especial reverencia; era la prueba de que el padre estaba dispuesto a trabajar por ello, a trabajar por él. El padre la llevó a casa, pero no dijo lo que le había costado. Visto desde fuera, podía parecer que había encontrado aquello colgando de algún seto al final de la vereda, que había sido un mero golpe de suerte que vino a interrumpir un día por lo demás tan banal como cualquier otro.

Pero Artiom sabía que no había sido así.

El padre le enseñó cómo apuntar con la escopeta, le mostró las distintas posturas según estuviera arrodillado o de pie, y cuando el chico finalmente fue autorizado a disparar su primer tiro contra una pelota de fútbol desinflada que habían colgado de una rama, se quedó anonadado ante la fuerza de retroceso del arma, a pesar de que ya contaba con ello, puesto que había sido advertido, y había apoyado firmemente la escopeta en el hueco del hombro y la clavícula. El comprimido poder de un arma. Eso significaba tener poder entre las manos.

Al cruzar el segundo campo, Artiom cambia subrepticiamente el paso, camina y dibuja una trayectoria en curva para poder acercarse a algunos de los bueyes desperdigados que rumian perezosamente sobre sus patas en el aire de la mañana. Le gusta frotarles los flancos, sentir vibrar en la yema de los dedos la vida que se agita bajo su superficie peluda. Le gusta esa concentrada masa de músculos bajo la piel de las bestias. Cuando era más pequeño, sus amigos y él les daban fuertes puyazos, esperando alguna reacción, pero nunca consiguieron suscitar nada más que alguna una mirada apática.

Artiom pasa la mano por la cabeza del que está más cerca y nota el rocío de la mañana resbalando entre sus dedos, el calor que emana del cuello del animal. El rocío hoy parece distinto, como si tuviera una finísima textura. El chico se mira la punta de los dedos y las ve recubiertas de líquido. Fija la mirada en el cuerpo del animal y observa un reguero de sangre que mana lentamente de sus oídos, goteando hasta la hierba. Comprueba que al buey de al lado, tres metros más allá, le pasa exactamente lo mismo.

Duda si debe llamar a su padre, que ahora está casi fuera del alcance de su voz, pero es una decisión bastante fácil de tomar; aquí el ganado es importante: la diferencia entre la vida y la hambruna, lo sabe desde que era pequeño. Su padre oye el grito y se detiene,

irritado, pero luego vuelve tras sus pasos hasta donde está el chico. El hijo de Andréi siempre ha dado muestras de buen juicio: si considera que vale la pena detenerse por algo, merece, al menos, que se tenga en cuenta. Los demás hombres muestran tan poca prisa como las bestias; hurgan en los bolsillos, encienden otro cigarro, miran y esperan.

Los animales son de Vitali Serbak. Aunque todos los hombres trabajan en el koljós, cada uno de ellos tiene un acre o dos de tierra propia en la que crían algún ganado. El invierno que viene estos animales estarán envueltos en papel de periódico, amontonados en viejos frigoríficos o empaquetados bajo el barro endurecido. De momento, sin embargo, están ahí en medio, absortos, rumiando, mientras miran a Andréi Yaroslavovich y a su hijo que andan entre ellos, viendo cómo levantan las cabezas al sol de la mañana.

Cuando Andréi vuelve consulta al grupo y deciden que dejarán dormir todavía una hora a Vitali. Habrá que ocuparse de los animales, pero no parece que estén muy mal y el vecino puede seguir descansando. Sin embargo, la noticia es motivo de conversación durante el resto de la expedición, con todo tipo de murmullos. Especulan sobre qué será lo que ha causado que toda una vacada se ponga a sangrar así. Artiom se siente orgulloso, se ha ganado unos grados más de respeto, un chico que sabe fijarse en esas cosas pronto será un hombre y no tardará en poder gastar bromas y hacer comentarios por sí mismo.

Se acurrucan en una zanja y él mira el cielo una vez más. El magnífico, turbio cielo, que se cierne ominoso sobre la tierra e iguala todas las cosas en su insignificancia.

Los hombres cargan las escopetas y se plantan sobre sus piernas. Cada uno de ellos apunta a un ave y se prepara para disparar. Un tiro aislado espantaría a la bandada y dejaría al resto de los hombres maldiciendo por la oportunidad perdida. Dispararán en grupo, lo mismo que trabajan en grupo, beben en grupo, viven en grupo. Esta es la parte favorita de Artiom, ese momento antes del momento, cuando puede sentir que la concentración se difunde de un modo uniforme entre los hombres que exhalan simultáneamente el vaho de su respiración matutina, respirando juntos, existiendo juntos. Una voz sofocada anuncia -«preparados»-; no es una pregunta, sino un aserto de su estado colectivo, y suenan los disparos, dos rondas cada uno, rompiendo el silencio como un puño que atravesara un panel de cristal.

Son tiros expertos, todos han hecho el servicio militar. Todos consiguen hacer blanco, menos el chico, que todavía tiene que acostumbrarse a la sensibilidad de la escopeta: el cañón baila ligeramente entre sus ojos, describiendo un circulito irregular. Todo sucede como cabía esperar.

Son los momentos siguientes los que marcan el comienzo de algo singular, un sesgo en el equilibrio del orden natural, un momento cuyo relato habrá de volver de forma obsesiva en mil conversaciones en su vida futura.

Inmediatamente después del primer disparo, el urogallo revolotea en el aire, pero en vez de deslizarse en un rápido y limpio vuelo rasante sobre la tierra, hoy remonta y luego cae tambaleándose al suelo. Otros pájaros sobrevuelan unos cuantos metros y se estrellan contra el suelo, rodando como borrachos en un torpe y vacilante colapso de alas y patas.

Los hombres recargan y disparan, pero pronto se detienen, sintiendo todos ellos un creciente malestar ante el absurdo espectáculo que presencian. Salen de la zanja y marchan por el campo y dan vuelta a los cuerpos muertos, mientras las aves que han quedado vivas siguen girando sobre la hierba, desorientadas. Artiom saca un saco del morral y recoge la caza como ha hecho otras mañanas, pero su padre le dice que la tire, que esos pájaros no se pueden comer.

Ellos han vivido la mayor parte de sus vidas en este pequeño trozo de tierra. Conocen los ciclos de crecimiento y temporada, la disposición de la naturaleza, sus costumbres y sus humores. Y ven perfectamente que en esto, en los extraños acontecimientos de la mañana de hoy, hay una disonancia. En el camino de vuelta a casa, a la familia dormida, van considerando esa extraña mañana, preguntándose si lo que ha pasado los alcanzará también a ellos, a los humanos que viven en este lugar. Y saben que esto, como todo en la vida, se manifestará con el tiempo.

En la central nuclear de Chernóbil, a diez kilómetros del chico dormido, mientras las agujas del despertador iban avanzando milímetro a milímetro entre las dos y las tres, partículas ardientes de grafito y plomo y enormes pellas de acero líquido ascendían fulminantes en la noche guareciéndose en los tejados adyacentes al Reactor n.º 4. El fuego extiende el fuego que extiende el fuego, arrasa el asfalto y el hormigón, se cuela por los recovecos, a través de los techos, se arroja por el hueco de las escaleras, se traga el aire. Los elementos se deshacen a lo loco en el ambiente: xenón y cesio, telurio y yodo, plutonio y kriptón. Invisibles, liberados en los coletazos de las chispas volubles. Gases nobles expandiéndose por la noble tierra. Flujos turbulentos de neutrones y rayos gama se escapan hacia lo alto, laten en el cielo y sobre la tierra, los átomos entran en colisión contra átomos y se extienden por todo un continente.

En la sala de control, los operarios miran la pantalla de cristal inflarse, hasta tensar al máximo sus bordes, y luego retraerse para volver al ataque, incrustando las partículas en la piel, las paredes, los suelos, alojándose en puertas, teclados, cuellos, labios, palmas. Ven cómo las barras de control se levantan en ángulo recto en el suelo del vestíbulo central del reactor, docenas de barras muy pesadas que huyen de la gravedad y del orden y aprovechan la ocasión para elevarse sobre todo aquello para lo que se crearon, sobre todo lo que han conocido.

Las vigas de acero se comban y se encorvan. Un registro de barítono en el metal retorcido, acompañado de la oscuridad de un bajo en la reverberación explosiva.

Por todas partes agua, agua que borbotea desde los conductos de ventilación, escala los muros de separación, corre por los pasillos. El vapor llena los sentidos. Un muro de vapor, una habitación entera de vapor sube por los agujeros de la nariz y las orejas, se filtra por los ojos, baja por las gargantas ahumadas. Los hombres hunden los brazos en el vapor, los brazos aletean mientras las piernas andan o ceden. Las bombillas explotan, ahora no hay más luz que la de las brasas; destellos azulados de los sistemas eléctricos que escupen sus quejas.

Los directivos se levantan, atónitos. Hay una tarea, una función. ¿Qué hay que hacer? Sin duda tiene que haber un botón, algún código, un procedimiento, siempre hay un procedimiento. Milagrosamente, encuentran el manual de operaciones, empapado

pero utilizable. Localizan el apartado correspondiente. Hay un apartado. Los oídos taladrados por la sirena de la alarma. Los ojos deshechos en lágrimas. El apartado. Hojean el manual. Epígrafe: «Procedimientos operativos en caso de fusión del reactor». Un bloque de tinta negra, dos, tres, cinco, ocho páginas en negro. Todo el texto ha sido tachado, párrafos enteros ocultos bajo gruesos trazos negros. Un suceso así es inadmisible, es inconcebible, ¿cómo va a planearse, si no puede ocurrir? El sistema no fallará, el sistema no puede fallar, el sistema es la gloriosa patria.

Los trabajadores salen del comedor y de los vestuarios y corren por los pasillos inundados, donde los ventiladores arrojan torbellinos de polvo y gas. Todo está bañado por la luz incandescente de las lámparas de emergencia. Llevan batas blancas de laboratorio y gorritos blancos atados a la cabeza, como si fueran pinches de cocina. Están en un cuadro, en una película, en ese monstruoso paladar en negro y rojo, luces y sombras. Corren por las entrañas del edificio topándose con cuerpos colapsados: hombres echando espuma por la boca, arrastrándose sin fuerzas por el suelo. La radiación ya se ha abierto camino entre sus células tachonando la piel de oscuras manchas. Sus rescatadores los sujetan para ponerlos en pie, metiendo las manos bajo las axilas y levantando esos cuerpos laxos como marionetas. Se los cargan a la espalda y bajan penosamente las escaleras.

Uno de ellos recuerda que hay un botiquín de primero auxilios en el Sector 11, tres puertas más allá de su antigua oficina. Llega a la habitación, pero la puerta está cerrada; le lleva unos minutos echarla abajo, unos minutos preciosos. Sabe que la radiación debe de estar alcanzando niveles letales. Finalmente, la puerta se viene abajo y él entra en un cuarto rodeado de estanterías metálicas, con una camilla en medio. No hay nada más. No hay yodo ni medicamentos. No hay vendas. No hay pomadas para curar las quemaduras. Unas estanterías de metal y una camilla de acero. ¿Para qué proveer un cuarto de primeros auxilios en un edificio donde nunca puede suceder ningún accidente?

Fuera, los bomberos llegan en mangas de camisa. Ninguno ha pensado en traer protección contra la radiación. Ninguno ha oído tan siquiera hablar de ello. Hay focos pequeños de fuego por doquier, pero se centran en una gruesa columna de humo que se alza treinta metros hacia el cielo. Dos de ellos caminan hacia el tejado adyacente para hacerse una idea de los daños y pisan el asfalto deshecho. Se sacuden los pegotes de grafito hirviente de las suelas en lo que queda del vestíbulo del reactor. A través del humo ven la cubierta superior del blindaje biológico del reactor, una losa ciclópea de hormigón de varios miles de toneladas, que parece la tapa de un frasco de

mermelada. La ven apoyada sobre el borde de la cámara, retorcida, ahí tirada, como si el dueño se la hubiera dejado abierta por atender al agua para el té o a alguien que llamara inesperadamente a la puerta. Los hombres consideran la magnitud de aquello, lo más gordo, y se sienten más pequeños, menos fuertes, ahí de pie en mangas de camisa, testigos de la fuerza primigenia de esta misteriosa energía.

Cuando vuelven, se encuentran con que ha llegado el ejército y que están organizando a los bomberos en grupos. Los hombres de uniforme les pasan unas mascarillas de fina tela blanca. Con el calor, el polvo y el sudor, no tardan más que unos minutos en caerse, y los hombres las tiran a media faena, así que ahí pueden verse, semanas después, rodando por el complejo o colgando con un ademán de culpabilidad de las alambradas.

Se sacan las mangueras de los carretes y se llevan a los focos de ignición primarios. Hay cinco camiones que van y vienen desde Prípiat saciando su sed en las aguas del río. Los hombres suben a los tejados con las escaleras, entre hierros contorsionados y hormigón desintegrado. Trepan sobre impotentes torres de tensión y viguetas de acero ya sin función alguna, que apuntan sin sentido hacia el cielo. Son hombres valerosos y eficientes, que no tardan en controlar explosiones menores que se van produciendo. Vuelven al camión de bomberos y vomitan. Estos hombres, con sus arcadas, dan a la escena un carácter de coreografía combada: hombres doblados sobre sí mismos, técnicos de laboratorio, bomberos, militares arrojando el contenido de sus cuerpos en el trémulo paisaje. Se les queda en la lengua una sensación caliente, metálica, como si se hubieran pasado la noche chupando monedas. Se pasan las mangas por la lengua, pero el sabor persiste.

Se sienten tan solos, no solo como individuos, sino también como colectivo. Aquí, en este campo, en el último rincón del mundo, no hay multitudes alarmadas que confirmen sus miedos personales, ninguna concentración masiva en la que compartir el terror, solo una incesante sensación de aprensión, de malestar.

Ahora hay cientos de hombres ahí fuera; muchos están parados, sin saber bien qué hacer. Nadie huye del escenario. Están parados en grupo, pero nadie habla. La conversación parece fuera de lugar. Alguien llega con una caja de agua embotellada de uno de los otros reactores y los hombres la agarran y se la dan a los que están en el suelo. Sujetan contra el pecho las cabezas de sus compañeros y les echan el agua despacito en la boca.

Han llegado algunos médicos locales, estupefactos ante el espectáculo, pues tienen conocimientos para intuir las consecuencias que traerá esta mañana. Organizan unas mesas de atención en el perímetro de la planta y dispensan todo el yodo del que disponen,

miran las pupilas con la linterna, controlan el ritmo cardíaco, extienden gasas y ungüentos sobre quemaduras cada vez más rabiosas. Llaman a ambulancias de todos los hospitales de los alrededores y aúllan que se trata de una emergencia ante la impasibilidad de celadores castrenses.

Algunos hombres se quedan de pie y fuman, pese a las náuseas, porque qué van a hacer si no.

Los bomberos se abren camino hasta el tejado contiguo al vestíbulo del reactor central, que ahora es el único que sigue ardiendo. Tienen los ojos inflamados y la cara salpicada de lágrimas que caen en muda protesta por la ponzoña que corta el aire. Se sienten vacilantes, confusos por la vomitona, pero hay un trabajo que hacer, los han llamado para hacerlo y lo hacen.

Los oficiales del ejército por fin han reconocido los riesgos de la exposición y se ajustan a los procedimientos. Separan a los hombres en cinco grupos, con una manguera por grupo. Dos hombres llevan la manguera durante no más de tres minutos y luego toman el relevo sus compañeros. Los hombres van y vienen corriendo sobre el largo tejado, echando los pulmones por la boca, intentando no dejarse llevar por la compulsión de aspirar grandes bocanadas de aire cuando llegan a su destino. Los que los observan desde la distancia ven las siluetas de unos hombres encorvados contra el cielo del amanecer, moviéndose con una regularidad que resulta casi reconfortante, ida y vuelta, todos ellos envueltos en el humo que todo lo envuelve, porfiando en su empeño, aguantando.

Las ambulancias no dejan de hacer viajes, salen conductores desde Zhitomir y Chernigov, desde Kiev y Rechitsa, Mazir, Gomel y, cuando vuelven, hay militares de guardia a la entrada de los hospitales, que impiden el acceso a los vehículos contaminados al personal no estrictamente necesario.

Solo se oye el alarido continuo de las sirenas, una mezcla de todo tipo de frecuencias, y cómo aumenta o decrece su potencia según van acercándose o perdiéndose en la distancia. Un ulular de sirenas desde el amanecer hasta el mediodía.

Otra reunión interminable. El sonido de papeles arrugados. Intervenciones aburridas. Grigori está sentado en la sala de la junta directiva del hospital en la reunión semanal de los jefes de servicio. Cada uno tiene su asiento asignado, todos llevan el mismo traje que llevaban el sábado pasado, el sábado antepasado y el anterior al antepasado. Está sentado, escuchando, y ha perdido la noción del tiempo. Estas reuniones pueden durar horas: un orador tras otro, todos con el mismo discurso, todos tirándose el rollo.

El único elemento de cambio en estas sesiones es el espectáculo de las estaciones al otro lado del cristal. Después, Grigori suele coger el coche para ir a la parcela y agarrar un puñado de tierra. Hoy tiene que darle una vuelta a las patatas, compactar los caballones que cubren los brotes de los tubérculos. Un placer sencillo que ofrece la primavera. Abril. Un cálido sábado de abril. No ve el momento de estar allá afuera -entre la llovizna y los pájaros-, fuera, donde las cosas son cosas -las patatas que crecen, el rastrillo, las botas de goma-, donde el lenguaje es real y está hecho de nombres consistentes, y no es algo retorcido para complacer a tu superior o al superior de tu superior, y suma y sigue en toda esa secuencia de cuidadoso maquillaje de la realidad.

Del otro lado de la ventana hay un pequeño lago artificial con una fuente de un solo caño que va marcando el liso cristal del agua estancada. Grigori se pregunta si debería comprar un aspersor para las plantas de tomate, si se avecina un verano caliente. No ha dejado de preguntárselo todas las semanas desde que empezó el mes de febrero.

Zhíjov va recapitulando, la reunión está a punto de acabar. Grigori podría formular ya las palabras de su conclusión: «Los índices de trabajo son todos satisfactorios y estamos llevando a cabo con éxito todas las tareas planeadas». Hace unos meses, a la hora de la comida, Vasili compuso una melodía para acompañar esas palabras y, al oírlas, a Grigori le viene de nuevo la musiquilla a la cabeza, un detonante inconsciente que corrobora su desprecio por Zhíjov. Las hojas de los balances tienen prioridad sobre los pacientes, se compra equipamiento de menor calidad porque aparenta bien, aunque acarree problemas médicos evidentes, todas las decisiones médicas están absolutamente supeditadas a los caprichos y protocolos de las directivas de la administración.

Mientras sus colegas reúnen sus papeles, levantándolos en vertical

sobre la mesa y apilándolos en perfecto orden, Sliunkov, el secretario de administración, cruza la habitación y le pasa una nota a Zhíjov, murmurándole algo al oído. Zhíjov la lee y anuncia: «Hemos recibido un comunicado del presidente del Consejo de Ministros». La lee ahora en voz alta.

«Para su información: se ha informado de un incendio en el Reactor n.º 4 de la central nuclear de Chernóbil. El incidente está bajo control, pero, de acuerdo con los informes recibidos, los daños pueden ser importantes. No obstante, puedo asegurar que este incidente no va a detener el avance de la energía nuclear.»

La última frase es alucinante: está muy lejos del estilo oficial de los comunicados. Están defendiendo la energía nuclear, como si alguien la hubiera puesto en cuestión, como si estuvieran inmersos en un debate sobre ese tema. Los comunicados no dan nunca información ambigua. El Politburó se comunica mediante órdenes o mediante perfectas generalidades. Grigori mira por encima de la mesa a Vasili y se da cuenta de que está pensando lo mismo. Cuando dicen eso es que ellos mismos no están seguros. Tiene que haber ocurrido una catástrofe.

Todos recogen sus papeles y abandonan la sala. Fuera, entre los jefes de servicio, se hace alguna cábala sobre lo que esto puede suponer para unos y otros. Esta discusión generalizada siempre tiene lugar a posteriori; los servicios rivales se lanzan puyas, mirando a ver si consiguen alguna ventaja en el reparto presupuestario, a la espera de alguna información extraoficial sobre el desarrollo de los acontecimientos.

Vasili y Grigori siguen parados en medio del grupo, escuchan y adelantan alguna opinión y luego se encaminan a un pasillo tranquilo donde poder hablar sin testigos. Deciden quebrantar el protocolo y hacerle una visita al secretario de administración. Normalmente esto se consideraría una afrenta a Zhíjov, la sutil acusación de no haber tratado con suficiente amplitud un tema de esta importancia en la reunión. Pero la noticia acaba de llegar y ellos simplemente van a indagar si ha llegado más información.

Cuando entran por la puerta, Sliunkov está sentado ante su mesa, escribiendo a máquina. No está muy dispuesto a dar ninguna información, pero ambos se quedan ahí de pie, en silencio, hasta que Sliunkov no puede soportar la tensión y les cuenta el único detalle extra que conoce: se ha declarado el estado de emergencia en la zona; se ha calificado el desastre de nivel 1-2-3-4, el mismo que el de un ataque nuclear. Los dos médicos quedan, a todas luces, impactados. Piden hablar con Zhíjov, prepararse para lo que se necesite, pero les dicen que Zhíjov está ya camino del Kremlin: todos los presidentes de comité de los hospitales vecinos han sido convocados a una reunión de emergencia.

No pueden hacer nada más que volverse a casa. Se espera que no sea necesario recurrir a ellos, pero si lo fuera, se pondrían en contacto con ellos.

Grigori lleva a Vasili a su apartamento. Pasan casi todo el trayecto en silencio, es demasiado pronto para sacar conclusiones. La gente está de fin de semana. Casi todo el mundo carga con algo, prepara algo. Hay críos con balones, mujeres mayores con pesados carritos de la compra de cuyos laterales asoman puerros y zanahorias. Grigori se detiene frente al bloque con un chirrido de frenos. Lo ha hecho aposta para que los miren.

-¿Seguro que no quieres quedarte a comer?

-No. Te lo agradezco, pero quiero ir a mancharme las manos de tierra.

-Margarita se lo va a tomar como un desprecio a sus guisos.

-Con la de platos suyos que me he zampado, no puede dudar de mi absoluta devoción. Gracias, de veras. Necesito respirar un poco de aire fresco.

-Te entiendo perfectamente. Cuando vuelvas puedes pasar a tomar una copa.

-Gracias, lo intentaré.

En la parcela, mientras Grigori está arrodillado moviendo la tierra, empieza a llover. Hace un día lúgubre y húmedo, y al mirar hacia el cielo Grigori nota las gotas espachurrándose en su cara y ve cómo transforman la piel de la tierra, llenándola de pecas oscuras. Se queda de pie en el pequeño cobertizo donde guarda los aperos, escuchando el *staccato* del tamborileo del agua contra la madera. Hay unas cuantas familias en el extremo sur de esta sección y puede oír a los padres mandando a los niños guarecerse, algunos gritos contenidos acompañados de los ladridos del perro.

Le habría gustado ese caos que traen los niños. Le habría gustado tener las paredes pintadas por sus ceras de colores o manchas en las alfombras, tan incrustadas que parecieran formar parte del mismo dibujo. Le habría gustado tener a un niño resistiéndose a él, obligándolo a replantearse todo eso que da por sabido, remodelando su personalidad, eso que otros adultos hicieron hace ya mucho. Algunas veces mira a Vasili con sus hijos, mira la forma en que se cogen como si nada de la mano, se sientan a la mesa juntos, cómo el niño parece un adolescente embelesado. Su encuentro con María ha destapado capas de antiguos sedimentos, pero no quiere pensar demasiado en ello. Se resiste a hacerse ilusiones.

Grigori suele traer un termo con té. Este sería el momento de bebérselo. Pero hoy se le ha olvidado, ha estado demasiado ocupado

pensando en las noticias de esta mañana. En las veredas entre las parcelas se están formando charcos. Le gustaría permitirse el inocente placer de pisarlos, otra razón para traer aquí a un niño; son muchas las cosas que un adulto no puede hacer sin permiso.

La lluvia sigue cayendo. Debería irse, pero va a seguir trabajando.

Vuelve a arrodillarse, avanzando lentamente entre los surcos, ajeno al resto del mundo. Se está calando, pero no se percata hasta oír su nombre y ver a Vasili acercándose a zancadas desde la carretera, y entonces se limpia la mano en el jersey que ahora cuelga pesadamente, empapado de agua.

Grigori se levanta. Tiene que haber pasado algo grave.

Vasili le grita antes de llegar a una distancia audible, tras saltar la valla de un gallinero.

-Ha llamado Zhíjov preguntando por ti.

-Creía que tenía cosas más importantes de que ocuparse.

-Pues al parecer, no. Resulta que ahora mismo somos bastante importantes.

-¿Qué quieres decir?

-Hay un vuelo para el consejo que sale del aeropuerto de Zhukovski a las 5:30, tenemos que cogerlo.

-¿Para ir a Ucrania, a como se llame?

-A Chernóbil, sí.

Vasili está ahora a su lado, hablando en un tono normal de voz, jadea un poco.

-Pero qué despropósito. ¿Qué sabemos nosotros de medicina de urgencias?

-Un endocrino y un cirujano cardiovascular, no es mal punto de partida.

-Me refiero a que seguramente tendrán un equipo de expertos para este tipo de situaciones.

-¿Para qué situaciones, Grigori? Ya me dirás cuándo ha sucedido algo así.

-Pero tendrán establecido algún plan.

-Bueno, pues al parecer nosotros somos parte del plan.

Intentan hacerse a la idea.

-Tú tienes hijos, puedes salir de esto. Seguro que puedes recurrir a alguien.

-Es un desastre a gran escala. Si no voy, no podré pedir ni una caja de lápices. Mis hijos tienen que cambiar de escuela el año que viene y los padres de Margarita se jubilan en unos meses. No puedo librarme. Además, prefiero pringar yo a dejar que se lo encarguen a algún profesor voluntarioso. Al menos nosotros podemos ser útiles.

-Eso esperas.

-Por supuesto que sí podemos. Nos aseguraremos de que se haga lo que tiene que hacerse.

Grigori coge un tubérculo germinado del suelo y juega a pasarlo de una mano a otra.

-¿Qué más han dicho?

-Nada más. A las cinco pasará a recogernos un coche. Nos darán más detalles en el aeropuerto.

Grigori tira el tubérculo a la parcela vecina y da una suave patada a uno de los caballones que ha hecho, observando cómo se desmorona la tierra sobre la tierra. Con todo el trabajo que le ha llevado.

-Dile a Margarita que venga dentro de un mes o así. Habrá un campo de patatas nuevas esperándola.

-Lo haré.

En su dormitorio, Grigori llena de camisas una elegante maleta marrón. Es una adquisición cara de hace un par de años; salvo por un par de fines de semana de conferencias, ha estado desde entonces bajo la cama. No sabe muy bien qué llevarse. ¿Qué se lleva uno a una fusión del reactor? Los calcetines están sin orden alguno en el cajón y escoge unos cuantos, los empareja y los dobla haciendo una bola antes de echarlos a la maleta.

Le pasa una idea por la cabeza y hace una pausa. Un desastre nuclear. Podría morir en ese lugar al que va.

Grigori mira los calcetines a rayas en el cajón. Se dirige a un antro ponzoñoso y está llenando una maleta de camisas y calcetines. Se sienta en la cama y se abisma en los posibles escenarios.

Había sábados, en su otra vida, en los que María aparecía en su puerta llevando una bolsa de pan y una jarra de caldo de pollo. Las comidas de los sábados eran un rito para ellos, el momento de la semana en que Grigori estaba más relajado, cuando podían de verdad contarse uno a otro las novedades, los pequeños sucesos de la semana.

Grigori se imagina la escena -si ella estuviera aquí-, puede verla con sus ojos. Entraría en la habitación para encontrarse con su marido sentado inerte en la cama junto a una maleta hecha a toda prisa. Pensaría que él la estaba abandonando. Tantas veces le había hecho esa pregunta, normalmente después de hacer el amor, cuando aún estaban enredados uno en otro, relucientes uno de otro, «¿No me dejarás nunca, verdad?», y él sonreía y la tranquilizaba, entre la risa y el asombro de que a esas alturas de su relación todavía pudiera hacerle esa pregunta, de las infinitas incertidumbres de la mente femenina.

Se quedaría en el quicio de la puerta, abrazada a una bolsa de pan, con la boca ligeramente entreabierta, enmarcando una pregunta, a la espera de que la voz y el aliento completaran el proceso. Su cara tendría esa mirada perdida que a veces adoptaba, como la de un niño cuando se enfrenta a algo que excede con mucho su experiencia, como cuando se come un puñado de arena o se estampa contra un panel de cristal, esa momentánea suspensión antes de que el llanto empiece de veras.

Grigori se acercaría a ella, le pondría las manos en las mejillas y la besaría, inclinándose sobre la compra.

-Ha habido un accidente. En una central de Ucrania. Tengo que marcharme en unos minutos.

-¿Cuánto tiempo estarás fuera?

-No lo sé. Unos cuantos días. No más de una semana.

Él le quitaría importancia al tiempo de la separación, intentando tranquilizarla, pero su voz le traicionaría, un punto débil que solo ella sabía detectar.

-Es grave.

-Sí, pero seré prudente.

Ella se retiraría, absorta en asuntos prácticos. Sabría inmediatamente elegir la ropa que él necesitaría, le daría instrucciones para que sacara determinados objetos del ropero y de los cajones y, mientras, cogería los útiles de aseo de las estanterías del baño, las toallas del armario de secado. Las dejaría en la cama, dobladas y ordenadas, y las metería en la maleta con cuidado.

Llaman a la puerta.

Levanta la cabeza y se pone en marcha. El conductor está esperando.

-¿El doctor Brovkin?

-Sí, estoy acabando el equipaje. Me reuniré con usted en la puerta de entrada.

-Tiene que darse prisa. No podemos llegar tarde al vuelo. Me metería en muchos problemas.

-Comprendo. No tardo nada, solo voy a coger alguna cosa que me falta.

El conductor baja las escaleras, volviendo la cabeza para comprobar que Grigori ha entendido la urgencia.

Entra en el dormitorio, abre los cajones y mete en la maleta lo primero que pilla. ¿Qué más da lo que lleve? Nadie va a reparar en si el cirujano lleva una camisa que no pega con la chaqueta. Agarra las llaves que están sobre la encimera de la cocina y va hacia el hueco de la escalera; con la mano en el pomo de la puerta echa un vistazo a su apartamento. Sus muebles. Sus cuadros. Da dos vueltas a la llave y

baja las escaleras, parando en el primer piso para llamar a la puerta del encargado de mantenimiento. Nadie responde. Le dirá a Raísa que le haga una llamada para pedirle que le mande el correo.

Entrega su maleta al conductor, se vuelve hacia su ventana vacía y se da cuenta de que no va a pasar otra noche en esa casa. Venderá los muebles y buscará otro sitio. El pasado ha cobrado su precio. No volverá a ser el que era cuando vivía allí.

En el aeropuerto están cargando maletas y algunas bolsas de lona en los carritos. Hay hombres de pie, con un maletín, mirando a ver si encuentran algún conocido, una cara familiar. Grigori piensa que debería haber traído algo de comer. Está irritable y antipático cuando no come. No es algo que haya reconocido en sí mismo cuando era soltero; es otra característica que salió a la luz mientras estuvo con ella. Un auxiliar pregunta los nombres de la gente y los va tachando de una lista que lleva sobre una tablilla con pinza. Grigori escruta el área, lo mismo que hacen los demás. No ve a Vasili en el grupo. Un hombre enfundado en un traje gris de solapa doble se acerca a él tendiéndole la mano. Grigori se la estrecha.

-Doctor Brovkin, gracias por venir.

Por supuesto. Es Vigovski, el de los baños, el asesor jefe del Ministerio de Industria y Energía. Ahora Grigori ya puede conectarlo todo. Zhíjov debe de estar encantado de estar tan cerca del foco de atención.

-Sé muy poco de lo que está pasando. El camarada Zhíjov leyó el comunicado en nuestra reunión de servicios.

-Habla muy bien de usted.

-Eso parece.

-Se está preguntando qué está haciendo aquí.

-Estoy aquí para ayudar, camarada. Sea lo que sea que se me pida. Siempre que pueda ser de utilidad.

-He sido designado como presidente de la comisión asesora. Tengo total responsabilidad sobre las operaciones de limpieza.

-Una tarea ciclópea.

-Sí, pero lo conseguiré. Todos lo conseguiremos. Esto es una tragedia, sin duda, pero todos hemos lidiado con tragedias.

-Y el camarada Zhíjov sugirió que yo podría ser útil.

-No, en realidad fui yo quien le reclamó.

-Está dándole mucha importancia a un encuentro muy breve.

-Dima es muy bueno juzgando talentos. No estaría donde está si no hubiera sabido rodearse de gente con grandes capacidades. Y no fue solo un breve encuentro. Dije que mi esposa hablaba maravillas de usted, de su serenidad pese a la presión. Ese es un instinto que no falla

nunca. Mire a su alrededor, Grigori Ivánovich. Solo conozco a unos cuantos de estos hombres. No puedo garantizar cómo responderá bajo presión la mayoría de ellos. Sé que usted tiene talento y sé que tiene serenidad. Y más importante aún, sé que es íntegro. No es un mero ejecutor de instrucciones, puede aportar una mirada crítica sobre la situación. Necesito gente así, doctor.

-Espero que mi opinión sea fiable.

-Lo será. No me cabe duda.

Vuelven a darse un apretón de manos, Vigovski lo mira a los ojos.

-Somos los que tenemos que cerrar la puerta del establo.

El avión es un transporte militar, todos esos hombres trajeados se sientan en la panza gris pizarra del aeroplano. Todos están pensando que no les vendría mal una copa. No hay aislamiento, así que tienen que hablar a gritos si quieren conversar pese al ruido del motor.

Grigori embarca con Vasili. No hay ventanillas, solo paredes correderas. Podrían estar perfectamente en un búnker subterráneo.

Cuando se acomodan, Vasili dice:

-¿Sabes lo más increíble de todo esto? Que llevando tanto tiempo con energía nuclear no la hayan cagado hasta ahora.

Era cierto. A Grigori también se le había ocurrido lo mismo. Todos los protocolos de seguridad que él había intentado establecer en el hospital habían sido recibidos como una crítica implícita a sus predecesores. Tuvo que empeñarse en ello y desplegar todo tipo de astucias para imponer un listado de verificación de los procedimientos que asegurara unos estándares de higiene aceptables. Hasta hacía tres años, antes del impulso de la *glasnost*, ese tipo de actuación habría puesto en tela de juicio su lealtad al Partido. Si era así para los hospitales, ¿por qué iba a ser distinto en el caso de una central nuclear? Había que empuñar una manguera y limpiar toda la Unión de todo lo que viniera de la época anterior. Echar a la gente que estaba en el poder. Promover el talento. Atender a las ideas. Necesitaban hacer todo aquello, pero nunca lo harían. El sistema no lo permitiría nunca.

En Kiev, les sale al encuentro todo ucraniano que alguna vez pueda haber puesto un sello a un documento. Una cabalgata interminable de coches negros oficiales zigzaguea a las puertas de la terminal. Los conductores, cuadrados junto a las puertas abiertas de los coches, son indistinguibles unos de otros, todos con el mismo uniforme, el mismo porte, las manos cruzadas ante ellos, alineados a lo largo del trecho de cemento como una imagen especular reflejada hasta el infinito.

En el coche, Vasili mordisquea la patilla de sus gafas como suele hacer cuando está nervioso, siempre las lleva señaladas con las marcas

de los dientes. Un detalle que concuerda con su desastroso aspecto: la calvicie incipiente, el cuello desabrochado, la camisa a la que le falta un botón a media altura. Vasili siempre ha sido así, el más listo de todos y el peor vestido.

Grigori se sienta y contempla el paisaje. Ahí fuera todo es lejanía. Le asalta una mezcla de pensamientos e imágenes borrosas. Lontananza, cielo, tierra. Un horizonte en el que todo se confunde.

Es media tarde cuando la comitiva llega a Prípiat -la ciudad que alimenta a la central nuclear- serpenteando por la carretera como un cortejo fúnebre de aura siniestra. No hay nada más solemne que una procesión de coches oficiales: los vehículos parecen revestidos de una pátina ominosa. Suben un cerro desde el que, en la distancia, se ve la central. Grigori y Vasili pegan las caras al cristal, en un intento de conseguir una vista decente. Sobre la central una multitud de colores manchados falsean cualquier perspectiva, así que la escena parece reflejada en un espejo cóncavo, como si el cielo se curvara sobre las instalaciones, como un cuenco pintado. El humo se estira formando una columna nítida que se confunde con las capas más altas del cielo. Es una visión que infunde respeto, piensa Grigori, un terror mudo.

La ciudad está todavía ocupada en sus asuntos habituales. Grigori y Vasili no dan crédito. En el patio de una escuela el partido de fútbol está en su apogeo; los hombres hacen grandes aspavientos con los brazos tensos, abriendo mucho la boca, emitiendo gritos mudos. Los niños andan todavía por las calles. Los chicos dejan tiradas las bicis a un lado de la acera y fingen poses de culturista para los visitantes, sacando bíceps. Los más audaces pedalean junto a los coches, cuidándose de mantener una distancia prudente.

Bajo una hornacina, una niña con pantalones morados se come una chocolatina. No tendrá más de seis o siete años, lleva un bigote fino de chocolate sobre el labio superior.

-¿Qué hacen todavía en la calle todos esos niños? Hay que administrarles inmediatamente una profilaxis con yodo. ¿Cómo es que nadie se ha ocupado de ello?

-Porque nadie se ha ocupado de nada, Grigori. Vamos a tener que limpiar todo esto con nuestras propias manos.

No intercambian más palabras. Grigori piensa en Oppenheimer, jugando con el átomo en los desiertos de Nuevo México en la época de la Gran Guerra Patria: «Me he convertido en la muerte, el destructor de mundos».

En la sede del Partido la sala es grande, pero la delegación la llena. Obviamente, los grupos están más cómodos en ese entorno, hablan en corrillos, recuperando contacto con relaciones, todo resulta muy

relajado, lo natural en un congreso. Grigori había esperado que al menos allí, a la sombra de la tragedia, se sentiría la urgencia en la sala. Pero todo sigue igual: palmadas en la espalda, apretones de manos, presentaciones a propósito de la coincidencia en una fiesta, de la localización de la dacha o de la elección de universidad por parte de los hijos. Grigori no ha tenido muchas disputas profesionales en su vida, él lo atribuye a sus modales tranquilos. Pero empieza a notar la ira que le sube cuello arriba, erizándole el vello.

Unas chicas rubias muy monas salen de la habitación del fondo llevando fuentes con comida y vasos de vodka. Grigori agarra a la que tiene más cerca por el codo.

-¿De dónde viene esta comida?

-¿Cómo dice, camarada?

-La comida, ¿de dónde viene?

-La han preparado en la cocina.

-¿En serio? ¿Dónde está tu supervisor?

Señala a un hombre calvo con un bigote finito que está de brazos cruzados al fondo de la sala. Grigori arrastra a la chica hasta él, causando una repentina suspensión de las conversaciones en la sala, donde solo se oye de pronto alguna frase interrumpida.

Grigori arranca la bandeja de las manos de la chica y se la pone bruscamente al hombre delante de los ojos.

-¿De dónde ha sacado esta comida?

El supervisor está nervioso. Es un hombre que va por la vida sin hacerse notar, tan inofensivo como los manteles. Una conversación como esta desborda ampliamente su experiencia profesional.

-La ha preparado el personal de cocina.

-¿Y de dónde la han sacado?

-Eso, camarada, no es asunto suyo. Si no es de su gusto, no la coma.

Grigori abre la mano y la bandeja se estampa contra el suelo, los triangulitos de pan botan con el choque y el estrépito del metal resuena en la enmudecida sala. Grigori agarra la silla más cercana por el respaldo, le da la vuelta, se sube encima y se dirige a los allí reunidos.

-Durante el resto de nuestra estancia aquí, no coman ni beban absolutamente nada que no haya sido aprobado para su consumo. Solo se puede comer con garantías comida empaquetada con anterioridad al suceso.

Los oficiales tratan de deshacerse de sus sándwiches lo más disimuladamente posible, los dejan sobre el alféizar de las ventanas o sobre la mesa del bufé; algunos, para evitar el mal rato, se los meten en los bolsillos, cualquier táctica es buena para evitar que los

alimentos contaminados entren en contacto con su piel.

Rostros ansiosos escrutan la cara de Grigori, con la incertidumbre de si no habrá sido una exageración. Él responde con una mirada gélida. No es posible que sea la única persona en toda la sala con formación suficiente para entender las implicaciones de lo que tienen que afrontar.

Un director de la central sube al escenario y resume los acontecimientos que llevaron al accidente, poniendo especial cuidado en que sus comentarios destaquen su propia profesionalidad en su gestión de los mismos.

Tras la presentación, Vigovski va a buscar a Grigori y lo conduce hasta dos sillas de plástico frente a un gran ventanal.

-Gracias, camarada. Yo también estoy indignado. Todos en esta habitación deberíamos estarlo.

-Creo que ya no recuerdan cómo se hace.

Vigovski se inclina hacia Grigori. Hablan hombro contra hombro, como dos ancianos en un banco del parque que hablaran del tiempo.

-Veo a ese hombre sobre el escenario y me siento culpable en mi fuero interno por mentirme a mí mismo. Three Mile Island, ¿ha oído hablar de esa central?

-No -contesta Grigori.

-Es una central nuclear americana. Tuvieron un accidente. Siete años hace ya de eso. No fue una catástrofe, pero fue un incidente grave. Pero los americanos aprendieron de ello. Después del accidente pusieron en marcha un sistema de seguridad, uno que anticipara los problemas en vez de limitarse a arreglar las cosas cuando ya se han fastidiado. Yo leí sobre esos cambios, estudié cómo los estaban aplicando. Me dije a mí mismo que aquí necesitábamos hacer algo parecido. Llevé mis propuestas al comité, pero antes de que pudiera presentarlas oficialmente, hubo conversaciones por los pasillos, me acoquinaron. «Estás dando mucho de qué hablar», me dijeron. «Pueden decidir degradarte.» No fueron amenazas directas, ya sabes cómo va esto, solo charlas. Así que hice lo más inteligente, retiré mis recomendaciones. Reformulé mis críticas. Hice lo que han hecho todos en este país. Me callé. Me eché para atrás. Y por eso mismo me nombraron director del gabinete del ministro.

-Todos somos culpables, camarada.

-Cuando estuve en una posición de poder, podía haber desempolvado mi propuesta. Podía haber dicho: «Tengo aquí una idea de la que ya no me acordaba», pero no lo hice. Lo único que hemos aprendido del pasado es cómo no hacer las cosas. No quiero gente que sepa cerrar la boca.

Vigovski se acerca más, le da una palmada en el cuello a Grigori:

-Quiero que se haga cargo del operativo médico. Hoy ha sido un día de oprobio para la Unión. Vamos a hacer las cosas bien.

Vigovski está de pie y pronto se ve rodeado por gente que le hace todo tipo de preguntas. Sale de la habitación y el grupo entero le sigue, repartiéndose en los correspondientes despachos.

Y así empieza el papeleo, el clasificar y el asignar, la segmentación por zonas, el código de colores, las montañas de papeles que crecen exponencialmente a partir de ese momento. Utilizan las oficinas del Partido como cuartel general y cuelgan mapas en las paredes señalando las zonas afectadas, los niveles previsibles de radiación de acuerdo con las previsiones meteorológicas y los análisis de probabilidades. Las estimaciones sobre la población suben en vertical junto a mapas a diferentes escalas. Asignan códigos de color a las distintas zonas, especulan sobre la contaminación del agua potable y sobre las consecuencias para la agricultura. Consideran soluciones terribles a largo plazo para luego desestimarlas o dejarlas de lado, y luego vuelven a reconsiderarlas. No hay modelos definidos para esta tarea, no hay instrucciones. Solo hay predicciones y unos pocos datos.

Solicitan ayuda militar relevante y equipamiento médico. Discuten sobre la evacuación. Grigori consiente en esperar a que se disponga de un transporte adecuado, así que nombra una comisión para la evacuación encargada de diseñar la estrategia conforme a las estrictas directrices que les proporciona. Ordena distribuir comprimidos de yodo entre la población y se le informa de que solo disponen de una caja. Grigori pregunta que cuántos comprimidos tiene la caja y el oficial responde como quien no quiere la cosa que unos cien. Grigori se aguanta las ganas de pegarle. Una caja en una ciudad de cien mil habitantes, una ciudad situada al lado de una central nuclear, construida para ella. «Pero para usted seguro que tiene», el hombre no contesta.

Se traslada hasta la planta con Vigovski y Vasili. Quieren verlo con sus propios ojos. Los bomberos siguen trabajando sobre el tejado, con la muerte a sus pies y la mirada extraviada de puro agotamiento. Vigovski les ordena que dejen de trabajar. Ahora que el foco se ha extinguido, seguir anegando de agua el reactor es contraproducente, solo conseguirá aumentar el nivel de vapor de agua que inunda el resto de los edificios.

Se han distribuido máscaras de goma y Grigori ordena que todo el mundo la lleve. Cuando se las ponen, cualquier rasgo de individualidad desaparece: ahora todos se mueven y andan con una semejanza siniestra, un semblante inhumano. El pelo se convierte en un factor importante a efectos identificativos. Vigovski reconoce a la gente gracias a que recuerda su pelo: rubio o moreno, de corte militar o con rizos. Las voces se filtran a través de la máscara como

desencarnadas.

Todavía están funcionando los otros reactores. Grigori oye a un ingeniero joven mencionar esto último, luego le pide que se lo repita y él lo hace por dos veces, y solo se percata de la estupidez mayúscula del hecho cuando lo dice por segunda vez. Los operarios están todavía en sus respectivos cuartos de control, realizando su trabajo como todos los días, mientras los sistemas de ventilación bombean el aire contaminado por todo el edificio. Vigovski levanta al hombre por las solapas y le echa para atrás y el hombre se vuelve a trompicones y echa a correr en dirección a los reactores.

Los granjeros locales llegan a la verja con comida y bebida. Les ordenan que se vayan. Los granjeros están confusos, explican que se trata de alimentos frescos, dicen que ellos son granjeros, como si los soldados que guardan las vallas no fueran capaces de verlo. Los soldados llaman a Grigori para que confirme lo que están diciendo y los granjeros siguen protestando, incapaces de entender que se responda con tanto desprecio a su generosidad. Los soldados tienen que amenazarlos con los fusiles y los locales se retiran, estupefactos y resentidos.

Grigori y Vasili duermen unas cuantas horas en un apartamento en la ciudad. Cuando Grigori entra al dormitorio tira la ropa a la papelera que hay junto a la cama, cierra la bolsa de plástico con un nudo y la deja en el armario de la entrada, lo cual no les proporciona mayor seguridad, pero al menos evita que la vean. Se lava el pelo con guantes de goma. Está hambriento, se da cuenta de pronto de que no ha comido nada desde la hora del desayuno. En la cocinita, Vasili encuentra dos latas de tomate triturado, coge un abrelatas y las abre. Una cena miserable. Brindan irónicamente con las latas y se tragan el contenido. Del otro lado de la ventana unos chicos hacen carreras de coches viejos. Los dos hombres saben que podrían pararlos o hacer que se fueran, pero deciden no intervenir; el estruendo de los motores y el chirrido de las llantas se acompasan con el aluvión de pensamientos que les llena la cabeza, como un contrapeso, distrayéndolos de todo lo que está ocurriendo a su alrededor. Grigori duerme inquieto; una mínima concesión de la mente a las necesidades del cuerpo.

Amanece sobre la central y el familiar cielo carmesí se remodela. Un escuadrón de helicópteros truena y se posa delicadamente sobre el paisaje circundante. Vigovski ha decidido empapar el núcleo del reactor utilizando los helicópteros para verter en el lugar compuestos de boro, arcilla, dolomita y plomo y estabilizar así la temperatura. Van en sacos atados a pequeños paracaídas para evitar que el viento los disperse.

Nesterenko, el oficial al mando, observa el espacio sobre y bajo la red de cables de acero del lugar en que hay que soltarlos, calculando en silencio los riesgos que comporta la operación. Ha llegado directamente desde Afganistán. Doce horas antes se hallaba en el campo de batalla y es evidente que preferiría seguir inmerso en un conflicto tangible y no en la lucha contra las emisiones químicas que se desarrolla en este escenario alienígena. Cada vuelo es un riesgo tremendo para los pilotos; volar entre esos cables va a ser muy complicado. Se han traído chapas de plomo y hay que colocarlas de forma segura para proteger el bajo de los helicópteros de las potentes emanaciones radioactivas. No hay forma de predecir cómo afectará esto a la estabilidad de los aparatos. Si hubiera querido diseñar un ejercicio para comprobar la pericia de sus hombres no se le podría haber ocurrido uno más difícil.

Los soldados están diseminados por todo el campo, ocupados en amarrar pequeños paracaídas a los sacos que van a ser lanzados. Sus uniformes están desgastados por el combate, rotos y arrugados, faltos de piezas como insignias o botones.

Grigori y Vasili piden ser incluidos en uno de los primeros vuelos. Ellos también han sido soldados, saben lo que están pensando esos hombres y consideran que tener a bordo algún miembro de la delegación oficial es una expresión de solidaridad con las tropas, una forma de tranquilizarlas y de afianzar su liderazgo para los momentos más difíciles que están por llegar. El coronel les recomienda que no lo hagan, pero ellos insisten.

Cuando despega el primer helicóptero, el campo entero se inmoviliza para observarlo, mirando cómo se abre camino a través del humo. Una aclamación de victoria sube al caer los sacos.

Durante los seis meses que duró su servicio militar, los dos amigos pasaron innumerables noches a su aire, supuestamente dedicados a

estudiar tácticas de simulación de batalla, pero, de hecho, lo único que hacían era pasar frío y estar mojados y echar mucho, mucho de menos a la familia. Hubo muchos días en que los mandaban de la base con un mapa, un compás y una radio que no hacía bien la conexión, a excavar posiciones durante dos o tres noches. Vasili las llamaba las noches de relleno, porque era obvio que los oficiales no habían planeado ninguna actividad de entrenamiento y se limitaban a deshacerse de los reclutas mandándolos a explorar un rato.

Grigori y Vasili cargaban con sus *Ústavs*, asegurándose de que las páginas no se mojaran nunca, y acabaron aprendiéndoselas todas de memoria, lo cual más bien respondía a una ambición ideológica por parte de sus oficiales, pero ellos eran todavía muy jóvenes -tenían dieciocho años- y ponían todo su afán en hacerlo bien. Se concentraban en los apartados que solían caer con más frecuencia: los de uniforme, vestimenta y aspecto. Aún podían citar largos fragmentos del manual: «La bragueta de los pantalones tiene que estar en ángulo recto con el cinturón. Los dientes de la cremallera deben mantenerse limpios de cuerpos extraños y limpiarse cada dos semanas con un cepillo de dientes. La raya del pantalón debe empezar a medio muslo y descender sin desvíos hasta el final de la pernera», y, algunas noches, cuando estaban borrachos lo recitaban. La mujer de Vasili, Margarita, estaba tan familiarizada con esa cantinela que cuando oía las primeras palabras quitaba los platos de la mesa y se los llevaba al fregadero en un ademán de indulgente reproche.

Cuando se conocieron allí, ambos habían cursado ya el primer año de medicina y sus cerebros se habían adaptado a aprender difíciles términos en latín, así que, en comparación, el *Ústav* les resultaba relativamente sencillo. Pero eran conocimientos que no les valían de mucho en aquellas circunstancias. Cuando se cuadraban, el sargento siempre conseguía encontrar algún fallo y, si no, se lo inventaba. Y su conocimiento del tema, su rapidez en responder, pasaba con frecuencia por arrogancia, así que, después de haber dado un vistazo a los primeros apartados, se saltaron el resto, satisfechos con un conocimiento más general, ahora que sabían más y que eran más conscientes del absurdo de las prácticas militares y de la conducta apropiada. A eso se reducían todos los detalles que habían aprendido antes de que el entrenamiento pasara al combate cuerpo a cuerpo, lo cual constituía una nueva fase de estudio en la que debían comprobar sus aptitudes técnicas adoptando las poses representadas por las figuras finamente dibujadas en las páginas, imitando también su expresión facial y la mirada de fría ira o de desdén de aquellas ilustraciones elementales. Riéndose de lo sinceros que alguna vez habían sido.

Se hicieron amigos de inmediato. Cruzaron las primeras palabras cuando formaron en el patio de recepción de la base militar, mientras el sargento de instrucción aullaba a los nuevos reclutas por un megáfono. Tenían el mismo aspecto que todos. Iban andrajosos, como les habían recomendado primos y vecinos, a sabiendas de que les arrebatarían la ropa en cuestión de horas para sustituirla por trajes de faena mal planchados. Algunos de los hombres, los chicos del koljós con las manos ya envejecidas por el trabajo en la granja, llevaban la ropa manchada de mierda de vaca. Otros llevaban un jersey que les quedaba pequeño, muy tirante sobre la curvatura del raquítico tórax.

-¿Te habían dicho algo de los gritos? -preguntó Vasili al hombre que tenía enfrente.

-Sí, y según parece te acostumbras -replicó Grigori.

-Supongo que simplemente pierdes algo de oído.

Los sargentos habían abordado los autobuses acogiendo cordialmente a los hombres, a los que ahora daban voces para que formaran tras las líneas pintadas del campo. Aunque ya les habían advertido sobre esta metamorfosis, verla en directo era un espectáculo increíble: un hombre que viraba de inmediato y sin ningún problema de una actitud afable y amistosa con la intensidad propia de un poseso.

Tras recoger los uniformes y las botas, Grigori y Vasili fueron asignados al mismo barracón, donde acabaron discutiendo sobre el tema de la facultad de medicina, un lazo que descubrieron entre sorprendidos y confortados, y, más tarde, al darse cuenta de que ambos eran de Kostroma, sellaron su amistad.

Durante aquellos meses hubo muchas ocasiones en las que Grigori pensó que estaba a punto de que le reventaran los pulmones por la intensidad de las carreras. Momentos en los que sus músculos no podían levantar su cuerpo para hacer otra flexión, horas en las cuales se le metía una chinita en la bota y ahí la encontraba, en cada una de las zancadas, hasta que el pie se le hinchaba y tenía que reunir todas sus fuerzas para no aullar de dolor.

Los cuerpos se llevaban al límite de diversas maneras; se daban palizas, con frecuencia frente a todo el batallón. Un sargento podía sacar a un hombre de la fila sin especificar siquiera el motivo de su ira, y apalearlo hasta dejarlo inconsciente. No era el espectáculo lo que trastornaba más a Grigori; los hombres aceptaban que los aporrearan sin una queja, así que el espectáculo carecía del carácter penoso del drama. Los mismos oficiales, era evidente, no parecían disfrutar nada de lo que hacían. Ellos mismos tenían que cargarse de furia y luego se marchaban, sin mostrar deseos de gozar de esa posición de dominio absoluto. Era el sonido. El sordo, pesado impacto de la carne al golpear la carne. Todavía puede rememorarlo, tantos

años después, cuando oye a las niñas jugar a las palmas o ve al barbero aplicando alcohol sobre un rostro recién afeitado.

Y aun así, corrían, se balanceaban, trepaban, saltaban.

Eran muchos los que hablaban solos. Grigori vio muchas veces hombres al borde del colapso, asistió a conversaciones completas y complejas que tenían lugar solo con un ligero amago de movimiento de los labios, mientras la batalla fisiológica se hacía cargo de su propio diálogo. Sabía que él también lo hacía en sus momentos de desesperación. Algunos lloraban incontroladamente. Otros se encerraban por completo en sí mismos, incapaces de fijar sus pupilas en nada que se pusiera ante sus ojos. Cuando un hombre caía en esta especie de torpor, se le trataba como a un enfermo mental. A los pocos días le robaban el colchón y acababa durmiendo en un rincón del sucio suelo, ahí tirado como las colillas de los cigarrillos y las briznas de hierba machacadas arrastradas al atardecer por los cansados pies. Si el desgraciado recluta tenía el catre en el pequeño radio de calor que emanaba de la única estufa del barracón, puede que solo se le consintiera una noche de debilidad. Pasaba la noche tirado en un rincón hasta que se aislaba totalmente de su acantonamiento y acababa en el exterior de los barracones, muerto por congelación contra la cantina o colgado de los palos de la torre de agua o de las gruesas ramas del fresno que se levantaba a la entrada de la extensión de barro que constituía el patio de recreo. Los chicos del koljós los llamaban «cuervos». Cuando Grigori les preguntó por qué, le dijeron que ellos en su casa nunca ponían espantapájaros para proteger las cosechas, mataban unos cuantos cuervos infractores y los colgaban de un poste que plantaban en mitad del campo. Una vez que lo hacían, no volvían a tener problemas.

Hacia el final del entrenamiento, estaban destinados en Troitsko-Pechorski, en la región de Komi. Eran los últimos días de marzo y la nieve estaba muy alta. Su pelotón estaba de maniobras y acampaba en el bosque. Los hombres tenían la cara chupada y las articulaciones inflamadas. A lo largo de los meses, su voluntad había sufrido altibajos, hubo períodos en los que podían sentir cómo se hacían cada vez más duros, más fuertes, en que sentían cómo sus cuerpos se iban adaptando a las exigencias que se les imponían. Pero ahora estaban al final de ese proceso, solo faltaban dos semanas para que los licenciaran, y solo podían pensar en descansar al calor. Querían estar metidos en la cama con Natalia o Nina, Irina o Dasha, Olga o Sveta.

Habían estado trabajando para tender una emboscada a un pelotón rival, esperando que aparecieran donde estaban acechándolos, y tenían que moverse lo menos posible, por orden estricta del teniente Bíkov, un mando joven y astuto al que le faltaban los dos dientes

delanteros, rasgo que podría haber resultado cómico en otros hombres, pero que en el caso de Bíkov no hacía sino inspirar mayor respeto.

El sol se retorcía entre los árboles según iban pasando las horas, la escarcha espolvoreaba cristales diminutos. A treinta metros al norte de su posición vivía una familia de zorros blancos que se convirtió en espectáculo fascinante para los abúlicos hombres; se fueron pasando unos binoculares para ver jugar a los cachorros, entre saltos y peleas -encantados de ver las diferencias de carácter entre los animales-, hasta que las raciones disminuyeron y sacaron las trampas, los cazaron y los despellejaron para comérselos.

Por la noche, se camuflaban cubriendo sus abrigos con sábanas blancas que habían tomado de un pueblo cercano, y, metidos en sus madrigueras, fumaban y hablaban en voz baja y hasta improvisaron un ajedrez con paquetes de tabaco, latas de racionamiento y guijarros.

El teniente mandaba de vez en cuando avanzadillas para comprobar el progreso del enemigo. Grigori y Vasili estaban en distintos turnos, pero una noche, el compañero de Vasili cayó enfermo de bronquitis y el teniente le dijo a Vasili que escogiera compañero, cosa que hizo, de forma que los dos hombres subieron colina arriba entre los árboles, con las escopetas dispuestas, haciendo crujir levemente la nieve recién caída. No habían pasado ni cinco minutos de marcha y ya se sentían abandonados. Al volverse a mirar el campamento no pudieron ver rastros de vida: sus propias huellas habían perdido definición, convertidas ahora en una serie de pequeñas irregularidades, sin aparente relación. Consultaron una vez más los mapas, para asegurarse de sus coordenadas. Perderse no hubiera sido un desastre absoluto porque conocían el terreno suficientemente bien para orientarse de día, pero habría sido motivo de bochorno hasta el final del campamento: desde el cocinero a los tiradores, todo el que hiciera un comentario haría alusión a su ineptitud de una otra forma. Así que fijaron su posición y abotonaron sus compases en el bolsillo del pecho. Luego, siguiendo las instrucciones, se separaron, ascendiendo a la cima de la colina por laderas opuestas, para abarcar el mayor territorio posible en su exploración.

Grigori andaba solo, escrutando la oscuridad. A su alrededor todo era concentrada quietud. Cuando se detenía a escuchar, solo alcanzaba a oír las agujas de los pinos recolocándose ligeramente, dando cabezaditas.

Se alejó algo más del campamento, luego sacó un cigarrillo, se apartó de la luz de la luna y lo encendió. Tuvo cuidado de esconder en el hueco de la mano la punta encendida, tapando la diminuta luz que producía, mientras sujetaba el otro extremo entre el pulgar y el índice. Se lo llevó diestramente a los labios y aspiró con fuerza el humo del

tabaco. Era un gusto estar allí a la intemperie, respirar el aire cortante de la noche, estirar las piernas, hacer cualquier cosa que no fuera esperar metido en un agujero del suelo. Sabía que ya no les quedaba mucho. El teniente Bíkov estaba empezando a ponerse nervioso, no podía justificar mantener su posición por mucho más tiempo por muy experto que fuera desde el punto de vista estratégico. Después de todo, eran ejercicios de maniobras y era posible que el bando opuesto hubiera conseguido ya sus objetivos. Lo mismo estaban todos con el culo helado mientras, a unos kilómetros, sus camaradas estaban de fiesta, bebiendo y preparando el equipaje para volver a casa.

Grigori acabó de fumar y reemprendió la marcha, caminaba entre los árboles, zigzagueando colina arriba. Le llevó más tiempo del que esperaba, casi tres cuartos de hora. Cuando llegó a la cima oyó moverse algo a su izquierda y vio una forma que se desmoronaba, cayendo casi hasta el suelo. Instintivamente levantó el fusil.

Sonó un grito contenido:

-¡No dispares, gilipollas!

-¿Vasili?

-Sí.

Vasili se acercó más, la sábana flotaba de sus hombros como una capa. Puso manos arriba, burlándose de su amigo.

-¿Dónde te piensas que estamos? ¿En la guerra?

-Me has cogido por sorpresa.

Vasili se echó a reír, con una vivacidad distinta esta vez, con ganas de broma, superando la fatiga.

-He encontrado algo -dijo.

Grigori se levantó, interesado.

-¿De veras?, y ¿qué es?

-Ven a ver, vale la pena.

Descendieron por la otra ladera del cerro y cruzaron un valle, relevándose para guiar por entre los árboles, apartando las ramas para el otro; de vez en cuando Vasili se detenía para sacar el mapa y encendía la linterna para localizar los puntos de referencia.

Grigori se preguntaba si les reprenderían a la vuelta por haber tardado tanto en la exploración, pero podían dar alguna excusa, decir que habían estado siguiendo unas sombras entre los árboles que resultaron ser un par de lobos merodeadores. Y además, estaba la emoción de hacer algo prohibido. Era agradable reclamar un poco de autonomía tras meses de obediencia ciega.

Al pie de una pequeña cresta, Vasili dijo a Grigori que dejara caer el morral y el rifle, se colgara la linterna del hombro, metiera el mapa en el bolsillo y empezara a escalar. No era una escalada muy difícil, pero el hielo y la oscuridad no ayudaban, así que iban con mucho

cuidado. Grigori se preguntaba por qué habían elegido una ruta tan directa en vez de ir serpenteando por la otra colina, hasta que llegaron arriba y comprendió. En la cima, Vasili tendió la mano a su amigo y lo izó, y sentados en la nieve miraron las fantásticas formaciones rocosas que se alzaban ante ellos, los Manpupuner: gigantescos pilares naturales de piedra de más de treinta metros de altura en cuyas aristas quedaba prendida la luz de la luna, melancólicamente erguidos sobre una meseta azotada por los vientos, que los dos hombres reconocieron de inmediato por sus libros de texto. Seis maravillas geológicas reunidas como si estuvieran conversando en grupo y la séptima, el líder, mirando hacia la lontananza de la planicie.

-Nunca lo hubiera pensado -dijo Grigori.

-Ni yo. De niño, cuando estudiábamos las rocas, el profesor nos hizo dibujar un mapa de esta zona. Cuando estaba esperándote, al cambiar el ángulo del mapa de pronto lo reconocí. Fue como si volviera a verlo pintado a lápiz.

Todos los escolares conocen la leyenda de estas piedras. Los samoyedos, clan siberiano, habían mandado gigantes para destruir la nación Vogulski. Los gigantes cruzaron la planicie y, ante la gloriosa belleza de los montes Vogulski, su chamán, sobrecogido de asombro, dejó caer el tambor, convirtiéndose todos en pilares de piedra, paralizados para siempre de reverencial espanto. Al Grigori niño la historia no le había parecido especialmente interesante, pero allí, de pronto, adquiría pleno sentido, ante la visión de aquellas figuras que luchaban contra el viento, empeñadas en seguir adelante, dobladas y escoradas como haría cualquier figura humana, destacándose en ellas con total claridad el eje de la cintura y la línea de los hombros. Grigori miró más allá de las llanuras blancas como la leche, más allá de aquellas montañas que habían causado el tormento eterno de los gigantes y caminó hasta las inmensas, descomunales rocas, las apresadas figuras, y puso su mano sobre el líder, al que en su imaginación no llegaba ni a la suela de la sandalia, y pensó que era afortunado de vivir aquello, de tener una historia de infancia que se hubiera hecho realidad, y supo que aquella etapa de su vida estaba a punto de finalizar, que en un par de meses estaría destinado a un hospital militar y luego, de nuevo, a la universidad, y que su vida como médico empezaría entonces de verdad y, de vuelta al campamento, se acordó de pronto de aquellos camaradas que acabaron colgados de los palos y las ramas, qué esplendores se habían perdido, cortando tan brutalmente sus vidas en su desesperación. Entonces su memoria se disolvió en un río de lágrimas, y con el cuerpo inclinado hacia las figuras de piedra, los brazos en cruz sobre ellos, fue un alivio grande sentir, por fin, el arrebato de la compasión, confirmar que su indiferencia hacia los cadáveres colgados no había

sido sino una manera de protegerse que se había visto obligado a cultivar. Y darse cuenta de aquello lo llevó a hundirse aún más, a anegarse en un mar de emociones, al comprender que la fuerza interior que lo hacía ser quien era sobreviviría a cualquier condición, que por mucho que intentara hacerse insensible ante la crueldad y la indiferencia del mundo, nunca llegaría a librarse del todo.

Vasili, agachado tras él, en silencio, intentaba consolarle con una mano sobre su espalda, mostrando igual respeto por la intimidad de su amigo que por la santidad del lugar.

Más tarde, cuando las maniobras habían acabado y bebían junto al fuego con sus camaradas para celebrar su simbólica victoria, mientras Bíkov paseaba entre sus hombres felicitándolos y alabando su coraje, Vasili y Grigori se tatuaron unos cuervos: calentaron una aguja, quemaron la piel e introdujeron tinta en la herida, en memoria de los que no pudieron soportar lo que ellos habían pasado.

A partir de entonces, la vida militar se les hizo más llevadera.

Sobornaron a un administrador, que los mandó juntos a un hospital en Siberia del este. Trabajaron como enfermeros, celadores y cocineros, atentos a todos los procedimientos médicos, y en verano, los fines de semana alquilaban un barquito y ponían rumbo al estuario del Velikaia, donde pasaban días enteros buscando abadejos en las tersas aguas; lo hacían simplemente por placer, poco interesados en coger alguno, mecidos al ritmo regular del chapoteo del agua, lanzando el sedal hacia la línea del horizonte. En ocasiones pescaban peces babosa, unos extraños peces gelatinosos del tamaño y la textura de un pimiento morrón grande asado. Tenían el aspecto de un animal prehistórico, ajeno a las exigencias de la selección natural, y ellos hacían especulaciones intermitentes sobre el origen de su nombre, hasta que se convirtió en un chiste recurrente el sacar el tema de vez de cuando, de forma que el planteamiento fue primero divertido, luego aburrido, luego otra vez divertido, y fue evolucionando a través de distintas fases más o menos cómicas.

Algunas veces las belugas pasaban al lado del barco. Tranquilas presencias blancas, deslizándose livianas entre las aguas. En la distancia, podía verse el chorro vertical que arrojaban por su orificio nasal, y ellos apartaban las cañas de pescar y se quedaban mirándolas. De tarde en tarde, una cola con aspecto de ancla surgía del mar y golpeaba la superficie anunciando la presencia de una ballena. Un simple movimiento que siempre los dejaba más que sobrecogidos.

A la sombra del reactor, Grigori mira a Vasili. Están preparando el helicóptero para arrojar una nueva carga.

-Estaba recordando las Manpupuner, aquella noche.

-Sí -dice Vasili-. Yo también me he acordado. Tiene algo que ver con la escala de esto.

Vuelven su atención hacia la columna de humo.

-Y las ballenas en Anadir.

-Ya. Hemos visto unas cuantas cosas.

-Desde luego que sí.

Están vestidos con trajes de goma, botas de goma, guantes de goma, máscaras de gas, todo blanco. Los llevan al aparato y los sujetan tumbados de cara al suelo. Verán el reactor bajo ellos, por unos agujeritos que hay en la chapa de plomo. Se ha considerado que esa era la opción más segura. No hay forma rápida de soltarse de las correas y no llevan paracaídas; el aparato vuela demasiado bajo para que pueden ser de alguna utilidad. Vuelven la cara para mirarse, el miedo traza una línea entre el blanco de sus ojos que los conecta.

Dos chicos de Kostroma, cómo es posible que la vida les haya llevado hasta este momento.

Luego Vasili dice:

-Me siento como uno de nuestros pescados, dando coletazos en el suelo del barco.

Y Grigori sonríe irónico al oírlo, está bien que se le ocurra decir eso, justo ahora, en esta situación en la que se encuentran, porque corrobora su amistad, sus respectivas historias, y también les da seguridad a ambos.

El artefacto arranca y sienten todas las vibraciones del motor taladrándoles el cuerpo hasta lo más profundo. Tras un par de segundos de lento ascenso, ven la hierba ahí abajo, y luego la superficie se funde en rayos y suben en espiral. Parecería que el ruido del motor se originara en sus cabezas. Ya no hay distancia entre ellos y el ruido; son uno con el motor, forman parte del aparato, fijados a él como los tornillos de acero que tachonan todo el interior. Distinguen el borrón de hormigón bajo ellos y luego el helicóptero se estabiliza y, poco a poco, la visión se va enfocando. Otro milagro que han visto sus ojos, otra imagen para recordarles su insignificancia, otro hito en su amistad.

Ven ahí abajo el tejado deforme, una herida abierta de bordes oscurecidos por la humareda que exhala. Miran cómo van cayendo los sacos, paquetes de elementos químicos que explosionan en nubes de polvo; los paracaídas se prenden en llamas en el descenso. Los dos amigos yacen postrados ante aquello. Tanto poder. Mientras, la radiación calcifica sus huesos.

La ciudad de Prípiat se despereza, poniendo lentamente en marcha las actividades matutinas del domingo. Hoy no trabaja prácticamente nadie. Las parejas practican un sexo confuso, medio dormidos, de forma subrepticia, atentos a los movimientos de los niños que andan jugando en la habitación de al lado. Casi todos se han despertado esta mañana con el zumbido de los helicópteros que pasaban sobre sus cabezas; muchos se han vuelto a quedar dormidos. Hay cierta conciencia del accidente, sobre todo desde ayer por la tarde. Todo el mundo sabe de alguien que ha ingresado en el hospital. Se ha hablado mucho del fuego, la gente está nerviosa, pero, por supuesto, está bajo control, por supuesto la dirección tiene planes para lidiar con este tipo de incidentes.

La semana que viene es el Día del Trabajo y los colegios les han mandado deberes a los niños para este fin de semana: hacer banderines, plegar papel para guirnaldas y confeti; en los suelos de cientos de cuartos de estar, por todos los bloques de apartamentos, los niños manejan con ardor las tijeras, manchando la moqueta de cola pringosa. Hablan de la situación -las parejas en la cama-, y los hombres que saben algo del tema fingen ignorancia -«¿de qué nos vale hacer especulaciones?»-, mientras que los que no saben nada se preguntan si les darán vacaciones pagadas, una oportunidad estupenda para llevar a cabo esos planes pendientes de quedar un poco libres de las exigencias del trabajo: pintar el baño o poner estantes nuevos en los armarios de la cocina.

Los más madrugadores están paseando a sus perros, disfrutando del sol de la mañana y sintiéndose frescos, saludables y enérgicos; en suma, satisfechos del acierto en su elección de actividad para esta mañana de domingo.

La ciudad se prepara para ser ciudad, pero está a punto de convertirse en el recuerdo de una ciudad, un lugar melancólico, desolado, que alguna vez estuvo habitado.

Empiezan a caer papeles.

Del cielo caen papeles color pastel.

Hojitas de papel caen como un confeti gigante sobre el paisaje. De entrada, la gente no reacciona. Los paseadores de perros las ven cuando les llegan a la altura de los ojos y se quedan desconcertados. El sonido del helicóptero es atronador y nadie consigue conectar dos sucesos tan extraños; al levantar la vista ven un diluvio de papeles de

color que cae sobre ellos revoloteando, arrastrados por la suave brisa. Una fantasía de color. Como el espectáculo abarca tanto espacio, resulta imposible enfocar un aspecto concreto: lo toman sin más como algo encantador, una escena aún más placentera por lo inesperada. A algunos se les ocurre que tal vez sea una prueba para la fiesta nacional. Lo mismo este año han pensado hacer algo menos tradicional.

Un chico de siete años mira por la ventana de su cuarto de estar, encantado de que el maestro haya entregado por fin el papel extra que les había prometido.

Un hombre se mete una cucharada de yogur en la boca y se queda paralizado, con la boca abierta y la cuchara en suspenso.

Rectángulos de color sobre el pavimento, un trabajo cubista libre. Hojas verdes que caen sobre la hierba, y cada tono realza el otro. Hojas amarillas sobre coches azules, hojas azules sobre coches amarillos. El papel atrapado en los cables de los teléfonos, una caleidoscópica cuerda de tender. Ahora los niños salen a la puerta de la calle y se revuelcan en el papel. Uno de ellos se lo come porque tiene tan buen aspecto… Los perros saltan y ladran, giran sobre sus cuartos traseros, aumentan la excitación general.

Una mujer de unos cincuenta años recoge uno de los papeles. Lleva un texto escrito en negrita, con letras de molde. Tienen tres horas para evacuar sus casas. Pueden llevar una maleta por persona. El equipaje extra será confiscado. Deben situarse a la puerta del edificio de sus viviendas a las 12 p. m. Recibirán más instrucciones en ese momento. Los que se resistan a seguir las instrucciones serán separados de sus familias y arrestados. La mujer corre a casa a decírselo a su marido, con el papel en la mano, gritando a todo el mundo que las hojas son instrucciones. Su perro va tras ella con la correa suelta.

Y el mensaje se extiende a toda prisa. Los vecinos se lo cuentan unos a otros, el más antiguo y fiable sistema de comunicación.

Los primeros helicópteros que llegan al pueblo de Artiom pasan a media mañana. Artiom va camino a casa de su amigo Yósif para trabajar en la motocicleta de los dos. Unos meses antes uno de los directores del koljós los encontró mirando el manual de mecánica de un coche, ellos hablaban de potencia de caballos y de torque, y él les dijo que se pasaran a la tarde por su casa, donde tenía una vieja Dnepr MT9 tirada en el cobertizo trasero.

-Es chatarra. Si me la quitáis de en medio, es vuestra.

Así que fueron a casa del hombre, a cinco kilómetros de distancia, y volvieron por el mismo camino empujando la moto. Paraban cada diez metros para mirar su adquisición. Desde entonces han estado

trabajando en el motor todos los domingos. Ninguno de los dos sabe lo que hace, pero lo han desmontado pieza a pieza, las han limpiado todas y lo han vuelto a montar. Siguen sin tener un manual, pero de vez en cuando uno de los vecinos asoma y les da algún consejo y ellos siguen sus sugerencias, pero, de momento, aquello no funciona. Aunque tampoco les importa. Es su motocicleta, su posesión, y ambos están convencidos de que algún día oirán rugir el motor.

Artiom oye en la distancia un ruido sordo que va en aumento, se acerca y finalmente lo rodea. Los setos son tan altos y tupidos que no alcanza a ver por encima de ellos, así que no entiende qué está pasando hasta que el tren de aterrizaje del avión pasa por encima de su cabeza.

Se para, estupefacto. El único ruido fuerte de motor que ha oído en su vida es el de la maquinaria de la granja, pero no suena tan fuerte, ni envuelve todo en su rugido.

Artiom corre a casa de su amigo, el eco en sus oídos sigue siendo tan potente que ni siquiera oye sus pasos sobre la pista de tierra. Cuando rodea el endrino, al final del campo de Yósif, ve a su amigo y a su madre parados ante la verja, mirando al cielo. Nada mecánico se mueve nunca en este cielo. Nunca han visto un avión de pasajeros allí arriba. Las hojas de los árboles cercanos tiritan de la impresión.

Se tapan los oídos con las manos.

-¿Qué ocurre? -pregunta Artiom. Pero se da cuenta de que su voz se pierde. Una plancha de lata suelta golpea contra el tejado.

La madre de Yósif arrima a su hijo contra ella. Yósif no se resiste. Aunque es demasiado mayor para aceptar ese gesto maternal, ahora parece irrelevante lo que su amigo pueda pensar. Cuando el avión ha pasado, la madre de Yósif pregunta:

-Artiom, ¿a qué has venido?

Él se desconcierta. Viene aquí todos los domingos. Tartamudea al responder.

-La moto.

Señala el cobertizo donde se guarda la leña que le sirve al chico de taller.

-A trabajar en la moto.

-Se la ha llevado Bashuk. ¿No te lo ha dicho tu padre?

Bashuk es el padre de Yósif.

Artiom se pregunta si no será que el helicóptero le ha desbaratado la cabeza. ¿Cómo puede utilizar la moto el padre de Yósif? Está rota. Por eso están trabajando en ella. ¿Y cómo puede ser que su padre no se lo haya dicho?

Artiom mira a Yósif, sin entender. Yósif se encoge de hombros y abre las manos con la palma hacia arriba. La madre de Yósif entra en

la casa mientras su amigo le explica.

-Tu padre vino por aquí ayer. La arreglaron entre los dos. Al parecer era bastante fácil.

Lo dice casi gritando, aunque el ruido ya ha pasado.

-Intentaban no reírse en mi cara. Sabían perfectamente cuál era el problema, solo querían que lo averiguáramos por nuestra cuenta.

Artiom se queda unos momentos sin respuesta. Sabe que los hombres no lo consideran su igual, aunque le hayan permitido ir a cazar con ellos. Pero es un palo darse cuenta de que todavía lo tienen por un crío, alguien con quien pueden jugar.

Entran en la casa. La madre de Yósif se queda al lado de la mesa, con las manos apoyadas sobre el tablero, los hombros echados para adelante, los músculos tan tensos que parece que está intentando hundir las piernas en el piso de tarima. Respira agitadamente. Yósif se acerca a ella, pero no sabe qué hacer. A veces su madre actúa de una manera que no puede entender. A veces ella llora mientras cena, pero hace como si no llorara. A veces su padre le pega y, en vez de devolverle el golpe, no hace nada o pide perdón, y Yósif no sabe qué pensar. Levanta su mano sobre el cuerpo de su madre y mira a Artiom, y Artiom le anima asintiendo con la cabeza, así que pone la mano sobre la espalda de su madre y ella se afloja, sus codos se doblan y empieza a hablar jadeando.

-Queda un poco de *martsovka*, chicos. ¿Queréis un poco?

Se sientan en silencio y ella les trae la comida en dos platos y comen. El tintineo de los tenedores contra los platos. Nadie habla durante unos minutos. No hacen preguntas, esperan a ver si la madre de Yósif tiene alguna información que darles. Pero, por supuesto, no la tiene.

-¿Cómo la arreglaron?

Yosif levanta la cabeza y mira a Artiom.

-La moto. ¿Dijeron qué era lo que le pasaba?

-Dijeron que era la cadena de distribución. Dijeron que nos lo enseñarían cuando volvieran.

Más silencio. La madre de Yósif mira por la ventana. Los chicos tienen la sensación de que todavía no deben levantarse y marcharse. Pero es difícil permanecer quietos. Artiom alinea el tenedor en el plato.

-Algo malo está ocurriendo.

Lo dice afirmando, pero también es una pregunta. Una amable invitación a que la madre de Yósif les revele algo de lo que sabe.

-Sí.

-¿Tiene que ver con lo de ayer por la mañana?

La madre de Yósif se vuelve bruscamente hacia él.

-¿Qué pasó ayer por la mañana?

-Nada.

Artiom quiere preguntar a la madre de Yósif por qué están pasando esos helicópteros. Preguntar si hay una base militar cercana de la que nadie les había hablado. Sabe que hay unos barracones del Komsomol en Moguilev. Uno de sus compañeros de clase, Leonid, fue invitado allí para recibir un premio de Joven Pionero. Pero sabe que nunca debe preguntar por la historia o la geografía locales. Puede preguntar por lugares lejanos. Cualquier adulto le contará cosas de una excursión a la ciudad o de su viaje a Moscú o Leningrado de hace muchos años. En la escuela de dos aulas a la que asisten los niños de su aldea y de otros tres pueblos de los alrededores, los maestros dan lecciones sobre lagos y bosques, los animales de la tundra, los hábitos alimenticios de las garzas. Sabe que la industria más importante de la ciudad de Togliatti es la fábrica de coches Zhigulí y que Volgogrado es donde están los mayores astilleros. Sabe que durante el décimo plan quinquenal se construyeron cuatro millones de metros cuadrados de viviendas en Minsk y que fueron sus compañeros bielorrusos los que inventaron el helado (los campesinos chupaban la savia helada de los abedules) y el fertilizante de potasio. Sabe que un cuarto de la población de Bielorrusia murió en la Gran Guerra Patria. Ha empezado a sacar conclusiones sobre el origen de su aldea, pero no hay nada escrito sobre eso en las cuatro estanterías de libros que enmarcan la mesa del profesor y sabe que no debe preguntar.

Aquí las personas no se parecen entre ellas. Algunos son más morenos, otros tienen los rostros anchos de los tártaros que ha visto alguna vez en copias de periódicos viejos. No se habla de raza ni de la generación anterior. Esta aldea reúne una colección de gentes venidas de no se sabe dónde. Llegaron aquí, uno tras otro, al acabar la guerra, una época en que los archivos se perdieron o se destruyeron, y la administración apenas si pudo cazar al vuelo algún que otro papel arrastrado por el viento de las llanuras arrasadas. Fueron unos pocos años en los que uno podía fabricarse una vida que no estuviera determinada por el miedo. En otros lugares todavía se mandaba a la gente al gulag por llegar dos minutos tarde al puesto de trabajo, por llevarse a casa un bolígrafo en el bolsillo, por no tener tal sello o tal documento en tal día. Pero esas cosas no sucedían en las comunidades cuya existencia pasaba desapercibida para las autoridades.

Cuando volvieron del frente, los soldados no regresaron con sus familias o sus seres queridos: sabían que allí no había quedado nada. En su retirada frente los alemanes, cuatro años antes, habían quemado los pueblos de sus familias, destripando toda la zona, así que, a la vuelta de la guerra, cuando atravesaron de nuevo aquellos lugares, quedaron anonadados ante la magnitud de su propia destrucción:

todas aquellos sitios que tanto habían significado para ellos apenas si eran identificables por algún letrero perdido o por el ennegrecido esqueleto de un establo o un granero. Sabían que las carreteras por donde pasaban sus camiones estaban empedradas con los huesos de los suyos, que los cadáveres abultaban tanto en el suelo que el enemigo los había amontonado en largas hileras con la ayuda de excavadoras, cuando ya hacía mucho que en los campos de batalla no quedaba ni un árbol.

Fueron carreteras por las que se negaron a andar. Por eso marcharon a los campos, a las zonas boscosas que habían visto desde la distancia. Simplemente, abandonaron sus puestos, huyeron de los papeles, de la reincorporación al sistema. Así que, cuando llegaban a un lugar aislado y se encontraban un fogón de hierro o un pedazo de muro todavía en pie, cortaban unas ramas, prendían un fuego y se refugiaban a la sombra de las piedras. Se resguardaron en hoyos de tierra para mantenerse calientes mientras construían un refugio más permanente. Poco a poco, reconstruyeron las isbas, primero con piedras, luego con madera. Cavaron fosos, trajeron ovejas y vacas de los mercados que estaban a dos días de marcha. Vinieron mujeres que fueron bien recibidas, a las que nadie preguntó de dónde venían. Se cambiaron los nombres y nunca se preguntaron por su pasado. Y se amaron y trajeron hijos al mundo y cuando los hombres de uniforme aparecieron e insistieron en que aquellas granjas incipientes se convirtieran en explotaciones colectivas, los hombres tenían su documentación nueva preparada y estuvieron conformes con lo que se les pidió, pero cada uno conservó un pedazo de tierra para uso propio como premio por tantos años de trabajo. Y nadie les puso pegas.

Aquí no se pregunta por los soldados. Aquí no se habla de los militares. Incluso los que acaban de volver de la mili procuran evitar el tema en las largas veladas que pasan sentados en corro.

Yósif se levanta de la mesa y sale de la casa seguido de Artiom.

La madre de Yósif les pregunta dónde van y Yósif le contesta que hay que recolocar la chapa del tejadillo. Lo va a clavar por si vuelven a pasar los helicópteros. En el cobertizo, Yósif busca el martillo y unos clavos en la caja bajo el banco de trabajo. El cobertizo solo tiene dos paredes orientadas norte-sur, las delgadas tablas de madera todavía llevan la corteza. La leña está apilada contra una de las paredes y hay un cachito de suelo libre -donde los chicos guardan la motocicleta- salpicado de rodales de aceite, testimonio de sus vanos esfuerzos mecánicos.

-¿Cuándo se marcharon?

-Anoche.

-¿Anoche? ¿Y todavía no han vuelto?

-No, claro que no. ¿No te has enterado de que tu padre no estaba?

No se ha enterado. Es frecuente que el padre regrese a casa mientras Artiom duerme y que se vuelva a marchar antes de que él se despierte. No necesita dormir mucho. A veces Artiom se despierta a media noche y oye la radio en la cocina. Le llega la luz de una vela y sabe que su padre está ahí sentado, escuchando la radio. Cuando era pequeño, Artiom solía ir a la cocina y preguntarle al padre por qué estaba despierto; otras veces le decía que tenía sed y su padre cogía la botella de leche que estaba metida en un cubo de agua -antes de que tuvieran la nevera- y le dejaba dar un trago, pero solo uno. Y Artiom se sentaba en las rodillas de su padre y escuchaba la danza de los violines y el sordo retumbar de los bombos que le traía a la memoria cuentos de hadas, de pequeños elfos y de enormes ogros con estruendosas zancadas. El volumen estaba tan bajito que no parecía acompañar el drama de la música, como si alguien le estuviera contando alguna gesta épica con susurros entrecortados. Artiom descansaba entre los brazos de su padre como un ternero enfermo, conectado al reconfortante calor que desprendía.

Yósif encuentra el martillo y hurga en una lata vieja llena de clavos buscando unos grandes, que le puedan valer.

-¿Tú sabes dónde han ido?

-A Prípiat, pero no digas que te lo he dicho yo. Si padre vuelve a casa y se entera de que madre lo sabe, nos pegará con esto -dice Yósif sopesando el martillo que se balancea colgado de su mano.

-No, no lo hará.

Artiom ha respondido sin pensarlo y los dos se quedan mirando el martillo que Yósif sostiene bajo su barbilla. A veces Artiom habla con una determinación que a Yósif le admira.

-¿Por qué han ido a Prípiat?

-No lo sé. ¿Es que te piensas que yo lo sé todo? No lo sé.

Yósif encuentra los clavos, se los mete en el bolsillo y trepa al tejado, apoyando las piernas en la pared para darse impulso. La estructura tiembla con la fuerza del chico.

-Me extraña que no se haya venido abajo al pasar los helicópteros.

-Ya, y a mí también.

Si supieran algo más concreto de los helicópteros, la marca, el modelo, habrían utilizado los términos exactos, pero no lo saben. Conocen cualquier modelo de coche que haya podido fabricarse en la Unión Soviética. De helicópteros no saben nada.

Andan sobre el tejado, con cuidado de pisar solo sobre los travesaños que lo soportan, señalados por las hileras de clavos; no quieren atravesarlo y caerse. Yósif se arrodilla donde ve que la chapa de hojalata se ha desprendido, se pone un clavo en la boca y la coloca en su sitio. Artiom pasa por encima de él y se apoya sobre ella un

poco más allá. No es que sea estrictamente necesario, pero necesita sentirse útil. Yósif decide poner más puntos de sujeción en la chapa. Si solo utiliza los antiguos, se desprenderán enseguida.

Yósif pega el primer martillazo y el sonido del clavo al hundirse en la chapa le da a Artiom tanta dentera que quisiera morderse los nudillos. Pero no muestra ninguna reacción, no puede perder los papeles ante él. Artiom piensa que la madre de Yósif debe de sentirse como si estuviera metida dentro de un tambor de hojalata. Supone que va a salir y quedarse ahí hasta que acaben el trabajo, pero no es así. Cualquier ruido se amplifica contra un tejado de chapa. En su propia casa, a veces Artiom oye correr las ratas sobre sus cabezas, es un ruido al que no consigue acostumbrarse. Le encanta cuando llueve, sobre todo cuando cae la tarde y él está haciendo los deberes junto a la estufa y las gotas empiezan a caer con una regularidad maravillosa, golpeando uniformemente todo el tejado, solo gravedad y agua.

Yósif hace un trabajo rápido con el martillo. Yósif lo hace todo así, a golpes breves, como una traca. Es pequeño pero macizo. Su padre dice de él que algún día será un buen boxeador y Artiom no lo duda, por cómo se mueve Yósif. Incluso en la escuela, cuando tienen que escribir algún ejercicio, Yósif no puede evitar mirar a su alrededor, no puede evitar mover compulsivamente las piernas y los codos.

Cuando Yósif acaba, se sientan y miran el campo en la lejanía. Cerca del silo de grano hay dos tractores arando la tierra. Los dos saben cómo se maneja un tractor, pero el director de koljós nunca les dejaría hacer nada con maquinaria mecánica. A ellos solo les tocan los trabajos menos interesantes, como dar de comer a los cerdos y ordeñar las vacas. Se lo han suplicado en todos los tonos, pero él siempre les dice: «Y ¿qué pasa si ocurre algo?, ¿eh?, ¿qué pasa si os cargáis un tractor?».

-Me pregunto qué aspecto tendrá todo esto visto desde un helicóptero -dice Artiom.

-No sé.

A Yósif no le gusta preguntarse cosas. Solo le gusta enfrentarse a lo que tiene ante él. Artiom se da cuenta de que ya está observando a su alrededor, viendo qué más podrían hacer, ahora que la rutina del domingo se ha interrumpido.

-Seguramente podemos montar en la moto cuando vuelvan.

Artiom se anima. Por supuesto que pueden. ¿Cómo se le ha podido pasar por alto?

-Ahora podemos ir a otros sitios.

-Lo sé.

-Podemos ir a Prípiat, y a lo mejor hasta Poleskoie.

-En la moto podemos llegar hasta Minsk.

Nunca han ido a Minsk. Pero han oído a sus compañeros de clase contar historias.

-¿Y la gasolina?

-Podemos coger un poco del depósito que está junto al cobertizo del tractor. No necesitamos mucho. No se notará.

-Claro -asiente Artiom.

Yósif siempre sabe encontrar las cosas que necesitan. Coge un puñado de clavos del bolsillo, le alarga la mitad a Artiom, apunta a una lata de pintura vacía al lado de la verja y tira un clavo. Se pasan la vida tirando cosas para dar a otras cosas. El recipiente es demasiado pequeño y el ángulo de apertura demasiado estrecho para que haya alguna posibilidad de acertar, pero aun así les gusta el reto.

-El primero que acierte sube primero en la moto.

-Vale.

Cogen el ritmo pero ninguno habla. Yósif se muerde la lengua cuando dispara y Artiom sigue pensando qué aspecto tendrán vistos desde arriba. Dos chicos sentados en un tejado de hojalata, verde y roñoso. Artiom piensa que, desde allí arriba, todo tiene que parecer formas planas recortadas. Los campos grandes, rectangulares. Las carreteras estrechas, finas. La tapa del silo como un lunar. Se pregunta qué pensarán de ellos los soldados. Deben de pensar que estos chicos no tienen nada que hacer, deben de pensar que aquí no hay acción. Pero Artiom y Yósif son capaces de tirar clavos a la lata. De construir fortalezas en los árboles. Y ahora, también, de montar en moto a través de los campos, oyendo cómo zumba por los caminos embarrados.

Yósif le da un codazo y señala hacia la derecha, otro blanco. Artiom sigue la dirección del dedo y se da cuenta de que se oye la moto, de que puede ver a sus padres que se acercan por la carretera, levantando una nube de polvo a su paso.

Tiran los clavos restantes a los matorrales y se bajan del tejado. Abren la puerta de la cocina de par en par, la madre de Yósif sigue donde la dejaron. La mesa está puesta.

-Están volviendo.

-¿Los helicópteros?

-No, padre.

Ella se levanta, echa la silla para atrás y da un paso hacia la puerta en un gesto escueto.

Esperan en el camino. Cuando los hombres se acercan, la madre de Yósif echa a correr hacia ellos. Los chicos también sienten ese impulso, pero se quedan parados. No quieren parecer excesivamente ansiosos. Y los dos piensan que la moto parece fácil de conducir.

El padre de Yósif se baja de la moto y habla animadamente con la

madre. El padre de Artiom gira el puño del acelerador y se para delante de los chicos.

-Vámonos.

Lo dice como una orden. Al principio, Artiom no logra entenderlo: la primera vez que se sube a su moto, esa moto que les ha dado tanto trabajo, tiene que ser un momento de orgullo, algo que hay que celebrar. Luego mira a su derecha y ve al padre de Yósif arrastrando a su mujer al interior de la casa.

-Vámonos.

El padre de Artiom revoluciona violentamente el motor y Artiom se sube de un salto.

-¿Estás bien agarrado?

-Sí.

Salen tan deprisa que a Artiom se le va la cabeza para atrás.

Cuando llegan a casa, el padre de Artiom va hasta el porche y se baja antes de que la moto se pare del todo. Artiom se apea también y su padre, cogiendo la moto por el manillar, la tira sobre la hierba y va hacia la escalera. Artiom intenta coger la moto y ponerla sobre la pata de cabra, pero su padre le grita:

-¡Deja eso, entra ahora mismo!

Su padre no suele levantar la voz. Artiom tiene ya edad para que le duela que su padre le dé órdenes, pero no para desobedecerlas. Tampoco tiene muy claro si esa edad se llega a tener.

En casa, su madre está remendando el otro par de pantalones del padre. Mueve la aguja con dedos ágiles, precisos, pasando el hilo entre la trama. Es muy buena costurera. Toda la ropa que lleva la familia ha sido remodelada y reformada por ella de una u otra forma. Artiom lleva la ropa vieja de su hermana, pero nadie diría que la ha llevado una chica; su madre le ha cambiado los botones de sitio y ha recortado los hombros. Por las noches, cuando no puede concentrarse en los deberes, mira los dedos de la madre. Son como indicadores de su estado anímico. Artiom se figura que son como antenas que manifiestan lo absorta que está.

-Los militares llegarán en cualquier momento -dice el padre de Artiom-. Están metiendo a la gente en camiones. Haz una bolsa, esta noche tenemos que dormir en el bosque.

-¿Cómo en el bosque? ¿Qué? Yo no puedo andar tanto. ¿El bosque?

-Están evacuando el área. Ha habido un incendio en la central.

-¿Y están evacuando toda la zona?

-¿Dónde está Sofía? -el padre se vuelve hacia Artiom-, ¿dónde está Sofía?

-No lo sé.

-No lo entiendo. ¿Por qué no se limitan a apagar el fuego? No

puede ser que se extienda tanto.

-Es una central nuclear. Es peligroso.

-¿Por qué es peligroso? Ni que hubiera bombas allí…

-Es peligroso y punto. ¿Dónde está Sofía?

-No lo sé -vuelve a decir Artiom.

La madre de Artiom no sabe cómo reaccionar. Hace lo que siempre hace cuando se pone nerviosa, se mantiene ocupada. Artiom lo ha visto en otras ocasiones cuando viene gente a cenar y ella no sabe cómo hablar con ellos. O cuando su padre alaba su figura delante de los amigos. Hace un ovillo con el hilo y comprueba que todas las agujas están cuidadosamente ordenadas en su hueco conforme a su tamaño. Luego se sirve una taza de agua de la jarra que está siempre sobre la encimera. La misma que ha traído y llevado del pozo a la cocina miles de veces.

-Ve a buscarla -le dice el padre a Artiom-. Y deja la jodida moto. Tenemos que marcharnos inmediatamente.

Artiom sale, encantado de marcharse de casa. Sofía es muy andarina, así que puede estar en cualquier parte. Su padre lo sabe. ¿Cómo demonios va a encontrarla? Ella camina. Le gusta mirar los pájaros. Odia que vayan a cazar urogallos, pero no es tan tonta como para decirlo. Su padre apenas tiene tiempo libre con tanto trabajo. Ella no quiere que su desaprobación le estropee el placer de uno de sus escasos entretenimientos. Aparte de que ella también se come la carne, ¿verdad?

Sofía era la que siempre traía la naturaleza dentro de la isba. Cuando era pequeña recogía escarabajos y nidos de pájaros. Metía a los escarabajos en un frasco bajo su cama. Artiom los odiaba, pero aun así los miraba, veía cómo intentaban subir por la pared de cristal, caían de espaldas y luchaban para darse la vuelta.

Artiom corre. Puede entender la reacción de su madre. Después de todo, solo es un fuego. Pero todo guarda relación. Recuerda la mañana del día anterior, lo que vieron. Piensa en los helicópteros sobrevolando el campo. Tiene que estar pasando algo gordo.

Sofía no está en la tumba de la *babuska*. Artiom se detiene un momento frente a la tumba. No puede evitar mirar alrededor por si su padre lo está vigilando, aunque está fuera del alcance de su vista. El *rusnik* que envuelve la cruz de madera está casi deshecho. El túmulo de tierra está cubierto de brotes verdes. Pronto no se podrá distinguir de la hierba que lo rodea. Algún día la cruz se pudrirá y se caerá en pedazos y la gente ya no sabrá que ahí hay un cuerpo enterrado, en una caja de madera, su *babuska*. Artiom ya no es capaz de recordar el sonido de su voz, las cosas que decía. Recuerda qué aspecto tenía. Pero por lo demás, sus recuerdos se han deshilachado como el

bordado sobre la cruz.

Corre hasta el árbol de Sofía. Es un árbol con una enorme rama en horizontal desde la que se ve la tienda del pueblo, y a veces ella se tumba allí para ver las idas y venidas de la gente. Ella mira el pueblo y Artiom la mira a ella. Solo tiene dos años más que él, pero sabe mucho más que él. A veces él dice algo y ella se limita a asentir sonriendo. Igual que su madre.

Está sudando por la carrera. Lleva media hora corriendo. Llama a casa de los Polivinskin para preguntarle a Nastia si ha visto a Sofía, pero no hay nadie. Da la vuelta a la casa corriendo y los ve, dos campos más allá, llevando el ganado hacia el bosque. Todo el mundo va hacia el bosque.

Vuelve a casa, jadeante, y al ir a entrar, hace el gesto de llevar la mano al tirador y se da cuenta de que la puerta está sobre la mesa.

-No la encuentro.

¿Por qué está la puerta sobre la mesa? Instintivamente, toca el marco, para asegurarse de que está vacío.

Su padre está metiendo las mantas en un saco.

-¿Qué? -el padre se para-. Mierda. Dónde estará…

-No lo sé.

-¿Has ido a la tumba?

-Sí.

-¿Le has preguntado a Nastia?

-Han salido para el bosque, van con el ganado. Sofía no estaba con ellos. A lo mejor ya se ha enterado y se ha ido para allá.

-No -grita la madre desde su cuarto-, habría vuelto a casa.

Su madre emerge del dormitorio, se pasa la mano por el pelo, dando tirones bruscos para desenredarlo. A Artiom le da angustia solo de verla.

-Andréi, tienes que encontrarla.

-Ya lo sé.

Su padre sale de una zancada y se vuelve para decirle:

-Haz todo lo que diga tu madre. No se te ocurra dejarla sola.

La moto ruge y deja un gran silencio. Su madre se acerca a él y lo abraza. Artiom puede sentir cómo vacila, no quiere imponerle nada, es consciente de que él necesita poner una distancia con ella, ahora que se está haciendo un hombre. Pero él admite el abrazo. Porque ella rara vez los pide. Artiom sabe que ahora es ella la que necesita un contacto que la tranquilice.

Sale fuera y coge una patata del saco de la esquina.

-Mete tus cosas. Lleva algo de abrigo. Y si hay algo que para ti sea muy importante, cógelo también.

-Vale, y estos sacos, ¿de dónde salen?

Ella mueve la cabeza hacia la ventana.

-Tu padre los vació.

Artiom mira hacia afuera. La tapa del contenedor de la leña yace sobre la hierba y las patatas están tiradas en montones por el suelo.

Artiom se vuelve hacia la madre.

-No vamos a volver, ¿verdad?

Ella se aprieta la boca y sacude la cabeza.

Empacan y esperan. Los minutos se alargan. Se sientan ansiosos a esperar que vuelva la mitad de la familia.

Oyen un ruido de motores que viene del pueblo. El sonido se mezcla con unas voces desarticuladas. Salen a la puerta. Por el aire llega una voz metálica, palabras atropelladas.

Por encima de los setos asoman camiones militares a los que han amarrado unos altavoces. Al acercarse al pueblo, los últimos de la fila se detienen y se van repartiendo por las veredas.

-¿Qué hacemos?

-Vamos dentro. No vamos a salir de esta casa hasta que vuelvan.

Un camión se para a la entrada del camino, debe de estar donde los Serbak. Se oyen pisadas que vienen, voces cada vez más cerca.

Por el vano abierto de la puerta, Artiom ve acercarse a un soldado. Entra en la habitación.

-Al camión. Pueden llevar una bolsa.

No es mucho mayor que Artiom. Es alto y desgarbado. Tiene una mano sobre el fusil que le cruza el pecho. Artiom podría hacerle rodar por las escaleras antes de que le diera tiempo a apuntar hacia nada. Mira a su madre, esperando una señal, pero ella ha vuelto a coger la aguja y se ha puesto a coser de nuevo, sin prestar apenas atención a lo que está sucediendo, como si fuera lo más normal.

-Al camión, vamos.

El soldado está un poco inseguro. La orden ahora se ha convertido en petición.

La madre de Artiom levanta la cabeza de la costura.

-Mi marido está fuera, buscando a mi hija. Van a volver. Pero no nos vamos a marchar sin ellos.

-Pueden esperarlos en el camión.

La madre baja la labor.

-Entiendo.

Lo dice impertérrita, disolviendo la orden del soldado en una posibilidad más entre otras muchas.

-Tenemos orden de quemar la casa de los que se nieguen a cooperar.

-Vale, pero esperaremos aquí mientras la queman.

No se advierte ningún gesto, ninguna inflexión que revele el miedo que tiene. Su madre ha aprendido a no temer que la apunten con un arma. Esta mujer que habla es su madre. Sí, tuvo otra vida antes de ser madre, antes de casarse, pero, aun así, a Artiom le cuesta conciliar la escasa información que tiene sobre su pasado con lo que está pasando en este instante, ante sus propios ojos.

Desconcertado, el soldado se vuelve hacia el chico. Artiom desearía tener algo entre las manos de lo que ocuparse. Se llega casi a plantear si no debería tomar él también aguja e hilo.

Su madre señala los sacos puestos al lado de la puerta; sin el menor asomo de urgencia añade:

-El equipaje está hecho. Nos vamos. Pero con mi marido y con mi hija.

El soldado mira los cuatro sacos de los que asoma alguna prenda. Se marcha. Ellos esperan. Vuelve.

-De acuerdo. Pueden esperar, pero yo me quedo. Cuando vuelva a pasar el camión tendrán que subir. Podemos hacer uso de la fuerza.

-Estoy segura de que pueden.

El soldado coge una silla de la mesa, luego decide que probablemente debería seguir de pie. Esperan. Artiom no sabría decir cuánto tiempo. Al cabo de un rato el soldado se sienta. Su madre sigue cosiendo.

Artiom va a su cuarto y el soldado lo sigue. El chico coge un manual de tractor de debajo de la cama, vuelve a su silla y se sienta. El soldado hace lo mismo.

Por fin se oye un motor, un sonido más agudo que el de los camiones. La moto pasa por delante de la puerta y Sofía viene en el asiento de atrás, agarrada a la cintura del padre. Por primera vez, la madre interrumpe el zurcido. Entran en la casa y su hermana desaparece entre los brazos de la madre. Hasta exhala el aire con un ruidito, como un balón que se desinfla.

-Ya están aquí -dice el padre.

La madre vuelve los ojos hacia la mesa de la cocina.

El padre sigue la mirada de su mujer y, al volverse, ve al soldado. El soldado ahora no sabe qué hacer, Artiom se da cuenta. El tiempo que ha pasado en la habitación ha suavizado su determinación. Está ocupando el hogar de otro hombre, sentado ahí frente a su familia, con un fusil en el regazo.

Su padre se acerca al soldado.

-Venga, por favor.

Salen fuera y Artiom ve cómo su padre gesticula señalando la casa.

-¿Crees que va a dejar que nos quedemos? -pregunta.

-No le está pidiendo eso -contesta su madre, que se ha vuelto a sentar y tiene todavía a Sofía cogida de la mano.

El padre vuelve a entrar, coge unas cuantas zanahorias crudas de debajo del fregadero y las reparte. Luego coge un poco de pan del aparador, lo rompe en tres trozos y se los da. Artiom hace ademán de llevarse el pan a la boca, pero el padre lo para.

-Resérvalo hasta que tengas que comértelo. Puede pasar tiempo hasta que vuelvas a hacer una comida.

Artiom se da cuenta de que su padre no ha dejado nada para sí mismo.

El camión se detiene fuera y ellos cogen los sacos; Artiom lleva dos, porque puede con ellos. Echa los sacos al camión y se sube apoyando el pie en la trasera abatida para darse impulso.

Conoce a muchos de los que están dentro: los Gavrilenko, los Litvin, los Volchok. A otros pocos no los reconoce. Viven más lejos del pueblo. Se vuelve para ayudar a subir a madre y luego a Sofía. Su padre está parado junto al camión, sujetando la puerta de su casa. ¿Se la irá a traer? Su padre la levanta hacia Artiom y él la agarra y la deja en el suelo boca abajo mientras su padre la va deslizando hasta el fondo y la gente levanta los pies, algunos protestan y Artiom lo comprende. Qué ocurrencia la de su padre, traer la puerta…

-¡A callar! -grita el soldado con renovada autoridad.

El padre sube al camión y se sienta junto a la madre, sin mirar a nadie. Artiom lo ve coger a su madre de la mano. Artiom le ha visto hacer eso en incontables ocasiones, pero tiene la impresión de que hay algo diferente esta vez, aunque no sabe exactamente por qué. El soldado cierra la trasera, echa el seguro y sube. Nadie lo ayuda. Una alianza de oro en el meñique de la mano derecha del soldado tintinea contra el marco metálico de la cubierta. Artiom cae en la cuenta al arrancar el camión: es la alianza de boda de su madre.

En la sede del Partido, Grigori escucha la exposición del comité de evacuación. Se siente terriblemente viejo, la falta de sueño puede con él y todavía lleva en el cuerpo las vibraciones del helicóptero. Han traído provisiones durante la noche, así que está sorbiendo un té en un vaso de plástico, el calor y el azúcar le confortan.

Han movilizado todos los autobuses utilizables en un radio de diez horas de conducción. Dos mil cuatrocientos treinta autobuses se detendrán en un punto de encuentro a dieciséis kilómetros de la ciudad y luego llegarán a ella organizados en cuatro convoyes diferentes para facilitar la supervisión de la multitud. La ciudad ha sido dividida en cuatro sectores, con las distintas rutas de evacuación señaladas.

Habrá controles de radiación en cada sector para evaluar la composición isotópica. Se clasificará a las personas según el nivel de riesgo y se les dará la documentación para que los hospitales los puedan tratar de manera eficiente. Cinco categorías, implacablemente denominadas: riesgo absoluto, riesgo excesivo, riesgo relativo, riesgo adicional y riesgo espontáneo. Todo el que esté en la primera categoría será trasladado en ambulancia; a los demás los mandarán en autobuses. Prevén que las pruebas dosimétricas lleven un tiempo.

-No sé si molestarme en preguntar por qué -dice Grigori-. No me lo diga, tenemos cincuenta dosímetros.

-No, señor, tenemos ciento cincuenta -contesta un joven asesor, con un deje de orgullo en la voz.

Grigori hace una pausa y da un sorbito de té.

-Eso es aproximadamente uno por cada quinientos ciudadanos.

-Sí, señor.

Grigori echa al hombre de la habitación.

A la planta llega más maquinaria militar: aviones de combate Mi-2, helicópteros de combate Mi-24, instrumentos para la batalla. Envían algunos robots diseñados por la Academia de las Ciencias para la exploración de Marte. El teniente que está a cargo de la logística no sabe bien dónde aparcarlos.

En el lugar de la evacuación, Grigori se queda atónito ante el poder de una muchedumbre. Ese peso, esa expansión de una horda reunida. Ese zumbido estático de la trepidación. Niños llorando, un pequeño

batallón de niños llorando. Madres con la angustia pintada en la cara; hombres nerviosos que parecen incapaces de evitar mesarse la incipiente barba, pasándose la mano por el pelo, contrayendo y aflojando los bíceps. Miles de maletas hechas a toda prisa, con la ropa que se sale por las junturas. Maletones voluminosos que andan rondando lo esférico. Familias sorprendidas sin maletas, con finas bolsas de plástico con asas donde solo transportan las pertenencias más básicas, de ellas asoman libros, cerámicas, chaquetas. Mujeres con sus escasas joyas guardadas en el sujetador, formando bultos raros en el pecho. Niños con tres capas de ropa, sudando a chorros bajo el sol de la tarde. Miles de contactos físicos. Parejas de la mano, mujeres con la cabeza hundida en el hombro del marido, niños a caballito, en brazos, abrazados a la cintura. Bebés en mochilas. Adolescentes enamorados besándose frenéticamente, como enredados, luchando por un contacto definitivo, arremetiendo contra el espacio entre ambos.

Los soldados llevan megáfonos y armas y organizan largas filas por bloque, al final de cada cual hay un dosímetro y una mesa con caballetes tras la que un teniente comprueba el documento de identidad y sella los nuevos papeles médicos. Los que se encuentran en la categoría crítica son apartados a un lado, arrastrados tras una muralla de soldados y encerrados en las ambulancias. Ellos se resisten con todo el cuerpo, agitando frenéticamente brazos y piernas; la ropa, arrancada en la contienda, cae a jirones a su alrededor. Sus familiares se abalanzan sobre ellos, pero los soldados los repelen con expertos porrazos en la nuca que hacen que los agredidos, niños incluidos, se desplomen lentamente de rodillas. El espacio que ocupa la muchedumbre se expande con su indignada rabia, pero la tropa la tiene bajo control. Estos soldados saben lo que es una batalla y responden con la férrea dureza que proporciona la experiencia.

Cuando llegan los autobuses, la muchedumbre se desborda, la gente rodea los vehículos, fuerza las ventanillas, sube a los guardabarros, se pone boca abajo sobre el techo. Se lanzan gases lacrimógenos y el enjambre retrocede y los soldados suben a los autobuses y sacan a la gente, repartiendo porrazos a la vista de la muchedumbre. Por megafonía resuenan instrucciones, frases sencillas y claras:

«Vuelvan a su fila.»

«No intenten subir a los vehículos sin el certificado médico.»

«El que suba sin certificado será severamente castigado.»

Tres frases que se repiten como un mantra que, finalmente, consigue restablecer el orden. La muchedumbre es fatalista y básicamente sumisa.

Los informes de la operación señalan que los animales son altamente contaminantes -la materia radioactiva habría impregnado

su pelaje-, así que las tropas los abaten sobre la marcha. Los animales de compañía son arrancados de los protectores brazos de sus dueños y abatidos ante sus ojos. Perros dóciles que husmean inocentes los cañones de los fusiles. Los soldados agarran los gatos por la piel del cuello y apuntan al cuerpo que se retuerce bajo la barbilla, la sangre salpica en todas las direcciones.

Una anciana pasa una jarra de leche a sus vecinos, y le dicen que está contribuyendo al envenenamiento radioactivo. Un oficial le arrebata la jarra de la mano, aullando que estará contaminada, y el cremoso líquido describe una larga curva antes de caer al pavimento, donde se mezcla con la sangre del gato formando un repugnante charco rosa. La mujer se queda muda, desvalida.

Grigori se encuentra en el exterior del centro de operaciones -una tienda levantada a toda prisa en un punto algo elevado del sector este de la ciudad- y tiene que tragárselo todo. Es una operación militar, no puede intervenir en nada. Observa cómo se extiende el caos sintiéndose impotente y solo.

A su derecha, un poco más allá del montículo, ve a un hombre intentando meter una puerta en el autobús. Los soldados lo rodean, apuntándolo con los fusiles, como si fueran a ensartarlo. Grigori se acerca para oírlos. El hombre está de pie rodeando con un brazo la puerta levantada en vertical, como si fuera un viejo amigo que estuviera presentando a unos vecinos. Tiene un mentón muy marcado, donde despunta una barba gris, y el carisma de un vendedor. Está señalando detalles íntimos en la madera. Grigori sigue los dedos del hombre y ve unas líneas marcadas en el lateral del panel, a distinta altura, seguidas de fracciones: 3 ¼, 5 ½, 7 ½. El hombre señala con la mano a una niña y a un niño, de unos catorce años, que tienen los mismos rasgos marcados, el mismo par de ojos claros. Grigori se percata de que el hombre está señalando las marcas de la estatura de los niños según iban creciendo. El hombre habla de la historia de ese objeto. Los soldados sienten cierta curiosidad ante ese empeño ridículo, querer llevarse ese objeto tan absurdo cuando todo el mundo intenta meter de tapadillo una bolsa extra u otra chaqueta.

Grigori oye decir al hombre que sobre esa puerta velaron a su padre, hace diez años, y luego a su madre, el invierno pasado. La veló toda la noche, cogido de la mano de aquel cuerpo rígido engalanado con su mejor vestido. Él les explica todo esto a los soldados, les enseña las muescas en la madera, los nombres, las marcas tribales que cuentan la historia del objeto, el único objeto que le ha importado algo en la vida, una plancha de madera estriada en la que su propio cuerpo habrá de descansar un día, hasta que, a media frase, uno de los soldados da un paso adelante y le parte la nariz de un culatazo.

La sangre le chorrea por la cara, reluce en las barbas, gotea por el

mentón. La puerta cae sobre el pavimento con un gran estruendo y entre la multitud cunde el pánico, todos están tan tensos que lo interpretan como un disparo.

Todavía musita algunas palabras: aún no se ha agotado su impulso oratorio. Luego deja de hablar y otros soldados lo agarran, lo empujan y lo arrastran, echando hacia atrás a su familia. La puerta sucumbe bajo la marea humana. Grigori alcanza a ver a la familia arrastrada por la ola, tratando de nadar contra la marea de cuerpos, y al hombre arrojado a un camión militar donde se tapa la boca y la barbilla con la mano, y Grigori no sabría decir si lo hace con intención de restañar la sangre o es un gesto que indica que se lamenta de su extravagante empeño.

Otros soldados se suben a los camiones y Grigori se entera de que son equipos secundarios que han mandado para asegurarse de que en la ciudad no queda nadie escondido. Decide acompañarlos, considerando que tendrá más oportunidades de ejercer una influencia apaciguadora sobre un grupo más pequeño.

Se dirigen hacia la parte oeste de la ciudad y entran en los bloques de viviendas. Ropa tendida en cuerdas de lado a lado de cada terraza. Neveras con botellas de zumo de naranja y platos con mantequilla. Encuentran gente tras las cortinas de baño y otra metida en los armarios de la cocina. Encuentran a una chica embarazada en el fondo de un sofá. Grigori se sienta en una terraza, intentando distinguir algún indicio de movimiento en las calles desiertas, y ve de pronto unas manos aferradas a los barrotes junto a sus pies. Se inclina sobre la barandilla y descubre a un hombre más tieso que un palo, que mira fijamente para abajo, como si evita el contacto visual pudiera volverse invisible. Un hombre colgado a una altura de diez pisos, con los magros músculos distendidos por el esfuerzo y la desesperación. En otro apartamento, una anciana sentada en la cocina escucha la radio. Cuando entran con gran pateo de botas, ella baja el volumen y los mira tranquilamente, con un control total de la situación. Antes de que puedan darle ninguna orden, dice que se niega a marcharse. Les invita a que la apaleen o a que la maten, si es necesario, pero afirma que está en su casa y que allí es donde va a morir. Ninguno de los soldados tiene ganas de ese tipo de violencia, en este lugar, con esa mujer. Salen del piso y Grigori mueve la cabeza y sonríe con admiración y ella abre las manos y las levanta con las palmas hacia el techo, un gesto silencioso que dice todo lo que cabe decir en este momento, en esta habitación, en esta ciudad.

Muchas de las puertas tienen notas para los amigos o para la familia, que indican un punto de encuentro en la ciudad. La gente ha escrito su apellido sobre la puerta, en un intento de reivindicar su propiedad. En docenas de apartamentos la mesa está puesta para la

cena.

Encuentran a una pareja durmiendo en la cama. Han pasado buena parte de la noche bebiendo y yacen ahí juntos bajo las sábanas, ajenos al drama que se desarrolla a su alrededor. Cuando los soldados irrumpen en el dormitorio, el hombre se levanta de la cama sobresaltado y luego, al darse cuenta de su desnudez, se vuelve a meter en ella. Los soldados se ríen, Grigori les pide que salgan, luego se sienta en la cama y le explica a la pareja la situación, mirando fijamente los oscuros ojos de la joven, ganándose su confianza con la amabilidad de su tono de voz. Esperan en la cocina y cuando la pareja sale, vestida y acarreando unas cuantas pertenencias, los soldados aplauden y vitorean, ellos sonríen tímidamente y Grigori siente envidia de ese amor tan joven.

Meten a la gente en el camión, se los llevan donde les corresponde y vuelven luego para llenar de nuevo los camiones. Pasan por un pequeño cementerio donde una mujer recoge puñados de tierra de una tumba -la de sus padres-y los mete en un tarro de mermelada. Les ruega que le dejen llevar el tarro, pero ellos se lo quitan y lo vacían de nuevo en el suelo. La mujer no tiene fuerzas ni para protestar.

Oyen un ruido procedente del hueco de un ascensor, rompen la rejilla y encuentran a un crío de unos cinco años, sentado en lo alto de la caja, tapándose los oídos con las manos. Uno de los hombres sube por el hueco y reaparece unos minutos después; el niño va a hombros del soldado, relinchando y agarrado a sus orejas.

Siguen matando animales de compañía, pese a las objeciones de Grigori. Los animales salen corriendo de los apartamentos y los soldados vacían sus cargadores y discuten sobre el número de bajas, como si fueran héroes de guerra.

En los autobuses no hablan. Están demasiado impactados para usar palabras. Artiom se sienta con su madre y su hermana en un asiento doble, en la quinta fila empezando por el fondo, cada uno de ellos va repasando en su cabeza el incidente.

La madre de Artiom mira las cabezas que botan, se sacuden y se bambolean ante ella.

No sabía que la puerta significara tanto para él. Nunca parecía haberle dado importancia y le cabía la duda de si habría intentado llevársela como un acto absurdo de protesta: «Cómo te atreves a ocupar mi casa, vas a ver cómo me llevo este trozo». No era de extrañar que los niños estuvieran estupefactos. Ni que los que escuchaban estuvieran intrigados. Había muchos aspectos de aquel hombre que solo se manifestaban en momentos de intimidad, de las formas más sutiles. Era increíble, salvajemente obstinado. No lo sabía nadie. Tal vez los niños tuvieran alguna intuición de ello, pero nadie sabía realmente de la insondable hondura de su obstinación.

Andréi podía demorarlo todo por ella. Podía hacer que el tiempo se curvara ante ella. Cuando hacían el amor en la cama, con su suegra dormida en la habitación de al lado, una mujer dura, de juicio siempre severo, el menor ruido habría supuesto una tensión: la anciana tenía un oído muy fino. Así que Andréi era cuidadosísimo y, aun así, generoso. Hacían el amor sin apenas moverse. Se mecían con movimientos como susurros, y ella lo llevaba al éxtasis solo con el calor de su aliento en su nuca.

-Cuando acabemos, quiero llegar yo primero -se lo había dicho siempre, cuando estaban solos, y él asentía con la cabeza, porque ambos sabían que él era el que aguantaría y ella la que colapsaría, desvalida, superada.

Y ahora él está solo, a saber dónde, en algún camión o en alguna celda, y ella tiene dos hijos mayores a los que tiene que tranquilizar, cuidar y dirigir lo mejor que pueda. Aunque ellos sean más listos y más conscientes que ella.

Lo enviarán mañana. Es imposible que no lo hagan.

Lo enviarán mañana.

Los niños gimen y se rebullen. Artiom está sentado casi en el borde, medio colgado del asiento. En algunas familias unos se sientan sobre otros, pero Artiom no quiere proponérselo a Sofía; le da apuro tanta intimidad.

Las luces dentro del autobús están encendidas. La luz le da entidad al humo de los cigarrillos, una nube de luz empolvada, firmemente suspendida sobre sus cabezas. Algunos niños duermen dando cabezadas mientras sus miembros desplomados sobre los reposabrazos cuelgan hacia el pasillo. Hay un goteo permanente de lloriqueos por todas las filas de asientos. Suenan intermitentemente crujidos sordos, cuando la gente cae en la cuenta de las pertenencias que ha olvidado, o cuando hurga en una bolsa de plástico para sacar otro jersey. Han oído que se dirigen a Minsk, pero no les han dado información. Artiom supone que algunos de los que van en el autobús conocen el trayecto. Mira a su alrededor y se percata de que van pocos hombres. Algunos ancianos sí, pero apenas si hay de la edad de su padre o más jóvenes. No se había fijado en ello mientras los metían a empellones en los autobuses.

Siente en las extremidades la urgencia de liarse a golpes con algo, de destrozar algo, lo que sea. La gente de alrededor ya está bastante nerviosa, así que se limita a morderse la mejilla por dentro y a apretar hasta que nota la sangre caliente fluir entre sus dientes. Nunca ha visto a su padre -un hombre con tanto aguante, tan seguro de sí mismo- parecer apabullado, aplastado por la violencia.

Le gustaría mirar por la ventanilla, distraerse con estos paisajes desconocidos, pero no puede llegar a verlos bien por encima de su madre, su hermana, el humo. Sofía saca una zanahoria del bolsillo y empieza a comérsela y Artiom hace lo mismo. Mastican los bocados insípidos. Les duelen las mandíbulas de tenerlas todo el día apretadas sin querer.

Artiom despierta. El autobús se ha parado y Sofía le está dando golpes en el hombro.

-Vamos a bajar.

Es de noche. Las ventanillas están cubiertas de un vaho denso. Artiom siente que su cabeza también. Se restriega los ojos con los puños, un gesto que a su madre le recuerda a Artiom cuando era un niño de cinco años, un gesto candoroso que probablemente seguirá teniendo hasta que se haga un hombre. Recogen sus sacos, los abrazan contra el pecho y esperan su turno para salir al pasillo y luego del autobús, inmersos en el mar de gente desplazada.

Artiom mira a su izquierda y ve que están aparcados al lado de la estación de ferrocarril. Hay un coche abandonado sin ruedas y gente pululando a su alrededor; Artiom se acerca y se sube al capó para ver mejor.

El grueso de los viajeros se aleja del edificio formando una gran cola que sigue las luces de emergencia colocadas en el suelo.

De nuevo busca con la mirada a los hombres, los padres, pero hay muy pocos.

Su madre ha decidido que irán a casa de su hermana Lilia. No está muy segura de dónde queda, pero podría situarla en un mapa. Así que tienen que salirse de la cola y conseguir orientarse. Artiom vuelve a la estación. Todavía quedan unas luces y el guardia duerme apoyado en una columna del soportal. Artiom les dice a su madre y a su hermana que se reúnan con él en la puerta principal y, cuando las ve avanzar contra la marea, se pone en marcha y, finalmente, emerge en un espacio vacío y se acerca al guardia.

-¿Hay algún sitio donde comprar un mapa?

El guardia se espabila y contesta mientras se aleja, evitando mirarle a los ojos.

-Prueba en el vestíbulo, a lo mejor hay alguno en el punto de información.

Sofía y su madre se acercan a él, echando un vistazo a su alrededor para ver qué posibilidades hay.

Su madre se mete las manos en los bolsillos, saca unos rublos y se los da.

-Mira a ver si puedes encontrar algo caliente.

-¿De beber o de comer?

-De lo que sea, da igual.

Artiom empuja la puerta de la estación y accede al vestíbulo. El lugar está desierto. A Artiom le extraña que nadie más se haya colado dentro para tomarse un respiro lejos del caos. Oye cómo resuenan sus pisadas en el espacio vacío. Tiene la sensación de estar en otra dimensión, solo en esta enorme extensión, una figura singular bajo la enorme techumbre abovedada de la estación ferroviaria de Minsk. El puesto de información está cerrado, pero hay un mapa de la ciudad en la pared, cubierto por una lámina de plástico. Artiom hurga en el marco, saca el mapa y lo enrolla.

Entra en una sala de espera vacía donde solo hay un chico dormido, con la cabeza sobre una mesa. El chico está casi abrazado al tablero, tiene un paquete de cigarrillos pegado junto a la oreja y un bote lleno de ceniza y colillas al lado del paquete vacío. La cabeza descansa sobre su mano, con un dedo mugriento sobre el párpado. Una fría luz verde agua se filtra por el descolorido panel de plástico del techo. Artiom toca el tablero de la mesa y se frota los dedos pringados de ceniza.

Alguien, a lo lejos, ha encendido una radio. Hasta sus oídos llega una música popular.

Artiom encuentra un pasaje con tenderetes que venden baratijas, todos cerrados. La silueta de los guardias de la estación se recorta

contra la luz, las gorras achatan el perfil de sus rostros, ennobleciéndolos como piezas gigantes de ajedrez. Hay viejos apoyados en las esquinas, tumbados sobre bolsas de plástico llenas de libros y de abrigos viejos.

En la tienda de la estación hay vitrinas rectangulares de cristal, están vacías. Una multitud se apiña contra el mostrador. Un poco más allá, una anciana se come un blini envuelto en un papel de cera. No se advierte cólera en la cola, ni agresividad entre la muchedumbre. La gente sigue y se deja llevar. Aquí ya no se puede conseguir más comida, pero, aun así, ellos siguen ahí, esperando.

Artiom vuelve a los soportales y le muestra a su madre el plano.

-¿Lo has robado?

-Pues claro que lo he robado. ¿O crees que hay tiendas que están vendiendo planos para turistas?

-No me gusta que robes.

-Vale -dice él dirigiéndose a la puerta-. Voy a devolverlo.

Ahora tiene criterio propio. Ella ya no puede regañarle como antes.

-No, tienes razón, has hecho bien.

Durante el último año han discutido más. Ella advierte en la mirada de su hijo que él está apuntándose otra victoria. De ahora en adelante serán pocas las discusiones que gane frente a él; no es que a ella le mueva un afán por competir, solo el reconocimiento de que todavía tiene cierta autoridad, que hay cosas que ella sabe.

Artiom extiende el plano en el suelo frente a ella.

-Vive cerca de la estación de autobuses. Vamos a la estación de autobuses y podré encontrar la casa.

Artiom recorre con el dedo los distintos distritos hasta que la encuentra.

-Vale, no está lejos.

-¿Has conseguido algo de comida? -pregunta Sofía.

-No, las tiendas están todas vacías. Han debido de venir cientos de autobuses antes de que nosotros llegáramos. Seguro que la gente ha almacenado comida.

Artiom coge el saco de su madre. Sofía puede llevar el suyo.

-¿Cómo sabremos cuándo llegará padre? -pregunta Sofía.

-Nos irá a buscar donde Lilia.

Echan a andar por la carretera en fila de uno, Artiom en cabeza. Anda pegado a las vallas. Un hombre pasa cabizbajo, mirándose los zapatos. Hay mujeres y niños sentados en mitad del asfalto, sollozando estremecidos. La madre de Artiom se acerca a ellos y consigue llevarlos a cubierto, al abrigo de la agobiante multitud. Una mujer de unos cuarenta años retrocede al verlos, gritándoles obscenidades. Dice una palabra que ellos no comprenden: «Luciérnagas».

Cruzan el parque, muy juntos. Le duelen los brazos de llevar los sacos, pero no quiere que se enteren, si no su madre insistirá en cargar con el suyo. Finalmente se para, los deja en la calzada y sacude los hombros.

Su madre lo mira, con gesto apesadumbrado. Aquí, lejos de casa, bajo la luz de las farolas metálicas, Artiom la ve de otra manera. Aparenta más edad de la que tiene. La tierra, el trabajo, la han endurecido. Han encallecido su piel y sus manos, pero también la han vuelto más determinada. Piensa en cómo trabaja cuando la cosecha, inclinada sobre las espigas, atándolas en gavillas, apilándolas en almiares. Todo el día inclinada, parando solo de vez en cuando a beber algo de agua. Está decidida a llegar donde tienen que llegar. Es una fuerza distinta de la del padre.

-Estás cansado.

-Sí.

-Deja que los lleve.

Él deja los sacos en el suelo y ella los carga sobre el hombro y echa a andar de nuevo. Se los cogerá de nuevo dentro de un momento, cuando le hayan descansado un poco los hombros.

En la estación de autobuses hay más gente, más caos. La confusión es incesante, pero están empezando a acostumbrarse a ella. Se mueven más rápidamente entre la multitud, atentos a los huecos, con pasos más seguros. La madre de Artiom no duda qué dirección han de tomar y Sofía y él se dan cuenta de que sabe dónde están.

Llegan a una calle de bloques con una hilera de árboles. Aquí hay más tranquilidad. Pasan ante un grupo de hombres reunidos alrededor de un coche con el maletero abierto; están bebiendo, uno de ellos está debajo del coche, arreglando algo. Los hombres se los quedan mirando cuando la familia pasa arrastrando sus pertenencias. Nadie en el grupo dice nada, pero Artiom siente que no les pierden de vista, siente sus miradas hostiles. «Así que esto es Minsk», piensa.

-A esta gente no le gustamos, ¿verdad, mamá? -pregunta Sofía.

-No, supongo que no -replica la madre.

Encuentran el edificio y, al empujar la puerta de entrada, se dan cuenta de que los ascensores están abiertos y sin luces y que donde debían estar los botones salen cables. La madre de Artiom deja el saco en el suelo, mira tristemente la escalera, arquea la espalda y mueve el cuello de un lado a otro.

-¿Qué piso es? -pregunta Artiom.

-El octavo.

-Yo subiré las bolsas.

-Gracias, Artiom.

Los peldaños de la escalera tienen los laterales desmoronados y

asoman cascotes. Así que Artiom sube de lado, procurando mantener los sacos en equilibrio. En el estrecho hueco de la escalera hay un olor a orines que se mezcla con el olor a patatas que sube de la tela del saco en cada balanceo. Las paredes están cubiertas de escritos. Nombres en grandes letras, un continuo y fluido garabato, una serie de trabados bucles. En el descansillo del piso cuarto hay un osito de peluche despanzurrado, con las tripas de algodón pisoteadas y sucias.

Artiom avanza por el pasillo y mira a su madre que llama a la quinta puerta.

Nadie responde. Ella espera y vuelve a llamar. Nadie responde. La madre clama:

-Lilia, soy Tania. Necesitamos ayuda.

Esperan. La madre mira a Sofía, que tiene los ojos fijos en el techo, y rodea la boca del saco con las manos. Sofía siempre mira para arriba cuando está enfadada. La madre de Artiom se apoya en la pared y acerca la oreja a la puerta.

-Estáis en casa. He visto la luz. Puedo oíros. Voy con Artiom y con Sofía. Necesitamos entrar. Lilia, por favor.

Artiom está en el extremo del pasillo. Entiende que, en algún sentido, se trata de un asunto privado. Tiene que dejar a su madre llevar esto a su manera.

Su madre se aparta de la puerta. Se oye movimiento, una voz del otro lado de la puerta.

-No puedo ayudarte. Es demasiado peligroso. Tenéis que ir al albergue.

Su madre aporrea la puerta.

Algunos vecinos se asoman. Franjas de luz cruzan la baldosa verde del suelo. Un hombre sin camisa aparece en el pasillo, tiene el pecho salpicado de rizos de vello negro. Ocupa todo el espacio de lado a lado, con los brazos en jarras, como un portero a la espera de un penalti.

-Lilia, soy tu hermana, déjanos entrar.

-Sois un veneno, ¿o es que no lo sabéis? No podéis estar entre la gente.

La madre se echa a llorar. Artiom no ha visto llorar a su madre desde que era pequeño. Sofía da una patada a la puerta, pero su madre la aparta a un lado. Las dos se quedan apoyadas en la pared, tapándose la cara con las manos.

El descamisado vuelve a hablar.

-Ya lo habéis oído, sois un puto veneno. ¡Largo de aquí!

Ese malnacido medio desnudo gritándoles así. Artiom suelta las bolsas y se tira contra él, con los puños desnudos, ahogando un grito injurioso en la garganta, pero el hombre lo esquiva limpiamente y

Artiom cae rodando al suelo, rasgándose el pantalón y arañándose la rodilla. El hombre los mira desde el umbral de su puerta.

-Como no os hayáis ido en cinco minutos, salgo con la navaja -escupe en dirección a Artiom, el gargajo aterriza al lado de los zapatos del chico-. Cinco minutos.

El hombre cierra la puerta y los tres se dejan caer al suelo como tres montoncitos individuales, derrotados. Tras unos momentos, la madre de Artiom avanza hacia él, le acaricia la nuca y le da un beso en la coronilla.

-Vamos a buscar una cama.

Vuelven sobre sus pasos hasta la escalera, el eco de sus pisadas resuena en el pasillo.

En Prípiat ha caído la noche y Grigori se pasea por la ciudad, solo. Pasa por una pequeña feria con una noria que cruje mecida en el viento. Los bloques de apartamentos, ahora deshabitados, se yerguen como figuras oscuras, amenazantes.

Los papelitos de colores andan todavía esparcidos por toda la ciudad, burlándose del tono de la jornada. Hay perros muertos tirados por todas partes, la sangre coagulada brilla en la oscuridad. Grigori escucha de vez en cuando el trotecillo ligero de unos lobos llegados del bosque al olor de la sangre fresca que andan crecidos por las calles desiertas.

Vuelve a la central de operaciones en la plaza mayor por una calle lateral y, al entrar en la plaza, se para a contemplar la estatua que la preside, una figura de hierro medio arrodillada, que levanta los brazos al cielo, lleno de furia. Ha debido de pasar por aquí catorce veces en el día de hoy sin fijarse en ella: es Prometeo, el dios griego que robó el fuego para dárselo a los hombres.

Esta estatua, precisamente aquí.

Grigori se desploma a los pies de la figura, agotado. Un joven teniente se acerca y se sienta a su lado. También está cansado de atender a su deber. Saca un cigarrillo y le ofrece otro a Grigori, que acepta rápidamente, el primer cigarrillo de los últimos diez años. Recuerda cómo fue castigado Prometeo por haber traicionado los secretos de los dioses: Zeus lo encadenó a un peñasco y todos los días empezaban con la visita de un águila que venía a arrancarle el hígado, que todas las noches volvía a crecerle, por lo que el castigo se repetía eternamente.

Están ahí, en silencio, hasta que Grigori dice:

-Soy cirujano. Nunca pensé que viviría un día como el de hoy.

El soldado se saca una hebra de tabaco de la boca y escupe.

-Amigo, recuerda lo que nos dijo el camarada Lenin: «Todo cocinero tiene que aprender cómo gobernar el Estado».

Acaban sus cigarrillos en silencio.

NOVIEMBRE DE 1986

A veces María levanta la vista y ha pasado un día, o más: un mes. La mayoría de las tardes, su hermana Alina le pregunta cómo ha ido el día y ella contesta «sin novedad». Y esos días sin novedad van sumándose. Si lo piensa, son días que, incluso dos semanas después, no presentan un solo momento que pueda distinguirlos. Y sí, lo reconoce, lo que más le espanta es precisamente eso: la acumulación de meses sin novedad, las filas y montones de nada, las columnas en blanco cuando se sienta a hacer balance de su vida.

Se vuelve desde su torno y mira el relojito cubierto de polvo que preside la entrada de los vestidores. Son las cuatro y cuarto y María recuerda su almuerzo -té, arenque y remolacha-, recuerda haberse sentado con Néstor y Ana, pero nada más. ¿Cómo puede habérsele escapado todo lo demás? ¿Cómo puede estar acabando ya otro día?

En los últimos años, la vida se ha vuelto irreconocible, como si solo tuviera lugar fuera de ella, en el paso de las estaciones, en el movimiento de la ciudad.

-María Nikoláievna.

Su supervisor de línea está de pie ante ella, carpeta en mano, como siempre, siempre a la orden. Es un hombrecillo que lleva gafas de metal doradas, aunque no las utiliza nunca, prefiere llevarlas caladas en lo alto de la frente.

-¿Está usted aquí?

-Sí, lo siento, señor Popov.

-El señor Salamov quiere verla.

-Sí, señor. ¿Debo ir directamente o debo asearme primero?

-Al señor Salamov no le gusta que le hagan esperar.

-Sí, señor.

El señor Salamov es el director de personal. Supervisa el entrenamiento inicial y eso es lo último que muchos llegan a saber de él. Solo de oír su nombre a María se le disparan las alarmas. Apoya el torno y comprueba que el freno de emergencia, que está a la altura de sus rodillas, también está puesto. Dos fragmentos de rutina automática, dos acciones más que hay que sumar al tiempo de verdad, cuando calculas la repetición.

Puede que a él no le guste esperar, pero, no obstante, ella pasa un momento por el baño, se echa el pelo para atrás, se lava la cara. Porque es una ley universal que cuanto más guapa estés, mejor te van las cosas. Algunas veces piensa que toda su educación se fundó en ese

principio. Si algo aprendió en la escuela, fue a prepararse para gustar a los hombres.

De pie ante el lavabo, se frota las manos con el cepillo de uñas, se echa un poco de agua sobre la cara y oye cómo salpica el suelo a su alrededor. Sus manos ahora están ásperas y callosas, lo que les confiere un aspecto poco deseable, pero eso no hay manera de evitarlo. No usan guantes en los tornos, aunque el reglamento los exige, porque dos años antes Polina Volkova, tres puestos más allá, se pilló el guante en la máquina y la mano fue tras él. Medio segundo sangriento, durante el cual la mano pasó de ser una mano a ser un amasijo de jirones de hueso y ligamentos. Así que, según el reglamento, llevan guantes, pero, según la realidad, no. También hay que decir que, en cambio, su rostro suele estar limpio y terso, porque sus callosas manos tienen la textura perfecta para mantener la piel tonificada. Así que lo uno compensa lo otro.

Este trabajo no fue elección suya y, pese a ello, considera que debe de estar agradecida por tenerlo, vistas las alternativas.

Se pasa la yema de los dedos bajo las cuencas de los ojos, masajeándolas. Ojos grandes de mirada despierta, salpicados de verde, oscuros como su pelo. Descubre las encías frente al espejo y se frota los dientes con el dedo mojado. Dientes fuertes, simétricos, la envidia de sus amigas. Las encías sobresalen algo más de lo que ella desearía, así que en las fotos procura contener un poco la generosidad de la sonrisa.

En su cabeza empiezan a multiplicarse las canas sin un patrón definido. María recuerda aquellas mañanas de domingo cuando Grigori, tumbado a su lado, le encontraba alguna hebra blanca y se la arrancaba, como esos gorilas de los documentales que rebuscan parásitos entre el pelaje de un compañero. Cuando no podía aislar el cabello en cuestión y le arrancaba dos o tres al tiempo, ella exhalaba un quejido involuntario que a él le hacía gracia. Estas sesiones acababan siempre con otra tanda de suaves caricias con las que Grigori conseguía hacerse perdonar. Largas mañanas de domingo.

Se coge una coleta y se recoloca el flequillo.

A su vuelta a Moscú, poco después de que Grigori y ella se casaran, consiguió un trabajo fijo como periodista en un diario de prestigio, donde trabajó hasta llegar a articulista. Se mantuvo en este puesto varios años hasta que salieron a la luz algunos artículos independientes firmados por ella. Lo que vino a continuación fue una época peligrosa. Tuvo que modificar todos los aspectos de su personalidad y olvidarse de su temperamento expansivo; a partir de ese momento, cada palabra que pronunciara iba a ser meticulosamente examinada e interpretada.

Considera la imagen que le devuelve el espejo. Advierte cierta

imprecisión en los rasgos, una sutil pero innegable laxitud. Unas arrugas apenas bosquejadas se dibujan alrededor de los ojos. Son pequeños detalles que tal vez solo ella perciba, pero no puede evitar pensar que va camino de convertirse en una mujer de mediana edad. Los tres años de trabajo aquí le están pasando factura. Se pregunta qué aspecto tendrá dentro de otros tres años.

Y sí, es cierto, se ha tenido que reconfigurar para convertirse en lo que le han pedido. Se viste anodinamente, asiente con la cabeza a cualquier aseveración que se le dirija. Ha conseguido con éxito evitar el contacto visual con cualquiera que no pertenezca al pequeño círculo de amigos de confianza; así que ahora anda con la cabeza baja, con una especie de contención, moviéndose como un barco, con dirección fija, sin desviarse nunca del rumbo marcado. Pero aún está aquí, sobreviviendo.

María se quita la bata de trabajo color papel de estraza, la sacude para quitarle el polvo y luego se la vuelve a poner. Le sobra bata por todos los lados. En el último año ha perdido peso. Los pómulos se le acentúan, los brazos parecen de pronto algo frágiles. No hay más comida que la que consiguen Alina y ella haciendo colas, y no hay más que veinticuatro horas al día, aunque ella ha empezado a alimentarse algo mejor gracias al comedor de la universidad, otra razón más para adorar ese edificio.

Se da una palmadita en las mejillas para darles algo de color. Sabe que al señor Salamov le gusta que sus empleados presenten un aspecto animado, pletórico, pese a requerir de ellos que pasen tantas horas en este desnudo hangar. No sabe si quitarse la bata o dejársela puesta. Se la deja puesta. Sin duda el señor Salamov diría algo si no la llevara, y tampoco tiene una figura tan seductora.

Bien.

Sale ligera por la puerta y se apresura hacia las escaleras metálicas que llevan a los despachos de la dirección. Ásperas piezas de moqueta marrón. Una secretaria está sentada ante un escritorio sobre el que hay una máquina de escribir y un teléfono, nada más. La secretaria la mira con ojos apagados. María piensa que está ante una mujer cuyos días pasan en organizados períodos temporales donde cada hora está segmentada con precisión. Contestar el teléfono, cinco minutos. Mecanografiar una carta, quince minutos. Ningún compañero con quien pegar la hebra. Unos mandos que apenas la consideran un ser humano. Las cosas podrían ir peor. Ella misma podría ser esa mujer.

-El señor Salamov me ha llamado.

-Sí, la ha estado esperando.

Lo dice con tono de disgusto. Como si María tuviera que sentirse culpable por apartarle de los informes que tiene que hojear o de la siesta que tiene que echarse. La mujer escribe a máquina mientras

María espera. Pasan unos minutos. Suena el teléfono y atiende la llamada.

-Puede pasar.

-Gracias.

María entra en el despacho con su gran ventanal que da sobre el interior de la fábrica, tan concentrada que puede oír sus pisadas sobre la moqueta. El silencio hace que la escena adopte el carácter de una compleja mímica. El señor Salamov está de pie, de espaldas a ella, mirando el movimiento de la planta individual. No se vuelve para recibirla. Ella no habla. Mientras espera, mira desde ahí arriba su taburete vacante. Sus compañeros de trabajo van haciendo los mismos movimientos, moviéndose tan fluidamente como la maquinaria de mayor tamaño que hay en el medio, donde paneles de aluminio y piezas de acero se engranan en interminables secuencias. Una serie de encadenados bucles y giros. En este cuadro viviente nada está desincronizado.

La primera mañana, habiéndose resignado al futuro de repetición que la aguardaba, quedó sorprendida de lo cómodo que resultaba formar parte de una multitud, del sentido de propósito común, donde cada individuo hacía su camino supeditado a la vida del colectivo.

La escala era apabullante, diez mil empleados. Y hay otros complejos industriales en las inmediaciones: una planta de amoníaco, una central química; el amplio movimiento migratorio se abre camino hacia la ciudad en tranvías, autobuses *ymarshrutkas*, y ella es una más, avanzando entre hordas de mujeres envueltas en bufandas y hombres encapuchados.

Algunas veces se pregunta si no será que ha nacido para esto, que estaba destinada a esta vida. ¿No es así como vive la gente, realmente: fichar en el trabajo; un revolcón silencioso algún viernes por la noche; dar de comer a los patos algún domingo?

La primera visión de la fábrica la dejó en estado de choque, le hizo replantearse su noción de escala. Cuando franqueó aquellas puertas enormes, imponentes, seis veces más altas que ella, la recibió su supervisor recitando unos datos: la línea de montaje mide un kilómetro, se produce un nuevo coche cada veintidós segundos de cada minuto de cada hora de cada día. Un piélago de metal calibrado, olas de industria avanzando con una precisión meticulosamente cronometrada, una constelación de elementos en movimiento.

El interior de la fábrica.

Un zumbido chirriante vibraba bajo sus pies y María supo que acabaría casada con aquel sonido. De inmediato tuvo la certeza de que habría de llevarse aquel ruido a casa, que dormiría con él, tal vez durante años, quizás hasta que la muerte los separara. Existía allí un

cronograma permanente, que antes le era ajeno. Había un reloj para fichar, una máquina que perforaba una ficha. El supervisor le dio la ficha y le hizo saber que intentar engañar a la máquina era susceptible de cárcel. Él mismo había enviado a prisión a varios empleados. La máquina hacía unos agujeros perfectamente simétricos en el centro de cada casilla.

Había casillas para las horas y los días, estampadas en relieve.

También su nombre está en relieve: María Nikoláievna Brovkina.

Y ella ha cogido la ficha cinco días a la semana durante los últimos tres años. Perforando a la entrada y a la salida, marcando su tiempo.

María se esmeró en su trabajo y acabó encontrando satisfacción en el árbol de levas. Es una epifanía que ha tardado meses -en un repetitivo, interminable y espantosamente monótono gesto-, pero, después de un tiempo, la belleza religiosa de la labor se ha manifestado. El detalle, la exactitud que requiere el trabajo del torno. ¿Cuánto se puede profundizar en una acción? ¿Cuán perfecta puede llegar a ser una acción humana? María trabajaba con una precisión de una milésima de milímetro. Una micra, lo llamaban. Una micra.

Y repetición.

Y repetición.

Y repetición.

Llevar el brazo mecánico con tanta soltura como si fuera el propio.

Con el tiempo, María encontró que se movía con facilidad en ello y alrededor de ello. Su cuerpo lo incorporaba y lo envolvía. Cuando se levantaba medio dormida a medianoche para beber agua en la cocina, al alcanzar el grifo su brazo describía la misma curva que hacía en su puesto de trabajo. Su mano agarraba el vaso con una regularidad que solo ella distinguía.

Algunas veces trabaja incluso con los ojos cerrados. Es una acción peligrosa en una máquina peligrosa, pero así puede sentir la precisión de la labor con una nitidez que sigue dejándola estupefacta.

El señor Salamov se vuelve y señala una silla frente a él.

-Por favor.

Ella toma asiento, aguantándose las ganas de sacar un pañuelo y colocarlo en la silla para resguardarlo del polvo que haya podido traer en la bata.

-Señora Brovkina, le agradezco que haya venido a verme.

Señora Brovkina. Sigue siendo su nombre, por supuesto, y lo ha visto escrito cientos de veces. Pero nadie lo utiliza nunca con ella. Le resulta extraño seguir ligada a Grigori y le entristece oír ese nombre, que tiene un regusto a fracaso.

-No faltaría más.

-He estado mirando su historial.

María no recuerda ninguna discrepancia reciente en el trabajo, pero, por supuesto, eso no significa nada; cualquiera ha podido percibir, cuando no inventar, vete a saber cuántas infracciones.

-El camarada Popov la tiene en alta estima. Dice que es una trabajadora muy fiable. De hecho, su productividad está en el percentil más alto.

No la tranquiliza en absoluto. Esta afirmación es un mero preludio. Él ha pasado por este procedimiento muchas más veces que ella.

-Pongo todo mi empeño en contribuir al esfuerzo colectivo.

-Por supuesto. Como hacemos todos.

Ha hablado demasiado pronto, se ha singularizado, sonaba como si hubiera otros que no contribuyeran a ello. Podría matizar su afirmación, pero es mejor dejarlo estar. Que diga él lo que tiene que decir.

Él hace un repaso de los datos más importantes de su historial. Fechas de formación. La promoción del año anterior. Ella no puede remediar pensar en Zhenia y Alina y en el tamaño de su apartamento. Si la echan de este trabajo, no se ve capaz de volver a casa. No puede convertirse en una carga aún mayor para ellos.

Él deja el historial sobre la mesa.

-Dígame, ¿qué le pareció la conferencia del mes pasado sobre la historia de nuestra industria automovilística?

Ahí está.

-Desgraciadamente, señor Salamov, no pude asistir.

-Claro, por supuesto. Ahora lo veo en sus informes de asistencia. Bueno, ¿y la presentación sobre «Contribuciones sobresalientes al esfuerzo de la ingeniería»?

-No pude asistir a esa presentación.

-Claro, ya veo. Por curiosidad personal, ¿sería usted capaz de darme el nombre de alguien que haya contribuido de forma sobresaliente a nuestra causa en el campo de la ingeniería?

El dilema es ser arrogante o ignorante. Aunque, en realidad, no se trata de ignorancia, sino de conocimiento. ¿Por qué habría de tener miedo de ello?

-Sé que Konstantin Jrenov fue pionero de la soldadura subacuática.

El señor Salamov se sienta y asiente, impresionado. Ambos saben que no tiene muchos empleados capaces de sacarse un nombre así de la manga, como si tal cosa.

-No se mencionó en la conferencia, señora Brovkina. Maneja usted con soltura un conocimiento muy específico. Yo conocí el trabajo del señor Jrenov en mi segundo año de especialización. ¿Dónde ha oído usted hablar de ese hombre?

Te lo sacan todo. Eso es lo que hacen. Se limitan a hacer una pregunta directa. Directos al grano. A ella le irrita tener que bailar en ese terreno minado. Recuerda que tiene que tomar aire. No puede haber la menor crispación en su voz.

-En mi anterior trabajo, tuve algún contacto con soldadores subacuáticos. Me hablaron mucho de sus procedimientos y de su historia.

-Parece muy interesante, señora Brovkina. Eso fue cuando trabajaba como periodista.

-Sí.

-Suena como si tuviera un interés especial en los procesos de ingeniería.

-Sí, señor.

-Pues entonces, ¿cómo es que no asiste a nuestras conferencias? ¿O es que piensa que su nivel de conocimientos está por encima de ellas?

-No, señor. Es que tenía otras obligaciones.

-Ah, sí. Ya lo veo. Aquí está. Dice que usted da clases de inglés en Lomonosov.

-Sí, señor, dos noches a la semana.

-Una antigua periodista que dedica dos noches por semana a enseñar inglés en la universidad. El cotejo de estos hechos me sugiere algo. Dígame, señora Brovkina, ¿cree usted que este trabajo está por debajo de sus posibilidades?

-No, señor. Por supuesto que no. Estoy muy orgullosa de mi trabajo.

-Bien. Pues entonces, ¿por qué vuelve usted a frecuentar esos lugares? Sin duda, a estas alturas eso ya es agua pasada.

Ella se toma su tiempo para pensar la respuesta; no puede exponerse a que la acusen de que no está poniendo suficiente entusiasmo en el progreso de la fábrica.

-Faltan profesores de inglés. Un antiguo profesor mío me pidió que ayudara en esa área. Siento que es mi deber contribuir a nuestros esfuerzos colectivos de todas las formas posibles.

-Señora Brovkina, como ya le he dicho, no se le pueden encontrar faltas a su trabajo. Pero se podría poner en cuestión su compromiso en este ámbito concreto.

Ella no dice nada. Espera a oír sus conclusiones. Sabe que él no puede pedirle que deje un trabajo donde su competencia profesional es necesaria, aunque solo se trate de un par de clases a la semana. Lomonosov es un nombre con cierto peso en las altas esferas. No hay duda de que el señor Salamov no estará por la labor de entablar diferencias administrativas con personas de mayor autoridad.

-Nunca le he preguntado por sus actividades antes de incorporarse

con nosotros.

El sambenito que cualquier mojigato chupatintas podrá endilgarle siempre.

-No, señor.

-Yo podría ser más receloso, señora Brovkina. Podría parecer que usted está volviendo a las andadas, reanudando antiguas relaciones. Alguien podría decir que parece usted propensa a aventurarse en ámbitos que ya se le ha sugerido que no le convienen.

-No era consciente de que pudiera parecerlo, señor.

-No, por supuesto. Si se hubiera parado a considerarlo, habría rechazado su oferta de trabajo.

-Como ya he mencionado, señor, faltan especialistas.

-¿Sabía usted, señora Brovkina, que también faltan ingenieros instructores altamente cualificados? Tal vez su tiempo estaría mejor empleado si lo dedicara a conseguir, por ejemplo, un diploma en Ingeniería de Precisión. Tengo entendido que tiene poco compromiso familiar.

¿Poco? Sí, si hacer todos los fines de semana una cola de cuatro horas para conseguir comida te parece poco. Si limpiar el retrete de la comunidad o las escaleras, o entregar la ropa limpia a los clientes de Alina te parece poco. Visto así, no tiene ningún compromiso.

De todas formas, no argumentes. La única forma de llevar esto es darle la razón y luego pensar en una estrategia.

-Sí, señor Salamov. Son posibilidades que no se me habían ocurrido. Gracias por señalármelas.

El tono de él se suaviza.

-Piense en ello como una oportunidad, María Nikoláievna. El puesto de ingeniero instructor se valora mucho. En esta fábrica, tenemos un historial de apoyo a los que han cometido errores en el pasado. Con frecuencia son más leales, más entusiastas. Usted es inteligente y tiene una ética de trabajo excelente. Quizás haya llegado el momento de que se plantee sus propias ambiciones.

Ella se queda callada. Lo tienen ya decidido. Van a quitarle lo único que le resulta un poco interesante de su vida. La única actividad que le recuerda quién es ella. La próxima primavera estará estudiando un grado de ingeniero: años enteros de clases nocturnas, intentando desentrañar plúmbeos libros de texto.

Él apunta algo en un papel y lo adjunta parsimoniosamente al historial.

-Bien, puede volver a su puesto -dice con un gesto de cabeza.

-Gracias, señor.

De vuelta al banco de trabajo, María quita el freno de emergencia, pone en marcha la máquina y el interruptor mental a cero.

Cuando se quita el guante para abrir la puerta, siempre tiene la mano húmeda. Por una décima de segundo. El calor deja una impronta que se desvanece sobre el pomo de latón.

Unos hombres encorvados sentados en la escalera echan cartas sobre un cubo. Hacen un gesto afeminado, aprietan el naipe entre los dedos índice y corazón y luego voltean la muñeca hacia arriba, enseñando la palma de la mano al cielo. Las cartas se arquean lo más posible y emiten una nota tensamente satisfactoria al caer.

María abre la puerta de la casa de Alina.

-¿Cuánto es ciento cincuenta y tres dividido entre siete?

-¿Otra vez?

-¿Cuánto es ciento cincuenta y tres dividido entre siete?

Lleva aquí dos años, aunque se suponía que iba a ser provisional, solo un par de meses hasta que encontrara algo tras la separación de Grigori. Pero sigue volviendo a casa, al sofá cama de la salita, intentando ocupar siempre el menor espacio posible, con sus escasas pertenencias en el aparador bajo la ventana.

Yevgueni sigue considerándola la fuente de todo conocimiento.

-Bueno, vamos a averiguarlo. Dame el lápiz.

En el pasillo está el retrete comunitario, el moho va bajando lentamente desde la esquina del techo y los azulejos se caen. La luz se enciende al echar el cerrojo.

«¿Cuáles son mis ambiciones?»

Va dando vueltas a la pregunta de camino a casa. Tiene ciertas dificultades para encontrar una respuesta sincera y está encantada del alivio que suponen las dificultades del sobrino enfrentado a su problema matemático.

Yevgueni se esmera con el lapicero sobre el cuaderno, los números explotan en sus correspondientes casillas. Su flácida escritura cae en la diagonal de la página y luego remonta un poco, así que las cifras están casi a la misma altura: el 2 descansa sobre su arqueada espalda, el 7 se sujeta sobre el codo, con las piernas apuntando hacia afuera.

María se perdió la mayor parte de los primeros años del niño, estaba demasiado ocupada viajando por el país como reportera de las pequeñas victorias de las reivindicaciones laborales, exaltándolas como si los trabajadores vivieran existencias gloriosas y llevaran a cabo las mayores hazañas, cuando todo lo que ella veía era miseria y

cinismo.

El periódico la mandaba viajar a lugares remotos, a rincones perdidos de la Unión donde la vida continuaba en condiciones absolutamente increíbles, a veces sin apenas calefacción ni luz, con gente endurecida que sabía cómo sobrevivir con ínfimos recursos y que a María le recordaba a los erizos de las profundidades abisales que se adaptan a un entorno casi alienígena.

Había actuado como una sacerdotisa de segunda. A veces, en aquellos viajes, la gente acababa contándole sus asuntos más personales, abstraídos en la contemplación de las ascuas. Por supuesto, al principio pensaban que era del KGB, que estaba allí para interrogarlos. Pero después de pasar unas horas en su compañía, se daban cuenta de que era demasiado auténtica para estar sinceramente involucrada en el sistema. Hablaba con demasiada libertad, se reía demasiado de sí misma, contaba historias sobre su vida, salpicando la conversación de comentarios que podían ser interpretados como críticas, aunque también podían ser esgrimidos como asertos literales, en caso de ser denunciada.

Mineros de la sal en Solikamsk, arrancando el día de trabajo de aquellas galerías cristalinas. O los sovjós -las granjas estatales- de Uzbekistán, donde las cosechas del verano se extienden hasta dar la vuelta al filo del horizonte, donde ella entrevistaba hombres de enormes manos añosas, tan castigadas por los elementos que la piel formaba almohadillas, como las patas de los perros. Los silos de grano como soldados de guardia, gigantescos depósitos cilíndricos de los que salen cantidades bíblicas de grano para llenar el vientre de camiones enormes.

Todo descomunal. Esa fue la sensación predominante que se grabó en ella. La ingente, inaprensible escala de la Unión.

Inmersa en aquellas experiencias, ¿cómo no iba a escribir sobre la realidad de aquellas vidas? Ahora ve lo que siempre supo, o al menos intuyó, que aquellas palabras iban a acarrear la extinción de sus privilegios, el ostracismo profesional.

María mira a su sobrino mientras este se sienta en sus rodillas, exhalando una vaharada de calor, que ella percibe a través del abrigo que todavía lleva puesto.

Se le ha curado el dedo, para alivio de todos. Aunque todavía haya una inflamación donde estaba la fractura, como un gran forúnculo latente. El fisioterapeuta que vive en el edificio contiguo les ha enseñado a hacer ejercicios de recuperación, una serie de flexiones y sacudidas que Yevgueni realiza con fervorosa devoción antes de irse a la cama.

El verano pasado le compraron un teclado que descansa sobre unas borriquetas metálicas. Un hombre para el que Alina hace la colada, transportista, lo trajo de contrabando desde Berlín. A cambio, Alina le lavó la ropa gratis durante dos meses, además de entregarle tres meses del sueldo todo lo que había conseguido ahorrar desde que llegó. Pero cuando le trajo a casa y Yevgueni se sentó a tocar para los tres, María no pudo evitar sentirse embargada de orgullo, olvidó todo aquello en lo que podía haber empleado ese dinero; una satisfacción que duró unos cinco minutos, porque los vecinos empezaron a aporrear la puerta, amenazando con llamar al supervisor del edificio y con echarlos a patadas. Han intentado varias estrategias para apaciguarlos. Trajeron vodka y salchichas a los más cercanos, pero, cuando los demás se enteraron del chollo, también quisieron apuntarse. Gente que vivía en el otro extremo del edificio empezó a quejarse, aunque fuera prácticamente imposible que les llegara el más tenue sonido de una nota. Así que dejaron de hacer regalos. No estaban dispuestas a que las chantajearan. Vaya comportamiento por parte de adultos hechos y derechos.

Así que el genio toca sin sonido, lo cual, al principio, le parecía a María la imagen misma de la impotencia. Ahora, sin embargo, piensa que, a pesar de que estorbe a sus progresos, es absolutamente glorioso. A veces, cuando llega a casa, lo encuentra en la salita -el dormitorio de ella- fluyendo en la música, haciendo todas las flexiones y giros de cabeza y la caída de las delicadas manos que ella ve en los conciertos de piano; al principio, pensaba que Yevgueni los estaba copiando, que los emulaba de la misma manera que los críos hacen suyos los gestos de celebración de los futbolistas. Sin embargo, tras contemplarlo en distintas ocasiones sin que él se sintiera observado, se ha dado cuenta de que posee una armonía propia, una danza interior al ritmo de sus toques sobre las vulgares teclas de plástico.

Últimamente, sin embargo, las cosas no están siendo fáciles. El *tempo* de Yevgueni se ralentiza. Es un rasgo apenas perceptible que parece estar creciendo exponencialmente. Las audiciones para la escuela central del Conservatorio tendrán lugar en abril y la preparación de Yevgueni no va bien. Hay tensión en toda la casa. El señor Leibniz ha asegurado que si el chico no es capaz de crecerse ante sus dificultades musicales, se perderá irremisiblemente por el mal camino; no hay posibilidad de enseñárselo: «La música es un medio sensual -dice-, no hay forma de que vuelva a su pureza original». María entró en el baño la otra noche y vio a Alina agarrada a los grifos, echada para atrás sobre los talones, con la cabeza apoyada en el borde del lavabo. Por supuesto que si no lo consigue a la primera, puede volver a presentarse al año siguiente, pero el chico no soporta bien los fracasos. María cree que si no tiene éxito de entrada, no lo

conseguirá. Tiene un temperamento demasiado exaltado. Se quema en su busca de la música. No es como esos autómatas insulsos que ha visto cuando van a los recitales y se sientan en la sala verde pálido para ver a esos hombres encorvados, con bastones de puño de plata, que se informan del pedigrí de los intérpretes como si fueran caballos de carreras. Cuando todo acaba, cada músico recibe el aplauso con absoluta falta de interés, inclinándose como si su cuerpo hubiera rechazado finalmente seguir manteniéndose en la vertical.

Miran a su público y solo se ven juzgados. Proclaman en silencio que carecen de talento, que no valen nada. *Si supierais lo absolutamente insignificantes que son mis habilidades. Lo doloroso que resulta estar ante vosotros recibiendo estas mercedes, lo poco que me merezco este aplauso*. Es tan humillante que apenas pueden mirar. Todo es una farsa. Cada uno de ellos tiene un ego del tamaño del instrumento que toca. A María siempre le entran ganas de subirse al escenario, agarrarlos por los hombros y sacudirlos hasta que les castañeteen los dientes. Esas orquídeas de invernadero.

Lo que más le gusta del Conservatorio es quedarse fuera, sobre todo los fines de semana -aunque no lo ha hecho desde que se mudaron a las afueras de la ciudad-, mientras los estudiantes practican y las ventanas que dan al jardín están abiertas de par en par, dejando escapar un fenomenal tañido. Tantos estilos, *tempos* y tonos en ardua competencia. Tanto sudor exudado. Es como estar delante de una caldera enorme de creatividad. Tanta discordancia llena de vida, en las antípodas de las traslúcidas figuras que suben a los escenarios en los recitales.

No, definitivamente, Yevgueni no es de ese tipo, y eso es precisamente una de las cosas que más le gusta de él. Se coge unas rabietas horrorosas. A veces, después de las lecciones, se encierra en el baño y se niega a salir. Estampa cosas contra las paredes. Muerde su teclado, se muerde los nudillos, se tira del pelo, patea los marcos de las puertas y las farolas; hay en el chico una rabia tumultuosa.

Y, a pesar de ello, hay alegría en su manera de tocar; a ella le encantan sus dedos. Tiene los dedos ligeros. Los dedos de Yevgueni brincan sobre sus rodillas mientras está mirando la tele. Muchas veces, come solo con una mano, mientras tamborilea con la otra sobre el mantel. En ocasiones, los dos se lavan los dientes juntos en el baño y él tararea escalas mientras se cepilla. Yevgueni salta sobre un pie y sobre otro, cantando cada nota en un tono perfecto, al menos para el desentrenado oído de su tía. De cuando en cuando, se sienta incluso ante su vieja máquina de escribir y aporrea frenéticamente las teclas, y a ella también le gusta ese sonido: el ritmo de quien ella fue, dando voz de nuevo al ancho mundo.

En el tocadiscos suenan sinfonías en todo momento del día.

Debussy la acompaña mientras se corta las uñas de los pies, Mendelssohn lleva la cuchara mientras calienta las alubias.

Hay un esmoquin diminuto en el armario de Alina y una pajarita de cuello estrechito. Asisten a concursos regionales entre aguanieve y pedrisco, mientras el señor Leibniz en la fila del fondo agita su batuta de lado a lado con disciplinado ritmo. Están allí por el niño que toca el piano. Un niño vestido con un mini esmoquin.

María lo tiene sentado en las rodillas y lo va guiando por la larga división, corrigiendo los números que se le desvían, recordándole que hay que meter las cifras en los cuadraditos azules. Coloca los números ordenados en columnas y hace un doble subrayado bajo el resultado. Lo subraya dos veces porque siempre lo ha hecho así. Una práctica que va pasando automáticamente de una generación a la siguiente.

Yevgueni tiene un bote con lápices sobre la mesa, algo que a ella le tranquiliza muchísimo. Los manojos de lapiceros dan seguridad. La goma del extremo suele estar mordida, María puede ver la señal de los dientes en la tirita de metal. El niño está sentado sobre sus rodillas, acaba sus deberes y María le aparta el flequillo de la frente, le da un beso en la coronilla, lo manda a cepillarse los dientes y se queda mirándolo mientras él sale de la habitación.

Hubo un niño suyo en algún momento, o la temprana configuración de un niño o de un posible niño. Pero ella no fue capaz de decidirse a tenerlo. No lo quería traer a este mundo. Y a su partida siguió, pocos meses después, la de su marido.

Tras el procedimiento, María pensó que si le hubieran hecho una radiografía, habría salido una sola línea, la de su cáscara exterior, y nada más. Los médicos habrían visto cómo era ella realmente: solo una fina capa de piel, sin órganos, ni intestinos, ni sangre en las venas, una simple línea contorneada. Aún piensa a menudo en los mismos términos, siente las mismas sensaciones: la ausencia de su niño, la ausencia de su marido. Tantos espacios vacíos en su vida. Y, tal vez, piensa ella, sea esa la razón por la que siente tanto placer viendo a Yevgueni balancearse sobre un teclado mudo. Dignifica lo que falta. Le recuerda que la vida puede experimentarse de maneras que nunca se le hubieran ocurrido.

María y Alina se criaron en Togliatti, una ciudad industrial en la región de Samara, en un apartamento parecido a este en el que ahora viven. Su padre trabajaba en la taquilla de la estación de tren, se pasaba el día jugando al ajedrez con un grupito de amigos que iban apareciendo a las horas convenidas. Al hacerse mayor, María se dio

cuenta de que cuando la gente de fuera del círculo íntimo hablaba de su padre, se refería a él de forma sigilosa, tensa, con cierta acritud. Comentarios sueltos empezaron a filtrarse a través de las grietas de las puertas preparadas para el invierno. Sentía la mirada de la gente a sus espaldas. Estuvo expuesta a ello desde su más tierna infancia y le llevó algún tiempo darse cuenta -viendo cómo los mismos adultos trataban a las pocas amigas que tenía- de que aquello no era normal.

El padre desapareció un día, cuando faltaban unos meses para que ella cumpliera veinte años. Fue Alina la que acabó por contarle que el cuaderno que llevaba su padre en la taquilla no contenía anotaciones de sus partidas de ajedrez, sino un registro pormenorizado de los movimientos de la ciudad. Dónde y cuándo iban unos y otros. Qué compraban, con quiénes hablaban. Qué llevaba este aquel día, a quién venían a buscar a la estación. Su padre era el guardián de la ciudad, el ojo que todo lo ve, el que, a través de una cadena de contactos, pasaba la información que se convertía en actos en los que María no podía dejar de pensar.

Luego, también él desapareció, y eso era algo que no podían explicar. No había respuestas para aquel desenlace. Un sábado por la tarde se marchó al hipódromo a apostar un poco de dinero a las carreras y nunca volvió. Preguntaron a todo el mundo. Nadie les dio una sola respuesta. Acompañaron a la madre al edificio de los hombres que jugaban al ajedrez con él y esperaron ante sus puertas mientras, ante los ojos de sus hijas, una esposa y madre rota caía literalmente de rodillas ante aquellos hombres, abrazándose a sus piernas en un acto de abyecta desesperación, y ellos miraban por encima, atentos a los movimientos habituales de sus calles, ajenos al dolor de aquella desgraciada familia.

Alina está planchando camisas. Alina siempre está planchando.

-Ahora tiene problemas con las mates.

-Ya lo sé, he estado ayudándolo un poco.

-Primero pierde el control del *tempo*, y ahora el pequeño genio no sabe ni contar.

-Y qué vas a hacerle. No es como planchar la raya a un pantalón.

-No, claro, es tu niño. Por supuesto, tienes razón. Y yo pensando que era mío estos últimos nueve años…

-Déjate de sarcasmos. Intento ayudar.

-Este chico ya ni siquiera me escucha, solo te hace caso a ti. ¿Desde cuándo me he convertido en el enemigo?

-No quiere decepcionarte. Dale un poquito de tiempo.

María dobla unas camisas. Alina echa agua con un espray de

plástico, pasa la plancha por encima de los rodales húmedos y la habitación se llena de vapor.

Es el momento de beber algo.

Es algo que se ha hecho un hueco en su vida: un par de copas y las tardes parecen pasar solas. A ella no le da ninguna vergüenza. Es una remuneración alternativa para el trabajador manual, nadie pone en cuestión la necesidad de desconectar. Se queda de pie en el balcón, con el vaso en la mano y una botella transparente; en la etiqueta blanca solo hay una palabra escrita en letras negras: «vodka». Hay cierto regodeo, piensa María, en esa ascética seriedad. El carácter escueto de la etiqueta es un seguro contra el bebedor esporádico.

Este es el momento de reflexión personal de María.

«¿Cuáles son mis ambiciones?»

A veces se figura la vida del hijo que no llegó a nacer. No es un fantasma que la persiga, ella no mira a otros niños preguntándose de qué color serían los ojos del suyo o si tendría dificultades para atarse los cordones de los zapatos. Pero se imagina escenas. Una niña a la que están poniendo un vestidito. Una pareja joven y guapa, orgullosa y radiante, sentada en su apartamento a la hora de la cena, aunque en ese caso no sabría decir cuál de los dos es su hijo. Momentos extraños, figuraciones, vislumbres de otra vida.

Cuando pasó por el procedimiento -así lo seguían llamando- ella, de entrada, no se lo dijo a él. Él es médico, se pasa la vida curando, reparando, de ninguna manera la hubiera dejado pasar por eso. Se limitó a dejarle una nota en el bolsillo de la chaqueta. Solo los hechos, su decisión, sin pedir que la entendiera, sin dar cuerpo a sus pensamientos.

Más tarde, después de unas horas de reposo, cogió un taxi para volver a casa, sangrante y débil, y cuando abrió la puerta, lo vio sentado en el taburete de mimbre al lado de la estufa. Él le alargó la nota, las líneas que había garabateado para explicarse. A pesar de su postración, supo que aquello se había convertido en una prueba contra ella, y él la esgrimía sin siquiera articular lo que decía su mirada: «¿Quién eres?».

Su matrimonio no pudo sobrevivir a algo así. Eso también lo tenía previsto. No fueron solo sus acciones, sino su propia naturaleza independiente lo que sabía que iba a herirle, porque deshacía la intimidad que había crecido entre ellos. Grigori es un hombre que escucha, que va directamente al centro de las cosas. Por eso se había enamorado de él. En las fiestas, se quedaba en una esquina e,

inevitablemente, la gente acababa contándole su vida. Mujeres con los ojos arrasados en lágrimas volvían de hablar con él, la agarraban del brazo al pasar, mirándola a los ojos, agradecidas, felicitándola por haber encontrado una pareja así, y ella tenía que aguantarse las ganas de romperles los dientes con el vaso que llevaba en la mano.

A veces, después del trabajo, iba a hacerle una visita al hospital, él estaba en mitad de una operación y ella podía asomarse por el cristal y observar el sofisticado mundo en que él funcionaba, las luces frías y las vestimentas, las gafas protectoras y el instrumental, el pequeño y especializado grupo concentrado en un solo punto. Ella se quedaba allí detrás de los familiares del paciente, mientras ellos se cogían de la mano y lloraban, murmurando oraciones a media voz, mirando lo que ella miraba, su ser querido a merced del ser querido de ella y, a veces, a esa distancia, observaba cómo él -ajeno a su presencia- hablaba con la familia vestido con su bata blanca, y ellos le besaban las manos o se agarraban desesperados a ellas, según las noticias. ¿Cómo iba a volver a casa y contarle sus problemas, después de presenciar aquello? ¿Cómo podía hacerlo cuando ni siquiera se permitía enfadarse con él cuando se dejaba los paquetes vacíos en la nevera o el lavabo lleno de pelos del afeitado?

En las últimas semanas, solo se hablaban de un modo utilitario: «¿Puedes pasarme la leche?», «Hay que cambiar la bombilla del salón», «¿Quedan toallas limpias?». A veces se sentía cerca de él, se acordaba de lo que había tenido en otro tiempo cuando le sobrevenía un estremecimiento de intimidad que reconocía. El olor de su cuerpo. O cuando él pasaba cerca de ella o se quedaba a su lado, la diferencia de sus respectivos tamaños, la protección natural que él le ofrecía. En aquellas ocasiones deseaba poder alcanzarlo, tocarlo con la mano, decir una palabra dulce, a sabiendas de que era un impulso compartido. Pero no era capaz de cruzar el abismo, de expresar en palabras lo que necesitaba expresar. Habían desaprendido su lenguaje y ahora resultaba excesivamente doloroso recordarlo.

Ahora María tiene una cama plegable que guardan bajo el sofá. Tiene dos pares de zapatos, uno de ellos tan gastado que se le mojan los pies y que solo puede usar seis meses al año. Tiene un par de pendientes y una ropa interior tan gris que a la vista y al tacto parece que fuera de cemento. Tiene un sobrino vulnerable y una hermana que lleva mucho tiempo sufriendo. Tiene una obligación para con ellos.

Ya no tiene ambiciones, tiene responsabilidades.

Enciende cerillas sobre la barandilla. Escupen una llama caliente y caen al suelo girando lentamente, dando muchas vueltas, para desaparecer cuatro pisos más abajo. Se va a quedar sin cerillas, y entonces mirará hacia arriba, dará media vuelta, se meterá en la

cocina y habrán pasado diez años. De hecho, ya está rodeada de pasado. El pasado impregna cada momento de su vida. Como esos detalles que le recuerdan a su padre. Alguien rompiendo un huevo. Alguien sacudiéndose la nieve del bajo de los pantalones. En los años siguientes no hubo cartas ni postales, ni una palabra sobre él, y eso la llevó a pensar que lo que hubiera pasado -fuese lo que fuese- debió de ser rápido. Si hubiera estado encerrado en algún sitio, habrían acabado sabiendo algo de él. Así que no estaba en la cárcel. Ni siquiera sabía si habría sido el KGB o alguien sobre quien su padre hubiera informado, alguien cuya familia él hubiera destrozado.

Después de su desaparición, su madre vino a Moscú y fue a la cola de información de Lubianka. El último recurso de los desesperados. María ya estaba estudiando en Lomonosov por aquel entonces, y Alina se había casado en la ciudad y vivía al sur del río. Hacían turnos en la cola, María y Alina iban cuando podían. Se traían sopa caliente y mantas. Una cola de diez días. La fila serpenteaba desde Prospekt Cristoprudni, bajaba hasta Nikolskaia Ulitsa y terminaba en aquella puertecita marrón donde tenían una entrevista con un oficial del KGB que les decía: «No hay información, vuelvan la semana que viene»; y la gente salía de esa puerta y volvía a ponerse en la cola, para empezar de nuevo.

Finalmente, tras un mes así, su madre se vino abajo. Se quedó en la cama semanas, gimiendo y durmiendo. La alimentaron con lo que podían encontrar, cociendo verduras viejas, restos recogidos del mercado. Con frecuencia, ensuciaba la cama, y una de las hermanas la lavaba mientras la otra limpiaba el colchón.

La metieron en una residencia y, para poder pagarla, María aceptó un trabajo de limpiadora de hospital en Kursk; se fue de Moscú porque allí cualquier puesto para un trabajo no cualificado está cubierto con años de antelación. Así que se fue a Kursk y ahorró, y Alina se quedó en la capital e hizo lo mismo; iban a visitar a su madre en meses alternos y la miraban a los ojos en busca de un destello de vida, con la esperanza de que diera alguna señal de progreso.

Alina se une a ella.

-¿Está en la cama? -pregunta María.

-Sí. Está cansado. ¿Queda algo?

Pasa la botella. Alina da un trago y chasquea la lengua, carraspeando.

-Míranos. Mujeres frustradas dándose al vodka barato en un balcón de cemento. Mi diagnóstico es que necesitamos hombres -dice María.

Alina sonríe.

-Hombres, ya. Acuérdate de cómo eran.

-Ahora mismo no estoy para poner pegas, ¿sabes?, aceptaría

cualquier cosa, viejo, gordo, sin dientes, con la espalda peluda… Incluso uno que no supiera usar los cubiertos o que escupiera tabaco por la calle.

-Ay, un hombre que escupe. ¿Hay algo más sexy?

-Nada. Nada creado por Dios Todopoderoso puede ser más sexy que mi gordo, desdentado y peludo mascador de tabaco.

-Y no olvides los modales en la mesa.

-Ah, sí. Un hombre que escupe en la calle y come con los dedos.

Sueltan unas risitas y vuelven a trasegar la botella.

Hubo un tiempo en que cada una de ellas vivía con un hombre. Son atractivas, María es capaz de considerar el tema objetivamente, o al menos lo intenta. Tal vez vuelva a suceder.

Tras su encuentro con Grigori esta primavera, le telefoneó tres veces. Dos llamadas a su apartamento. Otra al hospital. Su secretaria dijo que estaba de viaje de trabajo, pero que le daría el mensaje cuando volviera. La verdad es que María casi se alegra de no haber dado con él. Sí, sería estupendo verlo de nuevo, que formara parte, una vez más, de su vida. ¿Y luego qué? No pueden empezar donde lo dejaron. No puede explicarle cuáles fueron sus razones, todo lo que ocurrió en aquel momento. No puede cargarlo con eso.

Y, a pesar de todo… Los escasos minutos que pasaron juntos en el hospital, mientras le hacían la radiografía a Zhenia, fueron un gran alivio. El mero hecho de su presencia era un reconocimiento del vínculo que les unía, un recordatorio de que solo el final de su matrimonio fue un desastre.

Al marido de Alina lo mataron en Afganistán. Cayó por la causa. María no lo sintió y Alina tampoco. Era violento y fanático; taciturno en casa; borracho cuando salía con sus colegas; amigo de derribar muros con jeeps militares solo por ver si aguantaban. Se limpiaba las uñas con su cuchillo del ejército, pensaba que eso le daba aire de duro, pero solo servía para realzar su insignificancia, su vanidad militar. Nunca hablaban de él, pero ambas se preguntaban con frecuencia cómo era posible que Zhenia, el pequeño adorable obseso de Mendelssohn, fuera hijo suyo.

-Quiere un animalito de compañía.

-¿Zhenia?

-Por supuesto, Zhenia, ¿de quién estamos hablando? Dice que quiere un loro.

-¿Y? No me parece tan raro en un niño de nueve años…

-No, no es raro. Salvo porque él es como es y vive donde vive. Pero no lo digo por eso. Lo alucinante es por qué lo quiere.

-¿Sí?

Alina hace una pausa. Es privilegio de la hermana mayor contar la historia con la parsimonia y el ritmo justos. Su habilidad para tener a María en vilo no ha menguado desde que, de niñas, compartían cama y Alina le contaba enrevesados cuentos fantásticos. Cuentos que contaban historias de villanos de múltiples brazos, princesas con un secreto, poderes impresionantes y líneas que podían dejarte sin cabeza, impecables trazos de escalpelo que describían universos enteros en un instante. Alina, la maestra cuentacuentos, perfeccionó estos dones hasta los primeros años de la adolescencia, y ambas pueden sentir alzarse de nuevo esa cualidad suya cuando quiere despertar el interés de su hermana pequeña.

-Quiere que yo le enseñe a hablar.

Pausa. Una exquisita pausa.

-Así puede seguir oyendo mi voz, si me muero.

Se miran una a otra; lo patológico de esa simple petición va abriéndose camino a sus ojos y ambas estallan en carcajadas exactamente a la vez, se les caen lágrimas de risa, sus pulmones jadean con la misma hilaridad desbocada, incontenible, porque las dos conocen a este niño. Las dos entienden las chifladuras de un crío que se pasa la vida tarareando a Mendelssohn pero no es capaz de medir bien los *tempos*; que puede recitar tablas de multiplicar hasta cifras indecentes pero no es capaz de acabar divisiones largas, y dejan que todo lo reprimido fluya entre sus costillas y se exprese en un completo histerismo.

Cuando consiguen recuperar el aliento, las dos estén apoyadas contra la pared. María enciende un pitillo y ambas se recomponen bajo la desnuda luz de la bombilla. Ahora son dos las cosas que tienen que pasarse, el vodka y el pitillo.

La primera en romper el silencio es María.

-Otra ciudad, ¿tú dónde te irías?

-¿Al este o al oeste?

-Da lo mismo.

-A una de las grandes. De esas con televisión estupenda y mucha laca para el pelo: París, Londres, Nueva York o quizás Tokio.

-¿Tokio?

-Sí, las luces. Me figuro que tienen un horizonte de neón. Y eso de embutir a la gente en el metro. Y ser la más alta de todos. Mirar a todo el mundo desde arriba. Ser la reina de la hora punta.

-Tokio, pero tendrías que hacer cincuenta reverencias al día.

-Bueno, esa es otra razón más. Las reverencias, toda esa gente tan bajita rindiéndome pleitesía. ¿Y tú?

-A una ciudad con una playa blanca y mujeres que beban en copas elegantes. Una ciudad con palmeras. Haría lo que todos los extranjeros, abrir un bar en la playa. Podrías venir y sentarte, llevar grandes gafas de sol, ser misteriosa, y Zhenia podría tocar y llevarse las propinas, tocar lo que le pidieran las parejitas de luna de miel medio borrachas. Incluso podría encontrar un poquito de acción él también.

Alina se da una palmada encima de la oreja. Más que un golpe es una manera de arreglarse el pelo.

-¿Qué pasa, el chico no va a tener nunca vida sexual?

Alina frunce el gesto y agita las manos alrededor de la cabeza de María, y les vuelve a dar la risa. ¿Con quién más podrían bajar así la guardia, volver a ser colegialas que disfrutan a escondidas de unos cigarrillos y hablan de chicos?

Pasa un ángel y vuelven a dar un trago a la botella.

-Los ejercicios de mano, ¿sabes lo que digo? -pregunta María.

-Cómo no voy a saberlo. El chico está obsesionado. Cuando voy a despertarlo por la mañana me lo encuentro en la cama con los brazos estirados hacia el techo, doblando esas muñecas huesudas.

-¿Sabes lo de las tijeras de jardín?

Alina ya no se ríe, está en alerta. No le gusta que su hermana note algo en el chico antes que ella.

-¿Qué pasa con ellas?

-Nada, es gracioso, nada más.

Hay cierta tensión en la escucha.

-¿Tan gracioso que no vas a contarlo?

-Bueno, no es nada. Lo vi hace un par de semanas, abriendo y cerrando unas tijeras de jardín.

María hace el gesto adecuado.

-¿De dónde las ha sacado?

-Yevguenia Ivánovich, la del piso de abajo, ya sabes lo que le gustan sus flores. No tiene importancia. Bueno, el caso es que estaba ahí abriendo y cerrando, y le pregunto qué está haciendo y, por supuesto, me dice: «Nada». Así que yo insisto y acaba diciéndome que está fortaleciendo la mano. Y yo le pregunto: «¿Y por qué la estás fortaleciendo? Seguro que ya tiene suficiente fuerza». Y me contesta: «Bueno, cuando esté en la audición, habrá otros chicos y tendremos que darnos la mano. Quiero crujirlos. Quiero que me tengan miedo».

Apenas lo ha dicho, María se corta. Cuando esas palabras salen de la boca de un niño de nueve años, tan poca cosa como Zhenia, la propia fanfarronería de patio de colegio resulta ridícula. Pero ahora mismo, dichas en frío por ella, resultan espantosamente tristes. Hasta la música, las melodías más bellas, se convierten aquí en instrumento

de poder. El chico está continuamente rodeado de fuerzas que quieren reducirlo a polvo.

-Creo que están acosándolo otra vez.

-No te preocupes. Es un niño cabezota y más listo que todos ellos. No le pasará nada.

-El otro día, le digo que corte unas zanahorias. Le pido que se remangue la camisa -ya tenemos bastante que lavar- y se niega. Yo, sospechando algo, me acerco y le levanto la manga y veo una marca roja en el brazo. Dice que lo llaman la quemadura india. Me dice que no es nada, solo un juego. Que es lo que se hace ahora.

-Es una quemadura india. Cosas de críos.

-¿Desde cuándo? Cuando éramos jóvenes, eso no pasaba.

-Pasaba, solo que a nosotras no nos pasaba.

-¿Qué quieres decir?

María no pretendía sacar el tema. La pelea de toda la vida se ha vuelto a filtrar en la conversación, colándose entre frase y frase.

Suspira.

-Quiero decir lo que quiero decir.

Alina sacude la cabeza, disgustada.

-Ya estamos otra vez. Sigue con ello, hermanita, sigue amargándote. ¿Qué vas a hacer si no?

María se encoge de hombros. No quería empezar, pero ha empezado solo.

-No es amargura. Solo quiero reconocerlo por lo que era.

-¿Cómo me paso la vida? Con una redecilla en el pelo, quitando sábanas de la cuerda, metiéndolas en una planchadora de rodillo. Planchando todas las tardes como una loca. Tengo una boca que alimentar, él tenía cuatro. Era un poco de dinero más, un trabajo extra. La gente, la poca que lo sabía, lo entendía. Hay cosas como zapatos o pan o sopa. Nunca vi que rechazaras ninguna de ellas; nunca estuvimos en los huesos, como otros niños. Necesidad. La gente lo entiende, incluso ahora. Los que lo saben.

La tensión crece, una tensión particular para este tema particular.

-No era trabajo de lavandería. Ni siquiera era trabajo. Y la gente no lo entiende. Y todo el mundo lo sabía, y lo sabe. ¿Qué amigos tenía? Anda, dime, ¿cómo se llamaban? ¿Quién se acercó a consolarnos cuando desapareció?

-Les daba miedo. No querían que se les relacionara con nosotros. Todos estaban involucrados de una forma u otra. A él no le gustaba lo que hacía. ¿Cómo puedes hacer que parezca otra cosa? Teníamos muñecas, teníamos libros. ¿O crees que podías haber llevado la vida que llevaste si no hubiéramos tenido libros?

-No era un trabajo extra sin más.

-¿Nos maltrataba, acaso? ¿Nos dio mala vida? Él, no. Podías avergonzarte de los que hacen eso. Ponerte en contra de este tipo de hombres. Te lo vuelvo a decir: tuviste muñecas.

-No era un trabajito extra. Algún día tendrás que asumirlo, ya llegará.

-Bueno, ya no soy joven y no veo que figure en el calendario. Está por ver.

Ninguna de las dos añade nada más. María vuelve dentro y coloca la ropa planchada en una bolsa para entregarla, una mano sobre la ropa y otra bajo ella. Pone agua a hervir en un cazo y echa una cucharada de té en la tetera.

Su padre fue al hipódromo un sábado por la tarde y nunca volvió. No hubo explicaciones ni justificaciones de su trabajo: cómo traicionaba a otros, abocándolos a una vida de miseria inimaginable. No podían sentarse con él, entenderlo, escuchar los remordimientos de un hombre viejo. Solo queda un vacío que sigue envolviendo sus vidas, atándolas una a otra con lazos de ignorancia.

María se sienta a oír cómo hierve el agua, subir en su interior las pleamares del pasado. De cuando en cuando llega hasta el apartamento el ruido de una carta contra el metal de un cubo. Siempre es así. El tema recurrente que preside sus vidas. Toda conversación larga acaba finalmente en torno a él, intentando sonsacar los aspectos intangibles, los que no se podrán conocer. Porque ¿quién puede tener la clave del porqué de lo que hizo Nikolái Kovalev, mientras movía las figuritas de madera, alineando sus fuerzas? Tal vez fuera valor o autosacrificio o vanidad o codicia. Tal vez fue algo en lo que jamás llegó a pensar, simples números en un papel, pequeños códigos. Tal vez estaba más preocupado por la apertura de su contrincante o por lo expuesto de la posición de su torre en el tablero.

Alina cierra la puerta del balcón y coloca la botella, casi vacía, en la esquina de la encimera de la cocina. Echa el agua hirviendo sobre el té y espera a que se haga la infusión para la *zavarka*. María la ve en el reflejo de la puerta de cristal.

Alina llena la tetera, baja dos tazas y las pone sobre la mesa, mientras deja que el té siga haciéndose, y luego, tras unos minutos, lo sirve. Exhala un aroma fuerte, relajante. María piensa que le gustaría darse un baño, pero tendría que limpiar primero la mugre que ha dejado todo el mundo, y es algo para lo que ahora mismo no se siente con fuerzas. En vez de eso le cuenta a Alina su entrevista.

-Me sé todos los argumentos. Por supuesto, tú dirás que es una

buena oportunidad, y lo es. Pero no me imagino volviendo a casa después de la jornada, para abrir los libros y ponerme a tomar notas durante horas. Tres, cuatro o cinco años así. No puedo ni pensarlo.

-Pero si siempre dices que nunca haces uso del cerebro. Te estimularía, tendrías que pensar de otra manera. Eso está bien, ¿no?

-No tengo aptitudes para ello. Podría hacerlo, pero tendría que machacarme. Tendría que estudiar aún más que la mayoría.

-Y tendrás clases. A ti te gustan las clases. Otros ingenieros, con opiniones, curiosidad intelectual…

-Pero si ya tengo clases. En Lomonosov me respetan. Se habla de darme más horas, incluso un puesto de ayudante. Yo esperaba que para el año que viene me ofrecieran algunas clases, me ofrecieran algo de investigación. A ti te interesan las cosas a largo plazo, Lomonosov es a largo plazo. Ofrece posibilidades, no solo la de ser otra burócrata de fábrica. Y no me supondría años de trabajo soporífero.

-Y ahora esto.

-Sí, ahora esto.

-No podremos arreglarnos sin el dinero de tus clases de aquí a unos años. Aquí ya no cabe más ropa por planchar.

Las dos miran a su alrededor. Las pilas de sábanas se amontonan por todas partes. Tienen que andar de puntillas para no pisarlas. Las camisas cuelgan por docenas de un raíl expresamente construido para ello. Se sientan en un mar de algodón y poliéster.

-Es como si me dijeran: «somos tus dueños, no puedes hacer nada más».

-Bueno, tal vez si les muestras tu fidelidad, si les das pruebas de tu amor, a lo mejor se fijan en otro y te dejan en paz.

-Así que, ¿hago un gesto?

-Sí. Demuéstrales que les conviene que te dediques a otras cosas. Que para ellos supone una ventaja. Tú eres culta, ellos respetan la cultura. Piensa en cómo puedes ofrecérsela.

-¿Y qué tal un recital? Si vienen y les gusta, darán algo. Utilízalo para conseguirle a Zhenia un aula de ensayos. Lo mismo todos conseguimos sacarle algún partido.

-Pues ya está, Zhenia tocará.

-Aunque, ya sabes cómo es. Lo mismo no se ve capaz.

-Es por su tía. Si yo se lo pidiera, tal vez no lo haría, pero siendo tú… Haría el pino puente con una mano si tú se lo pidieras.

Acaban el té, despliegan la cama de María y Alina la ayuda a cambiar las sábanas y la funda de la almohada, apagan la luz, se acomodan en sus habitaciones separadas y piensan en cómo han sobrevivido juntas. Sin maridos ni padres que las hayan ayudado. Si no están de acuerdo en lo que se refiere a su pasado, pues no están de

acuerdo. Eso no va a poder separarlas. Y cada una de ellas piensa que es estupendo tener una hermana.

Por la mañana, María cruza el patio y mira a los mirones. Cortinas que se corren ocultando rostros, figuras que se retiran de las ventanas. Nada de lo que pasa en este pedazo de tierra pasa inadvertido. Se para sobre el bordillo que está a medio pintar, un trabajo que estaban realizando los de mantenimiento hasta que han encontrado otra cosa para distraerse.

No ha dormido bien, no ha dejado de darle vueltas a la conversación con Alina y una cosa ha llevado a otra, los pensamientos han estado zumbando sin control en la oscuridad. Cuando le pasa esto, algo que no es muy frecuente, ella piensa que es porque su mente aún intacta rechaza tantas horas de trabajo en blanco y vuelve por sus fueros y por su libertad.

Pasa por delante de un coche con la ventanilla trasera rota, tapada con precinto marrón. Hay grandes montones de basura sin recoger alrededor de la *pomojka*. Bolsas de plástico apiladas sobre bolsas negras. Los niños las usan como refugios para sus batallas de bolas de nieve y a ella le vuelve a la memoria el hedor agrio que lo inundará todo en cuanto la nieve se deshaga y el aire se temple. El olor de una nueva primavera.

Los niños se adaptan.

Cogen un campo de fútbol abandonado y lo utilizan para hacer carreras de obstáculos. Juegan al voleibol con bolas de papel de periódico y cinta. Aquí no tienen canastas para baloncesto, así que desfondan sillas viejas y las sujetan a las cañerías. Pasan la infancia inventando juegos con reglas ingeniosas, matizadas, estratificadas; y la adultez, resintiéndose de todas las limitaciones que se les imponen.

El autobús resopla y avanza renqueante hacia la parada.

María mira las ramas desnudas recortadas contra el cielo, las líneas que van huyendo una tras otra, las fuertes ramas que van adelgazándose en una delicada filigrana.

Quiere hacer el amor en una noche cálida con la luna brillando sobre las calles mojadas por la lluvia.

Cuando el señor Salamov llega, María está esperándolo en la silla a la puerta de su despacho. La secretaria se niega a mirarla, molesta por la intrusión. Es una especie distinta a la de la gente que ocupa estas habitaciones, con sus trajes bien cortados. Hasta la secretaria lleva traje de chaqueta. María se pregunta si la secretaria se cambia para ponerse ropa de trabajo, como los demás. Seguramente no puede llevar una falda como esta, con el frío que hace ahí fuera, aunque

lleve medias gruesas. No tiene taquilla en el vestuario, así que María se la imagina cambiándose en los servicios de la dirección, subiendo de estatus en cuanto se enfunda en la suave tela y, a la tarde, despojándose de nuevo de esa piel, para convertirse en otro rostro anónimo y deslizarse en el interior del autobús, desviando la mirada, con la esperanza de no ver a ningún obrero conocido. O, más probablemente, se alimente de las vidas poderosas que la rodean, masajeando sus cuerpos a la vez que sus egos, compartiendo sus camas.

María se levanta y habla sin dar ocasión de que la secretaria la interrumpa.

-Señor Salamov.

Él se para, la mira y luego mira a la secretaria.

-Espero no molestarlo. Solo quería seguir con nuestra conversación de ayer por la tarde.

No hay destello alguno en la mirada. Ella se da cuenta de que no la reconoce.

-Hablamos de Lomonosov.

Él se acuerda de pronto y se vuelve.

-Sí. Ya retomaremos el tema en otro momento. Ania le dará una cita. Se le notificará.

Le ha dado la espalda y se dirige hacia la puerta de su despacho. María le suelta de un tirón las frases que ha preparado.

-Quisiera disculparme por mi falta de participación en algunos de nuestros eventos culturales; tengo una sugerencia para un evento que sería bueno para el estado general de ánimo.

Él para en seco y se vuelve.

-¿El estado de ánimo presenta algún problema?

La voz es heladora. La está escrutando con mirada fría, imperturbable.

Los nervios de María se desvanecen, se le dispara el instinto. No es la primera vez que se enfrenta a esa mirada, la de alguien que no sabe a qué atenerse respecto a sus intenciones. Ralentiza su ritmo, endereza los hombros y le habla con voz cálida y clara, como a su igual.

-Deje que se lo explique desde el principio. Mi sobrino es un pianista de gran talento, candidato al Conservatorio. Me gustaría organizar un concierto, en reconocimiento a las habilidades que aquí se fomentan; tenemos tantos trabajadores talentosos. Por supuesto, nadie mejor que usted para reconocerlo desde su puesto. Me encantaría organizar una velada en homenaje a estos grandes talentos, una velada para honrar los esfuerzos del obrero común, nuestra capacidad de trabajar en armonía. Tal vez unas sonatas de Prokofiev.

Él asiente, atento a sus palabras.

-Una sugerencia interesante, señora…

-Brovkina.

-Señora Brovkina, pero puede que no sea el momento más adecuado.

-Se me olvidaba mencionar que mi sobrino tiene nueve años. La velada podría funcionar como símbolo de nuestro potencial.

-Nueve años ¿y el chico toca a Prokofiev?

-Sí, señor. Esta primavera se presentará a las pruebas de acceso al Conservatorio.

Él baja la mirada al suelo y luego vuelve a alzarla.

-Lo pensaré. Como usted dice, un evento así puede estar cargado de un potente simbolismo. Y nosotros hacemos todo lo posible para ayudar al talento, en cualquier forma en que se manifieste. Lo discutiré con nuestro director de cultura.

-Gracias, señor.

Él se vuelve hacia el despacho. La secretaria la mira. María sonríe.

-Le agradezco su paciencia.

María baja la escalera metálica, se encamina a su puesto y empieza su día de trabajo. Se dice a sí misma que esta es una mañana estupenda. Seguirá repitiéndoselo todo el día, aunque, en realidad, no se lo crea.

Una vez más, Grigori camina por este paisaje llano bañado por la pálida luz del atardecer; es su único respiro de los desnudos edificios construidos a toda prisa que son ahora su hogar. Llegó a este campo de reasentamiento hace tres meses, cuando cubrían la tierra grandes fajas de maíz y las cosechadoras dibujaban los campos, con la ayuda de los campesinos que apilaban las espigas en pacas, poniéndolas de pie para que se secaran y poderlas llevar luego a casa como forraje para los caballos. Filas y filas de ellos avanzando paso a paso, como una banda local cuya intención fuera la de someter la tierra. Una año antes, este espectáculo habría resultado placentero, el de una comunidad que recoge su cosecha, pero Grigori ha desarrollado una especial suspicacia hacia cualquier tipo de agricultura, cualquier signo de crecimiento. Conoce los peligros que acechan tras la inocente apariencia de las cosas.

Cuando abandonó Chernóbil también estaban cosechando. Hombres de los pueblos limpios del otro lado de la zona de exclusión entraron en las granjas evacuadas de sus vecinos y sacaron patatas o remolachas de la tierra. Muchas veces se llevaban a los niños a la salida de la escuela; también a sus mujeres. Eran hombres que siempre habían confiado en la tierra; nunca había dejado de proveerles de lo necesario. ¿Cómo iban a creerse que la tierra les había traicionado cuando veían crecer las hortalizas ante sus ojos? Preguntaban por qué ellos estaban autorizados a seguir trabajando sus tierras y, en cambio, sus vecinos habían sido obligados a trasladarse por culpa de una línea imaginaria. Si su ganado necesitaba alimentarse, sus vecinos no se habrían resentido contra ellos. La comida está metida en sacos, ¿cómo puede estar contaminada? Hasta el koljós local es de la misma opinión. Colocaron carteles que decían que estaba permitido comer hortalizas: lechugas, cebollas, tomates, pepinos. Había instrucciones para tratar a los pollos contaminados. Advirtieron a la gente de que se pusiera atuendos protectores y de que cocieran los pollos en agua con sal, usaran la carne para hacer patés o embutidos y tiraran el agua por el váter.

En las últimas semanas que pasó allí, cuando ya le habían despojado de toda autoridad, Grigori recorrió en coche todas las granjas de los alrededores, enseñó sus acreditaciones, avisó a la gente de los peligros que los rodeaban. Ninguno lo creyó, hasta que sacó el dosímetro y la máquina emitió un sonido agudo: 1.500, 2.000, 3.000 micro roentgen por hora, cientos de veces más que los niveles de

exposición natural. Era un método que había adaptado cuando se hizo patente que las solemnes palabras de Vigovski sobre un nuevo comienzo, sobre una limpieza exhaustiva y metódica habían sido anuladas por una llamada del Kremlin.

El día después de la evacuación, llegaron informes por la radio sobre una nube radioactiva que se cernía sobre Minsk. Grigori le habló a Vigovski del tema.

-He sido informado -asintió su superior.

-¿Y están evacuando?

-Están haciendo todo lo que pueden.

Unas horas después se dio cuenta de que seguían llegando camiones de provisiones de la ciudad. Volvió a hablar con su superior.

-No han evacuado. Nos siguen llegando camiones con material.

-Todavía no tenemos los recursos necesarios.

-Tenemos tropas de sobra, hombres que andan sin nada que hacer, esperando instrucciones. ¿A qué están esperando? Sabemos que cada hora es crucial.

Vigovski señaló las pilas de papeles y el teléfono que estaban sobre su mesa.

-Tengo una central nuclear por limpiar, Grigori. Tengo un equipo de ingenieros que llegará en cualquier momento. Ya hay hombres ocupándose de eso.

-¿Qué hombres?

-Hombres buenos.

Grigori volvió a su despacho y llamó al secretario general del Comité Central del Partido en Bielorrusia. No pasaron su llamada: el secretario estaba ocupado al teléfono. Grigori no se lo creyó. Esperó cinco minutos y volvió a llamar. Insistió en señalar quién era él, desde dónde llamaba, bajo qué autoridad estaba. No pasaron su llamada. Finalmente, tras media hora de espera, lo consiguió.

Cuando mencionó el accidente se cortó la comunicación.

Entró a la reunión de Vigovski con los ingenieros y le indicó por gestos que saliera para hablar con él. El grupo discutía sobre el procedimiento. Vigovski lo despidió con un gesto. Grigori se quedó en la habitación hasta que se hizo silencio en el grupo. Irritado, Vigovski salió con él al pasillo y luego indicó que debían ir al despacho de Grigori. Ninguno de los dos habló hasta que Vigovski cerró la puerta.

-El KGB está restringiendo nuestras llamadas. Ni siquiera puedo hablar con el secretario general de Bielorrusia.

-¿Por qué está hablando con el secretario general?

-Porque hay una puta nube radioactiva sobre su capital.

Vigovski habló en un tono expresamente calmado.

-Tienen órdenes de limitar la información para evitar que el pánico se extienda entre las masas.

-¿El KGB?

-El KGB, el secretario general, todo el mundo.

-Así que ¿no van a evacuar?

-No. Es una orden directa del Kremlin, del más alto nivel.

Grigori se sienta ante su mesa. Vigovski sigue de pie frente a él, como si fuera él el subordinado. Se ajusta la corbata.

-Es una orden directa. ¿Qué quieres que haga yo?

El tono de la conversación va en aumento.

-Yo quiero que hagamos lo que hemos dicho que íbamos a hacer. Quiero que nos enfrentemos a esta situación de manera trasparente, adecuada, con responsabilidad. Estoy recibiendo informes de que la ciudad tiene un nivel de radiación de 28.000 micro roentgen por hora.

-La reunión es en mi despacho. Los ingenieros están indagando cómo sacar el agua de debajo del reactor. Si el uranio y el grafito llegan hasta ahí, se formará una masa crítica y puede que tengamos que afrontar una explosión de tres, cuatro o hasta cinco megatones. Si eso sucediera, habría que evacuar media Europa. ¿A ti te parece que tengo que ponerme a llamar al primer ministro de Polonia, o a Berlín? ¡Joder!, y ¿por qué no a París, ya puestos?

-¿Y por qué no? Podrían ayudar. Serían más recursos, más expertos.

-Más histeria. Y eso sin tener en cuenta lo que supondría para nuestra imagen internacional.

-Estás hablando como un político, Vladímir.

-Es que esto tiene consecuencias internacionales. Estamos en el momento más crítico, desde el punto de vista político, desde la guerra. Los dos lo sabemos. Por supuesto que aquí entra la política. La política entra en todo. Ahora, si me perdonas, camarada, tengo cosas que hacer.

Vigovski salió a grandes zancadas dando un portazo.

Grigori levantó el auricular del teléfono, pero lo volvió a colgar.

Cogió la chaqueta y un dosímetro y fue a buscar a Vasili, que estaba en una de la tiendas médicas, comparando índices de exposición entre la tropa.

-Ven conmigo, no hay tiempo que perder.

Grigori ordenó a uno de los soldados que los llevara a los bloques de apartamentos. Subieron por las escaleras hasta uno de los pisos.

-¿Me puedes explicar qué estamos haciendo aquí?

Grigori miró alrededor, encontró el teléfono y, tirando del cable, lo llevó a la mesa del comedor.

-Hay una nube radioactiva sobre Minsk. Tenemos que hacer unas cuantas llamadas.

Se arrodilló y metió la cabeza bajo el sofá hasta que encontró lo que buscaba. Emergió con una guía de teléfonos.

-¿A quién estamos llamando?

Grigori la tiró sobre la mesa. La guía aterrizó con un golpe deslizándose sobre el hule.

-A todo el mundo. Coge una letra y empieza por ella. Es una lotería. Mira quién puede estar vivo por los nombres de pila.

Vasili pone la mano sobre la guía con firmeza, pasa las páginas con el pulgar haciendo un ruido áspero.

-Esto es un disparate, Grigori ¿Qué estamos haciendo aquí, en este apartamento? Te recuerdo que dispones de un despacho y de personal administrativo.

-El KGB está controlando nuestras llamadas. No puedo hablar con nadie de la ciudad sin atenerme a las consecuencias. No es que me preocupe mucho, pero nos cortarían la comunicación de inmediato. Así, no hay manera de hacer nada. Estaré en el piso de al lado, haciendo lo mismo.

Vasili apartó la guía a un lado.

-No podemos enfrentarnos a las decisiones del KGB, Grigori. ¿Quién sabe qué ocurriría? Es el KGB.

Grigori estaba ya casi en la puerta. Se paró, se volvió a mirar a su amigo, girando el pomo de la puerta.

Habló quedamente, intentando controlarse.

-No me esperaba que eso fuera un problema.

-Es el KGB.

-Hay una ciudad entera que ignora que está a dos pasos de una muerte segura.

-Tengo una familia.

-Eso dices tú.

Silencio.

-Abre por la página que quieras -dijo Grigori-; debe de haber cien o ciento cincuenta familias en cada página. ¿Y si fuera una guía de Moscú? ¿Si estuviéramos mirando la «s» de Simenov?

Vasili se levanta.

-No puedo ayudarte con esto, Grigori. Lo siento.

Grigori se hace a un lado para dejarlo pasar.

En las llamadas que hizo, se presentaba como un médico y explicaba lo que estaba sucediendo. Les decía que metieran la comida en fiambreras de plástico, que se pusieran guantes de goma y lo

limpiaran todo con una bayeta y que luego la metieran en una bolsa de plástico y la tiraran. Si tenían ropa tendida al aire libre, debían volver a lavarla. Que echaran dos gotas de yodo en un vaso de agua y que se lavaran el pelo con esa agua. Que disolvieran cuatro gotas de yodo en agua y la bebieran, para los niños solo dos gotas. Les dijo que abandonaran la ciudad lo antes posible. Que se quedaran en casa de los parientes. Que no volvieran hasta que pasaran al menos unas cuantas semanas.

Probablemente realizó más de sesenta llamadas, hasta que le cortaron la línea. Allí sentado en la silla de un extraño, pateando una moqueta marrón de dibujos que no era suya.

Todos reaccionaban igual. No parecían alterarse. Le daban las gracias. No cuestionaban lo que les decía, ni se alarmaban. Tal vez porque no se lo creían o porque no entendían la importancia de las instrucciones. Eran cosas tan elementales: lávate el pelo, lava la ropa, bebe un poco de yodo. Resultaba casi increíble que esas pocas cosas bastaran para salvar la vida.

Al atardecer, bajó al campamento para meter sus cosas en la bolsa, coger sus sábanas y buscar otro lugar donde dormir. Tumbado en la litera de al lado, Vasili miraba cómo se llevaba sus pertenencias.

-No soy el enemigo, Grigori. No soy uno de ellos.

-¿De veras? Pues ya me dirás quién eres.

Al día siguiente, fue él mismo hasta Minsk. Se abrió paso hasta la oficina del director, a fuerza de colocarle a la gente el dosímetro en el cuello y leerles los niveles que marcaba. Todos tenían familia en la ciudad; no podían decirle que no. El director le dijo a Grigori que solo podía dedicarle cinco minutos.

-Esta mañana he estado hablando por teléfono con el director del Consejo Soviético de Protección Radiológica. Me ha asegurado que todo es normal, todo está controlado.

-Camarada, soy el vicedirector del comité de limpieza y le digo que tiene que evacuar la ciudad. Tiene que pedir que envíen un contingente militar inmediatamente.

-Ya hay muchas tropas destacadas en el lugar del accidente.

-Le estoy diciendo que pida usted más.

-Doctor, no disponemos de un número ilimitado de soldados.

-Tenemos el mayor ejército del mundo. ¿No estamos siempre alardeando de lo numerosas y poderosas que son nuestras fuerzas armadas? Tenemos que sacar a la gente de aquí. Créame, al lado de este accidente, lo de Hiroshima parecerá una tontería.

-Doctor, está usted exagerando.

-He ido personalmente a controlar los niveles, son de 500 micro

roentgen por hora en el exterior. No debería haber nadie a menos de cien kilómetros de esta ciudad.

El director tensó los brazos como si fuera a arengar a las masas.

-Yo era director de una fábrica de tractores. No entiendo de estas cosas. Si el camarada Platonov del Consejo de Protección Radiológica dice que las cosas están bien, ¿quién soy yo para decirle que miente? Por supuesto que no, ¡por favor!, me quitarían la tarjeta del Partido.

-Bueno, yo soy médico, soy cirujano, soy responsable de la limpieza. Vengo directamente del lugar de los hechos, pero usted sigue encantado de decirme que estoy loco.

El director se abalanzó casi sobre Grigori con un gruñido.

-No habrá evacuación.

-¿Dónde están su mujer y sus hijos?

-Allí, por supuesto. ¿Cómo puedo pedir a los demás que confíen en el sistema si ven que mi propia familia no lo hace?

Grigori dejó escapar un suspiro sacudiendo la cabeza.

-Cómo se puede ser tan ingenuo…

El director, furioso con el tono general de Grigori, le espetó:

-El Partido me ha hecho lo que soy, ha hecho de este país lo que es. Yo siempre he confiado en su juicio. Y no voy a cambiar de parecer porque arda una central nuclear.

Discutieron otros treinta minutos, hasta que Grigori, derrotado, cogió su bolsa y la puso sobre su regazo.

-La ciudad dispone de una reserva de yodo concentrado; sé que es un protocolo en caso de ataque nuclear. Al menos eche el yodo en el agua de la ciudad.

-Eso, como usted mismo ha mencionado, es para el caso de un ataque nuclear.

-¿Así que protegeríamos a nuestro pueblo de los imperialistas capitalistas pero no de quienes no lo sean?

-Salga ahora mismo de esta habitación si no quiere que le detenga por difundir sentimientos antisoviéticos.

-No es solo el aire lo que está contaminado. También sus mentes.

-¡Fuera de aquí!

Grigori se detiene un momento y respira hondo el aire fresco del atardecer, deleitándose en él.

Están apareciendo las estrellas. Tiene que volver pronto, dar otra vuelta por las salas antes de irse a dormir. A través de las sombras, puede adivinar la carretera principal de Maguilov perfilada por las luces de los coches desplazándose con regularidad. Espigas de maíz caídas crujen bajo sus pies, puede sentir su dureza bajo las suelas de

las botas. De aquí a un par de meses, volverán con los tractores y los arados para remover una vez más la tierra y dejarla preparada para la siembra de primavera.

En la zona de exclusión, había grandes piras de vacas y ovejas. Cavaban la tierra con excavadoras, tractores y palas para hacer grandes cráteres, en los que podía verse de todo: helicópteros, camiones militares, coches, motos, torres de alta tensión. Echaban las casas abajo, rodeando las isbas con una enorme cadena y tirando luego de ella con una excavadora gigante hasta que la casa colapsaba y luego lo tiraban todo al hoyo. Talaban los bosques y envolvían los troncos en plástico antes de tumbarlos y enterrarlos bajo la tierra. Vio tanto que cuando la gente le dice de dónde es, cuando mencionan los nombres de los pueblos y ciudades de los alrededores -Krasnopol, Chadiani, Malinovka, Braguin, Joiniki, Narovlia- le vuelven a la memoria no solo los paisajes, sino lo que yace bajo ellos. Ve los lugares como en una sección transversal, con unas figuras humanas que se afanan sobre la capa de arriba y otras secciones bajo ellos claramente ordenadas: la sección de helicópteros, la de isbas, la de animales enfermos. Por supuesto, no es el caso, esta tragedia es todo menos clara y ordenada.

Oye ruidos procedentes de la carretera: un chirrido de frenos y un estrépito de cristales. Grigori mira en la dirección del sonido y ve una luz sulfurosa, detenida. Corre hacia el lugar, sintiendo el aire frío que inflama sus pulmones.

Al acercarse ve a un hombre que agita los brazos regañando a un perro que yace a sus pies.

El conductor dirige sus invectivas a Grigori, pero este hace caso omiso y se arrodilla al lado del perro. Es un pastor alemán jovencito, no debe de tener ni un año, piensa Grigori. El animal está frente al automóvil, le ciñen los cuartos traseros anchos regueros de sangre y sobre el morro se extiende una redecilla de babas, tiene los ojos vueltos y parpadea de dolor. Grigori pone la mano sobre el cuello del animal para calmarlo y el perro levanta unos centímetros la cabeza de la carretera y arremete, amagando una dentellada. Grigori se retira un poco, sin asustarse, y le habla suavemente, sin llegar a tapar los gritos del conductor que sigue soltando sus quejas.

-Buen chico. Todavía te quedan ganas de luchar. A ver qué podemos hacer.

Le toca otra vez el cuello, con parsimonia, como pidiéndole permiso al animal. Hunde los dedos entre el espeso pelaje y va bajando, sintiendo el acelerado latido del corazón, sin dejar de mirar nunca los ojos del perro, que ahora lo buscan, con ciertos vislumbres de tranquilidad, mostrando cierta confianza; el animal está ahora entregado a este extraño. Grigori mueve la mano cerca de la herida y

el perro emite un gemido, un sonido tan desolado y primario como lo que lo rodea.

Grigori mira al conductor.

-Tiene la pelvis rota.

-¿Es su perro? Se ha cargado el faro, me ha abollado el parachoques. El jodido perro, no sé de dónde ha salido, de repente. ¿Es su perro? Pues alguien va a tener que pagar por esto, puede estar seguro.

-No es mi perro.

-Ya, conque no es su perro. Por eso viene corriendo a ver qué le pasa. ¿A usted qué le importa? Claro que es su perro, de dónde habrá salido…

-Por favor, está sufriendo mucho.

-¿Y usted de qué va, de héroe? ¿Es veterinario y va buscando animales para salvarlos?

-Soy cirujano.

-Estupendo, así puede pagarme el faro.

Grigori se levanta y se fija en el coche, es un Riva negro. Se acerca y le mira a los ojos; al hombre le tiembla la papada de sapo.

-No sé quién es el dueño del perro. Lo que sé es que está sufriendo mucho. Vivo en esos edificios de ahí detrás. Si me lleva a casa podemos curarlo y luego preguntar en el vecindario.

El conductor retrocede, la intensidad de la mirada decae precipitadamente y se torna esquiva y huidiza. La voz ha cambiado tanto que Grigori tiene que esforzarse por alcanzar a oírle.

-Mire, quédese con su perro. Ya pagaré yo los daños.

Se vuelve al coche y arranca. Se oye el traqueteo de la rueda dando contra el parachoques según avanza.

Solo en la carretera con un perro atropellado.

Grigori vuelve la cabeza para mirar el asentamiento, los edificios reflejan ahora una luz más intensa, incandescente. Luego se vuelve hacia el animal.

-Tú eres un perro valiente, ¿a que sí?

Se arrodilla de nuevo y coge al perro en brazos, como a un niño. El animal gime suavemente, pero se deja, reconoce la autoridad de su nuevo dueño. Grigori camina de vuelta sobre la blanda nieve, vacilando bajo el peso del perro, sintiendo el corazón del animal latir contra el suyo.

Todas las noches después del paseo entra de nuevo en las pocas habitaciones de la clínica. Vuelve para oír la respiración de los niños dormidos, que esperan todos a pasar bajo su bisturí. Grigori sabe que cualquiera de ellos tiene más voluntad que él y hay noches en que se

tumba entre ellos, con la esperanza de imbuirse, de colmarse del valor que muestran, de sus ganas de vivir.

Niños que ya se han sometido a operaciones de tiroides recuperan sus fuerzas durmiendo sobre estos delgados colchones dispuestos en filas sobre el mismo suelo. Por la mañana, se levantan y los enrollan, los atan con una cuerda y los dejan en la esquina de la habitación. Fuera hay un patio de recreo con una red alta atravesada. Les han dado un lote de pelotas de tenis y los niños inventan complicados juegos rítmicos para jugar con ellas. En los descansos entre operaciones, Grigori los mira y trata de descifrar las reglas, pero cambian diariamente, hora a hora, así que solo se fija en los gráciles movimientos de los niños, todos con la misma cicatriz en la base del cuello. Esos son los más sanos. Los más débiles se desmayan si están de pie. Se desploman en el suelo como marionetas a las que se hubiera cortado la cuerda. Les sangra la nariz todo el rato. En cualquier momento que levante la vista puede ver del otro lado del patio a media docena de niños sujetándose las narices, mirando al cielo, impasibles ante el repentino flujo de sangre de sus fosas nasales.

Luego están aquellos cuya enfermedad ha invadido los pulmones, el páncreas o el hígado. Yacen sudorosos en las pocas camas disponibles. Muchos son devueltos a su familia, a su casa, donde les aseguran un sitio donde descansar y la visita de una enfermera. En los últimos meses, los niños recién nacidos han emergido del vientre de su madre con las piernas sin separar o inclinados bajo el peso de monstruosos tumores. Hay niños cuyos cuerpos carecen de cualquier proporción, con excrecencias del tamaño de un balón de fútbol detrás de la cabeza o piernas tan gruesas como troncos de arbolitos, o con una mano minúscula y la otra hinchada hasta dimensiones grotescas. Otros nacen con las cuencas de los ojos vacías, cubiertas por un parche plano de piel, como si el ojo humano fuera un órgano que aún no hubiera evolucionado. Otros muchos tienen solo un agujerito donde debería estar la oreja. Una niña nació hace dos semanas con aplasia de vagina. Grigori no fue capaz de encontrar ninguna referencia a nada parecido en los libros. Tuvo que improvisar para crear agujeros artificiales en la uretra, por los cuales las enfermeras hacen salir la orina apretando.

En esas noches, Grigori los mira en sus cunitas. No hay nada tan inimaginable que no pueda ser real. Eso es lo que piensa Grigori. La belleza y la fealdad descansan en el mismo cuerpo de un niño enfermo. Las dos caras de la naturaleza se manifiestan en esos cuerpos con la mayor crudeza.

Hasta aquí no ha llegado ningún oficial, por más que él lo solicita a diario. Grigori quiere que entren en esta habitación, un lugar donde ideología, sistemas políticos, dogma, jerarquía quedan relegados a su

naturaleza de meras palabras, propias de los archivos, arrumbadas en alguna oficina polvorienta. No hay sistema ni creencias que puedan responder de esto. El personal médico sabe que nunca en su vida se han enfrentado a nada comparable. Solo cuentan estos meses, estas salas, esta gente.

Cuando se entierra a los muertos, los cadáveres van envueltos en celofán, en un ataúd de madera que, a su vez, se mete dentro de una caja de zinc y se baja a una cámara de hormigón. La familia no está autorizada a acompañar a su ser querido en este último viaje. Se limita a quedar solemnemente en pie ante la puerta del depósito de cadáveres mientras el camión sellado que lleva a su muerto desaparece en la lontananza.

Grigori llega a su barrio cargando con el perro herido y lo deja en el suelo al lado de la única butaca, que pierde una crin oscura por las costuras, en el estrecho espacio que queda entre la cama y la pared. Su habitación tiene una cama individual vencida por el medio, una taquilla atestada de libros de medicina y unas cuantas novelas policíacas que cumplieron hace tiempo con mantener a raya el implacable aburrimiento. En la pared opuesta a la puerta hay un armario pequeño y un lavabo. Grigori sale de la habitación y vuelve con un cuenco que llena de agua y coloca al lado de la cabeza del perro. El animal sufre demasiado como para incorporarse a beber, así que Grigori le sujeta con cuidado la cabeza y lo coloca suavemente en una postura que le permita llegar a lamer el agua, envolverla con la lengua e ingerirla. Grigori está cubierto de sudor tras el trayecto y ahora se le está quedando frío, pegado a su cuerpo; cuando se quita la camisa le sube un olor fuerte y acre.

Se limpia el sudor con la sábana, vuelve a ponerse la camisa -de momento no tiene más ropa limpia, nunca se encuentra de humor para hacer la colada- y echa a andar por el patio, que ahora está en silencio, a excepción de alguna tele que, desde las ventanas vecinas, arroja trémulos destellos azulados sobre el suelo. En el extremo del soportal de uno de los edificios hay un chico que hace botar una pelota de tenis entre la pared y el suelo, los botes crean un agradable ritmo duplicado antes de que la pelota vuelva a la mano del chico. Grigori se dirige al almacén de material médico de la clínica y reúne todo lo que necesita para curar al animal; al volver, se para a mirarlo.

El chico cambia de mano cada vez que lanza y recoge. Un rápido giro de muñeca antes de tirar la pelota alternativamente sobre una u otra superficie, de modo que la pelota golpea primero sobre el suelo y, a la vez siguiente, sobre la pared, describiendo en su trayectoria arcos lánguidos o rápidos trazos rectos.

Es un chico fuerte, casi un hombre ya, de espaldas anchas; se

balancea sobre una y otra cadera, como mecido por una suave brisa. También este chico tiene una cicatriz que le cruza el cuello. Así que ya se han conocido, piensa Grigori, aunque no recuerda su cara.

-¿Te acuerdas de mí?

-Sí. Es usted el médico que me hizo lo del cuello.

-Exactamente. ¿Cómo te encuentras?

-Un poco mejor, tengo más fuerza. Y ya no me molesta al tragar.

-Bien, eso es buena señal.

Sus voces quedan suspendidas en el aire, tan escasos son los sonidos a su alrededor.

-¿Cómo te llamas?

-Artiom Andreiovich.

-Artiom. Ese es un nombre de hombre.

El chico sonríe.

-Me alegra verte en pie y en forma. Es un final feliz para mi jornada de hoy.

Levanta la mano abierta para despedirse y luego se detiene, dejando un momento la mano en el aire, como si quisiera parar el tráfico.

-¿Te dan miedo los perros?

-No.

-Vale, pues entonces, sígueme.

Grigori se vuelve y puede oír los pasos del chico que va tras él botando la pelota, sin perder nunca el ritmo. En el cuarto, el chico se arrodilla al lado del perro, acariciándole la cabeza de lado. No ha tratado con ningún animal desde que salió de Gomel y lo echa terriblemente en falta, es un chaval de granja rodeado solo de gente, obligado a vivir en un laberinto de casetas prefabricadas, todas iguales.

Grigori desenvuelve una aguja limpia, la pone en una jeringuilla vieja, y la pincha en la tapa de goma de un vial de benzodiapina y tira del émbolo; el líquido puro y limpio va ascendiendo por el tubo. El chico observa interesado por ver tan de cerca los gestos rutinarios de un hombre de tanta sabiduría y pericia. Grigori empuja el émbolo con la aguja hacia arriba y un chorrito de líquido brilla a la luz de la bombilla y cae en una parábola perfecta fragmentada en gotitas. Le pide al chico que sujete la cabeza del perro y que tenga cuidado por si reaccionara mal. Hunde la aguja en los cuartos traseros y el chico oye la táctil aspiración de la aguja atravesando la piel y ve cómo el líquido baja por la jeringuilla. La cabeza del perro tiembla de dolor entre sus manos y él la sigue manteniendo firme pero suavemente. El animal gime, pero acepta el tratamiento.

Espera a que la anestesia haga efecto y el chico mira a su

alrededor. Sus ojos se fijan en una página, arrancada de una revista, que Grigori ha puesto sobre la pared al lado de su cama. Es una luna pequeña, imperfecta, sobre una sierra de poca altura; en segundo plano se ven unos graneros y casitas, apenas perceptibles por la escala de la imagen.

-Este sitio de la foto ¿queda cerca?

-No. Está en América.

-¿Ha estado allí?

-No.

-¿Y entonces por qué tiene la foto?

Grigori vuelve a mirar la imagen. Se ha confundido hasta tal punto con el resto de la habitación que casi la había olvidado, este recuerdo de una pasión antigua: la luna serena en lo alto del cielo y todas las líneas del paisaje ordenadas bajo ella en relación con su delicada curvatura.

Su primera cámara, a los catorce años, señaló el final de la infancia. Grigori divide su juventud en dos períodos: el precámara y el poscámara. A los quince años, un anciano que vivía en su edificio le regaló unos líquidos de revelado que alimentaron la pasión de Grigori, lo cual, retrospectivamente, supuso otro hito en su madurez. Grigori adquirió papel negro en un mercado y montó su cámara oscura en el baño comunitario. Era un cuarto diminuto, de dos por uno; trazó el perímetro con una línea de espuma selladora, tapando los puntos por donde se habría colado la luz entre la irregular junta de la vieja pared y del suelo.

El cuarto se convirtió para él en una especie de matriz creadora. Trabajaba en mitad de la noche, cuando no era probable que nadie fuera a llamar a la puerta, en una oscuridad perfecta, aún más envolvente que el sueño del que Grigori emergía. Conocía los contornos de aquel espacio más íntimamente que los de cualquier amante, la posición de la bañera y del lavabo, el armarito de las medicinas con su espejo, la bandeja con el equipo que llevaba desde su habitación con un tintineo de frascos y vasos, y que colocaba cada tarde exactamente en la misma posición, para poder encontrar los materiales necesarios en la oscuridad.

Al final de su calle había un parque con una arboleda de hayas que le enseñaron qué era el color. Tantas imágenes de las hayas apiladas bajo su cama, separadas por hojas de cartulina. La profundidad, la gama, la personalidad del color. Día tras día, en invierno y en verano, Grigori iba con la cámara donde los árboles y observaba, al paso de las semanas y los meses, cómo iba ajustándose el color al cambio de las estaciones, de la luz, del tiempo, cómo los morados viraban a

escarlatas y naranjas, a amarillo, a blanco roto, y los miles de matices de cada tono.

Ahora, Grigori mira el paisaje americano, deteriorado por los bordes, el pliegue de la doble página que corta las montañas por la mitad, y se vuelve hacia el chico y siente que le envidia, a pesar de la tragedia que es su vida, por poder ver el mundo con ojos nuevos.

-La traje de mi casa. No sé por qué la tengo. Tal vez me recuerde que yo tenía una pequeña vida. ¿Entiendes lo que quiero decir?

-Sí -responde el chico asintiendo con la cabeza.

-Yo solía hacer fotos. Cuando volví a vivir en Moscú. Eran todas de gente y de edificios. Calles llenas. Por las noches, el cielo era naranja. Me gusta el cielo negro, profundo, de esta foto. Cuando estaba en mi apartamento, la miraba y me sentía como si estuviera haciendo un fuego de campamento en medio del salón.

Artiom mira otra vez la foto y se pregunta qué aspecto tendría ahora una foto de su casa. Se ha enterado de todo. Su padre, cuando todavía podía hablar, le dijo que todo alrededor de su casa se ha vuelto blanco. No como cuando nieva en invierno y la nieve lo cubre todo, sino como en verano, cuando la hierba está alta y las hojas se mecen en la brisa, cuando todo está en flor, solo que sin color.

De haberse paseado ese fotógrafo por su tierra natal, ¿habría encontrado aún algo que fotografiar? Un lugar en el que solo quedan dos colores. El cielo negro y la tierra blanca, blanca como las nubes que corren sobre este paisaje americano. Artiom piensa en la rueda colgada del roble a la puerta de su casa, balanceándose sola. Todas las partes de su casa, todo lo que ha tocado, visto o cargado a sus espaldas está bajo tierra. Pero no es capaz de figurárselo; su mente no puede borrar todo lo que conocía. Cuando por fin vuelva, sabe que se sentirá como un cosmonauta caminando sobre la luna.

En Minsk, al salir del edificio de su tía Lilia, no tenían ganas ni energía para caminar hasta la estación de autobuses, esperar en una cola y firmar más papeles para que los mandaran a un albergue que, por las muchedumbres ambulantes que habían visto, sabían que estaba en la otra punta de la ciudad. De pie ante el bloque de apartamentos, podían oír el caos todavía perceptible en el aire. La madre de Artiom caminaba como si arrastrara un peso -por la manera en que se colgaba de Sofía- y lo único que querían todos y cada uno de ellos, con toda su alma, era encontrar un sitio donde poder tumbarse, algún lugar donde poder tumbarse y cerrar los ojos. Podrían enfrentarse a lo que fuera al día siguiente, pero no en aquel momento.

El tiempo era lo suficientemente cálido para dormir al aire libre,

pero quedarían expuestos a cualquiera que pasara. Artiom decidió que era demasiado arriesgado y, además, su madre necesitaba un poco de intimidad, necesitaba un tiempo para asumir el rechazo que había padecido.

Frente a ellos había una larga fila de chabolas de chapa, unos tabucos achaparrados construidos con la misma chapa fina de metal que el tejado de su isba. Estaban todos cerrados con un candado y delante de alguno había muebles viejos y trastos varios: el espejo retrovisor de un camión, un sillín de bici con una barra torcida. Artiom miró a su alrededor por si alguien podía verlos y luego recorrió toda la hilera, tratando de abrir cada candado, hasta que, por fin, encontró uno que no estaba bien cerrado; abrió la puerta, se encogió un poco y entró, topándose con objetos desconocidos. Alargó el brazo hasta que su mano encontró un cable y lo siguió hasta dar con el interruptor, a la altura de sus rodillas, nada más abrir la puerta. Artiom encendió la luz.

Había una hilera de viejos botes de pintura pegados a la pared de lata y, ahora que los veía, también le llegó un acre olor a química. En el centro del cuarto había espacio suficiente para tumbarse y, al fondo, había un material gris, más firme y rígido que la ropa y áspero al tacto, que se podía amontonar. Era suficiente.

Salió a llamar por gestos a su madre y a su hermana, y cuando vio que Sofía respondía, volvió a meterse y empezó a amontonar el material gris sobre el suelo de metal.

Cuando llegó, su madre le dijo que el material era «muletón para moqueta». Artiom no sabía qué era aquello, y cuando ella lo explicó le resultó difícil comprender que hubiera gente tan rica que pusiera una moqueta bajo la moqueta.

Cogió una chaqueta colgada de la puerta y se la puso a su madre. Ella intentó rechazarla y dársela para que se la pusiera él, pero Artiom y Sofía insistieron y su madre no tuvo voluntad suficiente para resistirse. Sacaron de sus bolsillos la poca comida que les quedaba -unas cuantas zanahorias y unos curruscos de pan- y se pusieron a comer en silencio, era un picnic triste, hasta que Sofía preguntó: «¿Qué es lo que huele así?» y todos arrugaron la nariz, olfateando, porque era verdad que olía asquerosamente mal, como a carne en mal estado. La madre de Artiom levantó un poco los brazos, se olió el sobaco y apretó los labios asqueada, y Artiom no pudo evitar que le diera la risa: su madre, tan pesada siempre con la limpieza, que tantas noches le había mandado a lavarse al pozo al volver de dar de comer a los cerdos, supervisándolo desde la ventana mientras él se frotaba. Se echó a reír y Sofía se rio también, se inclinó hacia su madre y le olió los sobacos, como un cachorro que busca el pezón, exagerando el gesto, y Artiom hizo lo mismo y su madre también se echó a reír y los

envolvió en un abrazo apestoso, apretando sus caras contra su cuerpo, y se rieron un poco más y luego se relajaron entre sus brazos, sin importarles su olor, sintiéndose protegidos. El sueño no tardó en llegar.

Cuando Artiom se despertó, la luz estaba apagada y por la puerta abierta entraba una raya vertical de luz gris del cielo de la mañana. Vio una figura en pie y se sentó bruscamente sacudiendo a su madre; la figura dijo:

-Hola.

Su madre se sentó también y la figura dijo:

-Voy a dar la luz. No se asusten.

Sofía se despertó con la luz y se fue poniendo a cuatro patas sobre sus vacilantes brazos, como Artiom había visto hacer a los terneros recién nacidos cuando intentan afianzarse en el mundo.

Era un hombre mayor que su padre, pero no era un anciano. Tenía un rostro agradable, surcado de arrugas, y se le escapaban mechones de pelo gris bajo el gorro de punto negro.

-¿Llegaron en los autobuses de anoche?

Artiom iba a responder, pero se contuvo y dejó hablar a su madre.

-Sí -contestó ella.

El hombre cogió dos palas que había junto a la puerta y se puso unos guantes que colgaban del gancho.

-Tendrán que conseguir comida. Yo me voy, me recoge un camión. Sé dónde está el albergue.

Se levantaron y se sacudieron el polvo de la ropa. Sofía se dio una palmada en la cara para acabar de despertar.

-Soy Maxim Visariónovich.

-Yo, Tatiana Alexandrovna. Estos son mis hijos, Artiom y Sofía.

-¿Han pasado frío?

-No. Sí. Hemos utilizado algunas cosas. Espero que no le importe.

La madre de Artiom se dio cuenta de pronto de que llevaba el chaquetón del hombre. Hizo ademán de quitárselo.

-No, por favor. El chaquetón apesta, lo siento. Todavía no ha salido el sol. Llévelo hasta que lleguen al albergue.

-Gracias, Maxim Visariónovich.

-Llámeme Maxim. Si ha dormido con mi chaquetón, creo que ya nos conocemos lo suficiente para tutearnos.

El hombre tenía una ceja grande y continua, tan desgreñada como su pelo.

-Entonces, por favor, llámame Tania.

-Por supuesto.

Artiom enrolló los muletones y Maxim señaló los sacos con sus

pertenencias.

-¿Son vuestros?

-Sí -replicó Artiom, y Maxim agarró los tres con una sola mano y se los echó a la espalda con un solo gesto; Artiom se fijó en las muñecas del hombre, tenían una anchura descomunal.

Artiom volvió a colocar los muletones junto a los demás rollos.

-No, cógelo.

Artiom señaló el rollo, interrogante, y Maxim repitió:

-Cógelo, puede que lo necesitéis.

Fuera se detuvo un camión, un silbato estridente los reclamó. Era un camión de plataforma que llevaba cinco hombres, en medio había un barril de metal cortado en el que ardía un fuego, los leños sobresalían y saltaban chispas.

-Tenemos que hacer una parada antes de llegar -dijo Maxim a los hombres, y luego subió a la cabina con el conductor, una figura anónima inclinada sobre el volante.

Otro vehículo. Otro viaje vete a saber dónde. Artiom acercó sus manos a la hoguera para calentarlas. La mañana no era demasiado fría, así que supuso que los hombres la habían encendido por costumbre, un lujo que se permitían para compensar el madrugón.

-Son de los autobuses -dijo uno de los hombres.

-Sí -contestó la madre de Artiom.

-¿Vienen de muy lejos?

-De Gomel.

-Bastante lejos, entonces.

-Sí, supongo que sí.

A medida que la leña se iba consumiendo, saltaban chispas y pavesas de astillas veloces que el aire iba arrastrando tras ellos, formando una estela chisporroteante.

Artiom veía que su madre andaba dándole vueltas a algo. Levantó la mirada, se mordió el labio inferior y se dirigió a los hombres.

-La gente se comportaba de forma rara con nosotros, anoche. ¿Puede decirme si han oído algo?

El que respondió tenía una sombra de barba negra en la cara y un fino polvillo blanco sobre la línea del mentón.

-He oído que hay soldados de guardia en los hospitales.

-¿Qué razón puede haber para ello?

-Dicen que la gente llega envenenada a los hospitales. Les preocupa que se extienda.

-¿Como si fuera una peste?

-Son cosas que se dicen.

-¿A ustedes no les preocupa estar en el camión con nosotros?

Él miró a los compañeros que lo rodeaban. Eran hombres poco dados a la exageración. Hicieron una mueca con los labios mientras sacudían la cabeza. Uno de los hombres escupió en el fuego, pero el lapo no llegó, dio contra el borde del bidón donde crepitó y se fundió en un goteo de savia marrón. El hombre del mentón blanco tenía un manojo de llaves que iba haciendo girar sobre su dedo; el metal tintineaba mientras las hacía pasar adelante y atrás.

-Si están envenenados, ¿cómo es que los traen a la ciudad, adonde estamos nosotros? Si estuvieran envenenados los dejarían fuera de la ciudad, donde no hay gente. Yo creo que no tienen pinta de ser venenosos, tienen pinta de estar perdidos.

-Así nos sentimos nosotros.

El hombre miró a Artiom.

-¿Sabes a qué nos dedicamos?

Artiom no supo responder. Había supuesto que iban a trabajar, sin más.

-Recogen basura -pió Sofía.

-Exacto -se volvió y empezó a hablarle a ella-. Te sorprendería saber las cosas que recogemos. La semana pasada, aquí Piotr encontró una radio. No coge emisoras, pero crepita. Así que se la llevó a casa y se la puso a los ratones. No han vuelto por allí. ¿Verdad que sí, Piotr?

Piotr le dirigió una sonrisilla torcida a Sofía.

-Me la quedaré hasta que alguien tire un gato.

Sofía le devolvió la sonrisa, tan cálida como la del hombre.

-La gente tira cosas que no necesita. Eso no quiere decir que no valgan, claro. Solo necesitas adaptarlas a un uso distinto.

Se detuvo, haciendo girar las llaves, y hundió un poco más uno de los leños en la hoguera, originando una fugaz explosión de chispas que desaparecieron entre sus ropas.

-Estaréis bien. Volveréis a casa u os adaptaréis.

-Gracias -dijo la madre de Artiom.

-Solo digo lo que sé.

Se hizo una pausa.

-¿De dónde la sacan? -preguntó Artiom. En el pueblo no había nadie que recogiera la basura. Si había algo que ya no necesitaban, lo quemaban. Tenía que haber un enorme fuego en alguna parte.

-Del vertedero.

-¿No la queman?

El hombre parecía sorprendido.

-No, no la quemamos. La amontonamos.

-¿Y luego qué hacen?

Los otros hombres se rieron de la pregunta, pero el hombre de la

barbilla blancuzca la consideró y lo estuvo pensando.

-Ponemos más basura encima.

-¿Así que ahí es donde acaban las cosas?

-Sí, supongo que sí.

-Es donde hemos acabado nosotros -dijo otro hombre, y todos volvieron a reírse.

Llegaron a un almacén en las afueras de la ciudad, un edificio largo, achaparrado, rodeado de otros edificios igualmente largos y achaparrados. Los hombres los ayudaron a bajarse llevándoles los sacos y el rollo de muletón. La madre de Artiom se quitó la chaqueta de Maxim y se la alargó y él la rechazó, pero ella insistió, con un empeño inconmovible en la voz, así que él la cogió y ella le dio un apretón de manos, y todos dieron las gracias a aquellos hombres del camión que respondieron levantando una mano enfundada en un guante raído: el camión desapareció en la mañana, perdiéndose en la distancia con su suspensión jadeante.

En el suelo había huellas de miles de pisadas, procedentes de cualquier dirección, que convergían todas en un camino de entrada embarrado.

La madre de Artiom anunció su llegada a los guardias; le preguntaron de dónde era y la oyeron dar sus nombres, pero era mera rutina, no tenían listas de verificación y se limitaron a señalar la puerta con un gesto de cabeza.

No había colas en el almacén; todo el mundo se había registrado la noche anterior. No veían más que gente tumbada en sus hogares improvisados. Cada familia disponía de un par de metros cuadrados de moqueta, limitados por trozos de cartón tambaleantes pegados al suelo. Miles de pequeñas vidas estrechamente apiñadas. A Artiom le recordó el hervidero de insectos que había encontrado en una ocasión al levantar una piedra enorme. Eso mismo parecería una ciudad si se retiraran todos los muebles y las paredes.

Todo el mundo dormía. Solo había unas cuantas personas en movimiento, tan pocas que se hacía raro ver una figura humana en vertical, alguien que estuviera andando, de pie: ver tal multitud tumbada daba la impresión de que el ser humano había sido constituido para vivir en horizontal. También resultaba extraño ver tanta gente callada, después del ruidoso caos de la víspera.

Las palomas revoloteaban, bajando la cabeza para no perderse ningún detalle del panorama que sobrevolaban.

Una mujer con fajín amarillo se les acercó. Por la cara que puso, se dieron cuenta de que el olor de la chaqueta de Maxim aún persistía. La mujer les habló con asco.

-Sus tarjetas.

-¿Disculpe?

-Las tarjetas.

La madre de Artiom se quedó parada, no acertaba a entender, no era posible que les negaran la entrada.

-Está pidiendo las tarjetas que nos dieron antes de subir al autobús, cuando nos pasaron por los medidores -dijo Artiom inclinándose hacia ella.

-Por supuesto -respondió ella a la mujer. Se palpó el cuerpo y sacó una carterita de debajo del jersey con unos pocos rublos y las tarjetas clasificatorias.

La mujer las miró y le pidió a la madre de Artiom que confirmara los nombres completos y las fechas de nacimiento; esta obedeció. La mujer señaló con la cabeza a Artiom y a Sofía.

-No puede usted llevar las tarjetas de ellos. Tienen que enseñarlas cada vez que se las pidan.

-Por supuesto.

-Vengan conmigo.

Los condujo hasta una puerta con un montón de cerrojos, cogió unas llaves y los fue abriendo de uno en uno y les dijo que esperaran. Artiom acertó a distinguir en la habitación pilas de mantas verdes sobre unas mesas y dedujo que aquella sala debía corresponder al área de oficinas de lo que hubiera sido aquella nave. La mujer volvió con un montoncito de mantas.

Le alargó las mantas a Sofía, le dio a la madre de Artiom un plano improvisado, hecho a mano, en el que se veía que el espacio había sido dividido en distintas secciones, y les dijo que tenían que ir a recoger la comida una vez al día a la zona de intendencia, en el extremo más alejado del edificio. Cuando se llamara a su sección por megafonía, tenían que presentarse con sus tarjetas, recoger la comida y volver con ella a su alojamiento. Dijo lo de «alojamiento» sin el menor asomo de ironía, como si tuvieran que estar agradecidos porque les dejaran vivir en una tira de moqueta.

Señaló su sección y dio la vuelta al plano, donde estaba apuntado el número de sección que les correspondía. La madre de Artiom preguntó dónde estaba el baño y la mujer señaló una flecha que había en mitad de la pared izquierda que señalaba hacia abajo.

La madre de Artiom preguntó si había duchas.

-No hay duchas.

-¿Y para lavarse?

-Esperemos que llueva de vez en cuando.

La madre de Artiom no pareció sorprenderse ante la información.

-No sé dónde está mi marido. ¿Dónde puedo informarme sobre su

paradero?

La mujer resopló.

-Mire a su alrededor. Nadie sabe dónde está su marido.

Miraron a su alrededor; apenas había hombres.

-Esta tarde vendrá de visita un representante de secretaría. Tendrán más información. La comida se distribuirá a media mañana. Lleven siempre las tarjetas. Si no presentan las tarjetas se les confiscará la comida. Eso es todo.

-Una cosa más.

La mujer se detuvo, molesta porque se le hiciera perder más tiempo.

-¿Sabe usted cuánto tiempo estaremos aquí?

-El tiempo que se les diga.

Les dio la espalda, se sentó en una silla contra la pared y cogió una revista.

Echaron a andar por el laberinto de moqueta, cartones y cuerpos desparramados, hasta que por fin encontraron su sitio, un espacio donde apenas cabían los tres tumbados en fila. En la granja, cuando una vaca enfermaba, la apartaban a un cubículo propio, hasta que se reponía. El cubículo aquel era mayor que el espacio que les habían dado. Probablemente, también era más confortable, si la paja era fresca, pensó Artiom.

-Así que esta es nuestra casa -dijo Sofía sentándose sobre el rollo de muletón.

La madre de Artiom apretó las mandíbulas y asintió, sin mirarlos.

Artiom salió fuera. Oía los desesperados intentos de su madre por llamarlo al orden sin alzar la voz, pero le daba igual. Necesitaba estar solo. Así, al menos, podría imbuirse de la paz de la mañana. Todo lo que veían sus ojos era hormigón o acero. Ante él se alzaba una hilera de torres de alta tensión rematadas como sacacorchos, que mecían entre zumbidos una tanda de cables. Por la carretera pasaban camiones tan rápidos y pesados que Artiom podía sentir la vibración del cemento bajo sus pies.

Ni una brizna de hierba donde posar los ojos.

Nada que respirara, ni siquiera él mismo.

Todo había sido borrado en un solo día.

-Está dormido. Ya podemos ponernos a trabajar.

La voz de Grigori devuelve a Artiom a la habitación. Le lleva un momento reajustarse, concentrarse en la tarea que tiene entre manos. Baja la vista y ve al perro dormido, con los labios cómicamente entreabiertos, mostrando los molares. Pone la mano sobre su pelaje. Qué bien sienta tocar el pelo recio y vivo de un animal.

Grigori dice algo y Artiom se vuelve sin entenderlo.

-¿Preparado? -repite Grigori.

Suavemente, Grigori pone al perro patas arriba y le sujeta los cuartos traseros; luego lo afeita con una cuchilla, así que el perro parece de pronto una criatura de dos mitades, la del pelo y la de la piel. Artiom no puede evitar sonreír ante el extraño aspecto que ofrece, no puede evitar pensar que, si los perros tienen algo parecido a la vanidad, este va a alucinar cuando se vea. Grigori da instrucciones a Artiom para que levante los cuartos traseros del suelo y Artiom obedece, sorprendido con el peso del animal. Grigori rodea la pelvis con yeso de París, mojando el vendaje en el cuenco antes de ponerlo y, luego, le pide ayuda a Artiom para doblar las piernas del animal contra el cuerpo, de forma que pueda arrastrarse mientras se recupera. A los dos les agradan estas acciones: curar algo que no tiene mayor misterio, un hueso roto que saben que soldará, algo definible, un problema médico que puede resolverse. Y los dos, en silencio, ansían que llegue el día en que puedan quitarle la escayola y verlo cruzar vacilante el patio, dejando su trauma atrás.

A Artiom le sorprende lo rápido que seca el vendaje. Cuando la escayola está lista, echan una manta sobre la figura postrada y Artiom mira a Grigori con los ojos brillantes.

-Ahora es tuyo. Puedes cuidar de él.

-No podemos moverlo, está dormido.

-Por supuesto, ahora no, cuando despierte.

Artiom sacude tristemente la cabeza.

-No puedo, mi madre no me dejará llevarlo con nosotros. Además, ¿cómo iba a alimentarlo? Apenas tenemos comida para nosotros.

-Bueno, entonces lo dejaremos aquí. Es tu perro, pero vive aquí. Hablaré con el encargado de intendencia, a ver si puedo conseguir algunos restos.

Artiom sonríe, una sonrisa enorme y radiante, y Grigori la recibe como un regalo por haber traído el animal hasta aquí, por haberlo atendido, un premio que compensa con creces todo el esfuerzo realizado. Se dan la mano y este intercambio está también revestido de una extraña solemnidad. El chico tiene un halo de experiencia, de gravedad, cualquier asomo de ingenuidad infantil desapareció hace tiempo.

-Batir, lo he llamado Batir.

Artiom hace un gesto de aprobación, deseando asumir esta nueva realidad, profundamente emocionado ante la expectativa de esa reciente paternidad.

-Batir -repite de nuevo antes de salir.

Es la primera cosa decente que ha hecho desde hace meses.

María lleva tres horas en su puesto cuando se produce el suceso. La conmoción procede de la planta de arriba, de la escalera metálica que conduce a los despachos de la dirección. Gritos. Una pelea. Al principio, piensan que puede ser una disputa entre dos de los directores, lo cual sería motivo de un cotilleo muy sabroso, pero se trata de una voz de mujer. No hay ninguna mujer en el comité de dirección. Los compañeros de María se paran a mirar hacia arriba. Instintivamente, todos aprietan el interruptor que suspende la actividad de la maquinaria antes de volver la cabeza. La planta entera se apaga momentáneamente, el sonido de sus fuerzas va decayendo, calmándose. María mira a su alrededor y puede ver a otros mirando a su alrededor, fascinados mientras la enorme bestia a la que se han encadenado acalla sus rugidos.

Al silencio le sustituye el murmullo. Más gritos desde la escalera. Los que pueden pasan la voz a los que no. Es Zinaida Volkova. No se lo pueden creer. Les piden a los que están más cerca que lo confirmen y ven un bulto de ropa negra escoltada por tres funcionarios a través de las puertas que llevan al área de recepción.

En los últimos cuarenta años, Zinaida Volkova ha trabajado en esta fábrica; nadie la había oído levantar nunca la voz.

Zinaida es un alto cargo del sindicato de trabajadores. Todo el mundo conoce su historia. A los veinticuatro años, después de la guerra, entró a formar parte de la brigada de trabajo Zoia Kosmodemiánskaia. Es una soldadora con dos medallas al Héroe del Trabajo. Zinaida es a quien acudes cuando tienes un problema personal. Ella fue la que organizó la baja de maternidad extensa, la que consiguió la rebaja de horas de trabajo para los que tienen que atender a un familiar enfermo. Media fábrica ha acudido a ella en alguna ocasión, para contar sus problemas ante la mirada alerta de esa mujer, que parpadea como un pájaro mientras reparte consejos y consuelo.

Hasta los supervisores de línea están conmocionados. No se puede tratar así a un héroe del trabajo.

Cuando la protesta de Zinaida se apaga, un silencio ominoso se extiende por la planta. Algunas máquinas hacen leves chasquidos en su estado de reposo, al enfriarse y contraerse las piezas. Nadie se mueve. Un hombre de traje gris aparece caminando apresuradamente por la pasarela metálica frente al gran vano acristalado. Es el señor

Salamov.

Los directores de línea miran hacia la planta de abajo o se escaquean lo más furtivamente que pueden hacia los baños.

El director de la fábrica, el señor Ribak, aparece en la puerta de cristal de su despacho.

-Enciendan las máquinas.

Silencio.

-El que pueda prescindir de su trabajo que levante la mano -silencio-. Pienso quedarme aquí con una lista de nombres y tacharé todos los que haga falta. Pregúntense si quieren volver a casa y dar explicaciones a su familia de por qué, mañana por la mañana, tendrán que esperar a la puerta de otra fábrica. Pateando el suelo para que no se les hielen los pies. Pongan en marcha las máquinas si prefieren no tener que explicarlo.

Un rumor de pasos apagados atraviesa la planta, como si corriera una ligera brisa.

Una máquina ronronea, reviviendo.

Los directores de línea vuelven a bajar a la planta. No dicen nada, solo miran fijamente a los trabajadores. El sonido se extiende, las ruedas ganan velocidad, las máquinas de troquelar alcanzan su máxima presión y, en la sección de María, las cuchillas de las fresadoras vuelven a ser invisibles en sus giros. Una vez más, la industria avanza unida mientras todo el mundo se siente lleno de autodesprecio.

A la hora de la comida, María se sienta, como de costumbre, con Ana y Néstor, sus mejores amigos en la fábrica. Ana tiene una hija de dos años, así que siente una especial lealtad por Zinaida. La baja extra de maternidad fue para ella un regalo del cielo.

-Bueno -dice Néstor.

Néstor es delineante de construcción, por lo que está en contacto directo con diversas áreas de procesamiento. En su rostro delgado y pálido las líneas de la mandíbula convergen en el mentón formando un hoyuelo.

-Estaba intentando organizar un sindicato independiente. Parece que el último recorte de sueldo fue la gota que colmó el vaso.

En los últimos seis meses les han recortado ya tres veces el sueldo. Los sindicatos apenas ponen alguna objeción, porque los funcionarios reciben sobres de la dirección. Todo el mundo lo sabe. Pero nadie está en situación de objetar.

Según bajan los sueldos, los precios de los alimentos suben. El azúcar ha duplicado su precio en los últimos dieciocho meses. El pan y la leche han subido un sesenta por ciento; la carne, un setenta por

ciento. Todos ellos saben cómo se reajusta el presupuesto familiar, cómo quitar de aquí y de allá, reduciendo los gastos que ya se habían reducido. Pero, aun así, algo hay que comer. Entre los trabajadores más viejos, algunos se desmayan en sus puestos. La gente enferma con mayor frecuencia y María ha observado otros cambios, más sutiles, que acontecen en los cuerpos. Se ha percatado de que las encías de Néstor se han retraído. Tiene tres hijos. Es el que más sacrificios hace. La piel de la gente se ha vuelto gris; el cabello, apagado, quebradizo. Cada noche, cuando vuelve en el autobús, se fija en las hebras de pelo que quedan prendidas en los hombros de sus chaquetas oscuras.

Néstor baja la voz.

-Pues puede que ahora lo consiga. No veo cómo la gente va a seguir queriendo ser representada por el resto de la banda.

-Eso no es tan fácil como parece, Néstor. Un sindicato independiente supone mucha lucha.

-En otros sitios han conseguido cosas. Mira los estibadores de Valdivostok o los ferroviarios de Leningrado -dice Ana.

-Porque no les quedaba más remedio: son industrias estratégicas. Las autoridades están adoptando una postura mucho más intransigente en este tema. Tienen miedo de que se extienda este tipo de protesta. Si se hacen concesiones en un sitio, aprietan aún más las tuercas en otro. ¿Por qué si no iban a echar a Zinaida?

Néstor contempla su almuerzo con cara de asco y opta por encender un cigarrillo.

-Zinaida le daba credibilidad al sindicato. Les va a ser más difícil llevarlo ahora que ella ya no está. De aquí a finales de la semana habrá una solicitud en marcha, acuérdate de lo que te digo.

-Unas firmas en un papel -dice María con un bufido-. Ya me dirás de qué vale eso.

-Por algo se empieza.

-Eso no es nada.

Ana mira a María.

-No he visto que tú protestaras y te fueras -dice con voz cortante.

-No, claro -replica María-. Estaba pensando en mi sueldo, como todos, por muy lamentable que resulte.

-María Nikoláievna Brovkina.

El señor Popov está de pie en la puerta del comedor. Es tan raro que un director de línea aparezca por allí, entre los trabajadores, que se hace el silencio.

-El señor Salamov pregunta por usted.

Ella murmura a sus dos compañeros:

-Luego os cuento -y sale por la puerta, dejando una estela de cuchicheos.

Esta vez, cuando ella entra en el despacho, el señor Salamov se levanta y le estrecha la mano. María se sienta en la misma silla del día anterior. El señor Salamov se inclina hacia ella, apoyándose en la mesa sobre los codos, se recoloca las gafas, sonríe, se echa para atrás en su silla y vuelve a sonreír.

-Quería hablar con usted, María Nikoláievna, acerca de su sugerencia. Usted mencionó que sería bueno para levanar la moral. Creo que puede que esté usted en lo cierto. Vamos a celebrar los talentos de nuestros trabajadores.

Por supuesto, toda la fábrica la está mirando desde la planta baja. Todos ellos, sentados ante el almuerzo, tienen claro que la dirección está tratando de sumarla a su bando. Es culpa suya, por darles pie a ello, mostrándose proclive a seguirles el juego.

-Mi sobrino no va a poder hacer ensayos extras. Lo lamento. Debí comprobar que estaría disponible antes de hablar con usted.

Salamov la sigue sin perder comba.

-He estado indagando. Es un chico muy brillante.

-Últimamente ha tenido algunos problemas. Su maestro está preocupado por su capacidad para controlar el ritmo, dice que tiene que volver a lo básico. No está en condiciones de ejecutar una interpretación en público.

-No sé prácticamente nada de música. ¿Tan grave es?

-Podría llegar a serlo. Su maestro dice que está en una etapa delicada, no tiene la madurez que le permitiría dominar *eltempo*. Eso solo se consigue a fuerza de repeticiones. Al cabo de algún tiempo, debería producirse naturalmente.

-Bueno, es una lástima.

-Sí.

-¿Quién es ese maestro?

María se rebulle en la silla.

-No recuerdo cómo se llama. Es mi hermana la que se encarga de las clases.

-Entiendo. -Salamov asiente con la cabeza. Luego, silencio. Un niño con problemas de ritmo no es excusa suficiente. Los dos son conscientes de ello-. Tengo algunos amigos en el mundo de la música. Tal vez podríamos encontrarle otro maestro -dice sonriendo.

-Es muy amable por su parte, pero le va bien con el que se ocupa de él. Al parecer está haciendo grandes progresos.

-Yo más bien diría que parece que lo está haciendo fatal -pausa-. Mi amigo se llama Yákov Sidorenko. ¿Le suena el nombre?

Ella suspira.

-Sí, por supuesto.

-Yákov Mijailovich es un artista generoso, un verdadero amigo del trabajador y de la juventud. Se ha ofrecido a acompañar a su sobrino en un recital en nuestra propia casa de la cultura. Es un hombre tan modesto, Yákov. Nunca va por ahí presumiendo de sus éxitos.

María aborrece ese tono paternalista. Ahora ya no hay remedio, todo el mundo considerará que está del lado de ellos.

-Tengo que consultar a mi hermana, y a mi sobrino, por supuesto.

-Daba por sentado, María Nikoláievna, que lo habría hecho antes venir a hablar conmigo. -Saca una pluma del bolsillo de su chaqueta y empieza a hojear unos papeles. María espera a que le dé licencia para marcharse-. Si decide que su sobrino no está a la altura, que estaba sobrestimando su talento, por supuesto, puede renunciar. No querría obstaculizar el desarrollo de un niño. Pero me permito recordarle que Yákov Mijailovich es profesor del Conservatorio, no creo que le interese ofenderlo. Al contrario, si su sobrino tiene el talento que dicen, yo consideraría esta ocasión como una oportunidad increíble para el chico. Además, el señor Ribak se sentiría muy decepcionado si la rechazara. Ha invitado a un alto cargo del ministerio de Maquinaria Agrícola y Automovilística -dice Salamov apuntando a María con su pluma-. Créame, no es buen momento para decepcionar al director.

-Sí, señor -contesta sin mirarle.

Él asiente con la cabeza, se levanta y le alarga la mano.

-Usted misma lo dijo: tenemos aquí gente de talento, ¿por qué no celebrarlo? La animo a que piense en ello como una oportunidad para ambos, y también para su sobrino.

Ella se vuelve sin darle las gracias, ya no vale la pena seguir adulando. Solo dispone de unos minutos en el vestíbulo para concentrarse y decidir lo que va a contar a sus compañeros y lo que va a callar. Tal vez lo mejor fuera decir la verdad. Pero la experiencia le dice que no suele ser así.

En silencio.

Ponerse en fila y no desviarse de la fila.

Hay que estar a la distancia de un brazo extendido del chico de delante. Poner una mano en su hombro para calcular la distancia adecuada y luego bajar el brazo y dar medio paso atrás.

Cuando el profesor de gimnasia toca el silbato hay que empezar el ejercicio. Cuando vuelve a pitar hay que pararse. Hay que contar en voz alta hasta ocho para realizar el ejercicio. Cuando no se está haciendo el ejercicio, hay que contar mentalmente. Cuando se cuenta en voz alta, no se hace a media voz, se grita en voz alta y clara, separando los números: uno…, dos…, tres…, cuatro…, cinco…, seis…, siete…, ocho.

Se empieza dando saltos con los brazos y las piernas abiertos, para calentar. Luego vienen las flexiones, los abdominales y las sentadillas. Luego se vuelve a repetir todo.

Yevgueni tiene rota una pernera de su pantalón corto, no es un desgarrón, pero le preocupa, le preocupa porque va en aumento. Tiene que elegir. Cuando hace los saltos puede estirar bien las piernas, a riesgo de hacer más grande el agujero, o puede no abrir del todo las piernas, a riesgo de que el profesor le haga dar vueltas corriendo durante media hora. Solo tiene un pantalón de gimnasia; tenía otro, pero se le ha quedado pequeño y se le sube por las ingles como si fuera un bañador. Como los otros chicos se burlaban de él, lo tiró. Eso fue hace seis semanas. Su madre le había prometido que le llevaría a comprar otro, pero no lo ha hecho. Le pidió que le diera el dinero para comprarlo, pero nunca tenía. Yevgueni sospecha que su madre no quiere dárselo, porque piensa que se lo va a gastar en alguna tontería o porque tiene miedo de que se encuentre con Iván o con algún otro y que se lo quiten a la fuerza. Se lo había recordado a su madre después de la última clase de gimnasia, le dijo que el pantalón estaba roto, y ella se enfadó y le contestó que se lo arreglara él mismo. Pero él no sabe coser y, además, como todo el mundo sabe, los hombres no cosen. Ella se disculpó por haberse enfadado y le prometió que le compraría otro antes de la siguiente clase. Pues eso, esta es la siguiente clase.

Tenía que habérselo pedido a su tía. Ella siempre sabe arreglar las cosas del colegio. Le ayuda a forrar sus libros con papel pintado viejo y, alguna vez, al abrir la fiambrera del almuerzo Yevgueni se

encuentra con un trocito de chocolate. Cuando eso ocurre, tiene que metérselo de golpe en la boca, no vaya a ser que algún chico lo vea y se lo quite. Hace seis meses, un chico llamado Lev le vio meterse la onza en la boca, corrió hacia él y le apretó con los dedos la articulación de la mandíbula antes de que a Yevgueni le diera tiempo a tragársela; Lev extrajo la onza, medio disuelta, empapada en saliva, y se la comió. Luego le dio a Yevgueni un puñetazo en el estómago por avaricioso.

Todo el mundo tiene el mismo uniforme de gimnasia. Pantalón corto rojo y camiseta blanca sin mangas. Algunos de los chicos mayores tienen pelo en los sobacos y a Yevgueni le parece que lo de tener pelo ahí es muy raro.

Durante el calentamiento nota cómo las puntadas van saltando una a una. Cada vez que hace una sentadilla puede notar la tensión del material. Tal vez fuera mejor decidirse sin ambages por correr las vueltas, pero últimamente le han impuesto muchas y le da apuro. Cuando corre a lo largo de la valla mientras los demás hacen sus flexiones, los chicos de la última fila le ponen la zancadilla. Yevgueni sabe que el profesor lo ve, el profesor lo ve todo, pero no dice nada. Forma parte, tácita, del castigo.

Acaban el calentamiento y forman cuatro filas detrás de la colchoneta. Cuando se hace la tabla de ejercicios de suelo, hay que estar totalmente recto y extender un brazo hacia el profesor para que sepa que estás a punto de comenzar. Así es como lo hacen en las competiciones. Todo el mundo sabe que el profesor estuvo en los juegos olímpicos cuando era más joven. Yevgueni se lo dijo a su madre, pero ella se rió; había conocido al profesor cuando era más joven, cuando se celebraron allí los juegos: «Estuvo en los juegos olímpicos, sí. Le dieron una medalla de bronce por barrer los suelos». Yevgueni nunca ha dicho una palabra sobre el tema, pero aun así, al profesor no le cae bien.

Le toca hacer la tabla de suelo. El chico que está tras él le da un empujón.

Yevgueni endereza los hombros y extiende el brazo convenientemente erguido hacia el profesor de gimnasia. Primero hay que dar una voltereta hacia delante. Esa le gusta. El secreto, ya lo ha aprendido, es doblar mucho las rodillas y mirar recto hacia delante. Rueda hasta el extremo de la colchoneta, sintiendo el vértigo particular causado por colocarse cabeza abajo una y otra vez, el blanco y genial remolino que baja desde la nuca por toda la espalda.

Ahora una voltereta hacia atrás. Nunca ha conseguido entender del todo en qué momento hay que levantar el culo sobre la cabeza. Algunas veces, cuando no lo consigue, esconde el culo entre los hombros, en vez de esconder la cabeza. Eso implica quedar encogido

al ir hacia atrás, pero siempre es más rápido. Alguna vez se la carga con el profesor de gimnasia y otras veces cuela. A Yevgueni le da la impresión de que al profesor de gimnasia en realidad le importa más bien poco lo que haga o deje de hacer.

Llega al extremo de la colchoneta y el chico que le sigue se levanta. Vuelve a colocarse al final de la fila. Necesita beber agua, pero no está permitido traer agua al gimnasio. Pueden beber después de la clase, pero siempre hay una cola muy larga en la fuente y para cuando le llega el turno de beber ya se le ha hecho tarde para la clase siguiente.

Yevgueni se rasca el culo y, al hacerlo, se da cuenta de que una de las perneras del pantalón, la que tiene el desgarrón, se le levanta. Mira hacia abajo y se da cuenta de que la situación es dramática. Ahora, el pantalón está roto casi hasta arriba. Mira el reloj de la pared. Solo quedan diez minutos de clase. Si es capaz de pautar bien el tiempo, puede atarse los cordones de las zapatillas y moverse en línea recta hasta el extremo de la fila y probar suerte con los ejercicios de estiramiento finales. Tiene que desatarse los cordones sin que nadie se dé cuenta y luego atárselos de nuevo. Lo mismo todavía le toca hacer las vueltas, pero la situación empieza a ser desesperada. ¿Por qué tiene que hacer gimnasia si lo odia? Los adultos no tienen que hacer gimnasia. A su madre no la obligan a saltar en el potro o en la cama elástica, aunque tiene que reconocer que lo mismo le venía bien.

Un toque de silbato.

-Hagan filas para la cuerda.

Odia la cuerda. La cuerda es lo peor que podía pasarle en sus circunstancias actuales. Hay cinco cuerdas colgadas en hilera y generalmente compiten en tandas de cinco alumnos. Yevgueni no es demasiado fuerte, así que suele perder. Todo el mundo corre hacia las cuerdas y el profesor de gimnasia lo mira. Ahora no puede fingir que se le ha desatado la zapatilla.

-Yevgueni, póngase el primero. Enséñenos cómo se hace.

Se oyen risitas. Si estás al mando siempre eres gracioso. Aunque el profesor de gimnasia diera una lección sobre cómo se fabrica una colchoneta, todos se reirían. Yevgueni desearía poder negarse a hacerlo, salir corriendo por la puerta, pero no le tienta el suicidio. Sigue siendo preferible que los compañeros le vean los calzoncillos andrajosos que tener que enfrentarse al profesor de gimnasia tras un comportamiento así.

Camina hacia el principio de la fila, apretando desafiante los labios.

-¡Quieto! -grita el profesor.

Cuando llega al primer puesto, Yevgueni tiene una inspiración

repentina. Correrá hasta la cuerda del otro lado y trepará de frente a la fila. De esa manera el roto de los pantalones quedará del lado de la pared, al lado opuesto del profesor de gimnasia.

¿Por qué no le habrá comprado su madre otro pantalón? Se lo ha pedido. Y dijo que lo iba a hacer. Sabe que cuando llegue a casa y le cuente lo sucedido, ella le regañará por no habérselo recordado. «No pretenderás que no me olvide nunca de nada», eso es lo que le dirá. Pero un pantalón de gimnasia no es nada. Es algo muy importante. Una cuestión de vida o muerte.

El profesor toca el silbato y Yevgueni sale corriendo. Llega a la cuerda, la rodea y empieza a trepar. Los otros chicos ya se están riendo, pero no tiene remedio. A pesar de todo es lo mejor que podía hacer.

El profesor de gimnasia mira a los chicos de la fila y les dice que se callen y, mientras lo está haciendo, a Yevgueni se le cae el mundo encima. Sucede lo peor que podía suceder. Arkadi Nikitin, el chico que más suda de la clase, está trepando al lado de Yevgueni y va todavía más lento que él -por lo de las manos sudadas-, así que ve el roto del pantalón de Yevgueni, ve al profesor mirando para otro lado y tira violentamente del pantalón; Yevgueni oye el desgarrón, mira para abajo y ve el pantalón planeando hasta llegar al suelo junto con sus astrosos calzoncillos. Y luego, la clase entera lo ve. Todos miran hacia arriba y ven a Yevgueni casi al final de la cuerda -paralizado de horror-, y sus calzoncillos grises por el suelo, a la vista de todo el mundo, como una rata que llevara semanas espachurrada en mitad de la calzada con las tripas dispersas en todas las direcciones.

La clase prorrumpe en carcajadas, descomponiéndose, y Yevgueni puede ver que también el profesor se ríe un poco, antes de empezar a gritarle que baje inmediatamente de la cuerda.

El profesor de gimnasia tiene una calva, perfectamente visible desde ahí arriba. Yevgueni está inmóvil, agarrado a la cuerda, y cuanto más tiempo pasa, más crece la ira del profesor. Ve cómo la cara del hombre vira al escarlata. Yevgueni engancha la cuerda, con los pies, como les han enseñado a hacer, y cierra los ojos. De ninguna manera va a descender ahora para enfrentarse a la vergüenza y a la ira. Cierra con fuerza los párpados y tararea el principio del *Preludio de la gota de agua*. Las notas van dejando en él su paz: el sonido de la lluvia repiqueteando sobre el cristal de la ventana, el de las hojas batidas por la lluvia. Las notas lo acarician, lo refrescan, todo él está empapado del delicioso Chopin. Siente unas sacudidas salvajes en la cuerda: el profesor de gimnasia está intentando tirarlo abajo. Pero Yevgueni sigue inmóvil; si quiere que baje tendrá que trepar él mismo a buscarlo. A diez metros del suelo, con las manos abrasadas por la soga y las secuencias de acordes desgranándose sobre sus hombros,

Yevgueni se aferra a la cuerda como si le fuera la vida en ello.

Dos horas más tarde María sale del despacho del director. Pasa de largo delante de Yevgueni, descuajaringado sobre una silla, y el chico la agarra del bolso y se apresura tras ella. María se mueve rápido cuando está disgustada. Así que está claro que está disgustada.

-Lo siento

-No me interesa oírlo.

-No tenía intención de causar problemas.

-Sí, pues lo has conseguido. He tenido que salir antes de tiempo del trabajo. Si lo hago un par de veces al año, bueno, pero ¿cuántas veces van ya con esta?

-No lo sé.

-Yo sí. Van cuatro. Tendré suerte si no me despiden.

-Lo siento.

-Qué lo vas a sentir. Esto no está bien, Zhenia, y menos ahora.

No es justo responsabilizar al niño de sus problemas en el trabajo. Pero, bueno, la ha llamado a ella. Podía haber llamado a su madre. Así que tal vez lo merezca.

-Podías haber llamado a tu madre.

Se da cuenta de que no le contesta. Mira a su lado, pero el chico no está. Se ha parado. Es ella la que anda a toda velocidad. Es ella la que está enfadada. El que debería seguirle el paso es él. María se detiene y mira para atrás. Yevgueni está ahí parado, con la bolsa en los tobillos. Están en el patio, a la vista de vete a saber cuántos cientos, lo mismo son miles, de chicos y, aun así, Yevgueni no tiene el menor empacho en dejar la bolsa en el suelo y montar un número, cogiéndose la cabeza entre las manos y tirándose del pelo. No es de extrañar que se ensañen con él, el niño es una herida abierta. Tal vez tenga que ver con no tener padre, o con estar demasiado enmadrado, con haber sido demasiado consentido por mujeres a causa de su talento. Vete a saber. Es cosa de Alina. Después de todo, el chico no es hijo de María, que hoy no está de humor para esto.

Vuelve sobre sus pasos, le agarra del brazo y tira de él hasta ponerlo de nuevo en movimiento; el chico se deja llevar tan dócilmente como un muñeco de trapo.

Este crío tiene mucho que aprender.

Se meten en el metro y hablan de ello. Yevgueni explica lo ocurrido y María entiende que hay cierta lógica en ello. Las cosas que no puedes hacer cuando eres un niño, los actos que no puedes realizar,

la forma en que las cosas más insignificantes se magnifican y pueden llegar a alcanzar un punto crítico.

Lo deja con la palabra en la boca.

-Enséñame el brazo.

-¿Qué?

-Que me enseñes el brazo.

Yevgueni se remanga el jersey. No hay nada. Él ya sabe lo que ella anda buscando, como quien no quiere la cosa. A este crío no se le escapa nada.

-El otro.

-No.

-¿Por qué no?

-Vale, sí, tengo una, no te hace falta verla, ya la ha visto mamá.

-O sea, que es una quemadura india.

-Sí.

-¿Hay motivo para alarmarse?

-No.

-¿Zhenia?

-No.

-¿La tienen muchos chicos? Di la verdad.

-Sí, montones.

-Así que no eres el único.

-No. Lo hacemos todo el rato.

Burlas, insultos, bofetones en las orejas, escupitajos, patadas, maestros que reparten golpes, capirotazos en la nariz, papelitos en clase. Gracias a Dios que ella ya no tiene que ir al colegio.

Dejará que se enfríe el tema, pero no está segura de que no vaya a volver sobre ello. Es un equilibrio delicado lo de vivir con tu hermana y tu sobrino. Desea que el chico confíe en ella, pero se siente maternalmente responsable, con los mismos miedos irracionales de Alina.

-Tengo una pregunta -dice María-. ¿Sabes algo de Prokofiev?

-¿Eh? -Se lo piensa un minuto-. No.

-¿Sabes quién es Prokofiev?

Yevgueni la mira arqueando las cejas. Por supuesto que sabe quién es Prokofiev. Es como preguntar quién es Lenin.

-Mi director está pensando en organizar un recital. Si pudieras tocar en él, me sería de gran ayuda.

Pero si él no toca nada de Prokofiev.

-Pero si yo no toco nada de Prokofiev. ¿Tengo que tocar Prokofiev?

-No lo sé. Tal vez no. Estoy preguntando, en teoría, si lo harías. Puede que no se haga.

-Sí -dice él-, claro -pero se encoge de esa manera suya que sabe María. No quiere hacerlo. Le preocupa lo del *tempo.*Todo le preocupa.

El tren se detiene en su estación y salen a un andén casi vacío; todo el mundo está todavía en el trabajo y a María le entran ganas de volver a subir y aprovechar la tarde, llevar al niño a la Plaza Roja, dar una vuelta con él por las tiendas en TsUM, que pueda oler comida de verdad, perfumes; que pueda tocar pieles. El niño no sabe lo que es pasar la mano por una prenda de reluciente piel. O podrían ir a tomar un té al Metropol, que los camareros les hicieran inclinaciones de cabeza, oír el tintineo de las tazas, ir a ver un espectáculo al Bolshói, poner la mano sobre el papel pintado de la pared. Ser otra gente esta tarde.

Pero no pueden permitirse ese gasto, y él tiene que repartir la ropa y ella, dar la clase. Además, Alina la mataría.

Suben las escaleras y salen, luce el sol. Hay mercado, como siempre. Verduras. Ropa militar. Botas recauchutadas. Gafas de sol para el resplandor de noviembre. Seguro que, con dinero, aquí se pueden comprar hasta unas cabezas nucleares. Hay un balde con higos y un higo pelado sobre el puesto. Debe de hacer lo menos diez años que no prueba uno.

Siguen andando. Comprará algo, un caprichito para asegurarse de que no queda resentimiento. Ella ya se ha despachado. Y el chico ya lo ha pasado bastante mal esta tarde: no tiene que ser fácil ser un niño prodigio.

Se paran ante el puesto de blinis y Yevgueni pide uno con jamón y huevo y María dice:

-¿Cómo? ¿Te crees que todo lo que toco se vuelve de oro? Venga, hombre, sé razonable.

Él sonríe, con cara de culpa, y pide uno con salchicha y lombarda. El enano sabe hasta dónde puede llegar. La mujer echa la pasta en la plancha redonda y le pasa el largo cuchillo plano con un movimiento circular, para que llegue hasta el borde pero no se salga.

Cerca de las torres, los borrachos han tomado posesión de un parque infantil y beben a morro sentados en los columpios. Uno de ellos está tumbado en el carrusel, la cabeza sobresale de un lado y las piernas del otro; tiene una botella de anticongelante sobre el pecho y mira fijamente las fotos de los soldados en la vitrina del techo, puestas en recuerdo de miembros de la familia que murieron en acto de servicio. Todos los soldados están de uniforme, con la gorra muy inclinada hacia arriba. Son las fotos clásicas de la graduación en la academia, descoloridas de estar a la intemperie. De noche, cuando las luces están encendidas, arrojan una lividez fantasmal sobre el lugar, dando la impresión fugaz de que es una vidriera. María sabe que la mayoría de esos soldados era como un pedazo de carne con ojos,

hinchada de testosterona, pero le gusta su presencia luminiscente, como recordatorio de que el hogar no es un compuesto de muebles, electricidad y fontanería. Ella entiende por qué las *babuskas* se santiguan siempre cuando pasan ante estos monumentos.

María y Yevgueni suben por la escalera -el ascensor sigue averiado-, María da la luz y Yevgueni echa el papel encerado en la papelera y eructa.

-Zhenia, no está tu madre, pero no te pases.

-Perdón.

-Lávate las manos y vamos a empezar. Yo te ayudo.

El día va mejorando.

Es miércoles, el último día de lavandería para Alina, el día en que las pilas de sábanas recién planchadas llegan a lo más alto, cubriendo cualquier superficie del apartamento. María abre la puerta que da a la salita y entra en un paisaje de tundra nevada. Un panorama tan desnudo y tan puro que, dentro de la habitación, casi se siente el azote de los vientos siberianos.

Alina ha puesto una nota con el nombre y la dirección del cliente sobre cada una de las pilas de ropa y María empieza a ordenarlas para organizar la entrega. Del lado de la ventana se ha caído una de las pilas, y María recoge las sábanas y las levanta para volver a doblarlas. Le alcanza a Yevgueni dos puntas y ambos proceden de forma automática. El ritual tiene sus satisfacciones. A María le encanta el restallar de las sábanas ya secas cuando, entre Yevgueni y ella, las levantan y tiran de ellas, juntando las puntas para estirarlas bien; el trazo de esas limpias líneas rectas que aparecen cuando tensan entre ambos el lienzo, moviéndose acompasadamente hacia atrás y hacia delante, como si estuvieran en medio de un baile antiguo.

Empaquetan la ropa y empiezan el reparto bajo la nieve que ha comenzado a caer.

Llaman a las puertas en oscuros pasajes. Entregan el paquete a personas con las manos cubiertas de manchas oscuras y abultadas venas. Perciben olores que prefieren olvidar y oyen caer la basura en los conductos de evacuación entre las paredes que los rodean, por las arterias de eliminación de residuos que recorren el cuerpo del edificio. Empujan con el hombro puertas de cristales rotos y puertas cuyos cristales han sido sustituidos por maderas o cartones -o por nada-, y estas últimas -las de paneles ausentes-, antes de franquearlas, las tantean primero extendiendo las manos, para ver si hay o no algo ahí, como el ciego que entra en una habitación desconocida.

Regresan al apartamento, cogen otra carga y salen de nuevo, hacen el reparto de forma sistemática, bloque por bloque.

Suben escaleras llenas de niños tirados por los suelos. Son niños de

su misma edad o casi, con un frasco de pegamento frente a ellos, y no hace falta que María le explique a Yevgueni que tiene que tener cuidado, porque el niño ya lo sabe. ¿Cómo no va a darse cuenta? Tienen una torva mirada sintética.

Entregan una bolsa a un hombre sin manos, solo unos muñones vendados, y María entra a colocar la ropa en el armario. El lugar está impoluto y él explica que la vecina de la puerta de al lado pasa todo el rato para comprobar que se encuentra bien, y a María le conforta oírlo, no todo es desesperación o cinismo descorazonador.

Ven una jaula con un pájaro de cartón, coloreado con ceras.

Ven una vela roja con la figura de Lenin, la han quemado un poco, así que parece que le hubieran sometido a una lobotomía.

Ven un esqueleto articulado, de pie en la esquina de una habitación, que lleva un sombrero de fieltro negro.

Su última entrega es para Valentina Savinkova, una amiga cuyo marido es compañero de Alina, que no necesita que le hagan la colada, pero que la encarga por ayudarlas. A Alina le da un poco de vergüenza, pero, por supuesto, no pueden permitirse rechazarlo.

-No necesitas que te hagamos esto.

-Por supuesto que sí. No quiero tener que lavarme las sábanas. Piensa en el tiempo que me ahorro.

-Tú tienes tiempo.

-Tengo tiempo, sí, pero no quiero perderlo lavando y planchando. No lo hago por caridad, créeme. Dejo que Varlam piense que sí, porque si no, no le parecería bien, pero lo de andar subiendo y bajando al sótano… Y las conversaciones tan aburridas que tienes que mantener. Vamos -dice echándose la mano a la cabeza con un golpe tras la oreja-, que el favor me lo hace a mí tu hermana.

Sirve tres vasos de vodka y Yevgueni se echa a reír. Ella lo mira.

-Claro, Zhenia -dice ella riendo a su vez-. Creo que tengo algo de *kvas.*

Sale de la habitación y vuelve con una jarra grande con asa.

-Toma. Puedes hacer como si fuera cerveza de verdad.

A Yevgueni no le gusta mucho el *kvas*, pero bebe un trago y pega la lengua al cielo del paladar, el amargor de la bebida le chupa las mejillas.

Valentina mira a su alrededor.

-Debería haber limpiado la habitación.

-Acabas de decir que no puedes entretenerte haciendo la colada y ahora dices que tendrías que haber limpiado.

-Pero bueno, ni que fueras del KGB… Vale, he incurrido en una contradicción. ¿Desde cuándo eso es un crimen? Tú lo que pasa es que mandas a este niño guapísimo para espiar. Sí, Zhenia, tú eres un niño

guapísimo. Me acercaría a estrujarte las mejillas, pero estoy tomando el té y a ti seguro que se te tragaba el sofá de la vergüenza.

Yevgueni se queda sin saber qué decir.

-Bueno, ¿cómo es que estás aquí, María? ¿Te parece que tu pequeño espía necesita supervisión?

-No, solo lo estoy ayudando. Es mucho trabajo para un niño y yo me he tomado la tarde libre.

-¿La tarde libre? Qué misterioso suena eso.

-Nada misterioso. He tenido una reunión en el colegio, Alina no podía asistir.

-Así que estás aquí para ver qué saca el niño de estas rondas, cómo extorsiona a las vulnerables y solitarias mujeres para que le den de comer.

-Estaba pensando que no sé si no debería ir acompañado. Esos chicos de las escaleras…

-Ya, últimamente, los rincones están más oscuros, lo sé.

-No es buen sitio.

-No está mal. Siempre habrá unos cuantos. No está mal. No creo que Zhenia vaya a dejarse enredar en esas cosas. Por cierto, que he oído que vas a entrar al Conservatorio, Zhenia.

-No exactamente.

-Eso es lo que he oído. ¿Las prácticas van bien?

Yevgueni se calla. No le gusta que los adultos hagan grupo y luego lo incluyan. Él no es uno de ellos. ¿Por qué hacen como si lo fuera?

-Tenemos unos cuantos peces. En el dormitorio. Ve a verlos.

Yevgueni se levanta de un salto del sofá. María espera a que cierre la puerta tras él.

-Me tiene preocupada. Seguimos sin encontrar un sitio para que pueda practicar. Tiene una audición para el Conservatorio esta primavera, y la posibilidad de un recital en mi trabajo, y el chico solo puede ejercitarse en un teclado sin sonido.

-¿No puede practicar en casa de su profesor?

-El hombre es mayor, su mujer está senil, no se le puede pedir más. ¿No sabrás de nadie que tenga un piano?

-Por supuesto que no. ¿En qué clase de ambiente crees que nos movemos?

María baja los ojos. Valentina suaviza el tono y le rellena el vaso.

-Le diré a Varlam que esté pendiente.

-Gracias. Perdona, no quiero aburrirte con mis problemas.

-No te preocupes. Necesito tener la cabeza ocupada en algo. Es un alivio oír hablar de asuntos prácticos. Últimamente me preocupan las cosas más extrañas.

-¿Qué tipo de cosas?

-No sé. Cosas. Tengo demasiado tiempo libre.

María espera pacientemente. Las conversaciones con Valentina siempre tienen el mismo carácter: se va aproximando al tema por oleadas, la marea de información llega siempre gradualmente. María, siendo como es ella, escucha a su interlocutor hasta que llega el entendimiento o la revelación.

-No sé. Me olvido de cosas. Las llaves. El monedero. Hace unas semanas olvidé el abrigo. Estaba viendo una obra en el Hermitage, yo sola, y, cuando acabó, estuve andando veinte minutos bajo la nevada antes de darme cuenta de que me había dejado el abrigo.

-Debía de ser una obra muy buena.

-Te contestaría gustosa, pero, por supuesto, no la recuerdo.

-¿Te preocupa algo? ¿Necesitas consultarlo con alguien?

-No lo sé. No lo sé. Hay gente que daría cualquier cosa por estar en mi posición, sabes, por olvidar sin más. No tener memoria te hace inocente. No puedes ocultar nada.

-¿Ha ocurrido algo que desees olvidar?

-Tal vez, no lo sé.

Silencio.

-Hay algo, dime, ¿qué es?

-El otro día vi algo, fue hace unas semanas, en realidad. Algo rarísimo.

Más silencio.

-Bueno, no sé cómo expresarlo. Algo rarísimo. Yo estaba en Lefortovo; ya sabes que a veces allí se puede encontrar carne, algunas veces se forman colas.

-Sí.

-Era el cumpleaños de Varlam y quería prepararle una comida especial, como algo de cerdo, y andaba dando vueltas por allí, fui a otros sitios donde había hecho cola en otras ocasiones y, finalmente, llegué al final de una cola y conseguí una paletilla de cerdo, una pieza estupenda, te diré -Valentina tiene unos ojos un poco saltones y el pelo cortado recto a la altura de los lóbulos de las orejas, lo cual resalta la forma ovalada de su rostro. María se la imagina de pie ante la puerta de la memoria, preguntándose si debe franquear el umbral, si verdaderamente le conviene hacerlo-. Luego volví a la estación de Kurskaia. Estaba encantada de haberlo conseguido. Varlam trabaja tanto. Ya sabes cómo es, también Alina trabaja muy duro. Yo quería hacerle una comida para homenajearle. Sé que Varlam no ha hecho nada extraordinario en esta vida. Últimamente se siente poco, ¿cómo se dice?, poco realizado. Así que yo quería prepararle una comida para darle a entender lo que él significa para mí. La comida que se

merece un hombre bueno -levanta otra vez las manos, como si apartara información irrelevante-. Pues eso, ahí voy yo con el trozo de carne en la bolsa, tan contenta conmigo misma. Una buena esposa. Iba andando por esas calles secundarias; ya sabes, las que están pegadas al edificio de acero, cerca de las líneas del ferrocarril.

-Sí -María asiente.

-Estaba cayendo la tarde y me daba la impresión de estar sola en la ciudad, no se veía ni un alma, ni siquiera se oían pisadas, y, de pronto, a la vuelta de una esquina, me encuentro algo colgado de una farola -hace una pausa, mira hacia arriba y su voz se hace menos grave-. Bueno, pues en ese momento me pareció algo raro. El peso, quizás, la forma en que se balanceaba por su peso. Y al mirar hacia arriba veo que es un gato muerto, colgando de un trozo de cuerda; las luces de la calle se le reflejaban en los ojos. Y entonces siento como que me está mirando fijamente.

-¡Madre mía!

-Sí. Está con la boca abierta, se le ven los dientes y bufa y escupe como suelen hacer los gatos. Me digo a mí misma que tengo que salir de ahí, así que empiezo a andar más deprisa, bueno, a correr, diría yo. Pierdo el equilibrio y me resbalo, pero como llevo zapatos de tacón ancho, consigo recuperar el equilibrio, y, cuando levanto la mirada, veo otro igual. Fui mirando al suelo hasta llegar a la estación, pero había más gatos, no sé, lo menos veinte. Estaba agobiadísima por si alguien doblaba la esquina, qué sé yo, algún militar, y me encontraba a mí, sola, entre todos aquellos malditos gatos ahorcados, y empezaban a hacerme preguntas.

-Por supuesto.

-Ni siquiera pude preparar la cena. Solo de ver la carne cruda me ponía mala. Tuve que tirar el paquete al lado de la estación. La sangre goteaba del papel y me manchó las manos. Casi vomito.

-No me extraña.

-No he dormido bien desde entonces.

-Me lo figuro.

-Y se me olvidan las cosas.

-Claro.

-Así que me alegro de que hayas venido tú. Te habría llamado, de todas formas. Quería preguntarte si habías oído algo así alguna vez. Como trabajaste en un periódico, pensé que a lo mejor habías oído hablar de cosas así.

-No, lo siento. Nunca he oído nada parecido.

-Estoy aquí preguntándome por qué hay gatos colgados de las farolas.

-No sé. Parece una manifestación de algún tipo.

-¿Una manifestación? ¿En Lefortovo? ¿A quién se le puede ocurrir?

-Ya, pero ¿qué otra cosa puede ser?

-Yo no lo sé y tú tampoco. Es un jodido despropósito.

Yevgueni abre la puerta de la habitación, con una sincronización algo inquietante. María espera que simplemente se haya aburrido de mirar los peces.

-¿Los has visto?

-Sí.

-¿Y qué te parecen?

-Tienen unos colores preciosos.

-A Varlam le encantan. A veces se despierta a media noche, pero dice que, con solo mirar los peces, puede quedarse dormido otra vez.

-¿Puede verlos en la oscuridad?

-El fondo de la pecera tiene luz.

Definitivamente, Yevgueni tiene claro que quiere una.

Se despiden y María abraza a Valentina, para reconfortarla, y Valentina le indica por señas que no se le ocurra andar contándolo por ahí; María asiente y Valentina sabe que puede confiar en ella. Es una mujer que nunca en su vida ha contado un secreto.

Cargan con las bolsas vacías de ropa y notan el alivio del peso.

-Gracias por ayudarme.

-No hay de qué, Zhenia. Bastante haces llevándolo tú solo, normalmente.

Caminan, escuchando el ruido de sus pisadas.

-Supongo que ahora querrás unos peces.

-No, en realidad, no -dice él encogiéndose de hombros.

-¿Has oído lo que estábamos diciendo?

-No.

Una pausa.

-¿De qué estabais hablando?

-De nada.

María se recuesta contra la valla, en el mirador de las Colinas de Lenin: a sus pies el río Moscova; a su derecha una pista de salto de esquí y otra de eslalon; erguida frente a ella contra el cielo nocturno, la estrella de la torre principal de Lomonosov.

En su época de estudiante, este era uno de sus lugares de encuentro favoritos por lo bonitas que son las vistas sobre la ciudad. Los hombres la esperaban aquí y se la llevaban a hacer saltos de esquí, una táctica -sospecha ella ahora- para favorecer la descarga de adrenalina y el bombeo de la sangre y suscitar el deseo. Hace años que no venía. Está en el lado opuesto a la universidad desde la estación de metro, y ella siempre tiene que ir a algún otro lugar, incluso esta noche. Está decidida a ir luego a casa de Grigori, está relativamente cerca de aquí por la ribera del río. Tiene que preguntarle si sabe de algún sitio donde Yevgueni pueda practicar. Aunque su ofrecimiento del piano fue hace ya unos meses, Grigori no es de los que se echan atrás si han dado su palabra. Hasta puede ser agradable que el chico vaya a su casa unos cuantos días a la semana, aunque Grigori haya ignorado las llamadas que ella le ha hecho.

Está esperando a Pável, un antiguo amigo, o profesor o amante: elíjase la distinción que suela ir la primera de la lista. Antes de las clases dejó una nota por debajo de su puerta pidiéndole que se reuniera con ella, algo que viene haciendo cada dos o tres meses desde que volvieron a encontrarse en una fiesta el año pasado. Rara vez coinciden, ni siquiera en los pasillos de la facultad, pero a ella le resulta un alivio recuperar de nuevo a un amigo de toda la vida, alguien, fuera de Alina, que la conozca lo bastante para ayudarla a reflexionar sobre las cosas. Quiere aclarar sus ideas antes de reencontrarse con Grigori, quiere descartar la posibilidad de descargar en él sus responsabilidades. Es un favor para el chico lo que va a pedirle, nada más.

Está esperando a Pável desde hace media hora, mirando los patinadores ahí abajo, sobre el río iluminado por el Estadio Central Lenin. Lleva unos guantes finos y siente las puntas de los dedos dormidas e inertes. Nunca ha sido capaz de acostumbrarse al frío cortante de la estación oscura. No es que haya conocido otro tipo de frío, pero el crudo invierno siempre consigue sorprenderla por cómo se ciñe a su piel, mordiendo sus piernas y sus brazos desprotegidos. Sin embargo, en este lugar, viendo pasar parejas con los patines

colgados de los hombros, María ha recordado cómo le gusta la paz de esta época del año. Gente que habla como viste, en acolchada y superpuesta soledad. Vapor condensado por doquier, aliento cargado de humedad. El invierno siempre presenta cierta tendencia a lo fantasioso. Posee una textura y una voz peculiar, una escritura propia: nieve posada con lúcidos diseños, ventanas heladas abiertas a la imaginación, remolinos grabados en la superficie congelada del río por los giros de los patinadores.

-Es precioso, ¿verdad?

Pável ha aparecido silenciosamente a su espalda, una costumbre suya que siempre la sobresalta.

-Me has asustado.

Pável sonríe. Tiene un sentido del humor con un toque infantil, siempre está buscando la ocasión de irritar, provocando, una característica chocante en un catedrático de literatura tan respetado.

-Es precioso, ¿verdad? -repite.

-Sí, es tan tranquilo. Da la impresión de que se pueden oír todos los sonidos del río.

-¿Tú patinas? No lo recuerdo.

-Solo en línea recta, nunca he sido capaz de hacer un giro.

-Eso es un problema.

-Creo que tiene algo que ver con sostenerse sobre un pie. Dejé de intentarlo justo antes de la adolescencia. Probablemente fue una decisión acertada, visto lo visto.

-Yo patino de vez en cuando.

-Cómo no vas a patinar. A ti todo se te da bien.

-Si empiezas a adularme, puede ser el fin de nuestra amistad.

Ella sonríe y se funden en un abrazo.

Cuando María era estudiante, todo el mundo esperaba ansioso las clases de Pável, no solo en el departamento, sino en toda la universidad. El aula estaba siempre atestada de ingenieros, estudiantes de medicina y biólogos marinos. Los estudiantes abarrotaban los escalones, se apretujaban tres en un sitio, se apiñaban a la puerta y llegaban hasta el vestíbulo, perfectamente atentos, riéndose junto con los compañeros que habían tenido la suerte de encontrar asiento en el aula. El profesor Levitski manejaba con soltura los clásicos y adornaba los temas principales con referencias a las vidas de los escritores: sus inclinaciones sexuales, las anécdotas de sus apuros cotidianos. Poseía una impresionante capacidad para mantener al aula entera en vilo, empleaba con maestría los silencios para tener a su audiencia pendiente de sus palabras y conseguía suscitar opiniones y preguntas entre los estudiantes. En sus labios, la poesía se convertía en un manjar exquisito y el sabor de cada palabra se realzaba al

pronunciarla él.

-¿Te llegó mi nota?

-Por supuesto, me hizo ilusión leerla. Siempre has escrito buenas notas, María.

-Seguro que no he sido la única.

Cuando era estudiante de primer año, María lo había perseguido con mucho celo. En los dos primeros meses, le escribió cinco cartas de amor que metió por debajo de la puerta de su despacho a última hora de la tarde. Las propias cartas fueron el despertar sexual de su autora; ella misma quedó sorprendida de su habilidad para escribir una prosa tan sensual y de saber lo que sabía, de la experiencia de su cuerpo trémulo mientras las escribía y del acaloramiento que le sobrevenía mientras hacía correr sobre la página la tinta de sus deseos. Y semanas después, mientras yacían en la cama y él dormía, María solía dibujar con el dedo las delicadas facciones de su rostro, siguiendo el recorrido de aquellas primeras palabras que habían quedado ya grabadas en sus patas de gallo, labradas en los surcos de su frente.

-No. Para escribir notas como las tuyas hay que tener valor. Gente tan atrevida como tú hay poca. Bueno, o eso es lo que me digo a mí mismo. Espero que sea por eso y no por mí. Yo sigo queriendo creer que inspiro los mismos deseos.

-No te quepa duda de que sí.

-Por favor, mírame. Soy un viejo. Me sale pelo de las orejas. Eso, definitivamente, es síntoma de vejez.

María estira su cabeza hacia atrás.

-No veo que tengas pelo en las orejas.

-Porque me lo quito. Pueden rebajármela mucho, pero sigo conservando mi vanidad.

-Es algo que está bien conservar.

-Lo mejor.

Pável puso fin a su relación al cabo de seis meses, sentado ante el café del desayuno, mientras ella hacía la lista de la compra del día. Dijo que le estaba impidiendo descubrir la vida por sí misma. María recordaba cada una de sus palabras, recordaba el desconcierto que le causó que la lista de la compra y el rechazo de un amante -su primer rechazo serio- ocuparan el mismo espacio. Una ruptura así tiene que hacerse en un entorno romántico, entre lluvia y lágrimas. Eso pensaba entonces aquella chica de diecinueve años. Ella tenía que tomar sus propias decisiones -dijo él- descubrir sus propias opiniones, libre del peso de la experiencia de él. En aquel momento, ella no entendió una palabra de todo aquello. Le lanzó todo tipo de maldiciones y le llamaba en mitad de la noche, intentando sorprenderlo con alguna otra amante, cosa que no llegó a suceder. Al final, todo quedó en

nada; de todas formas, ella tuvo que dejar sus estudios y mudarse a Kursk. Cuando volvió a la ciudad con Grigori ya tenía unos años más; estaba casada, era más sabia y conocía el peso de sus propias experiencias. De haberse encontrado en la calle, tal vez le hubiera dado las gracias, le habría dicho que se había percatado del acierto y de la generosidad de aquellas palabras.

Una pausa.

-Querías contarme algo.

-Sí. No sé muy bien por qué -dice vacilante-. No sé, me resulta un poco difícil expresarlo.

-No tengo prisa. Cuéntame.

María se fija en que los ojos de Pável siguen siendo del mismo verde glauco. Se pregunta si los ojos van cambiando de color a medida que envejecemos.

-Estoy preocupada porque me da la impresión de que está pasando algo, algo que yo debería saber.

-No te entiendo.

-He oído cosas, cosas raras, de distintas fuentes.

-¿Qué fuentes?

-Vecinos, compañeros de trabajo, comentarios en las clases. Es… -dice vacilando de nuevo.

-¿Sí?

-¿Has oído hablar del fenómeno Solidaridad Luminosa de Polonia?

-No, creo que no.

-Cuando el movimiento Solidaridad tuvo que pasar a la clandestinidad, desarrollaron una serie de técnicas para mantener los ánimos. Tuvieron ayuda, por supuesto. Los americanos les mandaron ayuda por barco desde Suecia, sobre todo equipos de comunicación.

-¿Qué tipo de equipos?

-Lo más básico. Libros. Impresoras. Máquinas de escribir sin número de registro. Fotocopiadoras. Pero la CIA les proporcionó un juguete impresionante. Una máquina que emitía unas ondas que anulaban las transmisiones estatales. Cada pocos meses, en millones de televisores aparecía el logo de Solidaridad acompañado de un mensaje que anunciaba que el movimiento seguía adelante y que la resistencia acabaría triunfando.

-Suena a ciencia ficción.

-Pero es cierto. Eso permitió mantener vivo el movimiento en un momento en que la gente pensaba que se había extinguido. A los espectadores que veían el logo se les pedía que apagaran y encendieran las luces. Así, barrios enteros se encendían y apagaban como en un espectáculo. Era una demostración de fuerza muy potente. La ciudad entera titilaba como un trozo de papel de aluminio en el

aire.

El sonido de los patines cortando el hielo. Ella continúa:

-Son cosas que se cruzan en mi camino. No sé. Cosas preocupantes. Una vecina me ha contado que ha visto gatos colgados de las farolas. Eso quiere decir algo. Estoy segura. Los chicos van los domingos al mercado Tisinski, compran uniformes militares viejos y los cortan para crear tendencia. Y hay otras cosas. He oído que en algunos clubs las mujeres bailan con copias de medallas de la estrella roja sobre el pecho.

-¿Y te parece mal?

-Por supuesto que no me parece mal, por mí como si se cagan en el glorioso ejército. Pero necesito saber que no estoy equivocada. Está pasando algo, lo noto.

-¿Estás preocupada?

-No, no lo sé. Inquieta quizás.

-Estás pensando que quizás te gustaría participar.

-Por supuesto que no. Tengo responsabilidades, gente que depende de mí. Bastante me cuesta sobrevivir en esta selva.

Pável se queda un rato en silencio, echándose el aliento en las enguantadas manos y frotándoselas. Su amistad se nota en los silencios que mantienen.

-Muchas noches, estoy bebiendo algo con antiguos estudiantes en la sala de autoridades de la facultad y ya no sé quién soy. Hablo por hablar, hago comentarios ingeniosos, observaciones divertidas, ante personas que son verdaderas sabandijas, hombres cuyo trabajo consiste en hacer cosas abominables.

Se gira hacia ella y María se percata de que se ha vuelto menos comunicativo de lo que era, otra cosa que le han arrebatado los años. Ya no puede imaginárselo enfrascándose en una discusión acalorada; sus palabras, ahora, están cargadas de gravedad.

Su relación estaba fundada en buena parte sobre discusiones de tipo ideológico. Ella ponía siempre todo en cuestión, reconsideraba, hacía conjeturas, pasando todos los conocimientos recién adquiridos por el prisma de su personalidad. Podía discutir con él en cualquier parte. Fueron muchas las veces que dejaron de hacer el amor por un comentario que él había hecho. Otras veces ella entraba en tromba en su despacho, sin importarle si estaba con algún colega, y le asediaba con un bombardeo de hechos recién investigados, entre los que insertaba alguna cita bien escogida para apoyar su punto de vista. En una ocasión, ella irrumpió en la barbería, mientras lo afeitaban en el sillón, retomando una discusión en la que él había tenido la última palabra el día anterior, gracias a su experiencia dialéctica y a la panoplia de datos que siempre tenía a mano. La barbería era un local

estrecho y lleno de humo, con dos sillas de barbero, una cola de clientes y espejos cubiertos de vaho. Ella abrió la puerta de par en par y ahuyentó al barbero, que quedó atónito, con la navaja en ristre, pidiendo ayuda a sus clientes con la mirada, pero estos estaban tan impactados como él. La refutación de Pável fue tan inmediata y vehemente que la parte delantera del abrigo de ella quedó salpicada de motas de espuma de afeitar. Pável recuerda que se limpió la cara con una toalla, se puso la chaqueta, pagó y salió del establecimiento con la cara a medio afeitar, sin perder por ello el hilo de la argumentación, contradiciendo los puntos de vista que ella había preparado cuidadosamente, encantado de vivir aquel momento, encantado de la justa intelectual que ella le ofrecía. Además, le gustaba cómo combinaba todo eso con aquella ingenuidad cuando, con frecuencia, parecía incapaz de reconocer los límites de su argumento y lo sacaba todo de madre. Entonces él se detenía, cesaba en sus réplicas; María se daba cuenta de su error y él pasaba las dos horas siguientes tratando de consolarla de lo decepcionada que se sentía respecto a sí misma. Tratando de hacerle ver que era precisamente su entrega al tema, su furia justiciera, lo que la hacía tan atractiva.

-¿Sabes el chiste del de la granja de pollos? -le pregunta a María.

-No, creo que no.

-Un granjero tiene una granja de pollos; un día se despierta y se va al campo a darles de comer. Y se encuentra con que han muerto diez, sin razón aparente. Eran unos pollos sanos, de lo mejorcito que tenía, así que no sabe qué pensar. Le preocupa que les pase lo mismo a los otros, así que llama al camarada Gorbachov para pedirle ayuda. «Dales aspirina», le dice el presidente. El granjero les da aspirina y, a la noche siguiente, se le mueren otros diez. El presidente sugiere que les dé aceite de castor. El granjero le hace caso y, al día siguiente, se encuentra otros diez pollos muertos. Vuelve a hablar con Gorbachov y le dice que les dé penicilina. El granjero lo hace y, al día siguiente, se le han muerto todos los pollos. El hombre está destrozado. «Camarada Gorbachov -le dice-, se me han muerto todos los pollos.» «Qué lástima -le contesta Gorbachov-, con la de remedios que tengo por probar.»

María sonríe. Pável siempre ha sido un pico de oro, oscilando siempre entre la ingenuidad y la sabiduría.

-¿Y qué gracia tiene eso?

-Viene a pedirme ayuda y me pone en ridículo. Vale. Aquí lo que importa no es que sea divertido. Lo que importa es el chiste en sí mismo, la debilidad que pone de manifiesto. El que el chiste esté corriendo por las líneas de producción, en los partidos de fútbol, en los taxis, eso es lo que importa. A lo que hemos llegado, eso es lo que importa. No he escrito ni un verso en casi veinte años. Desde que

volvió la mano dura tras la Primavera de Praga. Realizo mi prestigioso trabajo y enseño los libros que quieren que enseñe, prudentemente alejado de cualquier controversia que pudiera suscitar contando historias guarrillas de los escritores.

Ensimismado, apelmaza un poco de nieve entre las manos enguantadas, formando un disco cóncavo.

-Muchos de mis amigos siguieron escribiendo. Escribían incluso en los campos. Escribían aunque estuvieran en su peor momento -se queda muy quieto y luego prosigue-: unos han muerto, otros no pueden ni moverse, y yo sigo invitado a comidas profesionales. ¿Sabes cómo sacaban sus escritos de las cárceles?

-He oído varias versiones.

-Se los tragaban y los cagaban. O los enrollaban en la lengua y se los pasaban a una visita con un beso. Las mujeres los escondían en su interior y dejaban que los guardias hicieran ademán de sacárselos. ¿Te imaginas la humillación? Hacían lo que fuera para conseguirlo.

-¿Cuántas veces hemos hablado de esto, incluso en aquellos tiempos? Ve y pregúntales a tus amigos, a los pocos que quedan vivos, si deberías haber seguido escribiendo.

-Ellos pueden perdonarme, precisamente porque han pasado por ello. Yo, en cambio, no puedo. -Un saltador de esquí calcula mal el vuelo y cae al suelo en una nube de polvo de nieve-. Yo también lo noto, es un momento de apertura. Están viendo los fallos, son conscientes de que la modernización es imprescindible. Gorbachov mira a esos líderes anteriores a él: Chernenko, un anciano senil y con enfisema; Andropov, un hombre que tiene que someterse a diálisis dos veces a la semana, tan enfermo que todo el mundo pensaba que el secretario general había muerto. Él está por el cambio, pero no sabe cómo llevarlo adelante. Estamos haciendo bromas sobre su incapacidad para tomar decisiones. Ya no es una figura que dé miedo. La gente quiere más. Veo que tú también te das cuenta de ello, pero, ahora mismo, solo hay confusión; no se sabe dónde arrimar el hombro ni a quién preguntar.

-A veces oigo esas palabras, «*glasnost*», «*perestroika*», y me parece que suenan como los últimos estertores de un imperio.

Pável lanza el disco de nieve entre unos árboles y mira cómo se deshace en el aire.

-Hay una gente que me gustaría presentarte.

-¿Una gente?

-Sí, gente. Gente que yo respeto. No de los que se tiran el rollo ni idealistas, gente seria. Gente que está hablando de cosas serias, como el acceso a los mercados o la optimización de los recursos.

-No estoy buscando la manera de formar parte de ello, Pável. Solo

quiero estar preparada.

-¿Has pensado en la posibilidad de volver donde estábamos? Puede que no tarden en volver a cerrar filas. Esto no puede hacerse solo, como sabes. En los años cincuenta, me pillé una borrachera de tres días cuando se filtró parte del discurso secreto de Kruchev. Se acabó el estalinismo, se acabó el miedo. Esperábamos una era de prosperidad. Nos preparamos a oír un gran coro de opiniones contrapuestas. No lo hubo. Así que volvimos a hacer eso que se nos da tan bien: observar, ilusionarnos con vanas esperanzas, con algún raro momento de gracia o de suerte; aferrarnos a ellos como si fueran augurios. Con la esperanza puesta en la inacción. Puede que de aquí a un año nos peguen un tiro por atrevernos a contar este estúpido chiste del criador de pollos.

-Puede.

-Piensa en lo que te he dicho.

-Puede.

-Yo te aviso cuando tengamos la próxima reunión. Si decides quedarte en casa, lo entenderé.

-Ya lo sé -contesta ella asintiendo.

Cuando se separan, ella baja a pie por los senderos trazados entre las pistas de eslalon, mientras los esquiadores emergen y desaparecen en las ondulaciones del terreno, algunos agachados, con la cabeza y los codos pegados al cuerpo, intentando alcanzar la máxima velocidad de una carrera tan corta y superficial.

Llega al camino de la ribera y mira hacia arriba. Pável aún está allí, con el mentón sobre la mano, mirando fijamente el río y a los patinadores que giran lánguidos en la noche callada. Es un hombre hecho a estar consigo mismo. A su espalda, una pareja se está besando, demasiado cerca para no molestarle, pero él no reacciona, sigue el hilo de sus pensamientos, absorto en ellos hasta que los completa y se marcha.

El paseo de María la lleva hasta la estación de Vorobiovi Gori, ubicada dentro de un gran puente cubierto de cristal por donde pasa el metro que va del sur al centro de la ciudad; las vigas y puntales recortan un encaje de sombras sobre el hielo del río.

Este paseo es su parte favorita de la ciudad, las colinas rebosantes de árboles curvándose hasta el río. Aquí no hay grandes testimonios, no hay torres monolíticas ni estatuas gesticulantes. El complejo Central Lenin se extiende por la ribera opuesta del río, pero los edificios tienen cierto aire modesto, la naturaleza que los rodea rebaja la agresividad del diseño.

Cerca del apartamento de Grigori, María mira hacia su ventana, en

la última planta de un edificio escalonado, a la altura del punto más alto del puente Andreievski. No hay luz en la casa. Son las diez en punto, demasiado temprano para que se haya ido a la cama. Eso iría totalmente en contra de su sentido del orden. No está en casa. María sabe que no puede dejar que pase este momento sin establecer algún tipo de contacto: si no le deja ahora una nota, puede que no reúna el valor necesario para volver.

Está parada ante la entrada, mirando el apartamento vacío; es una experiencia que no le resulta nueva: mirar su casa sintiéndose como una extraña. Le embarga la misma ansiedad. Le espanta la posibilidad de encontrarse con alguien. Avanza deslizándose entre las sombras.

Al llegar a la puerta, pulsa el timbre para asegurarse de que no está en casa. No hay respuesta. Teclea el código de la puerta y se da cuenta de que sigue siendo la misma combinación: la puerta se abre de inmediato ante ella. El vestíbulo es corto, pero amplio y bien iluminado. No ha vuelto por aquí desde el día que se llevó sus últimas pertenencias, cerró la puerta del apartamento y bajó tambaleante las escaleras. Todavía le parece estar viéndolo parado en el pequeño hall del apartamento, entre el gran espejo de la pared y el pequeño espejo oval junto al perchero. Los dos espejos se reflejaban uno a otro, así que antes de cerrar la puerta por última vez, María se encontró con que no lo dejaba solo a él, sino a una multitud infinita de Grigoris. Él, ahí de pie, con los hombros envueltos en desamor.

Los recuerdos la invaden y se apoya contra la hilera de buzones de latón y mira fijamente el ajedrezado de las baldosas. Pasa la mano por los nombres de los buzones hasta que llega por fin al suyo: Grigori Ivánovich Brovkin. Ella esperaba que tal vez estuvieran todavía los dos nombres, pero, por supuesto, ha quitado el suyo; ¿no habría hecho ella lo mismo en su caso? ¿Para qué conservar un recordatorio cotidiano de esa pérdida, de esa espantosa decepción, de ese espantoso fracaso?

Sin embargo, el fracaso no fue de él, fue de ella. Espera que el tiempo le haya permitido dejar definitivamente de inculparse, liberándolo del naufragio que ella supuso.

María saca una libretita y un bolígrafo del bolso. La apoya sobre el muslo y empieza a escribir. Cuando lleva solo unas pocas frases oye unas pisadas en la escalera y alza la vista para encontrarse con el vigilante que baja hacia ella.

-Buenas tardes, Dimitri Serguéievich -dice saludando con la cabeza.

Él se detiene, sorprendido.

-María -dice.

No la llama por su patronímico. Ella supone que eso implicaría demasiado respeto. La ha visto otras veces en la escalera; en alguna

ocasión acompañada de un hombre que no era su marido, camino del oscuro apartamento. Todas esas veces, Dimitri Serguéievich no ha hecho nada por disimular su disgusto ante esas traiciones. María recuerda que, en aquellas ocasiones, ella hubiera deseado disolverse allí mismo, fluir por las escaleras, verterse luego colina abajo y juntarse con el río, indistinta e irrelevante, incorpórea y libre.

En esas dos o tres ocasiones él ha malinterpretado sus ojos hundidos, tomándolos como signo de culpabilidad y no de miedo. La ha visto rebuscar las llaves e intentar meter una en la cerradura bajo el resplandor de su implacable mirada justiciera. La ha visto hacer eso mientras luchaba por contener lágrimas de miedo y rabia que él ha malinterpretado como lágrimas de vergüenza.

Entonces llegó a odiarlo, no por su malicia, sino por su inacción. Un momento de decisión por su parte, unas palabras con Grigori en un rincón oscuro de la escalera, eso es todo lo que ella necesitaba para ser liberada de ese tormento. En vez de eso, él la despreciaba en silencio y procuraba no cruzarse con su marido. Él veía cómo se desmoronaba su vida, pero no era capaz de unir las piezas del puzle. No alcanzaba a entender lo que le estaban diciendo las manos temblorosas de María, sus ojos con el rímel corrido, sus pasos titubeantes.

Dimitri está ahora al pie de la escalera, va sin afeitar, con la ropa arrugada, una figura que nada tiene que ver con el hombre aseado y bien vestido que ella recordaba. Lo ve con la chaqueta llena de manchas y el pelo grasiento y se da cuenta de pronto de que ya no le guarda rencor. El hombre iba a lo suyo, simplemente. No le puede responsabilizar de la crueldad de sus circunstancias personales. Además, en lo que a ella respecta, hace ya mucho que no experimenta la humillación que antes podía suscitar una mirada suya.

En estos últimos años ha vuelto a revivir sus acciones cientos de veces en su memoria; sentada en su puesto, mientras sus extremidades funcionaban de forma automática, su mente volvía aquí, y hace mucho que se convenció de su fidelidad, si no en lo carnal, sí en todos los demás aspectos: sigue siendo suya, al menos en todo lo que no le han conseguido arrebatar.

-¿Qué haces aquí, María? -lo pregunta con cierta suavidad.

-Estoy intentando dejarle una nota a Grigori -contesta ella levantando la libreta-. Voy a acabar de escribirla y a meterla en el buzón. ¿Puedes decirle que le he llamado?

Él se acerca y María se cubre instintivamente el pecho con el cuaderno. La humillación, el poder que él tenía sobre ella, al parecer, no ha desaparecido del todo. Sin embrago, él no intenta quitarle el cuaderno, sino que le coge suavemente de la mano. Ella se queda tan asombrada que ni se resiste.

-Por favor, María, entra y siéntate.

-Prefiero no entrar. Solo quería pasarme, no tenía intención de quedarme. Es tarde, tengo que volver a casa.

-Por favor, María.

Ella se sienta, irritada.

-¿Quieres un poco de agua?

-No, gracias.

Tal vez Dimitri Serguéievich tenga pocas oportunidades de disfrutar de compañía. A lo mejor ese aislamiento es la razón de que ahora la trate como a una vieja amiga.

-¿Cómo está tu mujer, Dimitri Serguéievich? Lo siento, no recuerdo su nombre.

Él hace un gesto para rechazar la pregunta.

-Grigori no va a volver dentro de un rato. Hace ya meses que se marchó, María.

-Ah, ya veo -dice ella recogiéndose el pelo tras las orejas-. No lo sabía. Pero su nombre todavía sigue en el buzón.

-Sí. Oficialmente sigue viviendo aquí, solo que hace mucho que no ha vuelto por casa.

-No me había dicho nada, pero supongo que tampoco tenía por qué.

-Salió corriendo. No tuvo tiempo de comunicárselo a nadie. A mí me llamó su secretaria.

-¿Dijo cuándo volvería?

María es consciente de que está alzando la voz. No es propio de Grigori actuar de forma tan imprevista.

-No lo dijo con exactitud. Simplemente mencionó que había habido un accidente en Ucrania y que se necesitaba gente con aptitudes.

-No me lo dijo claramente, pero ya sabes dónde está.

Suspira retorciendo un botón de la chaqueta.

-Las noticias sobre Chernóbil empezaron a aparecer un par de días después de que se fuera. Yo las seguí con atención. Grigori se fue el mismo día en que se enteraron del accidente.

-¿Chernóbil está en Ucrania?

-Sí.

Se hace un silencio. María fija la mirada en el letrero del buzón con el nombre de Grigori.

-Me habría puesto en contacto contigo, pero no sabía cómo. Por aquí no han pasado muchos amigos de Grigori Ivánovich preguntando por él, solo has venido tú.

María no sabe qué hacer. Se descubre a sí misma diciéndolo en voz alta. A Dimitri Serguéievich, a todo el mundo. Se da cuenta de que ni

siquiera sabe el patronímico.

-No tengo ni idea de qué hacer.

-Llama el hospital. He estado mandando allí el correo. Ellos sabrán cómo ayudarte.

María no se entera de nada de lo que le dice. Sabe que le ha dado las gracias, pero no recuerda nada, ni cómo ha salido del edificio, hasta que se encuentra bajando la colina que lleva a las escaleras junto al puente.

¿Cómo han podido mandarlo allí? ¿Cómo puede ser que siga allí?

Se detiene y mira a su alrededor. Ha pasado a través de las tripas del puente y ha vuelto a salir al mirador frente a Leninski Prospekt. A su derecha está la Academia de Ciencias, con sus reflejos grises y ambarinos. Es un edificio complicado, que recuerda el mecanismo de un reloj antiguo ahora que ha perdido parte de sus paneles exteriores y deja ver en sus entrañas las refinadas mentes que pasan la vida lidiando con problemas muy alejados de las preocupaciones habituales del ciudadano de a pie. A su izquierda se extiende el parque Gorki, sin luces, como un reservorio de oscuridad en la vasta extensión urbana.

Grigori ya ha pasado por mucho. Ella le ha hecho pasar por mucho. Y todo empezó allí mismo, en ese mismo lugar.

Allí fue donde el señor Kuznetsov se acercó por primera vez a ella. Incluso después de yacer desnudo en su cama, de abrirse camino dentro de ella, María siguió llamándolo señor Kuznetsov, porque no quería que él pensara que había alguna intimidad entre ellos. Tras los primeros encuentros, ella se percató de que ese tratamiento formal que le daba solo conseguía que él encontrara la situación aún más excitante, pero ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Aquella noche, la primera, ella recibió una llamada de los redactores del periódico. Se había filtrado una historia y la necesitaban para cubrirla. «¿Puedes venir al periódico?» Visto en retrospectiva, aquella reticencia en comentar qué era lo que había ocurrido debió haber suscitado sus sospechas, pero ella sintió un alivio inmediato que anuló su sentido de la prudencia. La llamada significaba que volvían a contar con ella, le estaban diciendo que iban a perdonarle sus indiscreciones. La tarde del día anterior estaba de pie ante la mesa del redactor jefe, que agitaba su intolerable artículo, un texto corto, de no más de cien palabras, cuyo titular ella alcanzaba a leer desde donde estaba:

200 000 PERSONAS ASISTEN AL FUNERAL DE UN SACERDOTE DE VARSOVIA

Casi se lo esperaba. Sabía que el artículo acarrearía problemas; de hecho, hizo lo imposible porque el redactor jefe no lo viera, lo pasó en el último minuto, como quien no quiere la cosa, al más inexperto de los redactores, disculpándose por retrasar el cierre.

Ni era un funeral cualquiera ni era una muerte cualquiera. Cinco días antes, dos buzos de la policía habían rescatado el cadáver del padre Popieluszko de una represa cercana al pueblo de Wloclawek, a una hora de coche hacia el este de Varsovia. El rostro del sacerdote estaba machacado a golpes, su cuerpo tumefacto. A pesar de ello, los buzos lo reconocieron de inmediato. El padre Popieluszko era más popular incluso que el líder de Solidaridad, Lech Walesa, porque tenía el extra de autoridad que confieren un alzacuellos y una sotana. Sus homilías dominicales reunían audiencias de más de cuarenta mil personas. La gente acudía a oírle clamar contra las injusticias que soportaban los trabajadores. Se alzaba para recordarles mediante una emotiva oratoria que el niño Jesús nació en la familia de un carpintero, no en la de *unaparatchik*. La gente iba, escuchaba y volvía a casa sintiendo que aquellos vibrantes sermones aligeraban sus pasos.

El padre Popieluszko siempre había estado vigilado de cerca por el régimen. Todo el mundo sabía que recaudaba fondos para los grupos de Solidaridad de Varsovia. Cuando se identificó su cuerpo, se levantó tal oleada de cólera en la ciudad que las autoridades identificaron y detuvieron de inmediato a los tres agentes de la policía secreta responsables de su muerte. Fue un hecho sin precedentes para las autoridades el entregar a sus propios agentes, pero apaciguó suficientemente los ánimos para que el funeral transcurriera de forma pacífica.

María puso buen cuidado en no escribir nada sobre el contexto. Dio detalles de la ceremonia e incluyó algunas citas del sermón. Indicó con palabras sabiamente escogidas que la muerte no había sido por causas naturales, pero, por lo demás, se ciñó a los detalles del funeral y dejó que sus lectores sacaran sus propias conclusiones.

El redactor jefe suprimió el artículo. La acusó de expresar sentimientos antisoviéticos y de alentar la disidencia. Ella se había preparado para defenderse de las acusaciones. ¿Cómo podía ser este un tema antisoviético cuando las mismas autoridades habían hecho público que los autores del crimen eran agentes de la SB? Ella había escrito sobre un funeral, no tenía que ver con la política. María estaba segura de que sus argumentos eran sólidos. Podía defender cada una de las frases del artículo contra las acusaciones.

Su redactor jefe escuchaba y asentía y luego sacó varias páginas de papel carbón, cubiertas por la letra de María. Eran textos que había escrito para un *samizdat*, mecanografiados y copiados tantas veces que sus palabras habían acabado pasando por cientos de manos.

El redactor jefe ordenó las páginas y leyó los titulares:

GDANSK APRUEBA QUE LOS TRABAJADORES POLACOS PUEDAN ELEGIR SUS REPRESENTANTES SINDICALES
LAS FUERZAS SOVIÉTICAS DERRIBAN ACCIDENTALMENTE UN AVIÓN DE PASAJEROS COREANO
EL ASESOR DEL KREMLIN ADVIERTE SOBRE LA SOBREPRODUCCIÓN ARMAMENTÍSTICA

María no daba crédito. El *samizdat* solía dar rodeos increíbles para evitar que sus autores pudieran ser identificados.

-Es la primera vez que lo veo.

-Vale. En ese caso puedo entregarlo al KGB para que realicen los análisis caligráficos oportunos. -Ella sepultó la cara entre sus manos-. Escribir artículos incendiarios para un periodicucho clandestino es una cosa. Pero esto último que ha hecho puede hundir nuestra reputación. Estoy legalmente obligado a denunciarla.

No se podía hacer nada, salvo esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

María pasó el día como enjaulada en su apartamento, a la espera de la llamada a la puerta, pensando en la sala de interrogatorios que no tardaría en conocer, en el sueño y el hambre, en los días de interminable interrogatorio.

Ni siquiera podía permitirse contarle a Grigori lo que había pasado, pues consideraba que no tenía sentido agobiarle también a él con el mismo temor. Así que cuando aquella tarde recibió esa llamada, se sintió aliviada. Agarró su abrigo y se dirigió a la estación de metro, por el mismo camino por el que había venido. Cuando llegó al mirador, el señor Kuznetsov ya estaba allí, mirando el tráfico que circulaba a sus pies.

El señor Kuznetsov, su redactor jefe. Un hombre rancio, de piel seca y mirada apática e indiferente.

Se detuvo, reconociéndolo de inmediato; tuvo la certeza de que el que él estuviera allí, saliéndole al paso, no era mera coincidencia. De pronto, se hizo la luz en la mente de María. Todo estaba organizado para que él sacara provecho de la situación. Él iba a recordarle que, gracias a su discreción, aún tenía un trabajo. Iba a recordarle que el KGB estaría muy interesado en sus puntos de vista disidentes. Ella podía incluso predecir que él utilizaría el término «implicaciones» para referirse a la destrucción de la carrera de su esposo.

«Y hay otras implicaciones», dijo él.

Esas palabras todavía resuenan con nítida claridad en sus oídos. Toda su vida hizo implosión con esa sola frase.

Si hubiera tenido más tiempo, si la conversación hubiera tenido lugar en el despacho de él, tal vez habría huido, habría ido a buscar a Grigori, le habría contado todo. Él, por supuesto, se habría enfrentado a Kuznetsov, sin importarle lo bien relacionado que estuviera. Habría supuesto la destrucción de una espléndida carrera, otro magnífico médico condenado al ostracismo. A Grigori le habrían arrebatado aquello que realmente lo definía.

Pero, por supuesto, eso también lo sabía Kuznetsov. Por eso estaba allí, tan cerca de su apartamento, para dejarle claro que no podía aplazar su decisión. Y una vez que se decidiera, nunca podría echarse atrás. Más tarde, mientras yacía en la cama con Grigori, ella sentía cómo su engaño ocupaba el espacio milimétrico que separaba sus cuerpos. Allí tumbada, entre las sábanas recién cambiadas, con el colchón aún caliente por el cuerpo de otro hombre.

Lo único que se lo hacía más soportable era su falta de ganas. Cuando Kuznetsov la tomó, el cuerpo de ella manifestó su resistencia a ser tocado por él. Sus labios se abrían tan rígidos y secos como si fueran de cartón, tanto que ambos se lastimaban al ritmo de las embestidas.

Aparta la mirada del lugar donde una vez estuvo Kuznetsov, de su presencia aún palpable, y mira hacia abajo, hacia el frío corazón de la ciudad. Leninski Prospekt está cubierto de letreros luminosos y todos proclaman las supersticiones de sus líderes. Sus debilidades, las tensiones, los conflictos, los secretos que son la razón de ser del Partido, los miedos que desbocan los corazones en la quietud de la noche:

«El Partido Comunista es la Gloria de la Madre Patria.»

«Las Ideas de Lenin Viven y Conquistan.»

«La Unión Soviética es Fuente de Paz.»

Las frases rezuman vanidad. Esa retórica que sale de sus instituciones y anega las mentes y las acciones de los individuos. La misma que salía de Kuznetsov mientras, subido sobre ella, la dejaba embarazada, finalmente, del hijo que no quería, de la vida que no quería.

Y cuando ella se deshizo de la criatura, eso se sumó a la culpa. En aquel momento, lo único que quería era alejarse del mundo y de Grigori. El hecho de no revelarle a él nada de lo sucedido, piensa -ahora que ya puede pensar sobre aquella época-, fue un acto de autodestrucción deliberado. Cuando todo acabó con Kuznetsov y este, pese a todo, la denunció, ella se alegró. Aceptó con agrado el castigo; se dijo a sí misma que se merecía estar condenada a un trabajo que aborrecía. Perderse a sí misma en aquella tarea mecánica, cerrar la

mente, bloquear su personalidad.

Recorre la amplia avenida, desaparece por el pavimento bajo el monumento de acero a Gagarin, con el fragor del tráfico en sus oídos, desciende en el estrecho ascensor y, entretanto, va haciéndose una promesa: dejar de ser una sombra más de esta ciudad edificada sobre susurros.

La nieve ha vuelto estas dos últimas semanas y ahora cae pesadamente del cielo. Hay copos grandes y algodonosos que se prenden de las pestañas de Artiom y forman regueros que confluyen desde la capucha hasta el cogote. A su alrededor, el campo de reasentamiento está en silencio, sin más movimiento que los camiones que entran y salen.

La nieve se posa mansamente sobre el suelo y sobre la techumbre de las casetas prefabricadas, así que parece que hubieran brotado del suelo; sus paredes amarillas son el único color en muchos kilómetros a la redonda, un color que, aunque probablemente fuese elegido para levantar los ánimos, no hace sino enfatizar el carácter inhóspito y miserable de estas construcciones. De no estar en tan lamentable estado, parecerían sacadas de unos dibujos animados. A muchas de ellas se les han caído ya las ventanas, y las han tapado con cartones o han clavado las puertas arrancadas a los armaritos de la cocina para evitar que se cuele el viento.

En cada una de las casetas hay una estufa. Tantas horas al día alimentando el fuego y atizándolo. El combustible lo consiguen en el almacén de alimentos: un carrito de leña por familia, que reparte un soldado joven con la cara muy colorada y una nariz que siempre gotea.

Batir está mejorando. Al cabo de tres semanas, Artiom nota que empieza a recuperar el lustre y a engordar un poco. Artiom va a visitarlo a la hora de las comidas y, últimamente, lo lleva de paseo. Ha construido un carrito para el perro, lo suficientemente grande para que meta los cuartos traseros, y lo suficientemente pequeño para que pueda poner las patas delanteras en el suelo. En la parte trasera el carrito tiene un asa que Artiom utiliza para tirar de él y, aunque es consciente de que debe de resultar raro, lo cierto es que aquí se ven muchas cosas raras.

Da de comer a Batir lo que encuentra en los sacos de basura apilados en la parte trasera del almacén. Siempre hay soldados de guardia en el edificio, pero Artiom ya se ocupó en su momento de presentarles convenientemente a su amigo de dos patas. Ellos se arrodillaron y lo acariciaron por detrás de las orejas, le dieron palmaditas y le pasaron la mano con fuerza por los flancos y, al hacerlo, Artiom percibió un brillo distinto en sus miradas, el animal los sacaba de su rutina cotidiana, y los vio como hermanos e hijos, riéndose alrededor de la mesa a la hora de la cena, dándole de comer

los restos como si fuera su propio perro, mientras Batir los miraba con ojos de pena, poniendo la cabeza sobre sus rodillas, implorándoles. Ahora Artiom se lleva toda la basura, siempre que se comprometa a volver a cerrar bien las bolsas, porque hay que mantener las ratas alejadas.

Al principio daba de comer a Batir restos de la clínica -el médico lo arregló para conseguirlo-, pero, al cabo de una semana, el personal de la cocina le dijo que la buscara en otro sitio. Podía haber vuelto a hablar con el médico, pero es un hombre ocupado, tiene otras cosas en la cabeza como para andar buscando restos para que coma un perro.

Como Sofía está enferma, tiene una habitación para ella sola. Artiom duerme en la misma cama que su madre. Su madre se cambia en la habitación, así que él la ve desnuda, de espaldas. A ninguno de los dos le importa. Lo que antes era importante, aquí ha perdido su importancia. Duermen pegados uno a otro y su madre se levanta tres o cuatro veces por noche para ver cómo se encuentra Sofía.

Algunas mañanas se levanta y se encuentra con que su madre se ha acurrucado contra él durante el sueño. Es algo que le parece natural. Entiende que el cuerpo busca seguridad; no se resiste porque él también la necesita.

Su caseta no tiene goteras como tantas otras. Los adultos apenas hablan de otra cosa, es un intercambio de información, una comparación constante del estado físico de las viviendas. Artiom piensa que tal vez sea porque pueden hacer algo al respecto, realizar algún arreglo; las casetas pueden arreglarse, la enfermedad, no. Artiom está agradecido de que en la suya no haya goteras, al menos por ahora. Si Sofía tuviera que estar ahí tumbada con frío, sería horrible.

Cada caseta tiene una cocina-sala de estar y dos dormitorios. No hay baño ni agua corriente de ningún tipo. Tienen un hornillo eléctrico y la estufa y un radiador eléctrico en los dormitorios. Algunos tienen un televisor o una radio que les han dejado los familiares en la caseta de recepción, sin dejar ni una nota, solo sus nombres. Más allá de la caseta de recepción no entra nadie. Y Artiom lo entiende.

Artiom es uno de los chicos mayores del campo. Ha visto un par de chicos de su edad, pero eran más débiles que él y quién sabe en qué estado se encontrarán ahora. Él se siente fuerte. Su madre no deja de preguntarle si descansa lo suficiente, pero a él le gusta estar al aire libre, necesita estar fuera. Le proporciona algo que hacer, un objetivo.

Va al bosque casi todos los días para recoger leña y repartirla entre los nuevos vecinos. No espera nunca nada a cambio -de todas formas, tampoco le cuesta nada- y, de vez en cuando, su madre recibe algún

detalle en reconocimiento a esa ayuda. La semana pasada una mujer del sector 3A le dio un par de botas de su hijo para sus paseos. El chico murió hace unos meses. Así que ahora Artiom se abre paso entre los árboles calzado con las botas de un chico muerto. Pero a él eso no le afecta de ningún modo.

-Soy afortunada de tener un hijo como tú, Artiom.

-No eres afortunada, mamá.

-Los hay que están peor.

-Puede, pero no mucho peor. No somos afortunados.

-No, llevas razón, no lo somos.

Grigori se sienta en un mueble del exterior, inclinado sobre una mesa de metal; los dedos se le humedecen con el charquito que forma la condensación en el borde. Sobre él se balancea una araña, girando lánguidamente. Pronto empezará a prepararse para la cirugía y pasará el resto del día encerrado, así que ahora que puede aprovecha para respirar tranquilamente; mirar el agua que cae de los carámbanos de hielo del tejado de la clínica, el único edificio sólidamente construido de todo el asentamiento. Las paredes de ladrillo tienen medio metro de espesor y, felizmente, conservan el calor. Han estado especulando sobre qué uso tendría antes de que ellos llegaran; tal vez fuera algún antiguo barracón militar. En el quirófano sigue habiendo un persistente olor a moho a pesar del enyesado, de la pintura y de la limpieza diaria.

La gente, aquí, espera, espera con solemnidad. Los observa mientras dan vueltas al área recreativa en mitad del asentamiento. Pasear y esperar.

Un anciano se sienta en un banco próximo, con las manos metidas bajo las axilas. Grigori no siente ningunas ganas de hablarle, como tampoco a sus colegas cuando gira el pomo de la sala común y apoya el hombro sobre la puerta abierta. Está solo incluso en los momentos de descanso, reacio a dar la bienvenida a intrusiones de cualquier tipo en su bien guardado mundo. Se dice a sí mismo, y da a entender a los otros, que su mente necesita recuperarse de tantas horas de concentración absoluta, y es cierto, a veces es superior a sus fuerzas tomar una simple decisión respecto al menú en el pequeño comedor. Cuando le preguntan: «¿Té o café?», «¿Arroz o patatas?», se encoge de hombros indiferente, incapaz de articular las palabras adecuadas.

También puede reconocer, cuando quiere hacerlo, que estas son estrategias propias de un hijo único: crear un mundo inaccesible a los demás, acordonar las propias pasiones, tan contenidas como el oxígeno en bombonas que los anestesistas llevan en carretillas al edificio. Es lo que le alivia.

¿Sería muy diferente -piensa mientras se levanta vacilante de la silla- si estuviera aquí Vasili?

Ahí fuera, en el campo, la nieve es tan alta que Artiom tiene que abrirse camino a través de ella. Mantiene la pelvis baja y anda inclinado. Le cuesta tanto esfuerzo que no siente el frío. Llega a los primeros árboles del bosque y se interna en él. Esos árboles señalan una frontera; el tiempo se ralentiza al pasar la hilera de troncos sin ramas. La luz que entra lleva aire en su interior, como si hubiera pasado por un tamiz, y los rayos se dividen en hileras de gotas al caer sobre el suelo del bosque y aterrizan suavemente, con una pirueta de bailarines.

El sonido de su propia respiración. Goteo de arroyos ocultos. Una rama cediendo bajo el peso de la nieve. El aire, también, como destilado. Un aire ahumado, fuerte.

Árboles altos desnudos de ramas. Un armiño sube corriendo por uno de ellos; a veinte metros de Artiom es una mancha blanca que asciende.

Camina, se sienta y vuelve a caminar, buscando ramas caídas. Cuando siente sed, se lleva un poco de nieve a la boca y mira hacia arriba, a las copas de los árboles, tan lejos de él.

Fue un bosque, allí atrás, el que reclamó a su padre, y, en el silencio, Artiom percibe la conexión entre esos altos árboles, como si fueran ellos los que lo hubieran traído hasta aquí. Se agitan, inquietos, confesando sus remordimientos, crujiendo como una puerta forzada a merced del viento.

Al volver a Minsk, estuvieron en el albergue de emergencia un mes entero hasta que encontraron a su padre. Allí no dejaba de llegar gente. A finales de la primera semana, les redujeron el suelo del que disponían a la mitad, así que ya no tenían siquiera sitio para estar tumbados. Eran tan numerosos los que se apiñaban bajo ese techo que se vieron obligados a dormir por turnos. El lugar entero hedía a sudor. La gente se quejaba continuamente del olor. Los bebés tenían sarpullidos de no lavarlos. Finalmente, los milicianos montaron una hilera de mangueras detrás del almacén para tratar el problema. Le dieron a cada uno una bolsa de plástico y había que hacer cola en la puerta trasera. Cuando se llegaba fuera, había que desnudarse entero y meter la ropa en la bolsa. Una vez bien cerrada la bolsa, siempre con ella en la mano, había que ponerse contra la pared, cerca de un desagüe, y los militares te duchaban con la manguera. Luego te secabas con la misma ropa, te la volvías a poner y volvías a entrar al almacén, con los pies encharcados y la ropa interior pegada al cuerpo. Los primeros días, los milicianos puntuaban a las mujeres. Las mujeres

formaban una hilera, desnudas, tapándose los genitales con la bolsa de plástico, y los guardias les ponían a gritos una nota, entre uno y diez. Si alguna protestaba, se le enchufaba la manguera a la bolsa hasta que quedaba destrozada y toda la ropa se empapaba, así que tenían que volver a entrar desnudas o empapadas, con la ropa pegada al cuerpo, ante la atenta mirada de cientos de personas.

Sofía siempre volvía llorando. Su madre siempre volvía silenciosa y permanecía en silencio la mayor parte del día.

Había un sitio para lavar a los bebés. Se montaron hornillos de gas sobre el suelo y se colocaron sobre ellos tinas de metal llenas de agua. Al lado de cada una de ellas había una jarra con agua fría, para que las madres pudieran calcular la temperatura del agua y verter el agua fría necesaria. Artiom vio cómo una madre le quemó el pie a su niño, arrimándolo sin querer al metal caliente del borde. El crío se echó a llorar, berreaba con tal desesperación que un montón de gente salió del almacén para ver qué había pasado.

No hubo información sobre su padre. Ni la primera semana, ni la segunda, ni en todo el mes.

Al principio la gente hablaba de cómo habían llegado allí, de lo que estaban haciendo cuando se evacuó. Siguieron con sus rutinas de costumbre: qué es lo que había hecho uno, qué había dicho el otro. La gente hacía cábalas. Muchos pensaban que habían sido los capitalistas los que habían saboteado la central, infiltrándose en ella de alguna forma para causar el caos. Los capitalistas, aterrados ante el progreso energético de la Unión Soviética, ya no sabían qué intrigas urdir contra ella. La gente no iba mucho más allá, nadie hablaba de dónde venían ni de qué camino habían tomado sus vidas y -como Artiom tuvo ocasión de comprobar-, pasada la primera semana, simplemente dejaron de hablar.

Nadie sabía qué había sido de sus seres queridos. Un enorme manto de añoranza envolvía el edificio. Había guardias en todo el perímetro de la valla, así que era imposible pasar sin sobornar a alguno. En los primeros días, algunos dieron todo lo que tenían y caminaron hasta los hospitales y los demás albergues, pero allí tampoco consiguieron información alguna y tuvieron que volver por la comida y el refugio que se les brindaba, más pobres que antes, sin opción a marcharse hasta que se lo dijeran, si es que alguna vez se lo decían.

Se originaban peleas por el espacio. Cada centímetro de suelo era un bien preciado. Algunos intentaban correr las lindes de cartón de su parcela y, a su vuelta, los vecinos estafados se liaban a gritos y a golpes. Artiom se dio cuenta de lo ruines que pueden volverse las personas cuando están desesperadas.

Llevaban allí casi un mes cuando la madre despertó a Artiom en

mitad de la noche.

-Artiom -susurró.

Él se despertó de inmediato. No podía dormir profundamente en aquel lugar, con el cuerpo tan aprisionado y aquel rumor continuo de respiraciones, ronquidos, gemidos nocturnos y llantinas infantiles que se iban solapando para expresar sus quejas.

-¿Sí?

-Necesito que hagas una cosa.

Se sacó un paquetito de entre la ropa, un retal de lienzo suave muy bien sujeto por una cuerdita elástica. Deshizo la cuerda y aparecieron tres pepitas de oro. Artiom no podía verlos con claridad bajo una luz tan tenue, así que no se dio cuenta de que eran dientes hasta que los tocó.

Retiró la mano, espantado.

-¿De dónde los has sacado?

-Eso no importa.

-Sí que importa. ¿De dónde los has sacado?

-No los he robado.

-Bueno, pues tuyos no son. Tú no tienes ningún diente de oro -ella se calló, dejando que Artiom lo adivinara por sí mismo-. ¡Son de la abuela!

-Sí. Lo siento. Mucha gente lo hace. Antes de morir, tu abuela nos hizo prometer que no la enterraríamos con ellos.

Artiom se quedó unos minutos en silencio.

-¿Estás enfadado? -le preguntó la madre.

-No, solo que no lo sabía.

-Lo siento, Artiom.

La madre no habló hasta que vio que él estaba dispuesto a proseguir.

-Tengo que encontrar a tu padre. Las cosas se están poniendo muy mal. No podemos seguir aquí toda la vida.

-Vale.

-Es la única posesión de valor que tenemos. Tienes que sobornar a los guardias. Después, no los uses salvo que no te quede más remedio. Quiero que busques a Maxim Visariónovich, el hombre que nos trajo aquí. Se portará bien con nosotros. Mira a ver si conoce a alguien, alguna enfermera, algún funcionario del Partido, lo que sea.

-¿Y dónde puedo encontrarlo?

-Busca cubos de basura por la calle. Pregunta a los basureros con los que te cruces. Si aun así no lo encuentras, ve hacia el edificio de Lilia y espéralo en su almacén.

-Vale. ¿Sabemos su apellido?

-No, no se lo pregunté -dijo la madre sacudiendo la cabeza y lamentándose de su estupidez. Artiom, pegado a ella, podía oler su aliento agrio. Ella le tomó la cara entre sus manos.

-No gastes el oro a no ser que no te quede más remedio.

-Sí.

-Gracias, Artiuska -dijo besándolo en la frente-. Y recuerda que tienes que volver. Si tú también faltaras, no lo podría soportar.

-Me voy ya, ¿no? Maxim no tardará en salir a trabajar.

-Sí, vete ya.

Artiom sabía que su madre lo estaba mirando mientras se dirigía de puntillas a la puerta, pasando por encima de las piernas y los brazos que sobresalían hacia el pasillo.

En la puerta, cuando ya les había dado una de las piezas de oro, les preguntó a los guardias cómo se iba al centro, pero se limitaron a encogerse de hombros: no eran de allí.

Así que Artiom cruzó a pie el inmenso descampado industrial. Por primera vez estaba solo en aquella ciudad. Vio unos cuervos reunidos alrededor de una bolsa de basura y les dio una patada, anunciando su presencia; ellos alzaron el vuelo como una explosión, dispersándose según iban ganando altitud. Vio a lo lejos un montón de luces y se encaminó hacia ellas, pasando ante una fábrica textil y un desguace de automóviles. Cuando llegó a la carretera principal siguió al tráfico, deduciendo que, a esa hora de la mañana, iría hacia el centro. Anduvo una hora, el pavimento se iba estrechando, los árboles eran más grandes, había islas de hierba en medio de la carretera. Lo miró todo, quedándose con todo. Había viejas casas de piedra, con porches cubiertos también de piedra. Los edificios allí eran sólidos, habían sido construidos para durar.

Se dio cuenta de que andaba tocándolo todo. Ahora que podía verla a la luz del día, que tenía tiempo de reflexionar sobre ello, percibía desde todos sus sentidos lo distinta que era la ciudad. Hasta el cielo en la ciudad era totalmente distinto de los cielos a los que él estaba acostumbrado, aquí solo se veía algún que otro rectángulo entre los edificios. Calles amplias. Estatuas y portales cincelados. Cancelas. Las líneas pintadas en la calzada, el enorme carril verde reservado a los coches oficiales. Los bordillos. Las rejas. No es que todo aquello fuera marciano, pero era raro, muy distinto de lo que él conocía.

Su padre estaba bien, tenía que estar bien. Estaría en algún otro lugar de la ciudad, confinado en otra zona. Los estaría buscando, igual que ellos lo buscaban a él.

Finalmente, se detuvo en un cruce y vio una calle con cubos de basura atestados que ocupaban la mitad de la acera, pegados a las

casas. Artiom paró a un hombre que pasaba por allí con un largo abrigo gris, el primer botón colgando de un hilo. Le preguntó si iban a recoger la basura aquella mañana y el hombre abrió mucho los ojos, alargó un brazo, giró sobre sí mismo señalando por toda respuesta los cubos de la basura y siguió su camino.

Artiom se sentó en una parada de autobús y esperó. Cada diez minutos, más o menos, llegaba un autobús; el conductor abría la puerta para que subiera y volvía a cerrarla sacudiendo irritado la cabeza cuando Artiom le hacía señas de que siguiera. Había tantos automóviles en la calle: Moskvich, Volga, Ruso-balt, Vaze, Zaporoyet. Le fascinaban los diseños, los colores y el rugido de los motores. Era como si en aquel momento todos hubieran cobrado vida desde las páginas de los libros de texto y aceleraran para él en aquella calle. Se acercó a algunos de los coches aparcados y pasó la mano por sus contornos, pero una mujer de la hilera de casas que había enfrente le gritó que los dejara en paz.

De haber estado Yósif con él, habrían encontrado la manera de levantar el capó de algunos de ellos y habrían estado babeando contemplando los motores. Yósif era mucho más atrevido que él. Entonces recordó que Yósif había dicho que tenía una tía en la ciudad, así que seguramente estaba bien cuidado. Seguramente veía la tele por las noches y comía melocotones en almíbar directamente de la lata. Aunque tal vez no. Las cosas no siempre son como uno espera. Después de todo, él también tenía una tía en la ciudad, así que a lo mejor Yósif estaba ahora mismo diciendo lo mismo de Artiom.

Estaba hambriento. En el albergue estarían repartiendo ya el desayuno. Ahora, había tanta gente que ya no hacían colas; las milicias iban repartiendo bolsas con paquetes de alimentos en cada comida y recogían las bolsas cuando todos habían comido. Artiom esperaba que su madre pudiera apartarle algo. Por supuesto que lo haría, era su madre.

Esperó un rato y luego se acercó a uno de los cubos y metió la mano. Nada. Rebuscó en unos cuantos más. Hacia el final de la calle encontró la carcasa de un pollo, tenía pegadas unas cuantas hojas de té y de periódico, pero nada que no se pudiera retirar. Recorrió con los dedos la carcasa, extrayendo las briznas de carne que quedaban entre las costillas. Carne de verdad. Ahora que lo había probado, quería metérselo entero en la boca, masticar los huesos hasta que no quedara nada. Levantó la carcasa en alto y la fue chupando, tragándose unas cuantas hojas de té, pero disfrutando del sabor de la grasa.

-¡Oye! Lárgate de aquí.

Los recogedores de basura aparecieron a la vuelta de la esquina. Iban colgados del camión con sus brillantes chaquetas naranjas,

mirándolo severamente. Uno de ellos se apeó.

-¿Qué estás haciendo? Largo de aquí, ¡puta rata!

Artiom se limpió la grasa de los labios con la manga.

-Lo siento. Estaba esperándolos. Estoy buscando a Maxim Visariónovich, es recogedor de basura.

-Pues para mí que lo que te estás buscando es una puta disentería, no te digo…

Artiom no sabía qué era una disentería.

-Tengo que hablar con Maxim Visariónovich. ¿Lo conocen?

-No, ni me importa. Ve a escarbar a otro montón de mierda. Pero lejos.

El hombre estaba pegado a su cara, agresivo. Artiom se apartó de su camino y los hombres vaciaron los cubos en la parte trasera del camión y los volvieron a dejar en el suelo con gran estrépito. Artiom estaba fascinado. Nunca había visto un vehículo semejante. Tenía un brazo interior que espachurraba la basura y la empujaba para dentro. Se quedó de pie y los vio pasar de largo. Pero no llegaron muy lejos. El camión se paró en seco y cuando intentaron arrancarlo de nuevo el motor se limitó a hacer un ruidito sordo, fatigado. Levantaron el capó y hurgaron en el motor unos cinco minutos, con el mismo resultado. Artiom conocía ese sonido. Se dirigió hacia ellos, se acercó al motor y agarró la bobina de encendido con tanta seguridad que los hombres lo dejaron hacer. Deshizo la bobina, limpió los puntos de contacto con su camisa y luego la recolocó en su sitio y apretó las tuercas. Le hizo una seña con el pulgar al conductor, que arrancó el motor, y todos lo oyeron gemir y rechinar hasta que volvió ruidosamente a la vida.

El hombre que le había hablado sonrió de medio lado, más tranquilo.

-¿Cómo dices que se llamaba el tío ese?

-Maxim Visariónovich. No me sé su apellido. Vive cerca de la estación de autobuses.

-¿Alguien lo conoce? -preguntó el hombre a sus compañeros.

Todos negaron con la cabeza.

-Vale. Vamos a buscarte a alguien lo conozca.

Le indicó a Artiom que se sentara en la cabina, los otros volvieron a la plataforma y cada uno se agarró de su correspondiente asa. Mientras pasaban por las calles, las ramas más bajas de los árboles iban arañando el parabrisas. El conductor tenía un pomo en el volante y conducía aquel artefacto con una sola mano, raspando las esquinas, acercándose tanto a las farolas y a las paredes que Artiom estaba seguro de que iban a colisionar, hasta que daba un volantazo en la dirección adecuada y el camión giraba milagrosamente sobre su propio eje.

Salieron de la ciudad y, cinco minutos después, se desviaron por una estrecha vía lateral bordeada de árboles altos. Se detuvieron ante una barrera; el conductor enseñó fugazmente una tarjeta al hombre de la taquilla y fueron bajando una cuesta hasta llegar a una plataforma de hormigón.

Las gaviotas caían del cielo y sobrevolaban una vasta extensión sintética, un mar enteramente compuesto de objetos desechados. Bulbosas bolsas de plástico, kilómetros de cable eléctrico, cartones empapados, todo cohesionado en una masa singular y amorfa. Unos bulldozer surfeaban sobre las olas del lodazal, emergiendo indecisos entre la basura semisólida. Daban la impresión de ir a volcar en cualquier momento, pero remontaban, infatigables, para volver a hundirse inmediatamente en el piélago.

El hombre de la parte trasera del camión se dirigió a un cobertizo metálico situado a unos veinte metros. Artiom estaba sentado en silencio en la cabina, el conductor apenas si lo miraba, no por desprecio o repulsión -entendió Artiom-: simplemente era un hombre que no sentía la necesidad de conectarse, estaba a gusto sumido en sus propios pensamientos. El hombre salió del cobertizo y llamó a Artiom por señas y Artiom abrió la puerta de la cabina y el aire se le coló por la nariz, dejando una fina película en el fondo de su garganta. Nunca había olido nada igual. Se tapó la nariz con la mano respirando solo en el espacio del hueco de la palma. Al poner los pies en el suelo sus zapatos quedaron atrapados en un lodo gris de cloaca. En aquel sitio hasta caminar era un esfuerzo.

-He estado preguntando. Está al caer. Puedes esperarlo aquí.

-Gracias.

-A ti. Gracias por la ayuda.

Se dieron la mano y el hombre subió al camión. Artiom observó cómo el vehículo rodeaba uno de los montículos, retrocedía contra una pared bajita de cemento y escupía su masticado contenido. Los hombres se quedaron alrededor, compartiendo un cigarrillo y charlando, y, cuando el camión se vació, volvieron a sus puestos y subieron por el camino que los devolvía a la mañana y al aire fresco.

Artiom se quedó allí mirando, fascinado, siempre con la mano sobre la nariz, respirando por la boca lo menos posible. La tumba de todo lo que alguna vez fuera útil. Todo era de un marrón grisáceo, una visión anónima. Después de estar mirando un rato, vio con horror que había algunas personas moviéndose entre la basura, cubiertas de aquel fango que apenas se distinguía del entorno. Andaban con unos sacos a la espalda, recogían algunas cosas y las examinaban, dándoles vueltas entre las manos. Menuda vida. Levantarse todas las mañanas para escarbar en esta hondonada de tierra yerma. Nunca hubiera podido imaginar que existiera un lugar así, hecho por el hombre. Miró a

aquellas personas que vagaban errantes entre la basura y emitían un balido de placer cuando rescataban algo susceptible de venderse; que hallaban vestigios de aliento enterrados entre tanta desolación; que corrían hacia los afortunados para compartir su excitación. En las semanas siguientes, Artiom iba a rememorar con frecuencia ese momento, mientras veía a su padre devorado por la enfermedad y sangrando por todos sus poros; fue entonces cuando empezó a darse cuenta de que nunca alcanzaría a entender ni prever los derroteros de la vida, de que nunca había conocido nada más fuerte que la voluntad de una persona desesperada, que el destino es porfiado y va cumpliéndose a su aire, a despecho de los astros y la lógica.

Maxim llegó y lo felicitó, con mucha consideración, le dio de comer y lo devolvió al albergue al que él mismo regresó tres días más tarde, tras haber localizado al padre en uno de los hospitales. Maxim le dijo a la madre de Artiom que podía llevar al chico y a su hermana, y esperó a la puerta mientras se lavaban como podían y se vestían con la mejor ropa que habían traído. Cuando subieron en el coche, ella miró a sus hijos: «¿Verdad que estamos guapos?», dijo, y sonrió. Hacía un mes que Artiom no había visto a su madre sonreír. Fue una visión tan tranquilizadora y reconfortante como un fuego en una tarde de invierno.

En la entrada del hospital emplearon el último diente de oro para franquearse el paso al edificio.

Allí no había nadie. El lugar estaba envuelto en un manto de silencio. Los únicos sonidos eran los de alguna pisada en los pasillos. Resultaba desconcertante ver un edificio público tan vacío. Era un silencio estridente para sus oídos acostumbrados a la barahúnda del albergue. Sofía dijo: «Se me van a romper los oídos» y Artiom entendió lo que quería decir.

Una vez que el celador les aseguró que les llevaría hasta el padre de Artiom, Maxim se despidió deseándoles buena suerte. Dejó algo de dinero en la mano de la madre de Artiom, pero ella se negó a cogerlo. Pelearon un momento, cogiéndose de las muñecas mientras Maxim repetía: «Por favor», aunque era él el que estaba dando el dinero y, finalmente, la madre cedió. Les dejó también su número de teléfono. «Por favor. No tenéis a nadie a quién acudir. Si necesitáis ayuda, yo os ayudaré», dijo, y se marchó por la puerta. Todos le dieron las gracias, pero él las rechazó haciendo un gesto con el brazo, sin levantar la cabeza.

En el pasillo de tercer piso, el celador les presentó a la enfermera. Esta se llevó a la madre a un aparte y le habló en voz baja. Según avanzaba la conversación, Artiom vio a su madre retroceder volviendo las palmas de las manos, como si hubiera entrado en la jaula de una fiera.

Oyó que la mujer decía: «Su cerebro está comprometido».

Oyó que la mujer decía: «Su sistema nervioso está comprometido».

Sofía también lo oyó.

Artiom le preguntó a Sofía: «¿Comprometido a qué?».

Sofía no contestó.

«Comprometido.» ¿No es lo que se hace cuando se promete hacer algo? ¿Cómo va a estar comprometido un cerebro?

Entraron en la habitación y todo iba mucho mejor de lo que Artiom esperaba. Su padre estaba sentado en la cama, jugando a las cartas con algunos conocidos, algunos de sus vecinos: Yuri Polovinkin, Yenadi Karbalevich, Eduard Demenev. Parecía un sueño verlos allí sentados, como si estuvieran en casa, de tertulia de sobremesa, matando el tiempo antes de dormir.

El padre de Artiom levantó la vista y los vio entrar y Artiom se dio cuenta de que se le agrandaban los ojos y se le dilataban las pupilas. Creyó que al padre se le iban a caer las cartas de la mano, que iban a aflojársele los músculos de la sorpresa.

Él se volvió hacia los otros hombres.

-Me va a caer la bronca.

Los hombres se echaron a reír.

Los abrazó a los tres, envolviéndolos en sus brazos, apretándolos contra su cuerpo. Y, a pesar de que la enfermera les había dicho que no lo hicieran, ninguno dudó en tocarle. ¿Cómo no hacerlo? Y la madre no los regañó. Pero cuando se volvieron hacia los hombres, hubo algo raro en el ambiente, cierto recelo. No se adelantaron hacia ellos, se limitaron a saludar con un gesto de cabeza. Los hombres, por su parte, no se movieron del sitio.

El padre de Artiom llevaba un pijama que le quedaba pequeño; se le salían las piernas y los brazos, le apretaba el pecho. Parecía un niño pequeño que hubiera crecido, por arte de magia, de la noche a la mañana.

En la sala de esterilización, Grigori está de pie ante el lavabo; lleva puesto un gorro de cirujano atado con un nudo detrás de la cabeza, gafas protectoras y un collar tiroideo, y está limpiándose las uñas con un palillo desechable de plástico. Sus dedos son largos y ágiles, desproporcionadamente largos respecto a una palma corta. Cuando considera que ya ha acabado, se cepilla las manos, haciendo espuma sobre los nudillos. Lleva a cabo cinco o seis operaciones diarias y todavía echa en falta su alianza, no tiene nada que depositar en el estante de acero frente a él; la alianza está abandonada en el cajón superior de la cómoda de su mesilla, allá lejos, en su ciudad. Abre el

grifo con los codos y se aclara las manos, viendo cómo aparece la piel lisa debajo de la espuma, y vuelve al quirófano, con las manos en alto, las palmas hacia la cara, esperando a que la enfermera le ayude a ponerse los guantes y el delantal.

Su equipo ya está reunido alrededor de la camilla. Un bebé de tres semanas yace sobre la mesa de operaciones, empequeñecido por la sábana quirúrgica.

Grigori mira a la diminuta niña de ojos dulcemente cerrados y cuello apenas mayor que su muñeca. Una vida humana en su estadio más vulnerable: un recién nacido de suave aliento en frágil reposo sobre la delgada línea que separa dos abismos gemelos, la vida y la muerte. Le asalta el deseo de tocar a la criatura para darle seguridad, de dejarle sentir su mano cálida bajo el guante, pero aparta los ojos del dulce rostro de párpados temblorosos y procede a concentrarse en el corazón palpitante de la niña.

La niña tiene una cardiopatía congénita, *truncus arteriosus* -una enfermedad rara, incluso aquí-, la aorta, la coronaria y las arterias pulmonares emergen todas de una única arteria. Es una intervención complicada, de las que llevan horas. Tendrá que separar las arterias pulmonares del tronco aórtico y reparar los defectos que aparezcan y, luego, cerrar dos defectos septales ventriculares, los agujeros en la pared que separa las dos cavidades inferiores del corazón. Finalmente, tendrá que colocar un conducto entre el ventrículo derecho y las arterias pulmonares.

Solo tienen una máquina de *bypass* cardiopulmonar en la clínica -en uso permanente, dado el creciente número de cirugías que tienen que realizar- para bombear la sangre.

Coge el escalpelo y hace rotar el mango entre sus dedos, disponiéndose a la intervención. Lo hunde y corta el pequeño tórax, notando cómo se abre la piel. Sujeta con unas pinzas las costillas e inserta un fino tubo en la vena femoral para extraer la sangre del cuerpo y pasarla por la máquina que filtra, enfría, oxigena y vierte de nuevo el flujo en la arteria. A través de las lentes de aumento de la parte superior de sus gafas, puede ver el palpitante corazón de la pequeña, de un púrpura claro, llevando adelante su tarea rítmica. Es tan pequeñito, ni la mitad de su puño.

Ahora trabajan conjuntamente, otras manos contribuyen, entrando y saliendo de su campo de visión. Grigori no oye nada, ni siquiera el sonido de la máquina, ni los bisbiseos de su equipo, ni el sonido de succión del aspirador que el cirujano ayudante utiliza para limpiar la zona. Ha llegado el momento en que solo funciona guiado por la visión y el tacto. Por esa habilidad se ha ganado su reputación y sus subordinados le respetan su distancia y su mutismo. Ellos también comprenden lo exigente que es este trabajo, muchos de ellos

funcionan a base de una energía impostada, se meten cualquier cosa que les ayude a superarlo. Las pocas veces que ha entrado en la habitación que utilizan como farmacia, Grigori ha sorprendido a un auxiliar o a una enfermera en algún movimiento brusco. Nunca se le ha ocurrido hacer preguntas. Los suministros médicos son de las pocas cosas que no faltan aquí y su quirófano va como la seda. El resto no es asunto suyo.

Si el equipo necesita comunicarse con él, alzan un dedo dentro de su campo visual y, en las pocas ocasiones en que esto sucede, él levanta la vista, tomándose un momento para reubicarse, volviendo al mundo de los sonidos con la sensación de estar emergiendo de la piscina. Se interrumpe solo para beber de una pajita que sostiene una enfermera atenta a sus señas o para comunicarse con su equipo mediante frases breves y entrecortadas. Trabaja imperturbable durante la intervención, sin vacilaciones ni confianza excesiva. Tiene que sentir cómo proceder, dejar que sus pensamientos resbalen sin más por la superficie de su mente. Horas enteras en este estado de pletórica energía.

Le resbala el sudor por el surco de la columna inclinada. Hace meses que no va a nadar y eso le está pasando factura; la escoliosis vuelve a atormentarlo en las horas previas al descanso nocturno, así que muchas noches acaba tirado en el suelo de su cuarto intentando estirar la espalda, se contorsiona en diversas posturas, respirando hondo, con la esperanza de que los músculos se relajen. Siente unos espasmos punzantes subiendo por su espalda, pero lo ignora. El dolor tendrá que esperar.

Ya está terminando; cose unos parches de Gore-Tex para tapar los agujeros septales, escondiéndolos en el forro del corazón, para que se vayan desplegando a medida que el corazón crezca, si es que llega a crecer.

Cuando acaba, puede posar sus instrumentos y volver a mirarla. Tal vez viva, piensa. Tal vez no haya radioactividad deslizándose arteramente entre la alta hierba de su metabolismo. Para él, estos bebés son como destellos de luz entre tanta oscuridad, tanta esperanza extinta. Quisiera protegerlos entre sus manos, al abrigo de los vientos que todo lo permean.

Su ayudante se ocupa de cerrar y Grigori sale, echa la ropa de quirófano al cubo correspondiente y camina bajo el sol de la tarde. Ya fuera, se inclina hacia delante con las manos sobre las rodillas y aspira el aire fresco a bocanadas, liberado ahora de responsabilidades, al menos por un momento.

Y así, día tras día.

Se da cuenta de que empieza a verse a sí mismo con menos claridad según pasa el tiempo, como si fuera una foto de bordes

combados, comida por la luz.

Suspira hondo otra vez.

-¿Acaba de salir de quirófano? -es una voz de mujer. Alguna enfermera que no es capaz de reconocer.

-Sí -contesta-, estaré listo en unos minutos.

Ella le pone una mano cálida sobre el hombro. A Grigori le gustaría que la mano se desplazara hacia su coxis, a lo mejor lo aliviaba. Abre los ojos y se desenrolla con cierta dificultad. No es una enfermera. Es una mujer de cara enjuta y pómulos tan altos que tiene que mirarla a los ojos. Una extraña. Le gustaría hacer un esfuerzo, pero le vuelve la espalda, demasiado cansado para afectar cortesía.

-Quería darle las gracias.

-No hay de qué -dice él yendo hacia la puerta.

-Le encanta el perro, le ha dado más sentido a su vida.

Grigori se detiene.

-Yo pensaba que era por la operación, que estaba débil, pero lo que necesitaba era un amigo. Yo soy su madre, y no supe verlo, pero usted sí.

Él se da la vuelta, intentando rebobinar las últimas semanas.

-Su hijo… -chasquea los dedos, por ver si le viene el nombre a la cabeza.

-Artiom.

-Sí, claro. ¿Se encuentra bien?

-Muy bien. Ha vuelto a ser el de antes. Ha sido el perro, no sé cómo, pero ya no está tan enfadado.

En sus pupilas grandes y oscuras se anega la luz del día.

-Me alegro -dice Grigori vacilante-, me alegro mucho. Aunque no acabo de entenderlo. El perro necesitaba cuidados. Artiom es muy buen cuidador.

Ella sonríe ensimismada, asintiendo, y luego levanta la vista. El hombre frente a ella parece tener una especie de agotamiento nervioso, como si estuviera planeando por encima de su vida. Ella ve que no tardará en perder impulso y en hundirse en aguas profundas. Él se pasa la mano por la cara y ella se da cuenta de que él también es consciente de ello.

-Todos necesitamos un buen cuidador -le dice.

Ahora llega una enfermera, se queda de pie en el quicio de la puerta, mira el reloj sin decir nada, le da apuro llevárselo de nuevo al quirófano.

-¿Tan pronto lo necesitan?

-Lo siento.

La mujer le coge de la mano. Es una sensación tan desconocida

para Grigori. Lo de tocar es cosa suya, tantear; él es quien pellizca y pincha con sus dedos. La piel de ella tiene la consistencia de la nata batida.

-Usted entiende más de lo que cree, doctor. Usted ya sabe que la medicina no es magia. Muchos de nosotros todavía creemos que no hay nada que un tajo de su bisturí no pueda curar.

Él le da unas palmaditas en la mano y se echa para atrás.

-Me alegro de que nos hayamos conocido -dice.

-Sí.

La enfermera sujeta la puerta para dejarle pasar, él entra en el edificio y pasa ante la ventana que da al quirófano, donde yace, a la espera, otra vida joven.

En las profundidades del bosque surge de la oscuridad un alce, como una aparición de ondas musculosas. Artiom se queda inmóvil, impactado, y luego la curiosidad le puede. Se vuelve y lo sigue pausadamente, con el hatillo de leña que ha recogido colgado a la espalda. Las huellas se dibujan limpias y recientes sobre la nieve. Si tiene suerte, lo volverá a ver cuando el animal calme su miedo y descanse. Artiom procura caminar sin hacer ruido, repartiendo su peso por igual en la planta del pie. La nieve se hace más fina según va espesándose el bosque. Artiom oye un grito y se paraliza. Instintivamente piensa en una chica en peligro. Tira el hato de leña y sale corriendo sin su carga. A veinte pasos de allí ve de nuevo al alce, con la cabeza vuelta hacia las copas de los árboles, las grandes astas inclinadas hacia atrás. Es una bestia magnífica que lanza su estridente berreo, tan poco acorde con su tamaño. Un quejido lastimero, afilado. Luego se calla, levanta la cabeza y desaparece una vez más.

El padre de Artiom tardó catorce días en morirse.

Tenía la cara hinchada, y cuando, pasado el primer impacto de verle así, Artiom lo miró más de cerca, se dio cuenta de que las glándulas bajo las orejas de su padre sobresalían como dos cantos rodados pequeñitos. Cuando volvieron al día siguiente tenían ya el tamaño de un huevo. Al otro día el padre estaba solo en la habitación. Los habían puesto a todos en habitaciones individuales. Ya no podían salir al pasillo para hablar entre ellos, así que se comunicaban dando golpecitos en la pared. Raya-punto, punto-punto. Todavía recordaban el código que les enseñaron en la mili.

Artiom, Sofía y la madre se quedaban en los cuartos de las enfermeras detrás del hospital. En la primera noche que pasaron en el hospital, los celadores trataron de echarlos de la salita donde se

habían instalado para dormir. Pero vieron la férrea determinación que brillaba en los ojos de la madre de Artiom. Esa gente no se iba a mover de allí.

El apartamento de las enfermeras consistía en una habitación pequeña con una cama doble, un hornillo de gas para cocinar, una neverita en un rincón y una ducha. Además, estaban prácticamente solos en aquel edificio. Ahora las enfermeras vivían todas en el piso de abajo, los demás se habían marchado.

Unos días después ya no quedó ni una enfermera; eran los soldados los que limpiaban las camas, cambiaban las sábanas y administraban las medicinas. Artiom preguntó dónde estaban las enfermeras y le dijeron que se habían negado a hacer el trabajo. Era demasiado peligroso.

¿Cómo hay que estar de enfermo para que le dé miedo a una enfermera?

En la lengua de su padre se formaron unas lesiones negras, pequeñitas. Unos días después, todo su cuerpo se cubrió de manchas negras, del tamaño de una moneda de cinco kopeks.

A partir de ahí, a Artiom y a Sofía les prohibieron la entrada en el hospital.

Artiom fue recomponiendo lo sucedido. Su padre le había contado algunas cosas. Yuri también había hablado con él. Sofía respondía algunas veces a sus preguntas. Luego, después de que muriera el padre, su madre se abrió un poco. Ya no tenía sentido intentar protegerlo.

En Prípiat, cuando todos habían sido ya evacuados, algunos oficiales reunieron a los hombres, les dijeron que era su obligación conseguir que sus hogares volvieran a ser seguros. En sus manos estaba remediar los daños. Nadie puso objeciones, todos estaban contentos de poder ayudar.

Al padre de Artiom le destinaron a la limpieza forestal. Los otros hombres pidieron ir con él. Indicaron que estaban acostumbrados a trabajar en equipo en el koljós y consiguieron que se les autorizara.

Vivían en el bosque, en tiendas de campaña; Yuri le dijo a Artiom que les recordaba su época de partisanos durante la guerra. Pronto, el bosque entero se volvió carmesí, todas las hojas eran de un rojo brillante. Yuri recordaba al padre de Artiom decir mientras recogía unas hojas del suelo: «La madre Naturaleza sangra». Todas las hojas tenían agujeritos, como si las hubieran recorrido orugas enloquecidas. A los hombres les dieron dosímetros, pero los tiraron.

«Este trabajo o se hace o no se hace, y nosotros hemos decidido hacerlo.»

Eso es lo que dijeron.

Talaban los árboles. Los cortaban con ayuda de sierras mecánicas. Los rebanaban en rodajas de metro y medio que envolvían en celofán y quemaban bajo tierra. Por la noche bebían; les habían dicho que el vodka era bueno contra la radiación. «¡Ay, el vodka! -decían entre risas-, ¡es que vale para todo!»

Las tropas hicieron ondear la bandera sobre el reactor: dos días después del accidente la colocaron allí como símbolo de orgullo y fortaleza. Cinco días después colgaba hecha jirones, comida por el aire. Al día siguiente había una bandera nueva desplegada al viento. Una semana después, otra. Todos intentaban no mirar la bandera. La bandera causaba desconcierto.

Siguieron trabajando.

Una a una, las sierras mecánicas murieron. Nadie entendía por qué; estaban nuevecitas, pero sus mecanismos, simplemente, no respondían. Todas fueron sustituidas. Se entregó a cada hombre una sierra mecánica nueva para trabajar. También murieron. Acabaron abatiendo los árboles a hachazos y, al atardecer, bebían aún más para aliviar el dolor de sus maltrechos hombros. «Te rompe la espalda lo de cortar a mano un árbol tras otro», eso es lo que le dijo Yuri, y Artiom no lo puso en duda.

Mataban los animales que encontraban en el bosque y los asaban al espeto para comérselos. Ya disponían de provisiones, pero al cabo de una semana se cansaron de la comida enlatada. Asar la carne al espeto daba lugar a conversaciones. Pasadas unas semanas alguien comentó que no podía oler la carne que estaba asándose y los demás se percataron de que ellos tampoco podían olerla. Aquella noche nadie durmió tranquilo.

El bosque se puso de color naranja y se dijeron unos a otros: «¿Será que la sangre de la madre Naturaleza está haciendo costra?».

Un día se dieron cuenta de que las cuerdas de la tienda procedían de unos montones que había cerca del reactor. Decidieron abandonarlas, pero después de tres días durmiendo al raso, volvieron a ellas. Yuri dijo que él había dicho de broma: «Mejor morir de radiación que de pulmonía», pero nadie se rio. Todos habían dejado de reírse pasadas las primeras semanas, cuando se estropearon las sierras mecánicas de la segunda tanda.

Una noche llovió y, a la mañana siguiente, el agua de los charcos era amarilla y verde y espesa como el mercurio.

A su alrededor, los soldados y otros hombres como ellos iban enterrándolo todo. A Yenadi Karbalevich se le ocurrió un eslogan: «¡Contra el átomo, lucha con la pala!». Se lo repetían de vez en cuando para animarse. Lo decían irónica y amargamente, pero

también como desafío: ya podía la naturaleza luchar contra ellos, todos tenían un hacha.

El padre de Artiom le contó que había pensado en él en aquellos días. Por todas partes había gorriones muertos en el suelo. No podías evitar pisarlos, le dijo. Estaban cubiertos por hojas otoñales, aunque todavía estaban en el mes de mayo. Cuando sentía los cuerpecitos bajo sus pies, recordaba aquella mañana que salieron a cazar. Rogaba porque Artiom estuviera a salvo en algún sitio, en algún lugar limpio, no tocado por aquella perversión de la naturaleza.

Artiom no llegó a ver a su padre cuando los tumores hicieron metástasis no solo en el interior de su cuerpo, sino reptando por el exterior, aferrados a su rostro, trepando por sus rasgos como hiedra venenosa. No llegó a verlo cuando producía, treinta veces al día, unas deposiciones principalmente compuestas de sangre y mucosidades. Cuando empezó a cuarteársele la piel de los brazos y las piernas. Cuando todas las tardes las sábanas estaban empapadas en sangre y la madre de Artiom les daba a los soldados indicaciones de cómo moverlo y se aseguraba de que su marido tuviera todas las noches una cama limpia.

Artiom se quedaba con Sofía en los cuartos de las enfermeras y merodeaba por la ciudad en busca de alimentos frescos, que pagaban con los rublos de Maxim, para hacer una sopa que su madre tragaba cuando volvía para dormir unas pocas horas. Volvía para dormir y tumbarse junto a sus hijos, haciendo como si al padre no le pasara nada, como si solo descansara.

Hacia el final, ella ya no podía tumbarse. No, cuando a él se le cayó la lengua. No, cuando tuvo que poner un barreño al lado de la cama para recoger los regueros de sangre que manaban de cualquier punto del cuerpo. No, cuando al toser escupía pedazos de sus pulmones o de su hígado, ahogándose con sus propias vísceras. Ella nunca les diría que lo había mirado y que vio cómo le gritaba como desde el fondo de un larguísimo pasillo. Con los ojos velados de dolor, como un bebé incapaz de expresar lo que necesita, de hacerse entender. Ella no podía tumbarse ni enfrentarse a sus hijos, así que se quedó a su lado, durmiendo en la silla junto a él, incapaz de tocarlo porque hubiera sido aún más doloroso. Sus hijos le daban la sopa al celador del mostrador de recepción, que la dejaba en una mesa a la entrada de la sala. Ellos nunca pidieron ver a su padre. Ahora pertenecía por entero a la madre.

En el claro, Artiom espera a que el aire vuelva a detenerse, las hojas vibran al retumbar de los cascos. A su alrededor, las matas están moteadas de rojo. Bayas *kalina*.

En aquellas noches junto a la radio, cuando la música callaba y

ellos miraban las sombras de las velas envolver los platos y las cazuelas, su padre les contaba historias. En una de las más habituales, los muertos y los vivos se conectaban a través de puentes hechos de madera de *kalina*. Pasaban sin dificultad de un lado a otro y, tan fácil era, que después de algún tiempo ya no podían distinguir en cuál de los dos reinos estaban.

Partículas arrastradas por el aire. Bajo todo lo que ve, lo que huele y lo que oye. Copos de nieve celosos del secreto de sus estrellados patrones. Animales cuyos corazones palpitan tenuemente, a un ritmo casi imperceptible, acurrucados bajo tierra a la espera del final del invierno. Su padre está ahí: una sombra danzante disuelta en la vida a su alrededor. Él habita las células de esas cosas igual que la radiación, los átomos desplazados, habitaba sus propias células vivas, cambiándolo.

Podría escuchar los cuentos de su padre, beberse el vaso de leche y descansar como un ternero enfermo entre sus brazos.

Un zumbido perfora el espacio. En este preciso instante, al mirar la Plaza Roja, se ve a unas cuantas personas que vuelven las cabezas a la vez, levantando la vista hacia el lugar de donde procede el ruido. Una avioneta blanca, extraordinaria aparición, se abre paso con determinación entre las nubes. La pequeña oleada de atención, la gente señalándola y mirándose unos a otros, la expectación creciente a medida que el sonido va ganando en claridad y acercándose. La avioneta se escora y planea hacia la catedral de San Basilio, parece una mosca en contraste con la magnitud de las famosas cúpulas bulbosas. Todo el mundo tiene la vista fija en el mismo punto. Se alzan manos, todas apuntan hacia la aparición, siguiendo su trayectoria; la avioneta recorre la pista señalada por los dedos como si estuvieran guiándola en su descenso, rendida la autonomía de la pequeña nave a la voluntad del colectivo. El aparato da otra vuelta más, a menor altitud ahora, y el zumbido de la propulsión lo domina todo mientras baja en picado. Los que están más cerca pueden oír el breve chirrido del tren de aterrizaje y un traqueteo de ruedas sobre los adoquines a lo largo de Vasilievski Spusk; la avioneta salta y bota mientras rueda en paralelo a los muros del Kremlin y desemboca en la explanada de la Plaza Roja. La multitud se abalanza hacia ella, esperando que emerja la contundente figura del presidente Gorbachov descendiendo de lo alto y aterrizando frente a su despacho, pero dentro de la avioneta solo hay un piloto solitario, un joven de pelo oscuro, alto y huesudo, que lleva gafas de sol y un traje de aviador rojo.

La gente lo rodea, curiosa. Los turistas blanden cuadernos, pidiendo un autógrafo. Otros le ponen en la mano un poco de pan y él lo mastica de medio lado mientras coge los bolígrafos sin demasiado interés y va firmando. Mathias Rust. Bajado del cielo con un plan de veinte páginas para acabar con la Guerra Fría..

El autobús se detiene en la calle Arbat; Margarita, la mujer de Vasili, se apea, da dos pasos y siente que alguien le pone la mano sobre los riñones. Se vuelve de inmediato, dispuesta a golpear, pero se detiene, impactada.

-Ven conmigo.

María la lleva por la avenida atestada de vendedores que ofrecen frutos secos y especias, el aroma flota en el aire como una mixtura compleja. Dan varias vueltas a la derecha y a la izquierda, abriéndose paso entre la multitud, y acaban en el café Molodjosh en Gorki Ulitsa. Es sábado por la tarde, así que hay una banda de jazz tocando. Se sientan una al lado de otra, al fondo de la sala, en la oscuridad.

-Lo siento -dice María-. Llamé a tu apartamento esta mañana, pero había un Volga blanco aparcado fuera, con buena vista sobre tu ventana. No estaba segura de que te hubieras dado cuenta.

-No te preocupes, me he dado cuenta -Margarita repite las palabras, esta vez las dice con disgusto, cargadas de resentimiento-: me he dado cuenta.

María espera a que prosiga.

-No sé por qué razón han decidido instalarse a mi puerta. Eso es lo peor de todo. Si pudiera hacer algo o dejar de hacer algo, sería mucho más fácil. Habría algún tipo de solución. Pero no es así. Llevo semanas sin dormir, pensando en todas las posibilidades. Estoy enferma de miedo. ¿Qué iban a hacer las niñas sin mí?

El camarero trae agua y sendas copas de coñac.

-Lo siento -dice María-. No quería ponerte las cosas más difíciles. Pensé que lo único que podía hacer era seguirte. No sé absolutamente nada. Necesito que alguien me diga algo. En el hospital no me van a ayudar. No sé a quién más puedo dirigirme.

-Pareces tan cansada como yo -dice Margarita-. ¿Cuánto hace que no sabes de él?

-No he sabido nada de él. Me enteré hace solo una semana, por el portero de su casa. Cuando pienso por todo lo que ha debido pasar. Y yo ni siquiera le dije adiós, aunque tampoco es que decirle adiós le pudiera valer de nada…

-Yo tampoco tuve apenas tiempo de despedirme. Fue todo tan rápido. Estaba con nosotras, en casa, y, de pronto, ya no estaba. Sin previo aviso. Yo no pensé que fuera tan grave.

-¿Y él?

-Sí, aunque no lo dio a entender. Pero, si me paro a pensarlo, creo que sí, por cómo jugó con las niñas, levantándolas, haciéndoles dar volteretas. Cosas que no había hecho desde que eran mucho más pequeñas. Sentía que necesitaba tocarlas. Tenía que haberme dado cuenta. Pero siempre encontramos la forma de negar lo que salta a la vista, ¿verdad?

María asiente. Margarita mira el reloj.

-No me puedo quedar mucho rato. Vine al centro para relajarme un poco, para dejarlo todo atrás un par de horas. Pero ahora que estoy aquí, siento que debería estar ya de vuelta. No quiero que se pregunten dónde estoy.

-¿Las niñas?

-No, las niñas saben dónde estoy. Me refiero a los de la vigilancia. Ni siquiera sé cuántos son, puede que unos cuatro, haciendo turnos. Cuando pienso en ellos y en los informes que rellenan… ¿Cómo puedes levantarte por las mañanas para hacer un trabajo así?

-Les gusta.

-Por supuesto que sí. Mi Sasha los saluda con la mano cuando se va al colegio. Y ellos le devuelven el saludo, sonrientes, con total descaro. Le he dicho que son amigos de Vasili, que lo echan de menos tanto como ella. Le he dicho que se disgustarían mucho si se le ocurriera hablarles de su padre, que se echarían a llorar. No sé si se lo cree o si hace como si se lo creyera. Ya me cuesta trabajo distinguir ese tipo de cosas. Nunca pregunta por su padre. Tal vez sepa que no voy a contarle nada. Pero también es posible que sepa más de lo que yo misma sé. No me ha hecho una sola pregunta en los últimos dos o tres meses. Como si viviéramos en unas circunstancias perfectamente normales.

-¿Has hablado con él?

-Por decirlo de alguna manera. Está casi irreconocible. Con esa forma mecánica de hablarme que tiene ahora. Ya sé que lo hace para darme a entender que no me oculta cosas adrede, para recordarme que nos están escuchando, pero es como mantener una conversación con tus recuerdos, no con tu marido. Solo hacia el final, cuando hablamos de cómo me ha ido el día, cuando me pregunta por las niñas al despedirse, siento cierta calidez en su voz. Solo en ese momento me llega verdaderamente algo de él por el teléfono.

-¿Así que tú tampoco sabes nada?

-Nada más que lo que dicen por la televisión. «No tienes por qué preocuparte», me dice, «estamos haciendo muchos progresos», me dice. «Los hombres están muy entregados», me dice. Así que, claro, me preocupo.

-Eso hacemos.

-Eso hacemos. Hace años que ya no estáis juntos, pero, te preocupa, claro. ¿Cómo no vas a preocuparte?

-¿Ha mencionado a Grigori?

-No. Le he preguntado por él varias veces. Pero siempre me dice que tiene que marcharse a una reunión. Es obvio que dice eso cuando sale un tema del que no puede hablar. Le he preguntado que por qué tienen reuniones por la noche, ¿cómo es que no se organizan la jornada un poco mejor? Ni siquiera se ríe.

María se pasa los dedos por la frente.

Margarita sigue hablando:

-No me gusta cómo suena eso. Ni siquiera puede hablar sobre su amigo, su compañero.

-No le des más importancia, aunque puede que la tenga, no lo sé. No puede contarme casi nada, créeme. Solo me habla de cosas sin ningún interés. Si pudiera contarlo, al menos yo tendría la impresión de estarle ayudando, de servirle de desahogo.

-Oye tu voz. Seguro que eso le ayuda más de lo que tú crees.

-Al menos se tienen el uno al otro para pasar lo que deben estar pasando.

-No podemos ni imaginárnoslo.

-Tú, seguramente. Has salido, has estado en el campo. A mí casi se me había olvidado hasta cómo es la calle Arbat -dice Margarita mirando a su alrededor-. Debe de hacer seis meses que no vengo por aquí. En mi propia ciudad.

Un trompetista se arranca con un solo y las dos esperan a que acabe. Margarita se tapa los oídos con las manos ante la mirada despectiva de unos cuantos asistentes. El piano toma el relevo y el trompetista aparta sus labios del instrumento, le mete dentro un pico de la camisa, lo retuerce y limpia de saliva el cuerpo del instrumento, aprovechando el tiempo. Espera a que sea su turno de nuevo, como un escolar que levanta la mano, deseoso de demostrar sus capacidades. Cuando acaba, se produce una salva de aplausos y María vuelve a inclinarse sobre Margarita.

-Estoy yendo al hospital todos los días. Me hacen ir de una mesa a otra, para nada.

-Del hospital ni me hables. A Vasili no le han pagado desde hace meses. Se niegan a ocuparse del tema; al parecer, no es asunto suyo. Les llevé a Sasha para que la vieran, le levanté la camiseta y les enseñé las costillas de la niña. Pensé que tal vez culpabilizándolos conseguiría que hicieran algo. Pero no, la mujer ni se inmutó. Ahora me dicen que me dirija directamente al ministro. Con todo el papeleo, formularios rosas, azules, amarillos. Y siguen sin pagar. Se lo cuento a Vasili cuando hablamos; dice que ha hecho llamadas, que le ha pedido

a alguna persona influyente que hable con el ministro. Dice que están abrumados de trabajo administrativo. Que tienen muchas cosas de las que ocuparse, dice.

-Y entretanto…

-Exacto, entretanto…

Algunas parejas se levantan a bailar y las dos mujeres las miran girar y deslizarse.

Ahora Margarita habla en voz baja, sin levantar los ojos del suelo.

-Vera tuvo un dolor de cabeza la otra noche, así que la mandé a la cama pronto. Tal vez sea por la preocupación, ¿quién sabe? No quiero ni pensar en ello. ¿Te acuerdas de Vera?

-Por supuesto.

-Bueno, pues durmió toda la noche y, por la mañana, no le dio tiempo de hacer sus deberes. Así que le di una nota. Vera es una niña muy buena, no quería tener problemas, ya está pensando en la universidad, quiere ser de los de bata blanca como su padre.

Una mujer vestida de gris descansa la cabeza sobre el pecho de su marido, cierra los ojos, le acaricia la espalda con la mano mientras bailan.

-Volvió a casa tiritando. Me pregunté si tendría fiebre, pero no tenía temperatura. Finalmente conseguí que me lo dijera. Dos hombres la habrían parado cuando volvía de la escuela y le habían preguntado por la nota. No entiendo ni cómo pudieron enterarse de que ella tenía una nota.

-Puede que la leyera en la calle.

-Eso le pregunté, pero no. Está segura de ello y yo la creo. Es suficientemente lista para no llamar la atención. Pero ellos la pararon, diciéndole que estaban ahí y que, si había otras notas, querían verlas.

-Con lo pequeña que es todavía.

-Y yo me pregunto…

-Tiene que haberse asustado.

-Me pregunto: si Vasili está haciendo su trabajo, ¿por qué nos vigilan y nos escuchan, por qué le niegan a su familia una comida decente? Quiero decir, ¿esto es lo que consigues siendo un buen ciudadano? Quiero decir, ¿qué amenaza podemos representar para ellos? Es que no entiendo por qué les parecemos dignos de tanta atención.

Margarita sacude la cabeza y vuelve a mirar el reloj.

-Tengo un poco de dinero ahorrado -dice María-, no es gran cosa, pero quiero dártelo.

-Por supuesto que no puedo aceptarlo. Tú tienes tus problemas.

-Grigori estaría de acuerdo con ello.

-Ya no tienes ninguna responsabilidad respecto a nosotros.

-Sí la tengo. Ahora somos responsables una de otra.

Margarita se agarra al respaldo de la silla cerrando los ojos.

-Apareces de pronto de la nada con eso. No te haces cargo de lo que dices.

Tras un momento, María se levanta y le dice:

-Por favor, no es nada. Lo hago por mí. Si no puedo ayudar a Grigori, por lo menos puedo ayudarte a ti.

Margarita también se levanta, la coge de la mano y le da un beso en la mejilla.

-Ten cuidado.

-Lo intentaré; tú también. Estamos en contacto.

-Trataré de mandar un mensaje, haciéndole saber a Grigori que piensas en él.

María no sabe qué hacer con las manos. Se las pone sobre la cara, sobre la frente y, luego, las retira. Es ella la que ha pronunciado su nombre.

-Gracias. No quería pedírtelo. Bastantes problemas tienes. Sí, gracias.

-Ten cuidado, lo digo en serio.

-Sí, claro, por supuesto.

Salen cada una por su lado y pasan el resto del día mirando a su alrededor, escrutando cada uno de los rostros que encuentran.

Yevgueni está volviendo del ensayo y lo hace atravesando los descampados. Todo lo que hay aquí es de baratillo, lo que no está roto o estropeado es simplemente feo.

Carcasas de asientos de coches, un carrito con una rueda, unos altavoces viejos con los diafragmas cónicos arrancados, unos colchones con los muelles fuera, cajas de plástico… y los únicos coches que se ven son caparazones quemados sin puertas ni ruedas ni piezas de ningún tipo, meros esqueletos carbonizados.

No hay actividad popular que no encuentre aquí su espacio. Juegos con armas de fuego y juegos de cartas, peleas de hombres y peleas de perros.

Más que atravesarlo, lo que hace es rodearlo, costeando su perímetro, bordeando sus peligros, porque le gusta asomarse, siempre hay algo que mirar. Aquí, los días no se componen de las cosas habituales. Nada de deberes, ni cena, ni colada, ni zapatos que lustrar, ni retratos de Lenin. Aquí rigen otras reglas. Para empezar, se puede escupir en el suelo. Además, se puede uno meter las manos en los pantalones. Siempre hay tíos hablando en corrillos, con los cinturones caídos sobre las caderas y una mano puesta sobre la frente, tíos con cicatrices y con la cabeza afeitada. Aquí se anda con parsimonia, con los pies a rastras, raspando la suela contra el cemento. Yevgueni no hace eso. Es un crío. No tiene la experiencia necesaria para manejar la situación. Habrá cosas de las que no se entere, pero esto lo tiene claro.

Si miras mucho, con un poco de suerte hasta puedes ver una escena de sexo, del propio acto. Dos chicos de su clase vieron una vez a una pareja haciéndoselo contra la valla, con los pantalones por los tobillos. Yevgueni no acaba de entender por qué no se los quitaron del todo, pero eso es otro elemento del gran secreto del que todo el mundo habla pero, en realidad, nadie entiende. Pero la validez de semejantes afirmaciones está fuera de duda porque todos los que han pasado por ahí -y todos los que aseguran haberlo hecho- han visto por el suelo los condones encogidos bajo la luz del atardecer, globitos deshinchados que, si te fijas mucho o te acercas lo suficiente, en la punta colgona tienen lefa, y, cuidadito con inspeccionarlos, porque lo que se hace es tirar de la goma y darle con ella en la cara al otro, y también se dice que algunos se han vuelto a casa con el pelo pringado. Dicen de broma que así no te quedas calvo nunca. Así que la perspectiva de ver a un hombre y una mujer haciéndolo intriga y

perturba a Yevgueni a partes iguales, porque este lugar tiene el atractivo de este tipo de posibilidades, pero también es consciente de que si presenciara algo así saldría corriendo horrorizado hasta llegar a casa.

No ha venido aquí para ver sexo. En realidad, no ha venido para ver nada en concreto. Lo único que quiere es estar solo, fuera del alcance de los vecinos y de los espías de su madre. Quiere estar en un lugar donde nadie vigile.

Ya solo queda un mes para el recital. Le han pedido que toque la «Tarantella» de Prokofiev, de su *Música para niños*. Música popular. Una cancioncilla de niños. Qué mono.

Le han explicado cómo será la velada. Yákov Sidorenko tocará las tres primeras sonatas para piano. Luego seguirá Yevgueni con la «Tarantella». La «Tarantella» es para niños mimados, de esos que sacan los padres a tocar cuando hay invitados. Mire lo bien que toca mi Leonid o mi Yasha. Se lo ha dicho a su tía, pero ella le contestó que no tenía elección. Lo había decidido su jefe y tenía que hacerlo. Yevgueni, sin embargo, se dio cuenta de que a ella también le disgustaba. La voz de su tía baja de pronto hacia el final de las frases cuando se siente culpable. Yákov Sidorenko no va a respetarlo si se limita a tocar una canción de niños. Yakov Sidorenko conoce la música. Yevgueni fue a verlo el año pasado con su tía, tocó una sonata de Liszt en el Auditorio Chaikovski. Sidorenko andaba de puntillas entre las notas, luego se echaba para atrás y tocaba como si estuviera colgado de ellas, como si la música fuera un tren que pudiera descarrilar en cualquier momento, hasta que, al final, hundió el teclado, la música se acurrucó en una esquina, dio sus últimos estertores y expiró alrededor de todos ellos.

Y quieren que él toque una cancioncilla frente a ese hombre.

Hay mesas encajadas unas sobre otras, formando grandes pirámides, y carritos con las ruedas colgando al aire, que se mueven alegremente cuando sopla el viento. Entre el cemento crece la hierba, en manchas diseminadas por todo el perímetro, y también hay una cesta de baloncesto clavada a la pared por la que entran todo tipo de cosas menos una pelota de baloncesto: botellas, periódicos, latas, piedras…, todo el mundo siente en algún momento la necesidad de medirse y aceptar el desafío del aro.

Yevgueni camina y mira; no se para y trata de no mirar de la forma en que está mirando.

Un grupo de chicos con chupas de cuero falso están asando patatas sobre una fogata en un bidón. Aquí siempre hay alguna fogata ardiendo en un bidón de gasolina. Alrededor de ella hay unos cuantos chicos mayores del colegio, los que no van a clase pero andan a zancadas en el patio o fuman a escondidas en los baños. Uno de ellos,

Yákov, toca en un grupo de rock, dicen; debe de tener dieciséis o diecisiete años y saber muchísimas cosas que Yevgueni no alcanza a expresar ni a figurarse siquiera.

El barril tiene agujeros quemados en los lados por los que de vez en cuando saltan chispas, pero ellos nunca se retiran, ni siquiera cuando una de las chispas les cae en la chaqueta. Se limitan a sacudirla negligentemente con la palma de la mano.

Yákov levanta la cabeza y avista a Yevgueni, que se ha parado y se ha quedado mirándolos fijamente; le da una palmada a su amigo en el brazo y le hace señas a Yevgueni, y Yevgueni baja la cabeza y sigue andando, aunque probablemente lo hayan visto -ni que decir tiene que sí-, pero lo mismo hay suerte y lo dejan irse. En realidad no era su intención convertirse en el centro de atención. Oye un silbido, agudo y penetrante, que hace eco en los edificios circundantes. No hay manera de evitarlo, un silbido significa que se han dado cuenta de tu presencia, lo último que se te puede ocurrir es echar a correr. Él es capaz de emitir entre sus separados dientes delanteros un silbido aflautado, pero ese, que es como el ulular de una sirena militar, es de los de meterse los dedos bajo la lengua. Cómo son capaces de hacerlo, está más allá de su entendimiento. Tantas horas tamborileando arpegios de una punta a otra del teclado y sigue siendo incapaz de hacer el único sonido que de verdad importa. Ya podía habérselo enseñado el señor Leibniz.

Levanta los ojos para mirar a Yákov, mira a un lado y a otro y se señala con el dedo, «¿es a mí?», una táctica absurda, Yevgueni lo sabe y Yákov también, pero algo tenía que hacer, no podía reconocer sin más que lo estaba ignorando descaradamente.

La única forma de salir del paso es mostrar la más abyecta de las deferencias.

Yákov le llama por gestos de nuevo y todos se vuelven a mirarlo, todas son miradas torvas, todas gruñen y él corre hacia ellas, agitando los brazos, apretados por las correas de la mochila escolar, así que, en realidad, solo puede mover bien los antebrazos arriba y abajo, lo que ya sabe él que le da un aspecto ridículo, pero mejor eso que hacerles esperar.

Yákov le echa el brazo sobre los hombros y le hace inclinarse, pasándole los nudillos por la cabeza.

-Este es el chico.

-¿Qué chico?

Quita el brazo con el que estaba aprisionando la cabeza de Yevgueni y la levanta, para enseñarlo a todos. La cara de Yevgueni tiene ahora el color de la hoguera, resultado de la carrera, la vergüenza y el achuchón, todo ello sumado al miedo.

-El chico de gimnasia.

-¿El de gimnasia? ¿Qué gimnasia? ¿Es que hace volteretas sobre los autobuses en marcha?

-Con esos musculitos de risa, habrá que ver la puta gimnasia. ¿Tiene superpoderes o algo así?

-A ver, chaval, haznos el pino con una mano en ese barril.

Se levanta de inmediato una ola de risitas.

Los chicos son mayores que Yákov. Hasta Yevgueni se da cuenta de que Yákov no está cómodo con ellos. Ensartan las patatas en radios de bici, las cogen por el extremo de la varilla y dan vueltas despacito a las patatas sobre las llamas, sacándolas de vez en cuando para inspeccionarlas o para soplar sobre las brasas como si las encendieran ellos con su aliento. Yevgueni puede oler la gasolina quemada, el metal y la goma o lo que sea que estén utilizando como combustible y un imperceptible matiz a piel de patata crujiente sobrevolando la pestilencia.

-¿Cuántas veces voy a tener que contároslo? Agarrado a la cuerda de gimnasia, con la polla colgando al aire y Sujanov debajo, a punto de reventarle la vena gorda que le sale a un lado de la frente, del cabreo que tenía.

El círculo se ilumina, levantan las varillas en vertical para poder volverse a mirarlo.

-Ah, así que eras tú.

Unas cuantas collejas, pero amistosas, de las de muñeca floja.

-Ese Sujanov me hacía sudar sangre, el muy hijoputa.

-Sujanov sería capaz de hacer sangrar a su propia madre.

-Tres horas seguidas, me han dicho -dice Yákov.

Yevgueni sabe que no es posible que estuviera en la cuerda más de cinco minutos, pero deja que la historia vaya por sus propios derroteros, les deja adornarla a placer: ahora, la historia ya no es suya, sino de ellos. Él mira hacia el suelo y sonríe. No hay que sonreír de frente a ellos. Sé respetuoso. No te muevas de tu sitio. Serás un héroe mientras no te des por enterado.

-Eh, chaval, esa está hecha. Cógela.

Le tiran una patata, con un rápido revés que la lanza por los aires con una pirueta. Yevgueni la recoge entre las manos y se la pasa de una a otra, golpeando y soplando, está demasiado caliente para cogerla.

Yákov le guiña un ojo y le hace un gesto de lado con la cabeza: se acabó la fiesta, es hora de largarse.

Yevgueni se marcha, soplando la patata, arrastrando las suelas por el pavimento, porque lo ha hecho bien, ha sabido cerrar la boca, portarse como si fuera uno con el tío.

-¡Puto Sujanov! Como se pase por aquí, le voy a enseñar a hacer el puto pino con una mano.

Pável la llama y la invita a una fiesta y María se encuentra de pie en una antigua panadería con ventanas de marco de hierro divididas en cuarterones de vidrio escarchado por los que entra la noche como un lustroso brazo de mar. Sobre su cabeza, en las repisas y las estanterías, bailan las llamitas de decenas de velas colocadas en platos craquelados, haciendo correr sombras sobre las paredes, esculpiendo la oscuridad de un techo alto de madera.

Ha llegado pronto y se maldice porque no quiere parecer excesivamente ansiosa; lleva un vestido de Alina -nada espectacular, un vestidito de algodón negro con un chal de fieltro oscuro-, pero parece que hubiera nacido en otra época distinta a la de la gente que pulula por la habitación -vaqueros rotos y chaquetas de *denim*-; el taconeo de sus pisadas resuena en las conversaciones y está nerviosa por si se resbala en el suelo de baldosas. Cuando por fin llegan los otros, se le pasa y, tras alguna conversación escalonada y un aluvión de cumplidos, María se relaja. Ella es como es y no se siente en una situación especialmente extraña por no ir vestida como todo el mundo.

Uno de los antiguos hornos todavía funciona, está encendido y con la puerta abierta para calentar el espacio, y todo el mundo se reúne al otro lado de la habitación para evitar el calor de las llamas, así que se apiñan unos contra otros y charlan relajadamente, despojándose de capas de reserva; las conversaciones se vuelven menos entrecortadas y fluyen con soltura las palabras, las historias, los rasgos de ingenio y, en muchos rostros, los gestos de atenta consideración.

Todo el mundo habla del piloto. La ciudad entera habla del piloto.

Los hechos son conocidos. Tiene diecinueve años. Es de Alemania Occidental. Llevaba un traje de aviador rojo. Eso es lo que dicen las noticias. No puede ser de otra manera: la mitad de la ciudad lo ha visto aterrizar. Alemania Occidental ya está pidiendo clemencia.

Están de pie y hablan. La conversación gira en torno a que el comandante de las fuerzas aéreas no se atrevió a derribarlo: tres años antes habían abatido el avión de pasajeros coreanos que violó el espacio aéreo soviético. Pensaron que era un avión espía. Fue un bochorno internacional de impresionante magnitud.

En suma, la charla gira en torno a que nadie estaba preparado para dar la orden.

Unos cuantos dicen que el piloto es un emisario genuino, que manda Occidente, una especie de Mesías moderno. Ya están riéndose de ellos.

El comunicado oficial es que el radar moscovita estaba fuera de servicio por una operación de mantenimiento rutinaria.

María se pregunta dónde demonios andará Pável. Habla con un chico alto y delgado que lleva un jersey con agujeros donde tenían que ir los hombros. Es un botánico, de veintitantos años, con ojos hundidos y que habla sin esperar respuesta, y María da sorbitos a su vodka, medio interesada, tratando de no mirar hacia la puerta.

«Lo confundimos con un globo meteorológico.»

En un rincón, unas cuantas personas en círculo hacen una representación de los generales preparando sus excusas para Gorbachov.

«Había una nube baja, impenetrable.»

Cada una de ellas suscita un coro de risas y María sonríe con gesto irónico. La entonación que ponen es perfecta: farfullan las palabras hablando como neandertales y un par de ellos imita a los gorilas, mordiéndose los nudillos, con la muñecas dobladas, rascándose uno a otro, con los codos en ángulos improbables.

«Su patrón de vuelo era una réplica del de los gansos en vuelo rasante.»

Las carcajadas se renuevan en cada interpretación.

En el sótano de su bloque de apartamentos hay una caja almacenada junto a las pertenencias del marido de Alina. Cartas, fotos, la factura de un restaurante, entradas de cine: todos los desechos de su matrimonio de los que no ha sido capaz de deshacerse. Es demasiado difícil, demasiado siniestro, pensar en dónde puede andar Grigori; le faltan referencias, un paisaje donde imaginárselo. Y no le ha dicho a Alina lo que sabe. Su hermana le contestaría con su espíritu práctico, le diría llanamente que se está cargando de preocupaciones innecesarias, intentaría tranquilizarla con todas esas pamplinas que cuentan las noticias. Así que, en vez de obsesionarse con hipótesis varias, ella piensa en la caja, llenándola de todas las palabras jamás pronunciadas, las que aún están por decirse entre ellos.

Un hombre con capa llega con una bolsa grande hasta el grupo de los vítores irónicos. Unos cuantos lo rodean y lo ayudan a desembalar y empiezan a unir las piezas metálicas hasta que María se da cuenta de que lo que llevaba era un proyector cinematográfico; el hombre muestra a la concurrencia el rollo como si fuera una botella de vino bueno suscitando un rumor de aprobación, y a María no le hace gracia que Pável no mencionara en ningún momento que el punto álgido de la velada fuera la proyección de una película y, además, ¿dónde demonios estará? Una hora de retraso es demasiado, incluso para él.

La película es *Solaris*, de Tarkovski. Se sientan sobre lo que encuentran a mano, apoyándose contra la larga pared, y el botánico se las arregla para situarse junto a ella, pero es demasiado tímido para no dejar las manos quietas y María no prevé ningún problema. Tienen que proyectar sobre los hornos y por eso la imagen aparece alargada como si las figuras en la película estuvieran en una sala de espejos deformantes. A María ese aspecto no le incomoda, le gusta la forma en que las bocas y las narices se estiran y se acercan, le hace pensar lo extraña que es la configuración del rostro humano, lo asombrosa que resulta su regularidad, tantos miles de millones de seres tan parecidos unos a otros.

Paran el rollo y se oyen unos ruidos confusos y agudos; el hombre de la capa negra anuncia que los altavoces se han estropeado y que no habrá sonido, y se oyen pitadas y abucheos entre el público que está empezando a imbuirse del espíritu de la multitud, pero María se da cuenta de que, en realidad, a nadie le importa, probablemente ya la hayan visto y conozcan el tema, y la ausencia de sonido de alguna forma realza las estiradas imágenes, las hace más curiosas, mientras sigue saliendo calor del horno y el tono industrial del sonido que produce resulta extrañamente adecuado a las imágenes. Ven a gente que habla sin sonido y María se descubre a sí misma considerando los movimientos de los labios y de la lengua, y no puede negarse que aportan cierto sesgo erótico al espectáculo.

Pasan las escenas y nadie se mueve, todos parecen tan absortos en el espectáculo como ella misma. María mira a su alrededor y ve al grupo hacinado bajo la luz azul que centellea y se oscurece cuando la cámara cambia de punto de vista. No parecen tantos ahora que los ve a todos juntos, son solo un pequeño equipaje de almas a la deriva, todos deseosos de alcanzar algo sólido y que merezca la pena, y le asalta la idea de que si el fuego consumiera el edificio y se quedaran allí atrapados, ¿se enteraría alguien? Todos los que están aquí han dicho que estaban en otro sitio.

La película, tal como la recuerda, es un intenso drama psicológico en una estación espacial, pero vista en estas condiciones levanta en la pequeña audiencia olas de hilaridad. Los endebles y angostos túneles espaciales, la claustrofobia y el intenso deseo de intimidad, las ilusiones tranquilizadoras a las que se aferran los personajes, el enorme y ominoso planeta que allí fuera lo controla todo, todo ello es tan cercano que no les queda más remedio que asimilarlo entre risitas a su propia experiencia. Solo con quitar el sonido la alegoría política deviene en sátira.

María se deja llevar por el movimiento y el ritmo de la cámara. Es la primera vez que le ocurre, normalmente la cautiva en exceso la narrativa, pero ahora está atenta al estilo de montaje, a la duración de

los planos, y mira fuera de cuadro; en vez de ver lo que el director ha querido mostrar, se fija en una lámpara de mesa o en un pasamanos borroso: los objetos nebulosos y desenfocados de la periferia también detentan su propio poder de fascinación. Mirar esto es como leer un libro ilustrado infantil; no hay palabras a las que haya que prestar atención, solo el lenguaje de las imágenes.

Se hace un descanso al terminar el primer rollo y la gente se dispersa por el pasillo, fumando y charlando; hay cola para ir al baño y María ve a Pável esperando a la puerta.

-Has venido guapísima.

-Tú has venido tarde.

-Ya lo sé, lo siento.

Pável lleva una botella que ha comprado y echa un lingotazo en el vaso de María, busca uno para él y sopla para quitarle el polvo. Se pone un trago, vuelve a tapar la botella y la deja en el suelo, sujetándola entre los pies; brindan y beben y Pável mira a su alrededor y María mira su vaso, haciendo girar la bebida.

-¿Cuánto hacía que no lo hacíamos?

-¿Que no hacíamos qué?

-Tomar una copa juntos -María hace una pausa, ligeramente desplazada por un empellón.

-No sé, ¿cinco años?

Podía haber recurrido a él. Cuando empezaron los problemas en el periódico. Pável la habría aconsejado. Podía fiarse de él. ¿Por qué será que tiene tan poca fe en nadie? Por soberbia, tal vez, piensa María. No le gusta mostrar sus debilidades. Pável siempre había sido leal, aunque dejaran pasar mucho tiempo sin verse. Ella no le pidió que le consiguiera un puesto en la enseñanza; él sabía de su situación y solo la llamó un día. Al principio ella se preguntó si habría alguna razón para su amabilidad, si no estaría intentando arreglar las cosas entre ellos, pero no, nunca ha habido ningún doble sentido en sus conversaciones.

Se lo lleva hacia un rincón.

-¿Qué sabes de Chernóbil?

-¿Por qué?

-Ha empezado a interesarme el tema. ¿Has oído algo?

-Probablemente lo mismo que habrás oído tú. Por supuesto, no conozco a nadie que haya estado allí en persona. Todo son rumores. Pero sí, se ha hablado del asunto.

-¿Y qué se ha dicho?

-No sé. Relatos salvajes, extraños. Que los animales están afectados, hay hordas de lobos rabiosos que infestan los bosques, nacen terneros de dos cabezas en las granjas cercanas. Fábulas, vamos.

-¿Así que no crees que haya nada cierto en ellas?

-La verdad es que no lo sé. Un chaval de Alemania Occidental aterriza en aeroplano en la Plaza Roja; ¿quién habría dado crédito a esa historia si no hubiera habido tantos testigos a su alrededor?

-¿Algo más?

-Uno de mis colegas tiene un primo que trabaja como portero de noche en un hospital de Kiev. Les han estado llevando a los que se ocuparon de la limpieza de aquello. Hay sectores del hospital en los que los médicos se niegan a entrar.

-¿Y qué más? Los porteros suelen tener más de una historia.

-Bueno, habló de una niña de Bielorrusia que estaba cepillándose el pelo. Tenía once años y unas trenzas preciosas, muy largas. El caso es que se prepara para irse a la cama y se está cepillando el pelo con una mano y cogiéndoselo con la otra y, de repente, se queda con el pelo en la mano; se le cayó de golpe. Se quedó calva en un minuto. Eso es lo que dicen -Pável concluye arqueando las cejas y se sirve otra copa-. Pero para mí que ser portero es un trabajo que da para muchos cotilleos.

María se cambia el vaso de mano.

-Grigori está allí.

Pável abre los ojos como platos.

-¿Estás segura?

-Sí.

-¿Cómo te has enterado?

-Lo llamé después de que nos encontráramos en las Colinas de Lenin. No lo había visto hacía meses. Se había marchado.

-¿Has hablado con él?

-No. No he conseguido averiguar dónde está. He hablado con todos los que se me ocurre que podían saberlo. Nada -al decirlo, a María se le descompone la cara.

Pável la atrae hacia su pecho. Ella se queda allí, con la frente contra su clavícula, respirando hondo.

-Lo siento -dice Pável-. Preguntaré por ahí. Tengo algunos amigos médicos que frecuentan el Ministerio de Sanidad. Les preguntaré para que nos den más detalles.

María retrocede. Como no tiene con qué limpiarse las lágrimas se las seca con las manos.

-Ten cuidado. No vaya a ser que alguien se fije en él.

-Vale, lo tendré.

La gente vuelve a juntarse y se proyecta el segundo rollo de la película, pero María ya no puede centrase en ella. Sus ojos se apartan de la pantalla para fijarse en el haz de luz que emite el proyector; como las partículas de polvo en suspensión, el pasado se arremolina

en el ambiente.

Cuando acaba la película, la gente se pone en pie y estira la columna, el cigarrillo aún les cuelga de los labios. A María le pican los ojos del humo.

Pável la agarra del codo.

-Hay alguien que quisiera presentarte, si te apetece.

Ella asiente.

Entran en una habitación al fondo del pasillo. Está llena de estanterías de acero de unos dos metros de altura, probablemente sea la habitación donde se enfría el pan al salir del horno.

Hay un hombre de unos cuarenta años, está solo, de pie, mirando los avisos de los empleados que siguen pinchados en las paredes.

El hombre se vuelve. Viste ropa de buen corte, tiene el pelo retirado de la frente, una barba impresionante y un apretón de manos firme.

-Danil es un abogado que busca formas honradas de ejercer su profesión. Cuando algún escritor necesita un visado de salida o emprender un proceso de rehabilitación para limpiar su nombre, lo consultamos siempre a él.

-Entiendo.

Danil tiene una mirada segura, inteligente.

-Supongo que no has venido por la película, Danil.

-No, desde luego.

Se saca una hojita del bolsillo, un rectángulo de papel blanco escrito en bastas letras de molde.

María lo lee. Es un panfleto que llama a la huelga a los trabajadores de la fábrica de María, convocándolos en la puerta de entrada dentro de diez días, a la hora en que se incorpora el turno de mañana. Propone una marcha que entre en la fábrica y salga a la carretera principal hasta llegar a la ciudad.

María ya ha visto cientos de panfletos como este. Los han ido dejando en trenes y tranvías camino de la fábrica. Los trabajadores se los pasan cuando vuelven a casa. Néstor, en particular, está muy excitado. Espera que en el último momento la dirección nombre un equipo nuevo de funcionarios sindicales. Asegura que hasta podrán volver a readmitir a Zinaida Volkova. María ya se ha cansado de discutir con él.

-¿Qué te parece? -pregunta Danil.

María mira a Pável, preguntándole si se puede fiar de ese hombre. Pável asiente con un gesto.

-Si quieren ponerse en huelga, que se pongan -dice.

-¿Hay mucho apoyo entre los trabajadores?

-Yo creo que sí. La gente parecía entusiasmada con la idea.

-Pero tú no lo estás.

-No.

-Porque piensas que es inútil.

-Sí -contesta ella con reticencia.

-Piensas que es inútil porque conoces los precedentes. Has estudiado los acontecimientos en Polonia. Sabes que las huelgas fueron inoperantes hasta que Solidaridad apareció con una nueva táctica.

María no dice nada.

Era cierto. Seis años antes María tenía una fuente en Polonia que la informaba de los acontecimientos de la huelga de astilleros en Gdansk. Unos cientos de trabajadores se encerraron en una fábrica. Como habían secuestrado la maquinaria, al director de la fábrica no le valió de nada traer trabajadores desempleados. En cuanto a las fuerzas militares, las posibilidades también habían cambiado drásticamente. Simplemente, ya no podían machacar a los huelguistas en las calles. Sacarlos de la fábrica hubiera requerido un baño de sangre y al director se le revolvían las tripas de pensarlo. Tuvo además la ventaja añadida de mantenerlos unidos, porque tenían siempre presente que estaban luchando realmente por su puesto de trabajo.

La táctica se difundió como la pólvora. Al día siguiente muchas otras fábricas de la región hicieron lo mismo. Las autoridades les cortaron las líneas de teléfono, para que no se propagara la noticia, pero, por supuesto, no sirvió de nada. Al cabo de un par de días, la mitad del país se enteró de lo que estaba pasando. Pero aquí no. La prensa rusa no le dio cobertura. María escribió algunos artículos *samizdat*, intentó difundir la noticia todo lo que pudo, pero, visto retrospectivamente, tal vez la gente no estuviera en las condiciones adecuadas para escuchar. Bréznev aún estaba en el poder y tenía una autoridad aplastante. La gente vivía con demasiado miedo para considerar siquiera acciones de ese tipo.

María sigue callada.

-Me he enterado del recital a finales de este mes. Sería una declaración de intenciones potente el impedir que un alto cargo del ministerio abandonara el edificio. Eso sin contar con el tema Yakov Sidorenko. Retener a un pianista de fama mundial atraería la atención internacional. Tiene el potencial de ser un momento muy significativo.

María no responde, se mantiene muy serena. Finalmente dice:

-No sé de qué me estás hablando.

Danil asiente de nuevo.

-Lo entiendo. Vete y busca referencias sobre mí con quien te parezca oportuno. Cuando averigües que te puedes fiar de mí, piensa en lo que te he dicho. Es una oportunidad increíble. Pável me ha

hablado de tu capacidad de liderazgo. Pero no pondré al niño en esa situación sin tu permiso. Te dejaré la decisión a ti. Lo único que te pido es que lo decidas pronto.

María le da la mano y se marcha. Pável se levanta para seguirla, pero ella lo detiene con un gesto de la mano. Quiere estar a solas.

Alina está junto a la tabla de la plancha, saca las camisas del cesto, las sacude y rocía de agua las partes más arrugadas con un frasco viejo de limpiacristales.

Está escuchando la radio. Es un documental sobre flora y fauna del *óblast* de Arjánguelsk. Es lo único que hay, aparte de música y de política, y, de momento, está ya un poco harta de estas dos últimas. Los acentos rurales suponen un cambio agradable, se da cuenta de que le agrada oír los ruidos de fondo, los pájaros y el viento. La sensación de espacio que acarrean de alguna forma consigue dilatar las dimensiones de su casa.

La tarde es preciosa, a pesar del frío. El sol tiñe de colores el lienzo de la ciudad, las paredes grises y blancas embeben sus tonalidades cálidas; Alina sacude las camisas, las cuelga del respaldo de las sillas de su cocina; ahí abajo, el tráfico prosigue su tranquilizador vaivén, los coches y autobuses se cruzan a ritmo constante y ella se siente contenta, a su manera. Tal vez sea la suave influencia de la tarde, pero siente la innegable evidencia de que algo está acabando. Las fuerzas que la han presionado durante tanto tiempo están empezando a ceder.

La plancha tiene compartimento para el agua, pero la boquilla está oxidada, así que se ha acostumbrado a usar el frasco con espray. Necesita una plancha nueva, pero no es algo en lo que pueda pensar ahora, cuando la están dejando salir más temprano y le dicen que se tome la tarde libre, que se vaya a casa y se relaje. Como si eso fuera posible; qué poco la conocen.

Alina plancha mientras escucha y va siguiendo el progreso de la luz del atardecer que se desvanece poco a poco en la habitación. Esto, considera, es su particular ensayo. Pronto el apartamento quedará vacío. Tardará aún un par de años, pero está al llegar. Zhenia, cuando tenga la edad adecuada, obtendrá una beca para el internado. María encontrará un hombre o se las apañará para ahorrar lo suficiente y sobornar a alguien para conseguir su propia vivienda. A María siempre le irá bien. Atrae a todo el mundo. Es un don suyo.

Alina piensa que, cuando eso llegue, no le supondrá ningún trauma. Tendrá que adaptarse, pero no será como si la casa hubiera estado llena de una familia bulliciosa, con los niños de los vecinos cargándose la puerta y corriendo alrededor de la mesa. De todas formas, María está siempre fuera, sobre todo estas últimas semanas -unas veces dando clases y otras, vete a saber- y Zhenia, por supuesto,

está practicando.

Humedece el cuello de la camisa y plancha la espalda y luego la parte delantera, apretando bien en las esquinas.

Un recital con Yakov Sidorenko.

Tuvo que sentarse cuando se lo contó María. El talento de Zhenia nunca la ha preocupado: su temperamento, sí, desde luego; pero su talento, nunca. Lo que verdaderamente le agobiaba era la oportunidad que suponía. Está muy bien eso de ser un genio, pero la gente también tiene que darse cuenta de ello. «La gente como nosotros no tiene esas oportunidades», se lo ha repetido muchas veces y eso siempre ha sido su temor secreto, no ser suficientemente rica, no estar suficientemente conectada para conseguir darle a su hijo una verdadera oportunidad. Que dentro de veinte años él estuviera trabajando en cualquier cosa y que cuando saliera a fumar un pitillo pensara en lo que hubiera podido ser y estuviera resentido con ella por no habérselo podido facilitar.

Así que, antes incluso del acontecimiento, se siente con derecho a cierta sensación de éxito como madre. Es ella la que le encontró un mentor, la que ha pagado sus lecciones, la que le ha exigido aplicación. Si sucediera lo peor, si el chico sucumbiera a la presión o si, a fin de cuentas, lo hubieran sobreestimado, bueno, esas serían penas con las que no tendría que cargar ella sola. Nadie puede echarle en cara no haberlo querido, animado y provisto de lo suficiente para conseguirlo.

Camisas de precioso popelín, costuras a punto de cruz, puños dobles, cuellos duros. Gente del mismo edificio en el que viven ellas, viviendo las mismas vidas que ellas. Algún día le gustaría preguntarles de dónde sacan el dinero para pagar estas cosas, pero eso supondría, probablemente, que mandaran la colada a otro sitio, y no es que pueda prescindir de este negocio. El dinero sigue siendo, como dice ella tan a menudo, cuestión de vida o muerte.

El programa está comparando los hábitos alimentarios del petirrojo y del ruiseñor silbador. Se les oye gorjear libremente durante largos ratos, y es fácil imaginárselos ahí fuera en el balcón, ocupados en sus charlas. Cuando Zhenia vaya al Conservatorio, las cosas serán más fáciles para ella: a lo mejor consigue tener algo de tiempo para sí misma. La mera posibilidad la altera un poco. No tiene ni idea de cuáles son sus intereses, ni idea de lo que podría hacer además de trabajar. Tal vez le pida a María que le recomiende unos libros para conocer otras vidas. Haría un esfuerzo por salir más a la naturaleza, subir hasta la cima de una montaña, dormir en una tienda de campaña, sacarle partido a su inminente vida en solitario. ¿Cuántas veces habrá ido al parque desde que murió Kirill? ¿Una vez al año? Es una desgracia, desde luego, pero los parques son para los que se

pueden permitir tomarse el tiempo de visitarlos.

Nunca ha tenido dinero, ni siquiera cuando estaba casada. Kirill nunca tuvo el tipo de astuta inteligencia que ve en otros hombres que vienen a la lavandería, la aparente soltura con la que estampan su firma en el albarán y dejan caer sus rublos; la forma en que exudan seguridad por todos sus poros; lo ostensible que resulta que van por la vida desembarazados de preocupaciones banales.

Kirill era un tipo de hombre diferente, tenía un tipo de eficacia más pasajera, una simplicidad directa en su manera de lidiar con las cosas y con las personas; nunca se echaba atrás, siempre estaba dispuesto a abalanzarse sobre cualquier debilidad y ella, de joven, se sentía amparada por aquella naturaleza suya. A su lado ya no era la explotada, la víctima. Era tan distinto de su padre, sus rodeos y sus secretos, del peso que todos ellos -incluida María- arrastraban, siempre suspicaces al afrontar la mirada de la gente; eso fue el detonante. Tampoco puede negarse que a ella le resultaba atractivo por la amenaza que hacía pesar sobre otros hombres, por cómo vacilaban en su presencia, cómo reconocían el poder de su voluntad. En el autobús, bastaba una mirada de Kirill para que se levantaran y le cedieran el asiento a ella, tropezando al dejarla pasar, incómodos, casi hipnotizados; y a ella, por asociación u ósmosis con él, le embargaba también aquella sensación de poder. Era un hombre capaz de tomar todo lo que quería, incluida ella misma, que ya estaba dispuesta a facilitarle el camino.

Pero ahora que ya es mayor sabe que un carácter así es la muerte de cualquier matrimonio. Un hombre que solo puede pensar en lo inmediato, cuyo abanico de necesidades es esencialmente el mismo que el de un perro -esa obsesión por la cena, esas preguntas infinitas veces reiteradas, por no hablar de su permanente rondar a otras mujeres-; qué estúpida había sido. El poder no tiene que ver con la dominación. Ella cayó en la cuenta cuando dio a luz, al tener entre sus brazos aquella criatura inerme. La fuerza no era algo tan directo como ella pensaba. Él no fue testigo de ello, no estuvo junto a su cama; estaba fuera aquel fin de semana cazando, mientras su mujer embarazada, apenas capaz de moverse, tenía que hacerse la comida sola. Ella pariendo mientras él mataba algo. Curiosa simetría, ahora que lo considera con ojos nuevos. Y mira lo que dio a luz. Sí, es cierto, Zhenia tiene la obstinación extraordinaria de su padre, pero, por lo demás, no puede ser más diferente en todos los sentidos. Se habrían odiado uno a otro. Puede que de momento no, pero dentro de cinco años, sin duda.

Aun así, ahora se da cuenta de que María nunca la juzgó, nunca la criticó. Le está agradecida por ello. Si hubiera sido ella, sabe que no habría sido tan indulgente.

Cuando a Alina la informaron de que su marido había muerto, no hubo lágrimas; una vaga tristeza sí, pero nada más. Por entonces llevaba dieciocho meses sin verlo. Y ni siquiera la sorprendió. Por supuesto, su vanidad de *macho*[1] le habría abocado a la muerte. Presumir ante sus camaradas de lo valiente que era había sido más importante que volver junto a su mujer y a su hijo. Es fácil ser valiente en una guerra. Espera a ver lo que es trabajar setenta horas a la semana, espera a ver qué tipo de sacrificios requiere.

Estirar la manga desde las costuras. Pasar la plancha por los dos lados.

No lo extraña, pero echa de menos la idea de él. Siente que le falta alguien que desempeñe ese papel. Alguien que hable con Zhenia como hacen los hombres, con esa manera que tienen de entenderse. Ella es un sustituto bastante lamentable, por más que se esfuerce.

Alguien que desempeñe ese papel también respecto a ella. Un hombre que le dé unos cuantos billetes, que le deje hacer con ellos lo que quiera. Dinero para jugar. Él lo hacía ocasionalmente, cuando se sentía magnánimo. «Ve a jugar», le decía. No era mucho dinero, pero era un cambio tan satisfactorio: el dinero innecesario, el dinero convertido en objeto de placer. Ella volvía con una bata con una ligera tara, o con un sombrero que solo necesitaba unas puntadas, o con un par de suaves medias de seda, y se sentía tan jovencita como si tuviera dieciséis años, y Kirill se reía con esa mueca, posesiva a la que ella era incapaz de resistirse y decía: «Debería hacerte este regalo más a menudo». Esas son las menudencias que persisten.

Acabar los puños.

Cuelga las camisas recién planchadas en lo alto de la puerta, las puntas metálicas de las perchas se clavan en la madera. Aunque hace tiempo que se cansó de planchar, todavía le reconforta el olor, un olor hondamente satisfactorio, tan reconfortante como oler a pan recién hecho.

Entre las dos juntan dos sueldos y ella tiene además el dinero de la lavandería y María contribuye con el de sus clases, y aun así no les llega. No es que se lo gasten en apuestas o que se lo beban todo o que compren cremas y perfumes caros. Apenas tienen para comer y vestirse. Compran casi la mitad de la comida de estraperlo, porque no les queda más remedio, si no se morirían de hambre. Debería abrir una tienda, porporcionar un servicio que la gente realmente necesita, hacerse carnicera.

El sueldo de María ayuda. El sueldo, para ser sincera, le sorprende. Alina nunca pensó que su hermana fuera capaz de aguantar en un trabajo tan poco interesante. Siempre ha carecido de este tipo de fortaleza. Las cosas siempre le han resultado excesivamente fáciles. Sí, su belleza tiene parte en ello, pero también es su forma de ser, una

especie de gracia. A María se le abren las puertas con mucha más facilidad que a ella. Incluso ahora. Mira lo de las clases, como llovido del cielo. La gente mataría por un trabajo así. Por eso es tan jodidamente estricta respecto a su padre. No sabe lo que es tener que sopesar las opciones posibles. María siempre encuentra una vía de escape. La gente, incluido su padre, no compromete su integridad porque quiera hacerlo, sino porque no tiene otra opción. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Decirles que no? ¿Decirle al KGB que los consideraba una lacra moral? ¡Por favor! El hombre tenía una familia. Ten un hijo y verás si lo entiendes.

Alina plancha una camisa con manchas amarillas en los sobacos. Está acostumbrada a ver estas cosas, las ha visto mucho peores. Ya ni siquiera le asusta la ropa interior.

Pero sí, la reciente fortaleza de María es impresionante, y es estupenda con Zhenia y es su hermana. María les ha ayudado en este tema, para poner el porvenir de Zhenia a su alcance. Y Alina puede estar satisfecha al ver cómo todos sus esfuerzos finalmente han valido la pena. Tiene un hijo y una hermana, y por lo menos, el matrimonio les ha proporcionado este apartamento. Esto es lo que ella considera el legado de Kirill; Zhenia no, Zhenia es solo suyo -que lo tuvo metido en una cesta de lavandería los dos primeros años de su vida y luego durmiendo en su misma cama todos estos años por no poder comprar otro colchón; le sobran razones para reclamarlo por entero-, pero si hoy tienen una casa fue porque él sirvió a la patria. Si no, no puede ni imaginarse cómo estarían.

Alina oye una llave en la cerradura.

Posa la plancha. Se le eriza el vello de los brazos, instinto de madre. Es Yevgueni. Le oye colgar la chaqueta y el raspón del material sintético confirma sus sospechas: María lleva un buen abrigo de lana que le regaló Grigori hace años. Deja el espray del agua y respira hondo. Coloca la mano en lo alto de la plancha. Puede que haya una explicación racional.

Él se queda helado al abrir la puerta, no se esperaba que ella estuviera en casa. Da un paso atrás, con un crujido inquieto. Hay algo diferente en él, aunque no sabe bien qué es. Ella abandona la tabla de planchar y se dirige a la puerta, y él pasa de nuevo, pasillo adelante hasta su cuarto. Entonces se da cuenta: solo lleva los calcetines. Ha entrado llevando un par de zapatillas de deporte de las caras, occidentales.

-¡Zhenia!

Sale como una exhalación hacia su cuarto; ella lo sigue de cerca; el chico se mete en la habitación y cierra de un portazo. Todo ha sucedido en menos de un segundo.

-¡Zhenia!

Alina forcejea con el pomo. Ha echado el pestillo, obviamente. Lleva tiempo pensando en quitarlo, el chico está ya en esta edad…

Alina aporrea la puerta.

-Abre inmediatamente. ¿Cómo es que no estás ensayando? Tengo derecho a saberlo.

-No he ido.

Si Kirill estuviera aquí, como debería ser, puesto que es su padre, echaría la puerta abajo. Otra razón para no ser un héroe. Piensa en la posibilidad de hacer lo mismo. Es una puerta endeble, no sería tan difícil. Pero hay algo antiestético en una mujer tirando abajo una puerta, por mucho que se trate de su propio hijo y que se lo merezca. Sabe que eso mermaría su autoridad, aunque no podría explicar cómo.

Da la vuelta y retrocede por el pasillo. Alarga el brazo hasta el estante que hay sobre los abrigos para alcanzar las zapatillas y las baja. Son azul clarito, de interior acolchado, ligeras, bien cosidas, con un logo en el lateral. Con las pruebas en la mano vuelve hasta la puerta de la habitación.

-Las tengo en la mano, Zhenia. Dime ahora mismo qué es esto -silencio-. ¡Lo que faltaba! -Está tan enfadada que apenas le salen las palabras-. Te digo que no nos faltaba más que esto…

Silencio. Ella vuelve a aporrear la puerta.

-No voy a mantener esta conversación a través de una puerta -dice ella.

-Estupendo, porque yo no quiero hablar de ello.

-Soy tu madre. Esto no es una pensión.

-Ya lo sé, en una pensión me dejarían en paz.

-Mira qué chistoso. Él, que ha decidido que ya es muy mayor y puede hacer esas gracias. Pues sigue, que ya verás dónde acabas. Sigue, total solo faltan dos semanas para el recital. Tú no lo sabes, pero créeme, porque te recuerdo que soy tu madre, no hay nada más triste en la vida…

-… que un talento desperdiciado -la voz del niño llega algo apagada a través de la puerta, pero ella se da cuenta de que lo está diciendo como si fuera una cantinela infantil, con voz cantarina y burlona.

La voluntad de ella empieza a ceder.

-Zhenia, por favor. Yo solo quiero lo mejor para ti. Abre la puerta -dice con voz vacilante.

Los vecinos empiezan a golpear la pared. Va a subir otra vez el vigilante. Ya habló con ellos cuando la disputa a propósito del teclado nuevo de Zhenia. No le va a hacer gracia. Solo le faltaba tener que afrontar una amonestación oficial. Quedarse en la calle no les será de mucha ayuda.

Nada.

-Vale. En algún momento tendrás que salir a mear y a comer. Aquí te espero.

Se reclina contra la puerta y se desliza por ella hasta quedar sentada en el suelo. Esto no ha hecho más que empezar. Todo está a punto de venirse abajo. Tenía que ocurrir. En el fondo, lo estaba viendo venir. Empieza a llorar. Con un poco de suerte él la oirá. Tira al pasillo las zapatillas, que golpean las paredes y rebotan hasta la cocina, con una energía que de alguna manera vuelve a encender la suya.

-Van a ir por la ventana.

Lo dice protestando mientras se levanta y las recoge, cuidándose de abrir la ventana del balcón lo más ruidosamente posible. Las balancea cogidas de los cordones y echa el brazo hacia atrás. Pero, por supuesto, no tiene valor para ir más allá. Quién sabe de dónde las habrá sacado. Puede que pertenezcan a alguien y, además, un calzado tan bueno no puede desperdiciarse. Están bien hechas, durarán. En esta familia no se tira la ropa, aunque sea de dudosa procedencia. Alina mira las zapatillas, colgadas de su muñeca, girando lentamente al unísono, unidas en su suerte y, de repente, recuerda que se ha dejado la plancha encendida.

Se acerca a desenchufarla y, luego, se apoya en la encimera. La brisa levanta la manga de una camisa y Alina se vuelve hacia las que están recién planchadas, colgadas de sus perchas; alarga la mano y las tira al suelo. Agarra el montón de camisas, lo retuerce y clava los dientes en él, con fuerza, ahogando un grito; el lío de ropa retorcida se queda ahí tirado hasta que María llega a casa.

El señor Leibniz vive en un viejo apartamento del distrito de Tverskoi, en las mismas habitaciones donde transcurrió su niñez. Las paredes están cubiertas de madera, ahora alabeada y descolorida, con molduras historiadas y un ventanal doble que da a la calle. El edificio es de cuatro alturas, color turquesa envejecido; a la altura de la planta baja la fachada tiene grandes desconchones por donde asoman los ladrillos y la pintura de las ventanas está toda levantada.

María solo ha venido a ver tocar a Yevgueni en verano. Le gusta venir aquí: todo tiene el mismo aspecto anticuado que la calle de Togliatti en que vivían. Acercarse sola a través de las placitas y de las estrechas calles adoquinadas le permite revivir una parte de su infancia, levantar la mirada hacia las altas ventanas y ver aisladas figuras de hombres tocados *conushankas* mirándola desde arriba. Andar por este barrio permite que la cotidianidad pase momentáneamente a un segundo plano. La escalera del viejo edificio está impregnada de un olor a viejo, un vago aroma a nueces. Pasa el descansillo del primer piso, donde el vecino del señor Leibniz asoma la cara sin afeitar al oírla llegar. Dos pisos más arriba. En cada uno de ellos, los escalones están coloreados por el mosaico de luz que llega a través del sucio cristal del ventanuco del rellano, cada uno quebrado de manera distinta: en el primero falta un pedacito triangular, el del segundo tiene una fractura en diagonal de lado a lado que alguien pegó con cinta hace años, así que ahora la cinta adhesiva tiene su propia antigüedad, desecada y brillante, delicada al tacto.

Los escalones emiten un quejido entrañable. María se imagina que llevan años quejándose con constancia, lanzando siempre el mismo gemido lastimero al ser pisados. Es una reacción con la que simpatiza. Sube las escaleras con cierta ansiedad bajo el peso de tantas historias pendientes. Es mucha responsabilidad para el chico. No debería haberlo involucrado en esta situación. Intenta no pensar que está poniendo en peligro sus perspectivas de futuro, pero es inútil.

Parada sobre el felpudo, golpea con las suelas el rígido borde para sacudirse la nieve, maldiciéndose por no haberlo hecho antes de entrar al edificio. Sobre el felpudo queda un montoncito de nieve, con la señal impresa del dibujo de sus suelas. Llama a la puerta, le oye contestar y gira el picaporte para entrar saludando suavemente con un «hola» al asomar la cabeza por la puerta.

El señor Leibniz está de pie tras su mujer, cortándole el pelo; ella

está envuelta en una sábana. Las dos figuras se enmarcan en el ventanal, de forma casi bidimensional, la mujer está plácidamente sentada de perfil, con el pelo húmedo pegado a los lados de la cara, y el señor Leibniz está detrás de ella, cogiendo los mechones de pelo entre sus dedos y cortándolos con las tijeras. El señor Leibniz la saluda con la mano y sonríe, pero sigue en su puesto.

-Lo siento. Se estaba poniendo nerviosa, así que he decidido cortarle el pelo. La tranquiliza. Pase, por favor.

María ha cogido unas campanillas de invierno de los jardincillos vecinos y ahora las tiene en la mano, se siente incómoda, como si fuera una colegiala.

-Gracias, son preciosas. Si me hace el favor, en la cocina encontrará dónde ponerlas.

-Por supuesto.

Vuelve un momento después con las flores en una jarra con agua. Se acerca a la mesa y las deja al lado de la esposa del señor Leibniz, pero fuera de su alcance, y ella sonríe al verlas con una sonrisa luminosa; luego mira a María y un ramalazo de desconcierto pasa por sus ojos, necesita una pista, sabe que conoce ese rostro.

-Es la tía de Zhenia, María Nikoláievna. ¿Te acuerdas de Zhenia?

La sonrisa permanece. María puede ver que sonríe para mantener a raya la confusión. En su mirada ahora hay algo más, una sombra de aflicción, la extraña certeza de que debería conocer ese nombre, a esa mujer, y, también, cierto pánico, la intuición de los niños cuando se los pilla haciendo algo fuera de la norma, como comer naranjas en la cama o embadurnarse la cara con espuma de afeitar, y no se ven capaces de evaluar la gravedad de la falta.

El señor Leibniz se inclina y coge la mano de su mujer, pasando el pulgar por la topografía de las blandas venas. Vuelve a presentarla:

-Es la tía de Zhenia, María Nikoláievna. No te preocupes si no la recuerdas. Solo ha estado aquí unas pocas veces.

-Ah, bueno. María Nokoláievna. Venga y siéntese. El autobús llegará de un momento a otro.

María sonríe y asiente.

-Por supuesto. Esperaré con usted.

Se sientan en silencio unos minutos. María, al principio, se pone nerviosa, pero luego se da cuenta de que el señor Leibniz quiere que su mujer se acostumbre a su presencia, que se relaje con un extraño en la habitación y, una vez que María se percata de ello, también ella se relaja y se limita a verlo trabajar, con el peine y las tijeras, y sus propios pensamientos van cayendo a la par que los finos bucles canosos que se entrelazan en el suelo alrededor del asiento. El señor Leibniz peina un mechón, luego lo pinza entre los dedos y lo recorta.

María está impresionada de la soltura con que intercambia el peine y las tijeras, el peine casi pisando a las tijeras, sustituyéndolas automáticamente entre sus dedos. Cada tanto él retrocede un paso para medir la longitud del pelo respecto a los hombros y peinar el pelo a cada lado de la cabeza comprobando su simetría. Su esposa está sentada con la sábana atada al cuello y las manos ocultas bajo ella, un bulto del que solo asoma la brillante y serena cabeza que mira hacia la ventana. Tras unos minutos, él empieza a hablar.

-Siempre ha estado muy orgullosa de su pelo. Cuántas veces, por la noche, ella se metía en la bañera y agachaba la cabeza, y yo, en camiseta, le echaba en el pelo cerveza o un huevo fresco. Siempre había ese extraño olor a pociones sobre el lavabo, esos frascos de formas raras. Tenía un pelo tan bonito, tan sano y vigoroso. Le encantaba que yo pasara los dedos por su melena. Se ponía inmediatamente de buen humor.

El señor Leibniz da un paso atrás, mueve el pelo con las manos, contempla su obra con ojo crítico y luego mira a María.

-¿Qué le parece?

-Que debería venir a que me cortara el pelo.

-Soy como un leñador, pero lo hago lo mejor que puedo. Espere a verlo seco y verá cómo prefiere que no me acerque mucho a su cabeza.

-Está presumiendo de modestia, usted no se limita a cortar de cualquier manera. Se ve que tiene experiencia.

-Tenía cuatro hermanas. Aprendí a cortar el pelo muy pronto. Y, además, luego vino la guerra. Cuando estaba convaleciente en el hospital militar me convertí en el peluquero extraoficial de las enfermeras. Todas estaban muy preocupadas por su aspecto. Veían toda aquella sangre y querían un corte de pelo. Era una vía de escape.

-Estoy segura de que supo sacar partido de su imprescindible papel.

-Era implacable -dice él encantado, apuntándola con las tijeras.

El señor Leibniz sacude el pelo de los hombros de su esposa y luego desata la sábana del cuello. Va a la cocina por una escoba y María mira a la mujer y le vienen ganas de mover un dedo ante sus ojos, por ver si lo sigue, un pequeño test de su capacidad de respuesta, pero, por supuesto, se abstiene y mantiene las manos cruzadas sobre el regazo.

Cuando él acaba de barrer le pregunta a María si le apetece algo, tal vez una bebida, pero ella le dice que no y él devuelve a la cocina la escoba y el recogedor. María puede oír el golpecito en la basura y el chorro del agua en el fregadero mientras se lava las manos; cuando vuelve, saca una toalla del armario y seca a su mujer, enjuga el pelo y

deja la toalla sobre su cabeza, ante lo cual ella no protesta, se queda perfectamente inmóvil; luego le pone la toalla sobre los hombros para recoger cualquier gotita y pasa un cepillo por los mechones de pelo, alisando el pelo de la parte de atrás con la mano libre. Cuando termina, se sienta en el diván con María y los dos miran a la mujer ahí sentada, radiante como una mañana de primavera, y María comparte esa sensación de satisfacción, aunque no haya hecho nada para merecérsela.

-¿Cuánto tiempo lleva así?

-Es difícil decirlo con exactitud. Hace dos o tres años que ya no tenemos una conversación enteramente lógica. Ha ido avanzando a traición.

Hace una pausa para ver si la pregunta era una mera cortesía, pero se da cuenta por la atención que ella le presta de que le interesa la cuestión, así que prosigue:

-Katia siempre andaba ocupada en sus labores o haciendo visitas a los vecinos más ancianos, le interesaba el mundo exterior. Era la que informaba de todo. A mí, prácticamente, solo me importaba la música o algo de literatura. Ella recortaba noticias de los periódicos, fotos viejas y cosas así, y las pegaba en un álbum. Cada pocos meses, sacaba un álbum viejo de algún año anterior y lo mirábamos. Creo que era su manera de marcar el tiempo.

María asiente.

-Bueno, un día miré en uno de los álbumes más recientes y en las primeras páginas había artículos perfectamente recortados, cuidadosamente dispuestos; a medida que avanzaban las páginas, solo se veían uno o dos párrafos, cortados a mano, con los bordes desgarrados y, más adelante aún, cada vez era todo más incoherente, hasta que, al final, solo había bloques de color o de texto, pegados unos sobre otros, como un *collage*.

El señor Leibniz mira por la ventana.

-Todos aquellos olvidos y las frases sin terminar fueron, probablemente, lo que me llevó a mirar el álbum, pero, hasta que no vi realmente aquellas páginas, no fui capaz de encajarlo todo.

-¿Le habló a ella del tema?

-Sí. Se quedó tan impactada como yo mismo. No recordaba que los hubiera pegado así. Eso fue hace casi cuatro años.

-Lo siento.

-No crea, no es tan malo. Tiene momentos de lucidez y yo estoy agradecido por ellos, y a menudo encuentro un extraño placer en su manera de revivir el pasado. A veces me mira como me miraba cuando nos conocimos, con el asombro del primer amor. Esto tiene algunas alegrías inesperadas.

-Alina me dijo que era profesora.

-Sí. Le dejaron mantener su trabajo cuando fui arrestado. Su padre formaba parte de la *nomenklatura*. Ella cortó toda relación, pero, obviamente, él no fue capaz de dejar que se la llevaran ni que se muriera de hambre.

El señor Leibniz tiene una nariz aguileña, que debió romperse en algún momento, y un hombro caído, desproporcionado respecto al otro. Pero está sentado en una postura digna, centrada y erguida, pese a la natural inclinación de su cuerpo. Su voz es de una profundidad inusitada, de una dulzura ronca.

María está tentada de seguir preguntándole, pero ha venido a otra cosa. Se reacomoda en el asiento.

-Zhenia.

-¿Sí?

-¿Qué pasa con él?

-No hay una manera fácil de contestar a eso. No me voy a jactar de conocer al chico, yo solo le enseño a tocar el piano.

-Dice que no le gusta tener que tocar la «Tarantella». Que no quiere tocar *Música para niños*, cree que es condescendiente. Es un niño muy orgulloso, muy obstinado.

-Pues imagínese vivir con él. ¿Es que quiere escoger otra pieza?

-Es un niño de nueve años. No tiene la menor idea de qué es lo que quiere-. María arquea las cejas y tuerce el gesto.

-Mi director está muy empeñado en esa selección. Me temo que no nos va a permitir cambiarla sin más. Le gusta la imagen que da. Creo que piensa que, aunque Zhenia no sea tan bueno como le hemos dicho, así no puede quedar mal. Prokofiev la escribió para niños, no se supone que sea perfecta. Esa es su postura o, al menos, es lo que me imagino.

-Parece como si usted tampoco tuviera plena confianza en el niño.

Ella se encoge de hombros, no tiene sentido fingir: este hombre tiene mucha experiencia de la vida.

-Siento que le he puesto en una situación difícil en contra de su voluntad. Pero ya sé que usted cree que lo tenemos demasiado protegido.

-Lo que creo es que los músicos tocan porque necesitan hacerlo. No se quejan porque la iluminación de la sala sea deficiente, porque haga mucho frío o porque no estén preparados. Los músicos natos se enfrentan al teclado, lo doman. Están deseando luchar, en cualquier circunstancia.

El tono del señor Leibniz ha cambiado, la dicción es más formal. María se siente como si ella misma fuera una estudiante.

-Y entonces, ¿su sentido del ritmo?

-Su sentido del ritmo, nada. ¿Cuánto practica? Cuatro días a la semana y solo unas horitas. Eso es completamente ridículo. Todavía se cree que solo con pensarlo puede hacer nacer la música. No ha pasado tiempo suficiente inmerso en las notas, no sabe cómo interpretar el flujo musical de una pieza. Sus intuiciones son magníficas. El chico tiene un talento natural extraordinario para la música. Pero la música es una amante exigente. Requiere una entrega total. El chico tiene que entenderlo para llegar a encantarla o a dominarla.

-Solo tiene nueve años. Es un poco pequeño para una sentencia de muerte.

-¿Sabe usted lo que hacía Prokofiev a la edad de Zhenia?

-No me lo diga.

-Escribía óperas, eso es lo que hacía. Y el chico se queja porque tiene que tocar una pieza con un nombre cursi.

-Sinceramente, ¿cree usted que causará buena impresión a Sidorenko?

-Eso depende de Sidorenko. Muchos egresados del Conservatorio salen con una técnica increíble y muy poca capacidad para apreciar el talento musical innato. Tocan como si jugaran al fútbol, todo es entrenamiento, ejercicios, tácticas y muy pocas dotes naturales. Zhenia ha sido bendecido con un lenguaje musical propio, pero ahora mismo está demasiado atrapado en lo que está bien y lo que está mal, en aspectos técnicos. Sin embargo, lo que el chico tiene es algo que no se aprende. Tal vez Sidorenko entienda suficiente de música para reconocerlo. O tal vez no sepa escuchar.

-¿Qué le parece si nos saltamos el concierto y nos quedamos solo con la audición?

-La audición será más difícil. El comité juzgará su recorrido académico, su técnica, querrán comprobar que es el tipo de candidato adecuado, que será capaz de mantener la reputación de la institución.

-¿Y usted no cree que lo sea?

-¿Lo cree usted? Vuelvo a decirlo, este niño sigue sin tener un piano en casa.

Algo se ha movido en la esquina. La mujer del señor Leibniz levanta el brazo derecho. El señor Leibniz se pone en pie y vuelve a llevarle el brazo hacia el regazo, pero ella lo levanta de nuevo, sacudiendo la cabeza como un muñeco, a la escucha, conectada a los silenciosos impulsos que la rodean.

-Bajo los pupitres, bajo los pupitres.

Lo dice en un gorjeo, sin fuerza en la voz, pero María reconoce algo en sus palabras, la fuerza de un propósito. Esa frase formaba parte de una rutina que también interrumpía sus jornadas escolares.

Los copos de nieve se pegan a la ventana, la anciana pone su

atención en ellos y el señor Leibniz parece desconcertado y mira con ojos interrogantes. María cae en la cuenta de que debió ir a la escuela en otra época.

-Era un ejercicio escolar. Un simulacro de ataque nuclear.

-Ah, sí, por supuesto, he oído hablar de ellos -se sienta junto a su mujer, le toma la mano-. Tenían que ser aterradores.

-Bueno, en realidad a mí me encantaban. Recuerdo pocas cosas del colegio, pero los simulacros nucleares, sí. Recuerdo que a veces los hacíamos cuando llovía, justo después de la asamblea, cuando todo el mundo tenía la ropa mojada, y cómo nos acurrucábamos debajo de las mesas y yo podía oler la humedad y el vaho, y sentirme cerca de todos.

-La gente no hablaba de otra cosa. Se hacían todo tipo de discursos sobre nuestro poder absoluto, pero, naturalmente, el miedo era inmediato. Todos esos misiles apuntándonos desde Italia y Turquía. Estoy seguro de que también lo sentiría de niña, incluso más.

-Recuerdo que una vez levanté la cabeza durante el simulacro (teníamos órdenes estrictas de no movernos) y miré a mi alrededor pensando que ese sería el aspecto del cuarto si cayera una bomba de verdad. Todos mis compañeros tirados por el suelo, solo quedaría en pie el profesor -lo dice riéndose de ese detalle-. A esa edad uno piensa que los profesores son indestructibles.

El señor Leibniz acaricia la mano crispada de su esposa.

-Ojalá lo fueran -dice, y añade tras un silencio-: Katia trae aquí el pasado, guía mi memoria, me hace revivir cosas que desaparecieron de mi vida cuando era joven y otras que preferí ignorar.

-¿Hay años concretos que ella recuerde con mayor precisión?

-Sí. Algunas veces en medio de la noche se sienta en la cama porque oye algo, lo escucha. Tiene una sensibilidad extraordinaria a los ruidos nocturnos. Yo sé que está reviviendo los años de Stalin, los meses antes de que me llevaran preso. Fueron tantas noches esperando a que llamaran a la puerta…

-Debió de ser terrible cuando finalmente sucedió.

-No tan terrible. En realidad, fue un sentimiento de gran alivio. Yo estaba de pie en esta habitación en bata y zapatillas y ellos me llevaron a empujones por el pasillo, me rodearon y me dijeron que me vistiera, y recuerdo una extraña sensación de justificación, de que al menos no había sido cosa de mi calenturienta imaginación. Esperar con miedo supone un estrés increíble.

-¿Cuánto tiempo estuvo en los gulags?

-Diez años. Luego los cerraron y yo volví a casa y procuré desaparecer. Afinaba pianos y paseaba por el parque.

María se levanta y se dirige al piano que está al lado de la puerta,

fijándose en él; le sorprende que sea mucho más grande que lo que las dimensiones de la habitación parecerían admitir.

-Fue un regalo. Perteneció a un ingeniero, un hombre solitario, muy respetado. Cuando murió, dejó dicho en sus últimas voluntades que se me legara a mí.

-Es precioso.

-¿Toca usted alguna vez?

-No, no tengo la paciencia necesaria. Mi marido lo hacía, de vez en cuando.

-¿Lo hacía?

-Sí.

El señor Leibniz no insiste.

Ella pasa la mano por los dibujos de marquetería de los laterales, disfrutando de cada curva, como si fueran los huesos de una cadera.

-Si pudiera volver atrás, a antes de que lo arrestaran, ¿cambiaría algo de lo que hizo? -pregunta ella.

-¿Y qué podría haber hecho?

-No lo sé. Supongo que hubo gente que opuso alguna resistencia.

-No había resistencia. ¿Qué resistencia iba a haber? No había derechos ni cosas mal hechas, no había zonas grises, lo único que había era el sistema. Yo hice lo que pude, sobreviví. Y he vivido lo bastante para poder cuidar de mi mujer. Era mi única ambición.

Es hora de volver a casa. Alina trabaja hasta tarde y María tiene que hacer la cena. Le da la mano al señor Leibniz. Su mujer está en otro lugar.

-Gracias por atenderme. Me aseguraré de que Zhenia no pierda más clases.

Él nota un cambio en ella, una vacilación en su apretón de manos. Inclina la cabeza intentando establecer contacto visual.

-He hablado como un hombre asediado por años de olvido. El único cambio que nos espera a mi mujer y a mí es la muerte. La resistencia es para los jóvenes. Usted, aunque puede que no se dé cuenta de ello, todavía es joven.

María sonríe y aprieta su mano respetuosamente, ruborizándose.

En el descansillo, mira los charquitos de agua que se han formado alrededor del felpudo, nieve sólida ahora transformada en líquido, en un reguero que llega hasta la escalera. En el piso inferior oye movimiento y el crujido de los quejosos peldaños. Una imagen se enciende en su cabeza y en su imaginación se prolonga el sonido: el estampido del pateo de botas por las escaleras, la arrogante cadencia de unas zancadas autoritarias subiendo hasta el descansillo, los golpes en la puerta; ahí plantados, justo donde ella está parada. Los soldados por todo el pasillo, el señor Leibniz en bata, atontado de sueño. Esa

sensación de profundo desamparo, de no tener a nadie que te defienda, una sensación tan poderosa que resulta casi tangible.

A las diez y media Grigori acaba su turno y se va a la cafetería. A esas horas está cerrada, pero él tiene una llave. Si no ha comido, le dejan la comida en la nevera. Una tarrina de caballa con remolacha y mayonesa, a veces lengua y nabos asados. En ocasiones tiene que concentrarse para ser capaz de llevarse el tenedor a la boca. Rara vez utiliza un cuchillo; es un instrumento que, para él, ha perdido su inocencia.

Primero ve la raya de luz por debajo de la puerta. Al acercarse, le llega el olor. Lo reconoce de inmediato: *zkarkoye.*Algún otro cirujano habrá acabado tan tarde como él; las enfermeras y los médicos ayudantes hacen turnos de quirófano, así que cenan antes. Se detiene pensando en volverse a su habitación; la conversación es inevitable. Pero no puede resistirse al aroma de cebolla, a la reconfortante idea de una comida caliente.

Abre la puerta y ve a una mujer de pie ante el fogón. La madre del chico.

Ella se vuelve y sonríe.

-Me dijeron que estaba a punto de acabar. La comida está lista.

La sorpresa lo vuelve receloso.

-¿Cómo ha entrado?

-Una enfermera.

-Ella tenía que haber pedido permiso.

-¿A quién? Nadie le va a negar una comida decente. Se echaron casi a mis pies cuando lo sugerí.

-Yo no soy responsabilidad suya -apenas lo dice ya está arrepentido de sus palabras. Debería dejar su autoritarismo en el quirófano.

Ella hunde la cuchara de madera en la cazuela y se apoya en la encimera mirándole a la cara. Habla despacio, amablemente, consciente de lo cansado que está. Puede que sea la luz, pero parece aún más pálido que hace unos días.

-Lo comprendo. No estoy aquí para hacer de madre. Estoy aquí para darle las gracias. Es una comida de celebración.

-¿Qué estamos celebrando?

-Mi Sofía va mejor. Ha estado en la cama con fiebre, diarrea y con muchos problemas para conseguir bajar la comida. Por supuesto, yo pensé en lo peor. Pero le han hecho unas pruebas y está mucho mejor, está comiendo y vuelve a tener color en las mejillas. Resultó que era una infección intestinal. Es como si hubiera vuelto a la vida -Grigori se

pasa la mano por la cabeza. No acaba de ver claro que le interese que le cuenten la vida de nadie. Aunque sean buenas noticias-. Y estamos celebrando la vuelta de Artiom. Ese perro me ha devuelto a mi chico. Ha vuelto a hablar, a contarme cosas. No se figura usted cuánto le ha ayudado ese perro tullido.

Grigori asiente, derrotado, y se desploma en una silla.

Ella le sirve y comen sin decir palabra. El aroma humeante a carne de vaca y a ajo sube hasta su cara y él aspira hondo y se pone a comer con apetito. Cuando acaba, ella vuelve a llenarle el plato. La mujer le dice no con la mano antes de que pueda rechazarlo.

-Tenemos de sobra. Estamos de celebración, recuerde.

Lo mira comer con una sonrisa de satisfacción.

Ahora que puede mirarla, que puede considerarla con tranquilidad, Grigori ve las arrugas de preocupación que surcan su frente y las comisuras de los labios. Pero su sonrisa es un destello de dientes torcidos, un fogonazo de luz y energía.

Cuando él acaba, ella aparta el plato, coge una botella de un estante y le llena el vaso.

-No debería.

-Ninguno deberíamos.

Ella mete un dedo en su propio vaso, luego los besa y echa unas gotas de vodka en el suelo. Beben y apuran los vasos.

Ella se apoya con el codo sobre la mesa y descansa la barbilla sobre la palma de su mano.

-Dígame por qué está aquí.

Esa mujer es capaz de cambiar en un instante el tono de la habitación. Tiene una manera de comunicarse directa y abierta. No es agresiva; sencillamente, tampoco es trivial. Él agarra la tabla de la mesa con las manos, escondiendo los pulgares, se acomoda y se para a pensar la respuesta.

-Bueno, mi superior en el hospital me recomendó a un asesor del ministro de Industria y Energía. Me mandaron a Chernóbil y luego me transfirieron a un campo de reasentamiento.

-Eso es el cómo, no el porqué, pero da igual, ya llegaremos.

-¿Y usted? ¿Vino de Prípiat?

-Vivíamos en la zona de Gomel. Un pueblecito cercano a la central, obviamente. Pero yo soy de origen moscovita, como usted.

-¿Se lo ha dicho Artiom?

-No se preocupe, lo sabemos todo sobre usted. Aquí callar no sirve de mucho.

Grigori no intenta comprobar esa aseveración, no quiere saber. Coge la botella y llena otra vez los vasos.

-¿Cómo acabó en Gomel?

-Me enamoré -contesta ella con una media sonrisa en los labios.

-Y él… Su marido… -lo dice tartamudeando. Sin la bata blanca no maneja bien el tema. No tiene ni idea de cómo tratar estos asuntos fuera del contexto profesional.

-Sí. Murió antes de que nos trajeran a este campo. Trabajó de liquidador de la central. Le encargaron que talara los árboles de los bosques vecinos.

-Lo siento.

Pausa.

-Gracias.

Sabe, por su silencio, que no quiere ser ella la primera en volver a hablar. Piensa en cambiar de tema, pero aquí no hay más tema que este.

-¿Cómo se conocieron?

Ella reflexiona antes de contestar. Le gustaría poder contárselo todo a alguien. ¿Por qué no a este médico? Nunca ha tenido ocasión de revivirlo como una historia.

El día que Andréi entró en la sastrería, cerca del parque Izmailovski, y se presentó a ella, la oficiala, que estaba marcando con jaboncillo la tela para cortar un traje. Ella tenía la boca llena de alfileres sujetos con los dientes y la mandíbula apretada por la concentración. Miró hacia arriba para saludarlo y, de pronto, sus ojos azules fueron el único color de toda la habitación, unos ojos tan persistentes y resonantes como una nota de piano. Ella detuvo su labor para mirarlo y él le devolvió la mirada. Al ver su porte, con los pies firmemente plantados en el suelo y los hombros echados para atrás, supo que era un hombre que conocía el mundo y que era igual de fuerte que él. Se sacó los alfileres de la boca y tuvo que disculparse y marcharse, confusa. Aquella tarde estuvo andando durante horas, intentando localizar la sensación en su interior, pero no era capaz de entender sus propios sentimientos; eran algo nuevo para ella, y solo más tarde se dio cuenta de que fue la vaga impresión del amor lo que la había invadido sin previo aviso, una sensación para la que carecía totalmente de referentes. Y cuando aquel pensamiento empezó a desarrollarse realmente, su primer impulso fue el de rechazarlo: eso era cosa de adolescentes, no de alguien de su edad. Se dijo a sí misma que ella era una persona que sabía lo duro que era el mundo, que entendía que para sobrevivir hay que ir a lo práctico, ser una persona equilibrada y escoger las cosas de acuerdo con su valor.

Unas semanas después, allí estaba él de nuevo, tal como ella había esperado, con la modestia y la confianza pintadas en la cara, intentando ganar su segunda batalla. Cuando el sastre salió de la habitación a por más alfileres, Andréi siguió allí parado, envuelto en

la tela deshilachada, sin poder moverse, un maniquí viviente, y ella se le acercó y le puso la mano en la cintura, haciendo dobleces en la tela para ajustarla mejor, y ajustó el ángulo de las solapas, echando suavemente su aliento sobre el pecho de él al hacerlo, y él la cogió suavemente del cuello y se besaron fugazmente en aquel instante. Cuando volvió el sastre, mientras este modificaba y ahuecaba el tejido, ellos se lanzaban miradas furtivas, colmadas del maravilloso dolor de la anticipación.

Más tarde aún, cuando las luces de la calle se encendieron y el sastre se hubo marchado con su abrigo y su sombrero y ella hubo cerrado la puerta con pestillo, vio la silueta de Andréi recortada en un hueco de la pared, volvió a correr el cerrojo, los zapatos de él resonaron contra los adoquines mojados y ella lo dejó entrar hasta un rincón oscuro del vestíbulo bajo las escaleras. Él le recogió el pelo con su mano derecha dejando la izquierda apoyada en vertical sobre la pequeña depresión de su terso estómago y se besaron con un beso que era un lenguaje en sí mismo, un beso que era un mundo aparte; hasta que ella se apartó de él y se recolocó el pelo detrás de la oreja, y él vio dos agujeritos elípticos en el lóbulo y una pequeña cicatriz en forma de media luna justo debajo, más blanca la piel nueva que el resto de la cara. Ella, a su vez, giró el rostro de él hacia la luz y recorrió con el dedo la línea de la mandíbula. Se observaban uno a otro sin hablarse, solo mirándose.

En las escaleras, volvieron a comportarse con formalidad, afectando cierto desinterés, aunque ambos sabían que, una vez cruzado el umbral de la puerta, se produciría una avalancha de manos, de lenguas, de deseo; y ella se permitió incluso un jueguecito con las llaves, como si no pudiera recordar cuál era la del taller, jugando con él, haciendo subir la tensión, hasta que pareció que Andréi iba a tirar la puerta con el hombro y sacarla de quicio y, entonces, hizo como si lo viera por primera vez. Lo miró con desinterés y metió la llave en la cerradura, luego hizo una pausa y se volvió a mirarle a los ojos -ardientes como un incendio-, luego dio la vuelta del todo a la llave y empujó para entrar, y ya el pelo de él estaba junto a su garganta, y sus manos sobre los brazos de ella, antes de conseguir siquiera cerrar la puerta.

Fue entonces cuando entendió el significado de «posesión». En su interior ella se definía, se concretaba, se amoldaba a él, fundidos en la misma forma; hubo fuego y lujuria y cabos de hilo en su pelo y una almohadilla de alfileres al lado de su oreja izquierda y el amenazante maniquí sin brazos sobre ellos; estaba allí, pero a la vez no estaba, experimentaba todo en cada momento disfrutando de cada detalle de la experiencia, pero a la vez estaba fuera de sí; fragmentos borrosos de su pasado desfilaban por su mente y ella sonreía retrospectivamente

en medio de aquello, sus pensamientos se unieron y acabaron no se sabe cómo entre atolondrados gorjeos de risa, perdiendo casi el momento y luego, de nuevo serios, con un giro de la pelvis de Andréi y una contracción de los labios de ella.

A Tania le gustaría explicarle algo de todo esto al cansado cirujano. Le gustaría hablarle una vez más de amor, compartir con él sus experiencias, pero las heridas son todavía demasiado recientes.

Responde a su pregunta:

-Trabajaba como oficiala en una sastrería y él vino un día para arreglarse un traje.

-Y se mudó usted enseguida.

-Pasado algún tiempo. Él estaba cumpliendo el servicio militar; cuando lo acabó, me convertí en la mujer de un granjero. Una vida, que, aunque me resulte sorprendente, me encantaba. Dar de comer a las gallinas, ordeñar las vacas. ¿Quién iba a pensar que una chica de ciudad como yo se adaptaría así de bien?

Tania recoge rápido, se lleva los platos sucios y los coloca en un barreño de plástico. Ya los fregará luego. Cuando vuelve Grigori le ofrece un vaso, beben y Grigori espera a que ella prosiga.

-Algunas veces en la tele salen imágenes de la zona. Una noche mostraron a gente que se bañaba en el río Prípiat, gente que tomaba el sol en los muelles. Con el reactor al fondo, aún humeante. Grabaron a una vieja ordeñando una vaca, la leche caía en el cubo y llegaba un soldado con un dosímetro para medir el nivel de radiación y era normal. Luego lo medían en un pescado que había sobre una fuente: normal. Es normal. Todo va bien, decía el comentarista, la vida sigue normalmente. En el albergue, después de evacuarnos, algunas mujeres recibían cartas de sus maridos, que estaban en la central. Lo mismo. La vida vuelve a la normalidad. Todo normal.

Hay una caja de cerillas sobre la mesa. Grigori extiende el brazo para cogerla, saca una cerilla de la caja, la prende y mira cómo arde hasta no ser más que un palito negro entre sus dedos. Enciende otra y luego se pone a hablar.

-Yo tenía un contacto en Minsk. También era cirujano. En los primeros días me acerqué al hospital a decirles lo que estaba sucediendo. Había una nube radioactiva sobre la ciudad. Se nos había prohibido hablar oficialmente de ella. Así que difundí la noticia como pude, hablé con la gente que estaba en contacto con grupos grandes de población -ella está sentada en su silla, con los brazos cruzados, atenta a cada palabra suya-. Hablé con mi colega y él ya estaba al tanto de la situación. Nadie había llegado aún con envenenamiento radioactivo; eso iba a suceder en unas semanas. Pero había mucha gente, entre ella muchos miembros importantes del Partido, a los que

hubo que hacer lavados de estómago por ingesta masiva de tabletas de yodo. Así que el personal médico sacó sus propias conclusiones. Pero luego dijo algo más. Dijo que tenía un amigo que era librero y que, al día siguiente de la explosión, aparecieron cuatro tíos del KGB y confiscaron todos los libros que tuvieran alguna relación con el tema. Cualquier cosa sobre guerra nuclear, radiología, incluso libros de divulgación, libros para fomentar en los chavales el interés por la física. Llegaron a tales extremos que, por supuesto, la gente creyó la propaganda.

Tania sacude la cabeza.

-¿Conoció a algún liquidador?

Grigori no está muy seguro de que ella quiera que le conteste. La mira para ver cómo debe responder y ella sigue ahí, tranquila, esperando su respuesta.

-Muchas personas se prestaron voluntarias. Miles, y no solo gente de allí, como su marido. Esa primera semana trajeron autobuses cargados de obreros y de estudiantes. Le echaban gente al problema, les ofrecían tres o cuatro veces el sueldo habitual. Aunque no todo el mundo vino por el dinero. A algunos, simplemente, los subieron al autobús. Pensaban que venían solo para disfrutar de un fin de semana, como premio a la productividad. Vi a gente sacándose fotos delante del reactor, para tener la prueba de que habían estado allí, como si estuvieran haciendo turismo -juega con una cerilla entre los dedos, le gustaría fumarse un pitillo-. Al principio, lo trataron como si fuera un campamento de vacaciones. Trabajaban, por supuesto; retiraban la tierra de la capa superficial del suelo, cavaban desagües y, al atardecer, estaban machacados. El vodka corría como el agua. Aunque, finalmente, se acabó, y entonces se bebían todo lo que pillaban: colonia, quitaesmalte, limpiacristales. Para entonces bebían para quedarse en blanco, para olvidar lo que habían visto.

-¿Por qué no fueron sustituidos? ¿Por qué tuvieron que estar allí tanto tiempo?

-Al principio se suponía que solo iban a estar dos semanas. Las primeras directrices tenían sentido, yo mismo exigí que se aplicaran muchas de ellas, pero pronto resultó imposible ponerlas en práctica, debido a los recortes presupuestarios y a la falta de flexibilidad de algunos altos funcionarios. Cada uno de los hombres tenía un dosímetro alrededor del cuello. Se suponía que nadie debía exponerse por encima de los 25 micro roentgen, lo máximo que soporta el cuerpo humano. Le dimos a cada uno tres juegos de equipamiento protector. Pero mi superior anuló su decisión de proporcionar lavadoras para la ropa; no quería tocar ningún recurso hídrico limpio de los que quedaban. Así que los hombres no tenían modo alguno de lavar el equipo. A partir del tercer día, llevaron siempre encima ropas

radioactivas. Al cabo de dos semanas, decidieron no sustituirlos, no sacrificar a otros. En la reunión para planificar la mañana calculaban cuántas vidas iban a emplear en cada una de las tareas. Dos vidas en esta, cuatro en esta otra. Era como un gabinete de guerra, los hombres jugando a ser Dios. Lo peor es que no valió de nada. De todas formas, tuvieron que sustituirlos; estaban demasiado enfermos para poder trabajar.

-¿Ahí fue cuando usted se marchó?

-No, todavía me quedé dos semanas más. Pensé que podía ser de alguna utilidad para ser la voz de la razón, alguien que defendiera a los trabajadores. Luego me enteré de que el Partido había organizado granjas protegidas cerca de Moguilev. Estaban cultivando hortalizas, controlaban el suministro de agua. Todo estaba siendo supervisado por expertos, incluida la gente que necesitaban para mantenerlo, en los pueblos de la zona. Tenían sus propias vacas; cada uno de los animales llevaba un número y estaba sometido a baterías de pruebas. Tenían vacas que estaban seguros que daban leche fresca. Entretanto, en las tiendas alrededor de la zona de exclusión, vendían leche condensada y leche en polvo de la central de Rogachev, los mismos productos que estábamos usando en los cursillos de iniciación como ejemplo de fuente de radiación estándar. Ahí fue cuando se tuvieron que deshacer de mí. Volví a Minsk y hablé con Alexéi Filin, el escritor. Le dije todo lo que sabía. Filin habló del tema en una entrevista televisiva en directo, era un programa sobre literatura. Fue muy valiente, lo detuvieron inmediatamente. Todavía sigue encerrado, no he sido capaz de averiguar dónde lo tienen.

-¿Cómo no lo arrestaron a usted?

-Me amenazaron con ello. Yo estaba hecho a la idea. Iban a encerrarme en un psiquiátrico. Me susurraron que si aquello no me convenía, podría verme envuelto en un trágico accidente. «Miren a su alrededor -les dije-, llegan tarde.» Pero la ironía es de las pocas cosas que no están al alcance del KGB -mira por la ventana mientras pasa el dedo por el borde del cristal-. Últimamente necesitan cirujanos, así que resulto más útil trabajando aquí que encerrado en una celda acolchada.

Se quedan unos minutos en silencio.

-Debe de estar preocupado por su salud -dice Tania.

-No -dice él con la mirada perdida.

-Pero usted estuvo allí.

-Y era uno de los pocos que sabían en lo que nos estábamos metiendo. Lo de preocuparme por mí, debería haberlo pensado antes.

Se quedan callados unos minutos. Cada uno con sus propios agravios. La primera en hablar es Tania:

-Andréi me contó un chiste antes de morirse, uno que circulaba por la zona. -Grigori se da cuenta de que ella está esperando su conformidad, así que asiente con la cabeza y ella prosigue-: Los americanos envían un robot para ayudar en las tareas de limpieza nuclear. Así que el supervisor lo manda al tejado del reactor, pero a los cinco minutos se estropea. Los japoneses también han donado un robot, así que el supervisor lo manda para sustituir el de los americanos, pero a los diez minutos le dicen que tampoco ha podido resistir las condiciones. Así que el oficial, muy cabreado y maldiciendo de la birriosa tecnología occidental, le grita a su subordinado: «Manda otra vez un robot ruso, que son las únicas máquinas fiables que tenemos». El subordinado saluda y da media vuelta para marcharse. «Y dile al soldado Ivanov que vamos con mucho retraso, que no sueñe con bajarse a fumar hasta dentro de dos horas.»

Tania sonríe acordándose de cómo lo contaba Andréi, con aquel humor tan cáustico, enseñando los dientes, con aquella mezcla de pena y desafío. Se echa a llorar.

Grigori espera a que el llanto amaine y luego la coge de la mano.

-Me acabo de dar cuenta de que no me ha dicho nunca cómo se llama.

-Tania.

-Lo siento Tania.

-Gracias -contesta, limpiándose las lágrimas con la palma de la mano-. Basta ya, estamos de celebración y tengo órdenes.

-¿Órdenes?

-Por supuesto. La gente no para de especular. Quieren que averigüe algo. ¿O es que se figura que con un desastre así la gente ya no cotillea? Estamos deseando distraernos con lo que sea.

Él sonríe.

-¿Qué tipo de especulaciones?

-Pues cuáles van a ser.

-¿Quieren saber si me espera alguien en casa?

-Bueno, aquí no tiene a nadie, evidentemente, no hay más que verlo. Yo le he preguntado por qué. Usted vino aquí a ayudar, ya lo sé, todos le estamos agradecidos. Pero siempre hay algo más.

Él esconde el vaso entre sus manos, bajando la vista.

-No quiero hurgar en nada -la voz es maternal, suavemente preocupada-. Era solo por charlar.

Recuerda el vaso estallando contra la pared. La silla de la cocina hecha pedazos, patético e improbable objeto entre sus piernas, hecho pedazos a sus pies cuando se sentó al lado de la estufa. Al entrar, ella ya lo sabía, por supuesto que sí lo sabía; le había dejado la nota por la

mañana. Lo sabía antes de ver nada, antes de enfrentarse al naufragio de su hogar, solo con verlo a él y ver la rabia en su mirada.

Cuando Grigori piensa en su relación le parece esencialmente compuesta de tardes. El trabajo los absorbía a ambos: él llegaba al hospital a última hora de la tarde y atendía a los pacientes hasta entrada la mañana; ella se marchaba temprano del apartamento porque escribía sus artículos antes de que las oficinas se llenaran de conversaciones y distracción, antes de que las reuniones de redacción devoraran el tiempo.

Pero quedaban las horas centrales del día. Los desayunos tardíos en los días libres. Despertarse con el sol de mediodía, entre las sábanas revueltas. Él pasaba su cuello y su cara sobre el cuerpo brillante de ella, recogiendo el glorioso olor de su transpiración. Le levantaba los brazos sujetándole las muñecas contra el cabecero y se demoraba en el cálido nido de su olor, pasando primero la punta de la lengua por la tímida sombra de las axilas y luego lamiéndole toda por completo a grandes y largos lametones, y repitiéndolo de nuevo de cintura para abajo.

Las tardes de paseo por las librerías, cuando ella le llevaba a dar una vuelta por el mundo de la letra impresa. Y luego la lectura hasta la hora de la cena, él tumbado con la cabeza apoyada en el centro de ella, mientras ella doblaba su pierna sobre los hombros de él, como reclamando algún derecho.

Entonces, de golpe, las tardes cambiaron.

Tardes en que hacía demasiado mal tiempo para salir y que ellos pasaban entrando y saliendo de las habitaciones, evitándose uno a otro. Si ella iba al dormitorio, él se marchaba al salón. Si él se estaba afeitando ante el lavabo, salía cuando ella entraba a darse un baño.

Cuando se quedó embarazada, él pensó que sería un nuevo comienzo, que aquello alejaría la tristeza que se había instalado entre ellos. En vez de eso, ella se sumió aún más en sí misma.

Luego llegaron las tardes en que ella se cubría con la protectora pantalla de un libro y él se lo arrancaba de las manos y lo estampaba contra la pared gritando: «¡Háblame! ¡Mírame! ¡Estoy aquí, no me trates como si fuera un puto fantasma!», y ella se levantaba de la silla, recogía el libro de la esquina, buscaba de nuevo la página y volvía a sentarse como si se hubiera quedado traspuesta un momento y hubiera perdido el hilo.

Tardes en las que pateaban furiosos las calles y se aplacaban entrando en algún salón de té, donde la presencia de los otros les obligaba a cierta compostura, y él contaba alguna anécdota graciosa de su niñez y en el rostro de ella se esbozaba una sonrisa, como un rayo de sol sobre un mar sombrío y gris, y luego desaparecía, dejándolo con la amargura del recuerdo de lo que alguna vez habían

disfrutado.

La tarde del daño irreparable. Una comida en el Yar; algo fuera de lo ordinario, aunque sin alcohol, por supuesto, pero sí una buen filetón en compañía de Fiódor Yuriyevich, entonces jefe de cirugía. Otros camaradas que se le acercaban para darle una palmada en la espalda. Se habló de caballos, de fútbol, de cuáles eran los cursos más aconsejables y cuáles las revistas a las que proponer trabajos. Hubo preguntas acerca de su artículo sobre cardiomiopatía. Fiódor procuró abstenerse de hablar de cómo debía ser lo de ser joven. Trabajo, publicaciones, tanto porvenir, la familia y sus implicaciones. El nuevo presidente recién elegido. Un hombre fuerte y vital, carismático. Un hombre que iba a renovar la Unión, a guiarla a la época moderna. Son tantas las expectativas suscitadas, Grigori. Alabanzas sobre su técnica. Fiódor había intervenido en un caso suyo recientemente, la víctima de un accidente de tráfico, una operación nada fácil, desde luego.

-Pero lo llevaste muy bien, Grigori. Tu equipo no intercambió ni una mirada. Calma total, es lo único que se necesita. Manos de hielo. No precipitarse nunca. Aunque tú podrías rebajar tus tiempos. ¿Cuál es tu mejor tiempo para una intubación endotraqueal?

-Ninguno mejor que el suyo, señor.

-Bien hecho. Como me ganes en eso, te mando a Vladivostok.

Un guiño, amistoso pero retador, a Grigori, como si no hablara del todo en broma, lo cual, obviamente, era el mejor de los cumplidos.

Y cuando Fiódor se marchó y ya no se acercó nadie más a la mesa, Grigori metió la mano en la chaqueta para pagar la cuenta y se encontró con el sobre. Era papel de alta calidad. Sin nada escrito y sin remitente. ¿Una promoción? ¿Un bono? ¿Una declaración de amor de alguna enfermera en prácticas? Lo abrió allí mismo sobre la mesa, y, al reconocer la escritura de ella, le embargó la esperanza. Por fin, algo de claridad; todo lo que ella no había sido capaz de decirle vendría en aquella carta. Por supuesto, era una manera muy suya de expresarse. Lo explicaría todo, exponiéndolo en aquel lujoso papel, respetando los márgenes: su punto de vista, sus vericuetos mentales, sus disculpas, sus ganas de volver a empezar de nuevo, el consuelo que ella encontraba en él.

La carta no contenía nada remotamente parecido. El lenguaje era formal, casi profesional, como una carta para rechazar una candidatura de trabajo o el contrato de alquiler del televisor. Tan claro y conciso que no pedía una segunda lectura. Una exposición de los hechos. Había decidido deshacerse del niño. Sin emociones, sin remordimientos, sin disculpas ni explicaciones.

Grigori se fue sin pagar. El camarero salió tras él hasta la calle llamándolo a gritos y Grigori se volvió, sacó un puñado de billetes del bolsillo, se los dejó al camarero en la mano y siguió andando hacia el

norte. Andaba y daba la vuelta a las esquinas y seguía andando; volvía a veces sobre sus pasos, se paraba a considerar sus huellas sobre la nieve y luego reemprendía la marcha en la misma dirección.

Al llegar a casa, se lavó la cara en el baño y miró el agujero del desagüe, un orificio pequeño y oscuro rodeado de cerámica blanca. La primera noche juntos, su encuentro en el lago, la superficie blanca extendida ante ellos como una perfecta e infinita posibilidad. Ahora su relación recordaba a aquel entorno duro y frío; si aún había vida, estaba escondida en las oscuras aguas subyacentes. Con gusto habría machacado aquella superficie para hundirse en las profundidades y sacarla a ella hacia el calor, pero ella solo le permitía un delgado hilo de conexión y él esperaba en vano, inclinado sobre este, pendiente del menor indicio de necesidad por su parte.

Grigori oye una puerta que se cierra sacándole de sus pensamientos.

Tania ha llamado a la puerta de al lado, al cuarto de las enfermeras, para convencerlas de que le den otra botella. Sirve y ambos beben y abren las ventanas a las llanuras del pasado, contándose sus vidas.

Finalmente, cuando la conversación llega a un receso, ella, de repente, se endereza.

-Casi se me olvida -se dirige a una prensa junto a los fogones y vuelve con un paquete envuelto en tela de saco que deja sobre la mesa, entre ellos dos-. Es un regalo.

Grigori se tensa.

-Es muy amable por su parte, pero, por razones profesionales, no puedo aceptar regalos.

-Usted le dio un perro a mi hijo. Solo estoy correspondiendo el gesto.

-El perro me lo quedé yo. Su hijo se limita a cuidarlo.

-Bueno, pues yo también le estoy dando algo para que lo cuide. Yo no soy capaz. No sabría cómo hacerlo -dice exhalando una breve risa.

-Ahora me está usted preocupando. No me estará dando otro maldito animalito del que tenga que hacerme responsable, ¿verdad?

-Ábralo. Ni que decir tiene que me da vergüenza el paquete. Parece que el papel de envolver no es exactamente una prioridad en los suministros.

Él vuelve a mirarla como para pedir permiso. Acerca el paquete, lo abre y saca la cámara, una Zorki, algo anticuada pero en buen estado. Saca el objetivo, le quita la tapa y la levanta hacia la luz, comprobando si la superficie está arañada, como si fuera un experto en vinos acercándose a la nariz la primera copa de una botella.

-Artiom me dijo que le gustaba la fotografía. Yo se lo mencioné a

unas cuantas personas. Queríamos regalarle algo, para mostrarle nuestro agradecimiento. No fue tan difícil. Siempre hay alguien que tiene un primo. Me temo que no le queda mucho carrete, así que tendrá que arreglárselas usted para conseguir más.

Él sujeta el regalo y se mira las manos. No ha hecho más que cumplir con su deber, su obligación profesional. Hasta los actos de amor más íntimos de esta gente estarán contaminados, su prole heredará su tragedia. Eso es lo que más le aflige. De aquí en adelante no habrá más que desolación. ¿Cómo puede tener este regalo entre las manos? Lo deja frente a él, sobre la mesa.

Tania se inclina y cierra sus manos sobre la suya.

-Usted ha hecho muchísimo bien aquí.

-¿Qué bien he podido hacer yo? Mire a su alrededor, tanta enfermedad.

-Hemos venido aquí a sufrir. Usted nos ha ayudado a soportarlo. Usted ha cuidado de nuestras vidas. No puede ignorar lo importante que es eso -dice cogiendo la cámara y poniéndosela entre las manos-. Ahora puede usted hacer algo por mí. Quiero que me saquen una foto. Quiero tener algo que dejarles a mis hijos.

Él hace correr los dedos por los diales, recuperando en un instante su habilidad natural.

Levanta la cámara hasta su ojo y enfoca a la mujer.

Ella está confiada, mirando directamente al objetivo, con las pupilas llenas de suave luz. Se resiste al impulso de posar, su cuerpo permanece receptivo e indiferente; incluso antes de verlo, Grigori sabía que iba a ser así, es una cualidad que tiene muy poca gente. Ella, simplemente, está sentada en su silla y le habla mientras él da sus primeros pasos de vuelta a su vida pasada.

Él empieza a moverse mientras dispara, abriendo el diafragma y cambiando la velocidad de obturación instintivamente de acuerdo con la luz de la habitación. Varía los ángulos y la posición y, ocasionalmente, el diafragma hace una pausa, demorándose un segundo entero entre que se abre y se cierra, y ella aguanta la respiración en esos momentos, mientras la anticipación reúne en su quietud todas las cosas.

Ella habla de nuevo:

-Míreme. -Grigori disminuye la profundidad de campo y los ojos de ella llenan la imagen-. No me está escuchando. Míreme. -Retira la cámara de su rostro y la mira, ella se acerca y lo besa en la frente, y luego retrocede y lo mira a los ojos mientras le sujeta la cara entre las manos-. Tiene que volver con ella. -Abre la boca para decir algo, pero ella sacude la cabeza, cortándolo-. Esto no puede ser una inmolación. Ya encontrarán a otro cirujano. Ha hecho todo lo que podía hacer. Si

sigue aquí, se destruirá. Yo tengo que estar aquí; usted, no. Usted tiene que volver ya.

Lo besa en los labios. Lo besa con ternura, pero no hay nada tras ese beso, ningún deseo subyacente. Es un beso sin carácter sexual. Hace años que él no siente los labios de una mujer.

María y Alina están sentadas a la mesa, mareando un poco de repollo y de carne de cerdo con el tenedor. Están sentadas y contemplan la habitación vacía. Una fuente en el horno. El esmoquin de Yevgueni, limpio y planchado, colgado de la puerta. Los zapatos brillantes. Han pasado por la ducha y se han peinado una a otra. La ropa está preparada en el cuarto de Alina, solo tienen que ponérsela. Se supone que eso será después de cenar. Alina estaba deseando vestirse con su hermana. Hace años, puede que diez, que no se visten juntas, que no comparten un lápiz de labios, se piden consejo sobre el atuendo, se pintan juntas la raya del ojo, cuando lo de ser hermanas reside todo ahí, en ese ritual.

Dentro de cuarenta y cinco minutos un coche oficial vendrá a recogerlos. Irán por el carril *chaika*, adelantando todo el tráfico de civiles, como ha explicado reiteradamente Alina a todos sus compañeros de trabajo, una emoción casi pareja a la de ver a su hijo sobre el escenario. Recogerán al señor Leibniz y seguirán hasta la fábrica. Alina quería ir en el mismo coche que Yákov Sidorenko, eso les habría dado ocasión de abogar por Yevgueni. También le habría gustado, simplemente, estar en su presencia, sentarse con un hombre tan educado, tal vez aprender algo de él, incluso olerlo, oler la elegancia de su colonia. Pero María no lo habría consentido, alegando que una excesiva presión sobre Yevgueni podía dejarlo aterrado. El señor Leibniz estaba de acuerdo. Así que Alina transigió y viajarán en coches distintos.

Si es que llegan a viajar. Todo eso es lo que habían planeado, pero se supone que tienen que salir dentro de cuarenta y cinco minutos y Yevgueni todavía no ha vuelto a casa. Salió de casa del señor Leibniz hace dos horas y media. Debería haber llegado hace hora y media, como tarde. Las hermanas le dan vueltas al repollo en el plato, atentas a oír la llave en la cerradura y un aluvión de disculpas. Se les van los ojos a la ventana, pero ya es demasiado tarde para poder distinguir nada. Un hijo y sobrino vagando por ahí fuera, quién sabe dónde.

Hay otros planes en marcha, otros planes que solo conocen María y unos pocos más.

Pável tenía razón sobre su amigo. El hombre sabe organizar bien las cosas. Las reuniones con María han tenido lugar en oficinas anodinas. Los dos solos. Hay otras personas en el grupo de la acción,

pero Danil se ha reunido con ellos por separado para evitar poner en peligro los planes. Cada vez, al llegar le daba las instrucciones, atendía a cualquier preocupación o intuición que ella pudiera tener y respondía ellas; si no inmediatamente, en la reunión siguiente, sin falta. A María le preocupaban las provisiones de comida y agua, Danil lo organizó para que hubiera agua embotellada y comida enlatada suficiente para proveer a toda la fábrica durante un mes. Cuando ella preguntó qué pasaría si cortaban la calefacción, Danil le respondió que se las habían ingeniado para conseguir introducir dos generadores eléctricos, bombonas de gas y calentadores para aguantar bien las primeras semanas. Si las cosas se complicaban, podían racionar el uso de los calentadores y con toda la ropa de protección de la fábrica podían asegurarse una temperatura razonable.

Cuando Yakov Sidorenko esté tocando, Zinaida Volkova subirá el escenario para anunciar la huelga y leerá el pliego de peticiones. Hay hombres encargados de bloquear la puerta y hacerse cargo de Sidorenko, del consorte ministerial y del director de la fábrica. Los trabajadores podrán abandonar el lugar, pero se les dejará claro que si lo hacen no podrán volver.

En ese momento sacarán a Alina y a Yevgueni del edificio.

Las dos hermanas han telefoneado a los compañeros de colegio de Yevgueni, han llamado a la puerta de otros chicos que conocen en el edificio. Nada. Nadie sabe dónde podría estar. El señor Leibniz dice que no estaba preocupado ni estresado, que cuando se fue parecía estar preparado, normal y algo gallito. Eso las ha dejado aún más preocupadas.

María se pregunta si lo habrán raptado. ¿Sabría alguien más los planes que tenían? No, Danil es demasiado bueno en lo suyo. María hizo lo que le había dicho y se informó sobre él. La reputación que tiene no encaja con el perfil de topo del KGB; ha tenido demasiado éxito como agitador y no muestra el tipo de torpe curiosidad del que suelen hacer gala, siempre preguntando, siempre informándose de todo. Danil sabe no preguntar por las cosas que no le incumben. Y la gente que se fía de él es de confianza. Para la primera reunión con María llegó acompañado de Zinaida Volkova y, a partir de ese momento, ella supo que estaría dispuesta a hacer lo que fuera necesario. Zinaida es una figura unificadora capaz de arrastrar a la fábrica entera. También sabe cómo trabajar en los entresijos del poder. Su éxito en anteriores negociaciones, consiguiendo concesiones para los trabajadores sin tener realmente una fuerza importante tras ella, prueba que es capaz de eso y de más. Y lo que es aún más importante: su credibilidad está por encima de cualquier duda. Los obreros saben que no está ahí para forrarse. Y será muy eficaz. Será

una líder formidable y una oponente dura en la negociación. Danil las dejó solas y María pasó un par de horas hablando con ella, impresionada por la lucidez que demostraba esta mujer mayor, por lo directo de su lenguaje y por la simplicidad de sus objetivos. Quiere conseguir un sindicato independiente, votado por los trabajadores en elecciones abiertas. Con derecho de reunión y derecho de huelga. «Todo lo demás vendrá a partir de ahí», eso dijo Zinaida, y a María no le cabe duda de que con solo esas dos peticiones se abriría un amplio abanico de posibilidades. Pero sí duda mucho de que puedan conseguir esas concesiones: lo que están pidiendo es un cambio en la ideología, abrir unas puertas que estaban cerradas. Mucho hablar de reestructuración y apertura, pero no tardarán en ver hasta dónde llegan los programas de la *glasnost* y la *perestroika*.

Y Yevgueni que no llega.

Debería llamar a Danil. Ha dejado un número de contacto por si sucediera algún imprevisto.

El tictac del reloj de la cocina reverbera en todas las superficies. Unas cuantas hormigas avanzan resueltamente por el suelo, desplazándose en paralelo al zócalo de los armarios de la cocina, y se meten por un agujerito de la esquina. Los armaritos están forrados de plástico naranja. Le da a la cocina un aspecto opresivo, hacen que la habitación parezca aún más pequeña. Han hablado de ello, han hablado de todos y cada uno de los aspectos de este apartamento, Alina siempre deseosa de mejorarlo y María deseando simplemente que llegue el día de irse de allí. Alina se levanta y empieza a abrir todos los armarios con algún propósito; María no le pregunta qué está buscando, se limita a mirarla. Saca un largo cilindro de plástico blanco con un dibujo de una hormiga negra. Se arrodilla y traza con el contenido una blanda raya blanca entre el suelo y el zócalo.

Alina devuelve el cilindro a su sitio, se sienta de nuevo a la mesa y resopla hinchando los carrillos.

-Ya no estoy enfadada, ahora estoy preocupada. ¿Estará por ahí o le habrá pasado algo? ¿Será capaz de hacer pasar este mal rato a su madre o es que no ha podido evitarlo? Eso es lo que me pregunto ahora mismo.

-Es verdad.

-Podría ser una cosa u otra.

-Es verdad.

María se levanta, va a la entrada y coge el abrigo, el gorro, la bufanda y los guantes.

Vuelve envuelta en ellos.

-Voy a ver si lo encuentro.

-Yo me quedaré a esperarlo.

-Estaré aquí dentro de media hora. Si vuelve a casa, preparaos. Yo me cambio en cinco minutos.

-De acuerdo.

La puerta se cierra. Alina se levanta y limpia los platos, tirando los restos a la basura. Los lava, los pone en el escurridor y se sienta. Esa es una parte esencial de la maternidad, la capacidad para sentarse y esperar. Su vida está inexorablemente unida a la de su hijo.

Se sienta y espera. Luego se levanta, agarra un paño de cocina y seca los dos platos.

Yevgueni llega a la barbería y la luz está apagada; no se lo esperaba. Da unos golpecitos en la puerta, con un patrón rítmico preciso, un compás 6/8, tal como Yákov le ha enseñado. No hay respuesta, pero Yevgueni persevera y, tras unos minutos, oye unos pasos apagados y un hombrecillo de cara hundida abre la puerta y arquea las cejas mirando al niño para preguntarle qué es lo que quiere sin mediar palabra.

El hombre se llama Anatoli Ivanovich Nikoláienko, un elemento habitual del barrio, que conoce a todo hijo de vecino y sabe todo lo que haya podido pasar y a quién le ha pasado. Yevgueni lo ve siempre en la calle, paseando ese chucho suyo que parece provenir de un linaje mezclado de perro y rata. Yevgueni piensa que el hombre podría tener trescientos años por lo arrugada que está la corteza de su cara.

Anatoli está en el quicio de la puerta con los brazos cruzados.

-Traigo un mensaje para Yákov.

Anatoli da un silbido y llama a Yákov por su nombre. Lo hace volviendo la cabeza e inclinándose ligeramente hacia atrás, pero por lo demás no se mueve, se queda parado, de brazos cruzados; los dos esperan, Yevgueni deseando romper el silencio y Anatoli ahí plantado como si hubiera nacido en esa postura.

Yákov aparece por el pasillo y Anatoli desaparece en la oscuridad.

-Pasa -dice Yákov cerrando la puerta.

Yevgueni saca un sobre de la chaqueta y se lo alarga a Yákov.

-Eres de los buenos, Zhenia. Vas a ser muy listo cuando te hagas mayor.

Yákov le pone un brazo sobre los hombros, un gesto fraternal, pero a Yevgueni no le gusta, le parece raro, es un gesto que no encaja con la educación que ha recibido. Además, Yákov no es tan mayor como para mostrarse tan paternalista con él.

Yevgueni ha estado llevando paquetes para Yákov desde su encuentro en el descampado. Yevgueni sabe que es un juego arriesgado y prefiere no preguntar. El trabajo no puede ser más sencillo. Tiene que llamar a una puerta, decir que lo manda Yákov y

alguien le da un sobre marrón que tiene que llevarle a Yákov. Nunca mira el interior del sobre, pero sabe que tampoco hay mucho dinero dentro: Yákov es demasiado joven para que le dejen hacerse cargo de ninguna operación sustancial. Hay otros más mayores en el descampado que deben de controlar ese tipo de actividades. Yevgueni sabe todo eso; lo sabía incluso antes de venir por aquí. Es de esas cosas que se saben, un asunto de esos que hacen que los adultos bajen la voz. A pesar de todo, Yákov se porta bien con Yevgueni, lo recompensa bien, le dice que cuide de su madre.

De momento, Yevgueni no lo ha empleado en nada. Lo único que se ha comprado son dos pantalones de gimnasia y, por supuesto, las zapatillas de correr. Qué estupidez. Pensó que estaba siendo prudente, dentro de los límites de lo aceptable, pero no puede culparse porque lo pillaran. Fue mala pata que su madre apareciera por casa aquella tarde. A él le entró el pánico, lo sabe. Si hubiera actuado más relajadamente, si hubiera dicho un par de cosas simpáticas y alguna excusa aceptable para explicar su vuelta -tampoco hace falta ser un genio, bastaba con decir que el señor Leibniz estaba enfermo, por ejemplo- y luego se hubiera marchado a su cuarto, no habría habido ningún problema. Pero le entró el pánico. Hay que decir que es comprensible, porque ¿cuándo se ha visto que esté ella en casa?

Yevgueni está guardando el dinero. De momento todavía no es mucho, pero todo se andará, es regular, va en aumento. La lámpara de su mesilla tiene la base hueca, así que enrolla los billetes y los esconde ahí. Probablemente pronto tendrá ahorrado más de lo que tenga su madre, lo cual solo viene a demostrar los salarios de mierda que gana ella. Tanto sudar sobre la ropa arrugada. A él no le pillan en eso. Ya se ha deshecho de las entregas de lavandería, lo ha arreglado para que Iván Egorov las haga por él, y la dulce justicia de la situación le calienta el pecho cada vez que piensa en ello. Se acercó a Iván en el patio del colegio para hacerle la oferta. Iván, por supuesto, ya sabía de los nuevos contactos de Yevgueni. Le preguntó por su dedo, musitó unas excusas que Yevgueni pretendió no haber oído y que Iván tuvo que repetir, en voz alto y más claramente. Es la frase que a Yevgueni le ha causado más satisfacción de todas las que ha oído en su vida. A esto se refiere Yákov cuando habla de influencia.

Sabe que su madre acabará enterándose de que ya no hace las entregas de la ropa que ella lava, pero está preparado para esa eventualidad, lo hará pasar como un favor: Iván lo quiere bien, se han hecho amigos; bueno, es lo que le dirá, no es que vaya a quedar convencida, pero colará. Él va a tocar esta noche esa pieza de niños y luego tendrá manga ancha para hacer lo que quiera. Y cuando ella se entere de lo del dinero, tendrá todavía menos objeciones que hacerle. El Conservatorio significará, probablemente, más gastos. Así que qué

van a decir, ella le preguntará, porque considera que tiene que hacerlo, y él no le contestará, porque considera que no tiene por qué, y ella cogerá el dinero, aceptará su ayuda. Esta noche todo irá bien. Ha estado practicando duro. Se sabe la pieza perfectamente. Ni siquiera está verdaderamente nervioso, aunque eso puede cambiar cuando se ponga delante de toda esa gente.

-Entra.

-No puedo -dice Yevgueni-. Tengo que ir a un sitio.

-¿Qué? ¿Tan ocupado estás que no puedes perder cinco minutos? Venga, entra a decirles hola a unos amigos míos. Te vendrá bien.

-De veras que no puedo. Es importante.

-No me insultes. ¡Importante! Esto también es importante. Es gente que te conviene conocer. Si consigues que sepan cómo te llamas, te vendrá bien, Zhenia. A tu madre le será de ayuda, créeme.

Yákov le lleva hasta el fondo del pasillo, hasta la puerta de una habitación con la luz encendida. A la derecha de la puerta hay un sillón de barbero bicolor, blanco y beis. Sobre uno de los espejos preside la fotografía enmarcada de Yuri Gagarin; sobre el otro, una foto en blanco y negro de algún futbolista del Spartak. Hay plantas artificiales en una de las esquinas, vencidas por el peso de la capa de polvo que soportan las hojas. A la izquierda de la puerta, siete hombres están sentados alrededor de una mesa, algunos se parecen a Anatoli, tienen las mismas facciones ajadas, y Yevgueni reconoce en otros dos a los hombres que estaban asando patatas aquella vez que Yákov lo llamó.

Tienen una timba de póquer y cuando ven a Yevgueni se alborotan.

-Oye, ¿qué es esto?

-Aquí no hay dibujos animados, Yákov. Saca de aquí al puto crío.

-Es un chaval, no pasa nada

-Tú eres un chaval, ese todavía lleva los pañales. No quiero tenerlo aquí berreándome al oído y dando la coña. Devuélvelo a su parquecito.

-Es un chaval, es tranquilo.

-Te juro que no quiero que me pongan delante a ninguno. El puto niño, venga a llorar a las tres de la mañana. ¿Cuántas madrugadas me ha despertado berreando?

-Demasiadas.

Todos los hombres asienten con la cabeza.

-Venga -dice Yákov, conciliador-. Lleva horas dando vueltas por mí. Deja que entre para calentarse un poco el cuerpo.

Anatoli se levanta señalando a Yákov.

-Conozco a este chico desde que tenía cuatro años. Antes de que

llevara ese pelo de niña, que, por cierto, me he ofrecido a cortar doscientas veces.

-Nada de cortarme el pelo, Anatoli. Olvídalo. Es de donde saco mi fuerza bestial -dice sacando una incipiente bola en el bíceps.

La concurrencia se carcajea.

Anatoli coge a Yákov por los hombros, lo sienta en una silla y asiente mirando a Yevgueni.

-Tu niño puede quedarse, pero como oiga un solo pío…

-No va a abrir la boca.

-Un puto pío y no respondo.

Anatoli mira a Yevgueni, le guiña un ojo y señala el sillón de barbero. Yevgueni se sienta a mirar.

El silencio recorre la habitación y se enfrascan en el asunto serio, el juego. Uno de los hombres reparte cartas y ninguno las levanta para mirarlas, como hace Yevgueni siempre que juegan en casa, sino que las dejan sobre la mesa, dándole solo una ojeada a las esquinas. No usan rublos para apostar, sino varios materiales mecánicos, una combinación de clavos, pernos, tornillos y tuercas. Hay un montón en medio de la mesa y montículos de distinto tamaño frente a cada uno de los hombres. Yevgueni sabe que tiene que irse. Su madre, su tía y el señor Leibniz estarán esperándolo. Pero veinte minutos más. Todavía le quedan veinte minutos para salir y llegar a tiempo. Puede ganar un poco de tiempo si va corriendo. Mira y mantiene la boca cerrada y el juego va desarrollando sus secuencias, que van de lo tenso y rutinario -cuando cada uno de los jugadores se concentra en los otros y se echan largas miradas de soslayo, uno de ellos manipula las tornillos como si estuviera liándose un cigarrillo- a la modalidad más expansiva, cuando se ponen a beber y a reír y hablan de cosas oscuras, mujeres y trabajos anteriores. Y, ocasionalmente, se produce una erupción, cuando alguien se lleva inesperadamente la mano, cuando blanden las cartas, dejándolas sobre la mesa en abanico, con la muñeca vuelta hacia arriba, y esto va seguido de un exabrupto generalizado, un quejido intestinal, las manos clamando al cielo en la frustración de las vicisitudes del juego. En realidad, Yevgueni no ha visto nunca jugar a hombres adultos tan de cerca. Por extraño que resulte, a pesar de su edad parecen atrapados en los mismos dilemas que ha tenido ocasión de presenciar en el patio del colegio, entre la ley de la suerte y la de la capacidad.

Yevgueni no se aclara sobre quién lleva las de ganar. Cada pila de amarracos parece tener más o menos igual forma y tamaño, excepto la de Anatoli, cuyos recursos merman a ojos vistas, forzándolo a un juego cada vez más errático, hasta que finalmente él y otro hombre se llevan una mano. Delante de Anatoli ya no quedan clavos ni tornillos,

todos se han corrido al centro de la mesa. Yákov tamborilea ligeramente sobre la mesa para aliviar la tensión y Anatoli lo mira como si fuera a extender el brazo y a arrancarle los dedos, así que Yákov interrumpe el movimiento poniendo cara de cordero degollado.

Anatoli pone sus cartas sobre la mesa. Por la expresión de sus rostros, las muecas de la boca, las barbillas encogidas y los gestos de asentimiento, Yevgueni se da cuenta de que la mano debe de ser impresionante. El hombre frente a él se toma un momento antes de enseñar sus cartas, disfrutando del suspense mientras mira a Anatoli con ojos rapaces. Solo por esa mirada, Yevgueni sabe antes de que se vean las cartas que Anatoli ha sido derrotado. Anatoli también lo sabe, una pequeña muerte traspasa sus facciones, ahora que se ha apagado el débil destello de esperanza, y su rostro parece aún más encogido, como si en cualquier momento fuera a quedar definitivamente sumido entre los hombros.

Se da la mano de mala gana con el otro hombre, se aleja de la mesa con cara de asco y se sienta en el brazo del sillón de barbero a sufrir la última de las indignidades para un jugador de cartas: no poder entrar al juego en su propia casa.

Se sienta al lado de Yevgueni y Yevgueni se cruza de brazos, un gesto que lo hace envejecer de repente hasta los quince años, arrastrándolo al círculo antagónico del desafortunado jugador. Observan unas cuantas manos y luego Anatoli se inclina más sobre él.

-¿Tienes hambre? ¿Quieres comer algo?

-No, gracias, estoy bien.

-Yo sí tengo hambre. Tengo blinis de jamón en la nevera. ¿Quieres un poco?

-Bueno, vale. Gracias.

-Vale.

Anatoli pone la mano sobre la cabeza de Yevgueni para puntualizar el fin del intercambio. Sale de la habitación y al cabo de unos minutos se va la luz. Los hombres de la mesa maldicen, alguien enciende un mechero y se encuentran en una intimidad estrecha mientras la llama dibuja sombras danzantes sobre las paredes. Le gritan a Anatoli que traiga velas y él contesta que ya las estaba buscando y aparece unos minutos más tarde llevando un plato de blinis humeantes en una mano y una vela en la otra. Le ofrece el plato a Yevgueni, que coge uno de los blinis con la mano, y luego Anatoli deja el plato en medio de la mesa y hurga en los bolsillos para sacar unas cuantas velas más y los hombres dicen «gracias» entre dientes y siguen jugando como si nada. Anatoli, que sigue llevando la vela en la mano, le hace a Yevgueni un gesto con la cabeza señalando el pasillo.

-Ven conmigo.

Yevgueni lo sigue, tanteando las paredes para guiarse hasta que Anatoli abre la puerta de la calle, donde la ciudad está envuelta en una mortaja negra, oculta a sí misma, sin revelar nada. Es una oscuridad densa, melosa. Un coche da la vuelta a la esquina y la luz de los faros desvela las esquinas de los edificios, los postes de la luz, como si la calle estuviera siendo redescubierta por alguien que la pisara de nuevo después de tantos años y soplara para quitarle el polvo respirando su olor a cerrado. La oscuridad hace que todo suene como un susurro. Y luego una reverberación y un chisporroteo. Por un segundo, Yevgueni piensa que la ciudad está resquebrajándose, haciéndose añicos, pero ahora hay colores, un destello azul que viene por su izquierda, y se vuelve para ver la explosión azul de unos fuegos artificiales que iluminan el terciopelo oscuro del aire. Ya ha visto antes fuegos de artificio, por supuesto, pero ninguno estando completamente a oscuras. Ninguno que fuera el único color que se pudiera ver en la ciudad. Hay una hilera de gente apoyada contra la pared de enfrente y la luz azul rompe en sus facciones, dejando una expresión de placer en todas las caras. Ahora que sus ojos se han acostumbrado a la oscuridad, Yevgueni puede ver a otros que vienen andando, desde la cima de la colina, balanceando un poco la cabeza al bajar la ladera, moviéndose lentamente sobre el pavimento, carentes de puntos de referencia. Otros, en los quicios de las puertas, quedan más definidos: ancianos con bastón, mujeres con bufanda y botas de hebillas miran la noche. Atisban la calle arriba y abajo y, a veces, se inclinan para observar desde otro ángulo. Un gran pájaro bate las alas sobre ellos y Yevgueni levanta la vista para verlo planear sobre los tejados, casi como si los conectara. Siente un empujón por detrás. Los hombres del póquer se echan a la calle, llenos de apresurados propósitos. Yákov agarra a Yevgueni del cuello y lo arrastra hacia ellos.

-Venga.

-¿Dónde vais?

-Tenemos unas cosas pendientes.

-Yo tengo que ir a casa. Dije que volvería pronto. Mi madre estará preocupada.

Yákov se para y lo mira. Le da una palmada en la espalda.

-Por supuesto. Te acercaremos. Además es demasiado peligroso ir andando.

Un ramalazo de luz azul los impulsa hacia delante.

María baja a la carrera las escaleras, de dos en dos, agarrada a la barandilla de hierro con la mano derecha. Encontrará alguna cabina de teléfono, quizás cerca de la estación de metro. No quiere hacer la

llamada cerca de su casa por si estuviera pinchada. Ahora ya sabe que puede fiarse de Danil, pero no sabe si se ha expuesto mucho ni qué atención suscita.

Tiene cuidado con dónde pone los pies. No es el momento de caerse. Ojo con las agujas, con los vidrios rotos. Aquí y allá hay trozos de papel de váter y prefiere no investigarlo.

El señor Leibniz tenía razón, han malcriado al chico. Dejando de lado todo lo demás, este es su momento. ¿Qué ha sido de su ambición? ¿Es que quiere ser como todos los demás chicos? ¿Es que no ve la vida que lleva la gente a su alrededor; es que quiere que la suya sea también así, quiere apagar su imaginación, pasar todas las noches delante de la tele o bebiendo y hablando de tonterías sin fin? Todas estas semanas ha estado pensando que a él no le gusta que lo presionen, pero, ¿y si lo que le da miedo es la posibilidad del éxito, de tener que ser diferente en esta vida? Estar por encima de la media. Si se lo encuentra por ahí, lo cogerá de los hombros y lo sacudirá. Le dirá que la vida no ofrece tantas oportunidades, y menos cuando se viene de donde viene él.

Salta el último tramo de escalera y se para en el semáforo. Tiene que darse prisa, pero no parecer que la tiene. No quiere que la gente empiece a preguntar por qué va corriendo a la cabina telefónica. Se correría la voz hasta Alina u otros. Le preguntarían por qué no hizo la llamada desde casa.

Reparte algunos cigarrillos y pregunta a los hombres que beben si han visto a algún chico merodear por allí. Los hombres la miran intentando averiguar qué es lo que quiere oír antes de responderle. Ni se molesta en quedarse a escuchar las respuestas; cómo se le habrá ocurrido preguntarles.

Los rostros de los soldados muertos dejan caer sus maliciosas miradas sobre ella desde lo alto de las páginas casi diáfanas, iluminadas desde atrás, todos fantasmas.

Se da cuenta de que está escrutando los coches por si hay alguien pendiente de que ella pase para musitar unas palabras en un micrófono al calor de la calefacción del salpicadero. Se dirige a la cabina que hay junto al colegio. Espera en el semáforo y ante ella desfila lentamente un batallón de coches, surcando el barro negro que revolea bajo las ruedas.

Ya habrán salido Ana y Néstor y el resto de sus compañeros, sin duda molestos con ella por tener que alterar sus planes para ir a oír a algún mocoso malcriado. Las luces del semáforo cambian, pero ella no cruza. Se pregunta qué pasará si lo de esta noche no sale como estaba previsto. ¿Tendrá que huir? Seguramente se sabrá. No es posible montar un plan tan complejo como este y mantenerlo mucho tiempo en secreto. Las provisiones bastarán para delatarlos. Danil las ha

conseguido introducir en el edificio sin que nadie se entere, pero sacarlas de ahí es otra cosa. Su suerte se decidirá sin que ella intervenga. No tiene control sobre las próximas horas. ¿Por qué no habrá ido ella misma a recoger a Zhenia? Porque tiene demasiada fe en él, por eso ha sido. Tantas cosas pendientes de un niño de nueve años. Era imposible que saliera bien. Cruza la calle en cuanto tiene ocasión y pasa delante del colegio, la parte baja de la fachada está llena de grafitis que trepan hasta más allá del marco de las ventanas y acaban bruscamente a la altura de lo que un brazo estirado da de sí. Pasa gente que vuelve tarde de su turno, muchos con la chaqueta y los zapatos manchados de polvo o barro, deseando llegar a casa, sintiendo un hueco en el estómago. Ella gira los hombros para evitar una colisión. Sin embargo, no se trata solo de obreros, de burros de carga sin cualificaciones como ella, también pasan a su lado hombres vestidos con trajes tan desfondados y arrugados como la propia piel de los que los llevan; van mirando hacia el suelo, demasiado agotados para mirar de frente, con el único deseo de que les dejen en paz.

Llega a la cabina de teléfonos, rezando en silencio para que todavía funcione. No coge el auricular, sino que agarra al cable, tira de él y comprueba que no se le ha quedado en la mano. Milagro entre los milagros. Mete unos kopeks en la ranura, saca el número de su bolsillo y lo marca. Incluso en esto, esta llamada telefónica, está corriendo un peligro enorme, la posibilidad de una grabadora automática enchufada en alguna oscura habitación que grabe su voz en una cinta. La llamada da tono y oye un solo bip, un contestador; puede ser el de Danil o cualquier otro. Debería haber una contraseña, piensa, alguna frase prevista suficientemente ambigua, pero no la hay. Piensa a toda velocidad y dice lo necesario para hacer llegar el mensaje: «No ha vuelto. No podemos seguir», y luego cuelga.

Deja el auricular en su sitio y se marcha precipitadamente. Probablemente no tiene sentido dar esos pasos tan largos; si la están vigilando no tendrán dificultad en seguirla. Debería irse a casa y hacer una bolsa, coger un tren a alguna parte, intentar minimizar los riesgos para Alina y Zhenia. En un par de horas pueden estar fuera de la ciudad.

Todo se vuelve negro.
Ya no existe la luz.

María se detiene aterrada. Su miedo más antiguo se ha hecho realidad: se ha quedado ciega. Solía despertarse en mitad de la noche y se preguntaba si habría perdido la vista. El miedo está aún tan presente que insiste en dejar la luz de la entrada encendida, para poder ver el filo de luz bajo la puerta si se despierta en ese estado y tranquilizarse. Nunca pensó que podría sucederle estando despierta.

Pero no, ve formas, la luna, coches subiendo por la cresta de la colina. El pánico cede. Es un apagón. Echa a correr. Alina estará descompuesta. Si hasta ahora se las había arreglado para no pensar en lo peor, ahora le será imposible hacerlo. Su niño está ahí fuera, en la oscuridad. Se le desatarán sus mayores temores.

María corre unos minutos, luego se detiene, no sabe hacia dónde debe ir para volver a casa. Cruza la calle y luego vuelve a cruzarla. Todas las sombras son iguales, los edificios todos indistinguibles si no se pueden ver las características de sus fachadas. Tiene que encontrar el colegio, es un edificio distinto de los demás. Desde allí puede volver a orientarse.

Ralentiza el paso y pasa delante de dos hombres y ve que están fijándose en algo que hay detrás de ella y que levantan las manos al aire dando testimonio de algo, así que se vuelve para mirar lo que están mirando. Los fuegos artificiales estallan sobre la ciudad, las palmeras de chispas azul eléctrico se abren en el cielo, causando un deleite general, una ahogada exclamación de asombro entre las invisibles figuras junto a ella.

Ahora María camina a ritmo constante, su corazón vuelve a la normalidad, encuentra la escuela, vuelve la esquina y halla, por instinto, el camino a casa. Se mueve en dirección opuesta a la de la gente, que sale de los edificios para quedarse parada en la carretera, mirando; gente que llega junta y se para a contemplar y murmura haciendo especulaciones tanto con amigos como con perfectos desconocidos. Ansían la sorpresa, el momento maravilloso al que poder volver en los próximos meses para seguir paladeándolo, para sacarle todo el jugo.

María encuentra tranquilizadoras esas voces que le llegan en múltiples capas. Su terror infantil ha amainado. Las luces volverán, ahora ya no le cabe duda, y con ellas vendrá Zhenia. Ella hará el equipaje y por la mañana habrá desaparecido de sus vidas. Lo desconocido no la amedrenta; bastantes años ha desperdiciado ya sumida en la ignorancia. En estos momentos, al otro lado de su país, está saliendo el sol. Ahí fuera la esperan muchas cosas. Ve el horizonte como una alfombra vieja que alguien fuera desenrollando.

Se pone las manos en las mejillas para calentarse la cara y se da cuenta de que, a pesar del frío, está sudando. Se vuelve hacia el descampado rodeado de bultos grises y regulares. Todo el que ha sentido el impulso de salir de casa lo ha hecho, así que está sola aquí abajo, con algunas figuras que se asoman a los balcones allí arriba. Seguro que una de ellas es Alina.

Encuentra su edificio y tantea con la mano el número del porche, para asegurarse. Tira de la puerta para abrirla y siente bajo sus pies el suelo de hormigón, tan distinto de la nieve y la gravilla. La punta

carmesí de un cigarrillo gira en la oscuridad a la altura de su cintura. Hay alguien ahí sentado.

-¿Hola? -es una voz de hombre, vulnerable, insegura. Ella se detiene-. Hola, por favor, ¿hay alguien ahí?

Debería marcharse. No es un lugar adecuado para ponerse a hablar con un desconocido, es peligroso. Pero hay algo en esa voz. Se queda quieta.

-¿Qué es lo que quiere?

Puede oír un ruido apagado, la punta carmesí sube, se ha puesto de pie; la llama de una cerilla revela, por un segundo, la línea de la mandíbula. La luz se condensa y la llama se acerca a un rostro, una nariz, un ojo. Su ojo.

-¿Grigori?

Su labio superior se estira en una sonrisa, una fila de dientes.

-¿María, eres tú?

-Sí -contesta ella casi sin aliento-. ¿Eres tú?

-Sí.

El pitillo cae al suelo, la cerilla se apaga. Él enciende otra, acercándosela más al rostro, un rostro más delgado que el que ella conocía, cincelado de sombras, con los ojos hundidos. Un rostro avejentado. Él se acerca más, aproximando la cerilla. Ella puede sentir el calor de la llama. Él alarga los brazos en la oscuridad hasta encontrarla a ella, y allí están, temblando los dos del frío de la noche y del calor del abrazo.

Llevan andando cinco minutos. Los fuegos todavía suben, pero ahora con largas pausas entre uno y otro. Han incendiado los cubos de basura. Yevgueni ve focos de fuego en los callejones que cruzan la calle central. Él se ha parado, pensando que había un coche, pero ¿qué puede hacer él? No puede salir corriendo, vagar solo por las calles. Para empezar, no tiene ni idea de dónde está. Tiene frío en los dedos de los pies, sus zapatos son demasiado endebles para protegerlo adecuadamente de la nieve. Tenía que haber comprado unas botas en vez de las zapatillas deportivas. Un par de botas y su madre no habría hecho preguntas, habría aceptado cualquier explicación ante el alivio de verlo con unas botas nuevas.

Le dice a Yákov que tiene los pies fríos, cuidándose de no alterar el tono de voz: no quiere que parezca un gemido. Yákov sigue andando, pero lo mira, le da un puñetazo en el hombro y le alarga una botellita que saca del bolsillo de la chaqueta, diciéndole que beba.

Yevgueni nunca ha probado el vodka, pero Yákov lo está mirando y no tiene elección: está aquí con estos hombres, bajo su protección. No puede arriesgarse a que lo abandonen.

La botella no es mucho mayor que su mano y tiene una forma curva que encaja perfectamente en la palma; cuando Yevgueni respira hondo, da un sorbo y se pone a toser el líquido le baja por la garganta. Yákov se ríe y los tres hombres que van delante se vuelven a mirar y se ríen también. «No te preocupes -dice uno de ellos-, ya lo harás mejor» y ríen de nuevo. Yevgueni nota que le sube una náusea hasta el fondo de la boca, pero se las arregla para controlarla. Respira hondo de nuevo y deja que la sensación persista. Los hombres no lo esperan y tiene que correr para alcanzarlos; avanzan a enormes zancadas que van devorando el suelo ante ellos.

Una figura aparece andando por uno de los callejones en dirección opuesta, tiene un bulto rectangular sobre el pecho y, al acercarse, Yevgueni se da cuenta de que el bulto es un televisor. El grupo de los cuatro, incluido Yákov, se para frente a él, impidiéndole el paso. Yevgueni se queda prudentemente rezagado.

-¿Está de mudanza?

El hombre mira a un lado y a otro y piensa en dar media vuelta, pero ellos son cuatro y él solo uno y, además, está cargando con un televisor. ¿Hasta dónde llegaría si echara a correr?

-Algo así.

-Es buena idea. A esta hora no hay tráfico. Nadie que pueda molestarlo.

-Quitando, por supuesto, que ha dado con nosotros. Diga, ¿lo estamos molestando?

El hombre tiene un cuajo admirable, dadas las circunstancias.

-No. No es molestia.

Yevgueni se da cuenta de que el hombre lleva las antenas en V de la tele alrededor del cuello, sobre el pecho; las dos varillas metálicas salen de punta, como si le hubieran asaeteado el pecho por la espalda.

El más viejo de los hombres, el que ganó la partida, es el que lleva la voz cantante. Yákov y los demás se limitan a hacerle coro.

-Mejor de noche, ya sabe, porque si la gente lo ve, a lo mejor se piensan lo que no es.

El tío de la tele se ríe tontamente, sin saber cómo arreglárselas para cambiar las tornas.

El más viejo mira a Yákov, que está parado a su derecha, y luego a su prisionero provisional.

-Suelta la tele -dice Yákov.

-¿Qué?

Yákov da un paso adelante y le estampa un puñetazo en la cabeza, un golpe rápido y contundente en la sien que el hombre trata de esquivar. La tele se cae al suelo, la pantalla explota con el impacto.

El más viejo coge el cable de las antenas, lo enrolla alrededor del

cuello del hombre y le planta unos puñetazos en la cara, que efectúa un movimiento de vaivén a merced de los golpes.

El sonido del esfuerzo, el fuerte jadeo, la mezcla de placer, disfrute, excitación. Los hombres están disfrutando del trabajo. Yevgueni oye un ruido ahogado que profiere el hombre y ve caer sangre con babas y da otro viaje a la botella para amortiguar la impresión; Yákov se acerca a él y le empuja frente al hombre, que ahora está de rodillas en el suelo, al lado del machacado televisor, tapándose la cara con los brazos.

Esto es lo que hacen también los hombres, piensa Yevgueni. Hasta cuando se hacen mayores, esto es lo que hacen. Él no lo sabía. ¿Cómo podía saberlo? ¿Qué hombres trata él aparte del señor Leibniz y un par de profesores varones, como el de gimnasia? No tiene recuerdos de haber estado en compañía de hombres adultos. Su padre nunca lo llevó a ningún sitio: ni al cine ni a la piscina ni a jugar al fútbol en el parque. Nadie le ha dicho nunca que hacerse mayor es esto, merodear alrededor de timbas de póquer y bidones ardiendo, pelearse y beber. Esto son cosas que ni su madre ni su tía pueden proporcionarle. Tal vez lo hayan estado criando siempre como a una niñita. Es una oportunidad que no puede dejar pasar.

Está ahí mirando al hombre, acobardado. Lo empujan por detrás. Puede oír a Yákov diciéndole: «Dale en la cabeza». Yevgueni tiene la sensación de que se lo está diciendo desde una distancia de doscientos metros.

Los otros hombres se ríen de él. «Hazlo.»

Esto es lo que hacen los hombres. Esto es lo que significa ser uno de ellos. Yevgueni suelta una patada en el cuello del hombre, que viene seguida de un clamor de vítores, y él le da una y otra vez, notando el cuello blando del hombre contra su pie, y el hombre le mira, con los ojos encendidos de indignidad, y Yevgueni retrocede y hace contacto con la barbilla del hombre tirándolo de espaldas. El contacto ha sido como darle a algo tan sólido como una pared, algo denso, no músculo y grasa, sino duro hueso. El impacto reverbera aún en su pie. Una más en el cuerpo del hombre. Y otra. Él ya no es el incapaz, ese, el de los dedos delicados. Él va a salir adelante con sus puños y sus pies.

Se para, jadeante, hastiado.

Los demás echan a andar y Yevgueni se queda y mira lo que ha hecho.

El hombre emite un gemido en un bajo continuo y ofrece la misma apariencia que la tele: desplomado y roto.

Yevgueni sale corriendo para alcanzarlos.

El caos crece. La muchedumbre ahora destruye las calles, los

coches están parados en cualquier sentido, tirados en medio de la calzada. La gente corre en todas las direcciones. Una fila de vehículos militares avanza hacia ellos, con las luces de alarma emitiendo latidos de colores al aire. Ellos cruzan la calle y esperan a que pase el convoy militar, y el más viejo se acerca a un coche. Rompe el cristal del lado del conductor de un codazo, abre las puertas y todos se meten dentro, Yevgueni espachurrado en el asiento de atrás, con los hombros casi a la altura de las orejas. El hombre del asiento delantero saca un destornillador del bolsillo, hurga en el motor de arranque y el coche vuelve a la vida, las ruedas traseras chirrían, y salen a la carretera, derrapando de un lado a otro, y Yevgueni puede sentir el calor de los dos hombres apretados contra él, mientras Yákov en el asiento delantero grita excitado, y dónde demonios están yendo, por mitad de la carretera con los fuegos artificiales que aún despliegan ante ellos sus azules.

Cogen velocidad, acelerando por las calles. Yevgueni tiene que inclinarse hacia delante y agarrarse a los reposacabezas de los asientos delanteros para no bailar dentro del coche. El hombre que está junto a él se balancea de un lado a otro como si estuviera en medio de un temporal marítimo. Como se choquen contra algo, Yevgueni sabe que saldrá disparado por el parabrisas. Por el cristal roto entra el azote del viento y sobre el salpicadero corren trocitos de vidrio.

De pronto frenan en seco y una mujer sale despedida por encima del capó, pero rueda a un lado y se mete en una calle. Yevgueni duda de que el conductor pueda anticiparse a nada, dada la velocidad a la que circulan.

El conductor combina continuamente el freno de mano y el acelerador, así que el coche se dispara o se sujeta con terca decisión y los hombros de Yevgueni se conectan con los asientos delanteros. Yevgueni tiene que hacer un gran esfuerzo de concentración para evitar topar de cabeza contra la estructura rígida cubierta por la tapicería.

Circulan unos diez minutos, el conductor se relaja ante la disminución de obstáculos según avanzan hacia las afueras de la ciudad. Yevgueni está contento, a pesar de todo, de que no lo hayan llevado a casa justo después de lo que ha pasado. Y no quiere ni pensar en tener que tocar la puta cancioncilla infantil.

El coche se hace a un lado con un chirrido y se detiene. Yevgueni oye el clic de las puertas que se abren una tras otra y los hombres saltan del coche. Él se queda un momento sin moverse del sitio, desorientado y con ganas de vomitar.

Oye que Yákov lo llama a voces, reúne sus fuerzas y se apea del coche. Están muy lejos de cualquier sitio conocido, en una zona industrial. El lugar solo está alumbrado por los faros de los coches; no

son los únicos que han decidido llegar hasta aquí, donde quiera que esté este «aquí». Postes de luz descomunales, como troncos de árboles en la oscuridad. Gente apresurada, cargando con grandes cajas con las tapas abiertas, que van echando dentro de los coches para volver a salir corriendo a por otras. Hay gente de la edad de su madre, más viejos, que arrastran y empujan carritos de palés, de esos que se ven en los camiones de reparto, atestados de cajas unas encima de otras. El contenido de las cajas se derrama con tanta sacudida. Un paquete de galletas sale rodando hasta la alcantarilla, huyendo de la locura. Una lata de sardinas va a parar contra una de las farolas.

Niños un poco mayores que él están rompiendo ventanas armados de llaves inglesas. Los vidrios rotos suenan como las olas al romper y los cristales se doblan de forma inesperada, un tapiz de cristal estrellado que se riza como el papel quemado. Cerca de la persiana enrollable de acero del almacén más cercano, una mujer joven se echa miel a la boca, y se le derrama por el cuello, bajando lentamente hasta la camiseta, aunque no es que se derrame exactamente, piensa Yevgueni, sino que va resbalando, rodando sobre sí misma.

Dentro del edificio, la gente lleva lámparas de parafina, velas y linternas para orientarse y hacen colisionar sus carros, chillan y aúllan.

Cajas apiladas unas sobre otra, anchos pasillos de enormes estanterías de acero. Algunos trepan por ellas, rompen y rasgan con regocijo, se comen el contenido de los paquetes, los tiran desde lo alto a sus compañeros apostados abajo. La gente tira los frascos contra el suelo de hormigón solo por verlos explotar. Yevgueni se queda pegado a la pared, acurrucado para que no lo vean, retirado en la oscuridad. En el extremo del pasillo central, hay cuatro chicos parados, rompiendo la tapa de las cajas de cartón del detergente para la ropa y sacudiéndolas; las blancas partículas caen como una brumosa calina, posándose en montoncitos, pegándose a los largos filamentos metálicos de las estanterías y, así, a primera vista, se diría que son arbolitos bajo el peso de una nevada en lo que parece un diminuto jardín de invierno, un lugar de quietud entre el caos. Yevgueni se agazapa en un hueco bajo las estanterías y encoge las piernas rodeándolas con los brazos, mientras ve caer el polvo de jabón y aspira el suave olor a química y piensa en su madre y en su tía, de pie en el balcón de casa, vestidas con ropas prestadas, con el cabello recogido, mirando los fuegos artificiales y preguntándose dónde podrá estar, ambas con las manos tejidas en congoja y su madre con las uñas pintadas.

Pero solo su madre está allí de pie, vigilante, vestida con la bata y con una bufanda sobre el recogido del pelo, mirando a ver si aparece

su niño, tratando de distinguir su figura entre las sombras móviles. María está dentro, sentada a la mesa, cogida de la mano de Grigori, ambos frente a sendas tazas de té humeante. No hablan. Ahora no es momento. Ahora solo es tiempo de sentarse y no tener que dar explicaciones. Grigori retira su mano y le toma el hombro, el brazo, la muñeca, examinando al tacto cada parte de ella, palpándolas con sus manos expertas, mientras nombra una vez más cada uno de los huesos en voz alta: «Manubrio. Ulna. Radio. Escápula».

Alina se vuelve hacia la puerta y mira. No puede entrar a interrumpir su encuentro. No puede irse a la cama pensando que su chico está allí fuera. Solo puede quedarse ahí, parada en el balcón, esperando abnegadamente.

La luz del sol ha persuadido a la ciudad para que vuelva a su ser una vez más. Yevgueni sale a la mañana. Es hora de volver a casa. Pasa por una obra en construcción, se detiene, entra, atento a los perros guardianes, abre la cabina de una excavadora y encuentra lo que esperaba: una chaqueta de trabajo, negra y pesada, con una franja reflectante en la cintura. La coge, haciendo propósito de devolverla en un par de días. Alguien llegará a trabajar y tendrá que arreglárselas para hacerlo con un abrigo fino, y hay muchas cosas injustas en la vida, pero por esta puede hacer algo.

Camina por las calles, las ventanas están destrozadas, hechas añicos; sobre el pavimento hay un biberón y una rueda de bici, vidrios rotos y envases de comida incrustados en el hielo. Le adelanta una furgoneta de pan; al conductor parecen divertirle los obstáculos que va encontrando en su ruta habitual, asoma una mano por la ventanilla con la que sujeta el pitillo y, de tanto en tanto, vira suavemente para evitar los cúmulos humeantes, residuos de improvisadas hogueras.

La nieve absorbe el recuelo de las farolas, que vuelven a brillar como si nada hubiera sucedido. La mañana de Moscú: la ciudad tímida, lánguida y suya. A esas horas él es el amo tanto de la ciudad como del día. Siente que ya no es el mismo, que entiende la naturaleza de las cosas de forma diferente a como las entendía hasta ayer noche.

Yevgueni camina durante media hora y los edificios van haciéndose más viejos, más sólidos, hasta que llega a una plaza grande y mira los árboles con las ramas quebradas y la fuente, donde flotan ramitas y grandes astillas, y cae en la cuenta de dónde se halla: está bajo la mirada de la estatua de Pushkin, el cine Rosiya está a su derecha, la enorme fachada de cristal está tan machacada que el local parece esquelético, a medio acabar. Se han llevado hasta los cartelones de la entrada. Ahora ya tiene claro hacia dónde debe dirigirse. Probablemente no haya acabado aquí por casualidad: sus piernas se saben tan bien el camino que lo han traído por sí solas.

Camina por las calles secundarias, cubiertas de la basura de los cubos volcados. Pasa por una casa que tiene unas macetas de plantas macilentas colgadas del porche y, en el trocito de césped del lateral, un reloj solar reciclado como comedero de pájaros con una red llena de frutos secos amarrada a una esquina. Otra esquina, otra calle, camina hasta que llega al edifico turquesa. Bajo el sol de la mañana,

parece que alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago. El tejado ha cedido, hundido pero valiente, remendado de tejas colocadas en ángulos diversos, de forma que el aire se cuela formando corrientes por toda la casa.

Yevgueni empuja la puerta abierta, sube las escaleras que despiertan quejosas y saluda al gato que patrulla el descansillo, pasándole el dedo bajo la barbilla. Nota cómo se suaviza al contacto de su mano, frotando su cabeza contra su brazo. Abre cauteloso una puerta y entra en una habitación revestida de madera y se sienta ante el elemento más destacado de la habitación: un piano de media cola que ocupa casi la tercera parte de la habitación y está dispuesto en diagonal, para que pueda abrirse del todo la puerta. Yevgueni lo mira bajo la tenue luz y, por primera vez, se pregunta -nunca se le había ocurrido hasta ahora- cómo demonios se las apañarían para subirlo hasta aquí, con unas ventanas y unas escalera tan increíblemente estrechas.

Pasa las manos por la curvatura de la tapa, cuya peculiar forma se adapta a ellas como ningún otro objeto que él conozca. La entreabre, descubriendo el extremo de las teclas amarillentas, y luego la levanta de nuevo y, sin saber cómo, toda la tapa se desliza milagrosamente hasta integrarse en el cuerpo del instrumento. Le encanta el peso, el equilibrio de las teclas, cómo cuando tocas una de las blancas sube inmediatamente, dispuesta a ser pulsada de nuevo, mientras que las negras -torponas y cascarrabias- son más lentas e incómodas, ponen objeciones a que las saquen de su sueño y martillean extraños sonidos afilados y planos.

Hay montones de partituras sobre el piano, en el compartimento secreto bajo el taburete, desparramadas por el suelo, frente a la chimenea, junto al sofá, en el alféizar de la ventana y sobre los radiadores. El señor Leibniz lee música como otros leen libros. A veces, cuando Yevgueni llega para la clase, la esposa está en la cama y el anciano está tirado en el sofá con un fajo de Shostakovich sobre el pecho y levanta un dedo para pedirle silencio: «Déjame llegar al último movimiento», eso dice el dedo, como si no pudiera esperar a saber cómo va a acabar.

Yevgueni no tiene que andar buscando mucho la hoja. La localiza de inmediato. La portada es verde lima con la foto de un hombre que solo puede ser compositor, tiene aspecto de haber nacido para compositor, con grandes bigotes blancos de morsa, una canosa melena femenina peinada hacia atrás y una corbata de pajarita anudada al cuello. Pone la hoja sobre el atril y ajusta el taburete, coloca el pie derecho sobre el pedal y las manos en la posición inicial, lleva el oído a la altura de los dedos y pulsa las teclas, dejando que las vibraciones suban desde la caja de madera y fluyan a través de su oído y que su

cuerpo se embeba en ellas; sabe que, finalmente, está preparado, que ahora es uno con la música, que ya no estará nunca amarrado a su peso.

Deja fluir libremente la noche anterior por las notas de la página, el *Nocturno en Do mayor* de Grieg, las teclas tienen todos los matices que desea pintar, toda la exuberancia de la ciudad: los marcos de las ventanas, las señales oscurecidas, la tapicería de imitación de piel de los asientos de los coches que han quedado abandonados, atontados sobre la calzada. Toca el agua que gotea de las tuberías de desagüe rotas. Toca la blanquiazul corriente estelar de gránulos derramados por los paquetes de detergente en polvo. Toca las cartas de la partida de póquer, la intensidad en los ojos de los saqueadores. Toca la ternura y la amenaza de Yákov. Yevgueni busca bajo las notas, las marcas de tiempo y las sugerencias tonales y entiende que la notación no es más que un marco sobre el que poner todo ese entendimiento. Todo se unifica de pronto, su conocimiento del mundo, su conocimiento de la música y su conocimiento del sonido; su experiencia de la vida -breve pero intensa- surge de su interior, proyectando esa energía hacia las yemas de sus dedos. Toca su pieza de Grieg mientras la habitación se va llenando de luz y un rayo de sol recorre la página, hasta que oye que alguien dice su nombre y, al volverse, ve al señor Leibniz asomado bajo el dintel de la puerta, mirándolo con ojos tiernos y aguanosos.

-¿Has estado fuera toda la noche?

-Sí.

-Tu madre te está buscando.

-Lo sé.

-Debes irte.

-Lo sé. Siento haber entrado. Es que, no sé, lo echaba de menos. Lo siento. No tenía que haberlos despertado.

Yevgueni se levanta para marcharse. La esposa del señor Leibniz entra ahora en la habitación, se desliza delante de él, etérea en su camisón blanco, mientras las puntas de sus cabellos flotan en la tenue brisa que levanta su paso, lleva la cara radiante, alerta. Se sienta en una silla y se inclina hacia el piano, atraída por él, y le indica por señas a Yevgueni que siga tocando.

El señor Leibniz también se sienta y la coge de la mano.

-Quizás una vez más -dice.

Y Yevgueni lo toca de nuevo, de forma diferente ahora, y luego otra vez más, cada vez de forma distinta, hay tanto por descubrir en los patrones, trabajando con las manos juntas y a la vez separadas, como las dos figuras sentadas a su lado en camisón, izquierda y derecha, con su relajada compatibilidad y la libertad que conlleva, las

notas se estiran y se entretejen en formas complejamente elaboradas, fusionándose y separándose, unidas y apartadas, eternas y presentes. Podría tocar esto para siempre. Lo tocará para siempre. Ahora lo sabe. Esto es lo que tiene que hacer.

ABRIL DE 2011

Silencio.

Sus dedos flotan por encima, las vibraciones corren aún por ellos, las moléculas aún oscilantes unas contra otras, mientras el sonido se va disolviendo en algún lugar más allá de la orquesta, sumiéndose en los micrófonos que cuelgan sobre ellos.

Mil personas suspiran a la vez.

Yevgueni abre los ojos.

Las teclas están fijas en su posición binaria, blanca y negra, devueltas a su inmovilidad, libres de su energía. Se vuelve a la izquierda, hacia el primer y el segundo violín, las violas, los vientos de madera del fondo, frente a los chelos y los contrabajos, chaquetas negras, camisas blancas, vestidos negros, piel blanca, y se inclina ante todos, agradecido, y ellos levantan sus instrumentos para mostrar su aprecio, y luego Yevgueni se vuelve a la derecha, hacia el público, las luces resplandecientes, las salvas de aplausos, las filas enteras de gente con los móviles en alto para captar este momento.

Hace ya unos cuantos años que no tocaba en su ciudad natal, pero aún no está aquí con ellos, al menos no de inmediato. Está en el barrio de Tvers, de vuelta en el piso de su anciano maestro, con el señor Leibniz y su mujer que lo escuchan muy quietos.

Unos minutos de saludos, primero solo y, luego, con el director, un hombre treinta años mayor que él; en los ojos de este hombre, orgullo y gratitud, una mirada con la que Yevgueni está familiarizado. El cabello gris del director está pegado de sudor a un lado de la cabeza; es una noche de auténtico júbilo para él. Yevgueni le ha exigido llevar su talento a lo más alto, ha tenido unos momentos entre bastidores para recomponerse mientras Yevgueni tocaba el solo, pero aun así sigue eufórico por su ejecución.

Yevgueni camina desde el escenario a través de un laberinto de bambalinas. Alguien le alcanza una toalla y él se limpia el sudor de los dedos, enjuga su cara y su cuello. A su paso, los técnicos y los directores de escena le estrechan la mano, le dan palmaditas en el codo y los hombros, hasta que, por fin, abre la puerta del camerino y la cierra tras él.

Solo. Reclinado sobre la mesa de maquillaje. Mirándose en el espejo. La luz fluorescente zumba sobre su cabeza hasta que llega a su máxima potencia.

Esta velada ha sido una vuelta de honor peculiar, un concierto de triunfo. Pasó la tarde en el Kremlin, donde se le ha impuesto el Premio Estatal por sus «servicios al Estado Ruso como virtuoso de primer orden». Qué estupidez. Con tantas capas de su técnica todavía por descubrir. Ahora mismo, ya está pensando que en la actuación de esta noche han quedado algunos flecos que habría que pulir. Sabe que, más tarde, durante la cena, repasará una a una las técnicas, las modulaciones tonales no intencionadas, reproducirá la posición de las manos sobre la mesa o el brazo de la silla. Mañana necesitará una sala de ensayos antes de tomar el vuelo a París, tiene tiempo de corregir sus errores. Si no lo hace, se pasará dos días hundido, permitiendo que esos fallos de concentración tiñan todo el recuerdo de la ejecución.

Ahora mismo, sin embargo, lo único que quiere es paladear la sensación. Los residuos de su infancia arrastrados hasta la punta de sus dedos, el débil oleaje de una marea baja.

El *Nocturno* de Grieg es una adición reciente a su repertorio. Hasta hace unos pocos meses, lo había tocado muy rara vez desde la época de sus primeros días en el Conservatorio. Dejó de hacerlo poco después de su audición, ansioso por aprender piezas nuevas, por ver cuánto daban de sí sus capacidades. Más tarde, siendo ya un hombre joven, temió que la pieza se convirtiera en una rutina. Quería conservar el escalofrío que le producía cuando, al hacer sus ejercicios, alguna vez caía sobre alguna secuencia de acordes y tocaba un par de compases, como quien echa una rápida mirada a una antigua amante mientras esta se apea del autobús o enseña las entradas a la puerta del cine.

Después de que el señor Leibniz muriera, le resultaba demasiado doloroso interpretarlo; sonaba lúgubre y plúmbeo bajo su mano. Así fue hasta que sus estudiantes de doctorado en París lo engatusaron para asistir a una fiesta de Navidad y tuvo ocasión de oírlo muy de cerca, en un diminuto apartamento alicatado de libros, pegado a la trasera de la iglesia de Saint Sulpice, en el 6.º *arrondissement*. Algún parecido guardaba con el apartamento de su antiguo maestro: tercer piso, escalera desvencijada y el mismo interior cálido cubierto de madera. Se sentó en una butaca que tenía un brazo roto, tocado con una ridícula corona de papel, sintiendo entre sus manos el calor de una taza de vino de Navidad, y escuchó a un joven español devolverlo de nuevo a la vida, ralentizando sus matices sombríos. Sus patrones le parecieron más tranquilos de lo que recordaba, el ritmo a dos tiempos de la mano derecha creaba una dinámica regular estable, decidida, mientras que con la mano izquierda, más que dirigirla desde abajo, el intérprete parecía envolver la melodía. Yevgueni miró a su alrededor en el apartamento, donde todos los ojos estaban fijos en el teclado, y lo que le asaltó de pronto no fueron los aspectos más concretos de la

velada, sino la atmósfera de la casa del viejo maestro, la ternura con la que guiaba a su mujer por las tres habitaciones, ofreciéndole siempre el brazo para que se apoyara, la cálida amabilidad de su voz cuando la tranquilizaba en medio de su confusión, disipando su angustia.

Se arranca la pajarita y tira la chaqueta sobre una silla. Hay una caja con un buen whisky escocés delante de la fila de ramos. Quita la tapa y la deja abierta; tiene un peso agradable, es un objeto precioso, una caja de madera, las piezas triangulares machihembradas encajan perfectamente. Se sirve whisky en un vaso, mirando cómo resbala por sus paredes el cálido ámbar. Hurga en el bolsillo de la chaqueta y saca un anillo de oro que se pone en el dedo corazón de la mano derecha. Es la alianza de bodas de su padre. Un regalo de graduación de su madre que solo se quita para los recitales.

El bullicio colectivo del público que sale llega hasta él por un altavoz en una esquina del cuarto. Es gratificante oír hablar su propia lengua a un grupo amplio; hace ya años que no la había oído así. Las frases alargadas, cierta inflexión de las palabras, los matices de sentido que chisporrotean en su oído. Quince años en Francia y aún no puede conectar de esa manera con su lengua de adopción, nunca acaba de sentirse realmente cómodo con esas expresiones de usar y tirar que están reservadas a los que las conocen desde la cuna.

Oye a la gente saludarse, preguntar por amigos comunes, contarse cosas sobre sus hijos. Está atento a toda palabra elogiosa que se filtre hasta su cuarto, nada más dulce que la alabanza hecha fuera de su presencia. Su necesidad de aprobación ha amainado un poco desde que empezó a tener grandes audiencias, pero sigue sin ser capaz de levantarse a quitar el volumen, cortar el parloteo. Llegará el día en que también esto le resulte indiferente y sus mezquinas vanidades reposen para siempre.

María procura evitar la muchedumbre que va en dirección contraria. Ha dejado su fular en el asiento, y está encantada de tener una excusa para tomarse unos minutos para sí misma, lejos de Alina y de su marido. Ya están tomando posiciones para aprovecharse del champán gratis. Quiere, en la medida de lo posible, mantenerse al margen de apretones de manos y cháchara social, y del interés fingido por quién es ella. En estas ocasiones echa de menos a Grigori más intensamente aún. No tiene a nadie con quien cogerse del brazo, con quien intercambiar algún comentario irónico. Nadie que la rescate de una conversación particularmente estéril. El vedado de las viudas solitarias, como ella misma se dijo en una ocasión.

Encuentra su fular bajo el brazo de la butaca, lo saca y el asiento

se abre y luego se pliega contra el respaldo, y el ruido que produce resuena en el auditorio, enfatizando su escala en este espacio aún impregnado de lo que sonaba hace quince minutos; la belleza de la pieza del bis de Yevgueni todavía la conmueve hasta lo más hondo.

Se sienta y mira a los músicos recoger tranquilamente. Casi parecería que también entre ellos se detecta cierta reserva, una reverencia ante lo ocurrido, o tal vez simplemente sea una suposición inevitable cuando se ve a un grupo de personas en atuendo de gala ejecutar una tarea prosaica.

Los tramoyistas vienen a cubrir el piano con una funda ajustable, la atan y se van a otro sitio, las sillas y los atriles siguen apuntando hacia él, mirándolo mientras duerme. Ella piensa en su sobrino metido en su camita, con el pelo desparramado sobre la almohada cuando ella le daba el beso de buenas noches.

El niño se ha convertido en el principal acompañante de su vida adulta. Siempre ha sido así, en realidad. Hasta en sus épocas más difíciles, se ha mantenido a flote gracias a las corrientes del talento de Yevgueni. Su música, incluso en ausencia de él, fluye en ella, la levanta.

Una vez creyó que las palabras serían su legado. Un libro que pudiera cogerse en alguna librería de viejo cincuenta años después de su muerte. Un artículo que fuera objeto de la atención de algún investigador que anduviera revolviendo en el archivo de microfilms. Pero el lenguaje siempre la ha traicionado. Ella, más que nadie, sabe de sus límites y de sus perversiones. Ahora, para ella las cosas más valiosas están más allá de lo que pueden expresar las palabras. Se han adoptado uno al otro, tía y sobrino -Alina está ahora demasiado alejada de ambos, la brecha entre ellos es insuperable- y, si a los cincuenta y siete años de vida, ella puede hacer alarde de algo en esta vida, es de esto: Yevgueni que, sentado en este escenario, mantiene una nota en suspenso y respira a la par que ella, el baile fluido de sus manos como aquella vez sobre las teclas de su máquina de escribir, cuando tenía nueve años.

Qué poco faltó para que no llegara a suceder.

Yevgueni golpea repetidamente el anillo contra el vaso, un metrónomo para pautar sus pensamientos.

Nunca le ha preguntado a su madre por qué lo guardó para él, por qué no dejó que su padre se lo llevara con él a la tumba. Es una pregunta que podría ser demasiado reveladora para ambos, que abriría demasiadas cosas. Todavía arrastran hábitos antiguos.

Tal vez se sintiera culpable por no haberle proporcionado una presencia masculina. Tal vez, en su graduación, quiso recordar a su

hijo de dónde venía y que, aunque estuviera a punto de triunfar en un mundo nuevo y sofisticado, siempre sería un niño de barrio. Llevarlo seguramente indica que siente algún tipo de obligación, una deuda para con su padre, pero Yevgueni lo recuerda tan vagamente que para él solo es la sombra de una presencia, un fantasma que ronda las paredes de su casa en las largas noches de invierno.

Es la única posesión que tiene con más años que él mismo y la lleva, a decir verdad, por fidelidad al pasado. Para recordarse a sí mismo que una generación antes, un artista con un talento y un perfil como el suyo tenía muchas probabilidades de pasarse media vida helándose en un gulag, talando árboles, construyendo carreteras. Que el proyecto de llevar una vida como la suya ha llevado a muchos músicos mejores que él, hombres mejores que él, a la locura.

El calor del whisky va invadiéndolo. Le agrada su regusto ahumado, es un reconocimiento a su trabajo, se lo puede permitir. Estos momentos tras un recital son los únicos en que se siente realmente en paz, igualado a su ambición.

El parloteo del público del auditorio se ha apagado, la gente continúa sus conversaciones en el vestíbulo, solo de vez en cuando se oye una nota caída de las cuerdas aflojadas mientras la orquesta empaqueta sus instrumentos.

El anillo se convirtió desde el primer momento en fuente de todo tipo de conjeturas para las mujeres por encima de cierta edad. Casi todos los días le hacen preguntas al respecto, bromitas sobre si lo va a cambiar de mano y convertirlo de nuevo en una alianza. Son comentarios que nunca solían molestarlo, pero ahora, con los treinta y cinco cumplidos, son casi un estigma. Simplemente no sabe qué contestar cuando le preguntan si no hay una mujer en su vida. Ha habido alguna oportunidad perdida, de la que solo se ha percatado retrospectivamente, demasiado renuente a comprometer su atención; la última fue una historiadora que vivía en un antiguo hotel rehabilitado. El ascensor tenía una reja de hierro y el letrero de cobre de la puerta aún anunciaba «Hôtel Jean Jaurès». Dio por sentado que no era mera casualidad que una historiadora hubiera decidido vivir en un edificio que ostentaba el nombre de uno de los pilares del socialismo francés. Lo dio por sentado, pero nunca se le ocurrió confirmarlo con ella.

Podía llamarla bien entrada la noche y ella le abría la puerta, desnuda, acunando a un gato contra sus senos, una costumbre a la que se había hecho de tanto andar buscándolo por todo el edificio. Después de hacer el amor, Yevgueni tumbado en la cama, miraba girar el ventilador, escuchaba la incesante repetición de las aspas cortando el aire. Se sentía a gusto con ella, pero no pasaron suficiente tiempo juntos para que ni uno ni otro confirmara su intuición. En momentos

así, todavía piensa en ella.

«Búscate otro músico -le dice María-, una chelista, por ejemplo, incluso una bailarina, alguien que pueda entender.» Pero nunca lo ha hecho.

Qué peligro corrió. Mirando hacia atrás, María apenas puede hacerse una idea de la escala del riesgo. Jugar con el porvenir del chico, con su seguridad. Con la de Alina, también. Como poco le habrían prohibido pisar siquiera el Conservatorio. Ella le habría impedido dedicarse a lo que verdaderamente lo define. ¿Y para qué? El Muro cayó menos de tres años después. Dos años más tarde la Unión Soviética se disolvió. Todo el mundo recuperó la libertad y todos la utilizaron para sacarse a codazos del menor pedazo de terreno que hubiera a su alcance. Joderse unos a otros lo más posible y lo antes posible.

Ni siquiera sus compañeros de la fábrica tenían el menor interés en una acción común, en la autonomía colectiva -esas palabras que entonces le parecían tan poderosas-, lo único que querían era tener más de lo que ya tenían.

Pese a sus peores temores, la ausencia de Yevgueni no llegó a notarse. Cuando se fue la luz, condujeron a Sidorenko y al consorte ministerial a una habitación bajo vigilancia mientras Zinaida Volkova subía al escenario y leía sus peticiones a la luz de las linternas, entre vítores y pataleos. La euforia duró hasta que llegó la noticia de que el apagón era general en toda la ciudad. Para cuando los generadores de emergencia se pusieron en marcha, la fábrica estaba medio desmantelada. Se llevaron todo lo que pudieron arrancar sin ayuda mecánica. Hasta las provisiones que Danil había almacenado en secreto desaparecieron. Los organizadores de la huelga optaron por permanecer en el anonimato y desaparecer. ¿Quién podía echárselo en cara? Sidorenko, el ministro y los directores se marcharon a casa y, a las dos semanas, los compañeros de María estaban trabajando de nuevo en la fábrica, llevando a cabo tareas básicas de mantenimiento.

En un par de meses volvieron a la producción anterior. La única ganancia que sacaron los trabajadores fueron los montones de metal que atestaban sus baños y cobertizos metálicos.

Jugarse la familia con gente que nunca ha creído en nada.

Lo que quedó de aquella noche fue la vergüenza. Todavía siente que la atenaza tanto que nunca ha sido capaz de contarles a ninguno de los dos lo que estuvo a punto de pasarles. ¿Se creía Dios para jugar así con sus vidas?

Nunca volvió a aquel sitio. Mientras la actividad laboral se suspendió, Pável se las arregló para hacerle un hueco en su

departamento como profesora a tiempo completo, y ahí está desde entonces. Lomonosov se convirtió en su refugio de los nuevos regímenes. Después de la desbandada de la Unión, fue probablemente la única institución que no quedó afectada por la refriega generalizada por el dinero. Los estudiantes todavía llevaban libros, se enamoraban, entregaban los trabajos fuera de plazo, se apiñaban en la biblioteca. Su papel, desde entonces, ha sido estar a su servicio, estimularlos, animarlos. Se ha acomodado bien allí; el país necesitaba buenos periodistas y todavía los necesita, hoy más que nunca.

Pero algo ha cambiado para ella en estos últimos meses, el anuncio de una promesa. Últimamente se da cuenta al despertar por la mañana y poner los pies sobre la alfombra del dormitorio. Curiosa. Cautivada. Dispuesta a sumergirse en las horas que tiene por delante. Ya ha dado cuenta de todas sus responsabilidades. Por fin, está dispuesta a vivir para sí misma.

La sensación la sorprende, la hechiza. Es consecuencia, sospecha, de algo que le dijo Yevgueni en su última visita. Ella estaba preparando la chimenea para encender la lumbre y él comentó que ya no se sentía en casa en Moscú. Hizo una lista de todos sus agravios: la dureza de la ciudad, la ostentación de dinero, las adolescentes sacándose fotos tiradas sobre los capós de los coches deportivos, los hombres llenos de musculitos con estúpidos eslóganes americanos en sus ajustadas camisetas, las tiendas enmarcadas de luces de neón con su oferta de atuendos femeninos de cuero sadomaso.

-Al fin y al cabo -había dicho él-, esta nunca fue nuestra ciudad. Siempre ha pertenecido a otra gente.

Ella acercó una cerilla a las pastillas de encendido, arrodillada junto al hogar hasta ver que las astillas empezaban a humear, luego se alisó los vaqueros, contemplando las vacilantes llamas.

Se detuvo y se quedó mirando, atenta al chisporroteo y a la crepitación del fuego joven.

Era cierto. Ella aquí siempre había sido una extraña. Tanta energía empleada en mantenerse siempre en el anonimato.

-Tienes razón, nunca lo ha sido. Me he pasado media vida hablando de irme.

-No le debes nada -le dijo él-. Vente a París. Siempre decías que te encantaría vivir allí.

-No seas ridículo. Soy demasiado vieja para mudarme.

-Eres demasiado vieja para quedarte. ¿No te lo han dicho? No quieren a nadie por encima de los veinticinco. Cada vez que vuelvo, siento que debería hacerme un *piercing* en la lengua, para encajar.

-Bueno, a lo mejor, en vez de mudarme, me hago uno -contestó ella riendo.

Guardó para sí lo que él le dijo, pero ha suscitado en ella nuevas posibilidades, el deseo de un cambio.

Yevgueni se ducha, coge un traje del perchero, se pone la ropa interior y los pantalones y rasga la funda de plástico de la tintorería, buscando posibles manchas en la camisa: sigue siendo el hijo de su madre.

Ahora la ve muy de tarde en tarde. Se volvió a casar, hace diez años, con Arkadi, un ingeniero que dirige una empresa de materiales de construcción en Odessa, el primo de una de sus antiguas compañeras de la lavandería. Cuando Yevgueni la visita se quedan sin tema de conversación en diez minutos. No tienen nada en común en sus respectivas vidas y nunca han sido capaces de hablar del pasado. Así que llenan los silencios con banalidades, discuten de política, comentan alguna noticia sobre antiguos vecinos. Puede que fuera diferente si estuvieran en otro terreno, pero a su madre no le gusta viajar, mantiene sus antiguas reticencias respecto a Occidente. Nunca ha ido a visitar su país de adopción, en los quince años que Yevgueni lleva allí.

Él tenía sus reticencias en aceptar el Premio Estatal. Estar ahí de pie en el Kremlin, en la sede del poder, dándole la mano al presidente frente a los fotógrafos congregados era, para Yevgueni, una forma tácita de apoyo al régimen actual. Pero, al fin y al cabo, se preguntó: ¿qué importancia tenía? Nunca nadie votó conforme a las preferencias de un pianista.

Aceptó el premio en homenaje a su madre. Una singular compensación, una forma de agradecerle todo lo que ha hecho por él. Al acabar la ceremonia, le ofreció la medalla metida en una caja e insistió en que se la quedara, y así lo hizo ella, con los ojos llenos de agradecimiento, y a él le alegró haber ido, le alegró que su soberbia no hubiera impedido que ella disfrutara de aquel día.

María no asistió, por lo cual, sin duda, Alina la castigaría. Pero él se sintió realmente orgulloso de ella. Coherente con sus principios hasta el final.

Le gustaría enseñarle a su madre cómo vive ahora, las cosas que ve. La belleza, la grandiosidad de su ciudad de adopción. Le gustaría llevarla algún domingo al mercado de pájaros de Île de la Cité. Ella disfrutaría oyendo a esos hombres de cara colorada proclamando a voces las bondades de la mercancía, engatusando a la gente como si estuvieran tratando de colocarles coches de segunda mano en vez de periquitos o pinzones. Podrían ir dando un paseo desde la esquina hasta Notre Dame, ella podría entrar en ese edifico de abrumadoras dimensiones o dar una vuelta por los museos. Tal vez, el verse expuesta a siglos de arte suscitaría algo en ella, conseguiría que lo

entendiera mejor. Ella está orgullosa de su éxito, pero no tiene ningún interés en la música. La música, como le gusta decir a ella, no se hizo para ella. La ha visto dormirse tantas veces en los recitales que ya no le ofrece nunca entradas.

Se pasa un peine por el pelo húmedo y se enfunda la chaqueta, se cierra el cuello de la camisa -nada de corbata- y se pone los gemelos. Yevgueni le manda a su madre ropa y ella le manda tarjetas de agradecimiento. Él sabe que todavía aprecia la ropa bien cortada, las telas suaves. Es lo único, aunque sea poca cosa, que aún los conecta.

Entra en el salón de socios entre salvas de aplausos y copas levantadas, saluda con la cabeza y se pone una mano sobre el pecho para agradecerlos, avanza hacia su madre que lo abraza con mucha afectación y luego intercambia un apretón de manos con Arkadi y detecta la mirada de María al otro extremo de la sala. Se acerca a ella en cuanto consigue dejar a su madre y a Arkadi conversando con un arquitecto.

-¿No te juntas con los grandes y los buenos?

-No me había fijado que estaban aquí. Alina solo me ha presentado a los tibios y a los corruptos sin vergüenza.

Él se ríe, abrazándola.

-Normalmente soy el único que se da cuenta.

-Yevgueni, lo de esta noche ha sido maravilloso.

-Gracias.

-Lo digo de veras.

-Ya lo sé. Gracias. Es estupendo tenerte aquí.

Una palmada del director ejecutivo. Yevgueni asiente con la cabeza.

-Tengo que darles la mano a algunos patrocinadores, poner mi granito de arena para la beca de la fundación. Dame un momento.

-Por supuesto.

En el taxi de camino al restaurante, los cuatro van callados. Empieza a llover. Los paraguas estallan de arriba abajo de la calle, las gotas sobre las ventanillas bajan en pequeños regueros.

Beben un buen vino con la comida y Alina hace gala de su capacidad para contar cuentos, rememorando para Arkadi fábulas de su niñez, y todos se ríen y María agradece, una vez más, las habilidades de su hermana. Algunas vivencias compartidas son inmunes al paso del tiempo.

Después del café, Alina saca de una bolsa junto a la silla un paquete rectangular envuelto en papel de estraza. Se lo alarga a Yevgueni y él puede notar el marco bajo el papel. Una foto, piensa, algún certificado del que ya no se acuerda. Pero no es ni lo uno ni lo

otro, sino algo mucho mejor, tanto que le sorprende.

Es una radiografía, enmarcada entre dos cristales, derecho y revés.

Sonríe al recordarlo.

Una fractura en el dedo meñique de su mano derecha. La mano de su yo de la infancia.

-Todavía tengo un bulto.

Lo enseña y luego pone la mano sobre la lámina. Lo único que no ha cambiado es el espacio entre los dedos.

Sujeta la radiografía a contraluz, la estructura interna de la mano resulta extraña en su forma negativa. Los huesos redondeados en los extremos, balanceándose precariamente unos sobre otros, con las puntas de los dedos terminadas en triángulos.

María señala las distintas partes, nombrándolas una a una.

-Falange distal, falange proximal, metacarpiano, articulaciones interfalángicas.

-¿Las aprendiste de Grigori? -pregunta Yevgueni.

-Sí.

Él deja el regalo sobre la mesa, al lado de su taza de café.

-Recuerdo a Grigori aquella noche, su amabilidad. Yo estaba asustado, sobre todo después de los rayos X, era una experiencia rara para un niño de nueve años. Pero me habló como si yo fuera su igual, con esa voz tan tranquilizadora.

-Sí que lo era.

Quedan de nuevo en silencio. Las cucharillas tintinean contra la porcelana.

Alina le hace un gesto con la cabeza a su hermana. María piensa que no lo va a contar. Yevgueni no la empujará a ello, nunca lo ha hecho, pero oye su voz pronunciando las palabras:

-Eso es lo que le mató, sabes, la radiación.

Yevgueni mira a su madre y luego se vuelve de nuevo hacia su tía.

-Pero no es posible, fue un ataque cardíaco. Sucedió de repente.

-Qué poco sabes.

Cuando Grigori se quitó la vida, ella no sintió la ira ni la confusión que sus allegados habían pronosticado. Fue ella quien forzó la puerta del baño y se lo encontró allí, tirado boca abajo contra las blancas baldosas, con el frasco de pastillas sobre el lavabo. Supo que no lo había hecho para castigarse a sí mismo ni para castigarla a ella. Él había visto a dónde lo conduciría la enfermedad. Quitarse la vida era un rechazo de ese final, no un rechazo de su amor. Había sido racional, pero no fríamente calculado. Solo ella podía percibir esa diferencia. Solo ella que se sentó con él todas las mañanas desde que

él volvió, tras hacerle un desayuno delicioso, a verle comer, tan meticuloso como siempre, y luego escucharle contar las cosas por las que había pasado, las vidas que había tenido por un momento en sus manos. Hablaba durante una hora, nada más, antes de fregar los platos y de dárselos a ella para que los secara, liberando su dolor en dosis soportables.

Supo desde el primer momento de su enfermedad, semanas antes de que él mismo lo supiera. Había algo en su mirada enajenada, una sombra sobre su rostro. Le bastaron unas pocas mañanas para detectar aquel retroceso físico del hombre que ella había conocido.

Él volvió a casa lleno de determinación. Tenía material: anecdótico, no oficial, pero, pensaba él, no por ello menos valioso. Aunque no pudiera pedir responsabilidades directas a nadie concreto, quería que la gente supiera lo que había pasado.

Sin embargo, en su ausencia se había vuelto invisible.

Ninguno de sus anteriores colegas se le acercaba. Apenas se avenían a intercambiar con él las cortesías de rigor. Grigori se sentó una mañana en la plaza de aparcamiento de Vasili en el hospital, esperando a que se apeara del vehículo, y, aun así, al acercarse, Vasili volvió a sentarse, arrancó el coche y dio marcha atrás. Aunque Grigori corrió al lado del coche, aporreando la ventanilla, Vasili se concentró en la conducción, negándose a reconocer su presencia. Vasili vio por el retrovisor a su antiguo amigo en medio de la calle, tendiendo sus brazos suplicantes, y pisó el acelerador.

María intentó ayudarlo con todos los medios a su alcance. Ni Pável ni Danil ni sus conexiones estaban por la labor de involucrarse en ello. No podían arriesgarse a asomar la cabeza de nuevo, cuando hacía tan poco del intento de huelga. Finalmente consiguió poner en contacto a Grigori con algunos periodistas, pero, por supuesto, no podían dar por bueno lo que les contaba, sobre todo si no aportaba pruebas que lo confirmaran.

Habló con artistas y escritores famosos, les pidió que se valieran de su posición para hablar de ello, pero ¿iban a hacerlo? Todos recordaban lo que le había pasado a Alexéi Filin en Minsk. La cárcel solo era un riesgo aceptable cuando no podían trabajar libremente. Ahora podían hacerlo con muy pocas injerencias, y nadie quería arriesgarse a echarlo todo a perder.

Seis semanas después de su vuelta, finalmente hubo un avance. El Instituto Atómico Europeo organizó un importante congreso sobre seguridad nuclear en Austria. Lo invitaron para presentar una ponencia. Toda la frustración acumulada en las semanas anteriores se olvidó. Cuando llegó el momento, María hizo el viaje con él. Para entonces ya habían pasado meses y, aunque él se negaba a hacerse un chequeo, ambos sabían que estaba enfermo: respiraba con dificultad,

se fatigaba enseguida. Los meses del período intermedio habían pasado lentamente, de forma tan dolorosa que cuando finalmente embarcaron y Grigori se acomodó en su asiento, ella vio el alivio que lo embargaba. Por fin podrá deshacerse de esa responsabilidad, recuerda que pensó en aquel momento, podrá llevar a cabo lo que piensa que es su obligación y luego se concentrará en su salud. No la soltó de la mano en todo el vuelo, estaba muy animado y le señalaba los ríos y las carreteras que culebreaban allá abajo.

Tomaron un taxi en el aeropuerto y se dejaron sorprender por los altos edificios de vidrio de la ciudad occidental. En la recepción del hotel sus nombres no figuraban, pero no importaba, era un error sin importancia, se dijeron, algo que no tardaría en remediarse. Cuando al día siguiente sucedió lo mismo en el recinto del congreso, se quedaron sin saber qué decir.

Grigori no aparecía en la lista de congresistas. Enseñó la carta de invitación y le contestaron que sentían la confusión, pero que no podían dejarlo pasar si no figuraba en la lista. Les enseñó el pasaporte, dijeron que lo sentían; les enseñó hasta su ponencia, también lo sentían. Le pusieron la lista de conferenciantes ante los ojos: su nombre no estaba.

Había dejado de existir, se había disuelto en el aire.

Pidió hablar con el director de la conferencia por su nombre pero, en su lugar, se acercó un guardia de seguridad. «Lo siento», dijo de nuevo. Todo el mundo lo sentía.

Cuando Grigori se enfadó, empezó a gritar y exigió hablar con alguien de mayor responsabilidad, le sugirieron que mandara una queja por escrito. Cuando hizo ademán de pasar delante de ellos a la sala de conferencias fue cuando lo echaron a la calle.

En la calle, María se quedó junto a él, mientras Grigori enseñaba la carta de invitación a los congresistas que iban llegando, les contaba en su torpe inglés lo que había pasado, les sacaba la caja de diapositivas, pidiéndoles que las miraran como prueba de lo que les contaba. Pero ninguno lo hizo; se limitaron a parapetarse tras sus maletines mientras pasaban de largo.

Cuando el último de los congresistas hubo entrado, Grigori se sentó en las escaleras de la entrada con su mejor traje, que ahora era dos tallas mayor de lo que necesitaba, mirando fijamente al vestíbulo de cristal, sin que nadie le devolviera la mirada. Un hombre derrotado.

Ese mismo día se gastaron el poco dinero que les quedaba en coger un vuelto de vuelta a casa. No habían pasado dos semanas cuando María se lo encontró muerto.

Ahora ya solo están ellos dos, tía y sobrino, sentados en la

penumbra de la sala de estar. Después del restaurante, Alina y Arkadi se despidieron y volvieron al hotel. Alina sujetaba la medalla de Yevgueni contra el pecho y prometió a su hermana que llamaría, que haría un esfuerzo para estar en contacto. A lo mejor lo hace.

-Y a pesar de todo eso te quedaste aquí -dice Yevgueni-, en este apartamento. Supongo que pensarás en él cada vez que entres en ese cuarto de baño.

Ella se toma un momento antes de contestar.

-El pasado nos exige fidelidad -dice-. A menudo pienso que es lo único que realmente nos pertenece.

Se acerca a la ventana. Por el río se deslizan barcos con turistas. El latido apagado de un bajo y una batería vibra en el silencio.

-¿Por eso no me lo habías contado nunca? ¿Por lealtad hacia él?

-Contártelo no es ninguna deslealtad hacia Grigori. Si lo fuera, me habría llevado su historia a la tumba. A tu generación se le ofreció una promesa sin límites. Supongo que no quise cargarte con esa responsabilidad. Quería que fueras libre para dejarte llevar por tu talento.

María va hacia un armario en la entrada y vuelve llevando dos archivadores grandes. Yevgueni se levanta para ayudarla, pero ella le hace un gesto para que se siente y los coloca sobre la mesa de café.

-Esto es todo lo que me queda de él.

-No tienes por qué enseñármelo -dice él.

Ella se inclina y le da un beso en la frente.

-Ya lo sé -contesta, y luego sale de la habitación.

Yevgueni enciende la lámpara de lectura y abre las cajas, llenas ambas de carpetas de papel manila, por docenas.

Se pone a leer. Sigue leyendo, cada vez con mayor curiosidad. Saca los archivos y los apila en dos montones vacilantes. Horas y horas de ordenada letra negra. De vez en cuando hace una pausa para levantarse y mirar por la ventana. Se le confirman cosas que sabía a medias, rumores que alguna vez había escuchado. Unas palabras oídas de niño en la calle, un comentario dicho a media voz se convierten aquí, en estas páginas, en una parte indeleble de la historia.

No hay un orden en el proceso que sigue Yevgueni. Lee algo, lo deja, coge otra cosa. Lee un sumario de regímenes alimentarios, métodos de limpieza, actividades sexuales. Lee testimonios de los médicos, informes de las actividades de los liquidadores.

Le impacta, sobre todo lo demás, ver cómo las infinitas variaciones de una sola vida darían para llenar una biblioteca; las acciones, cada una de las estadísticas, todos esos apuntes: certificado de nacimiento, certificado de matrimonio, certificado de defunción, las palabras

dichas, los cuerpos amados; todo ahí apuntado, en algún sitio, en cajas o archivadores, esperando que alguien los saque, los coteje, ponga notas.

Lee entre las líneas de historia, de conjeturas, de mentiras, de toda esa energía agotada.

Contempla las fotos de los bomberos y de los técnicos, la plaga de glóbulos negros sobre sus desollados cuerpos. Fascinado por las imágenes de niños con protuberancias como champiñones en vez de ojos, con cabezas en forma de media luna. Lee para poder entender. Lee y mira, y no sabe cómo responder ante cosas así. No hay respuesta. Contempla las imágenes entre el espanto y la curiosidad, el sentimiento de culpa y de ignorancia. Todo esto es su pasado. Todo esto es su país.

Y cuando ya no puede seguir mirando, Yevgueni cierra los ojos. Y el mundo entra.

AGRADECIMIENTOS

Entre los numerosos libros importantes para mis investigaciones, quiero destacar especialmente *The Russian Century*, de Bryan Moynahan, *Among the Russians*, de Colin Thubron, *Chernobyl Record*, de R. F. Mould y *Voices from Chernobyl*, recopilación de Svetlana Alexievich y traducción de Keith Gessen.

Las imágenes de *Zones of Exclusion*, de Robert Polidori, *The Edge*, de Alexander Gronsky, *The Sunken Time*, de Mikhail Dashevsky y *Moscow*, de Robert Lebeck dieron alas a mi imaginación.

Los documentales *Chernobyl Heart* y *Black Wind, White Land* marcaron el inicio de la escritura de mi novela. El trabajo diario e interminable de Adi Roche y de Chernobyl Children International sigue impresionándome.

Estoy en deuda con muchas personas que me ayudaron a llevar la novela a buen puerto: Jocelyn Clarke, Orla Flanagan, Brad Smith, Isobel Harbison, Conor Greely, Tanya Ronder, Rufus Norris, Thomas Prattki, Jenny Langley, Diarmuid Smyth, John Browne, Neill Quinton, The Tyrone Guthrie Centre, el Centre Culturel Irlandais en París, Anna Webber, Will Hammond, Claire Wachtel, Iris Tupholme, Ignatius McGovern, Natasha Zhuravkina y Emily Irwin.

Gracias a mi familia, especialmente a mi padre, por su apoyo y sus ánimos.

Y gracias a Flora, por todo esto y por tantas otras cosas más.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 ha emprendido una labor de recuperación de literatura clásica (Alba Clásica y Maior), así como de ensayo histórico, literario y memorístico (Colección Trayectos). Asimismo, merece una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y la colección Fuera de Campo conocida por la publicación de textos de formación cinematográfica y literaria en todos sus ámbitos. También destacan sus originales y vistosos libros de cocina, así como sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial, 2010. En 2012 ha incorporado a su catálogo dos nuevas colecciones, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros de los siglos XIX y XX).

Consulta www.albaeditorial.es
Alba Editorial, S.L.U.
Baixada de Sant Miquel, 1 bajos
08002 Barcelona
T. 93 415 29 29
info@albaeditorial.es

NOTAS

[1] En español en el original. *[Esta nota es de la traductora.]*